

X PREMIO DE NOVELA ROMÁNTICA TERCIOPELO

¿Quién  
me lo iba  
a decir?

Mercedes Perles

TERCIOPELO

¿Quién me lo iba a  
decir?

Mercedes Perles



1  
M  
U  
L  
c  
d  
m  
s  
v  
sn  
n  
pa  
7  
r  
du  
o  
h  
i  
A  
M  
s  
e  
r

U  
I  
r  
N  
r  
c  
e  
g  
l  
c  
e  
u

M  
E  
d  
e  
s

d  
a  
f  
a  
m  
d  
a  
c  
  
A  
N  
d

# Índice

Portadilla

Acerca de la autora

Dedicatoria

PRIMERA PARTE

Lo que mal empieza...

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

## SEGUNDA PARTE

... mal acaba.

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

TODO TIENE UN PRINCIPIO Y UN FINAL

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

Y COLORÍN COLORADO...

Agradecimientos

Créditos

Para mi hija Yaiza.  
Porque tú eres el motor de mi vida.  
Te quiero, princesa.

# PRIMERA PARTE

Lo que mal empieza...

# I

¡Por fin se acabó julio y aquí están mis más que merecidas vacaciones! Apago el ordenador, recojo los papeles, miro el reloj: las seis de la tarde. Salgo escopetada de la oficina mientras me despido de mis compañeros con la mano, ni me paro a darles dos besos. Necesito salir de aquí cuanto antes, tomar aire, terminar de preparar la maleta y escaparme a casa de mi prima todo el mes de agosto. Con ella, la vida es de otro color y yo ahora necesito que alguien ilumine la mía, porque últimamente no sale del gris. Que ¿por qué? ¡Buf! ¿Por dónde empezar? Vale, supongo que por el principio.

Me llamo Ángela, tengo veintinueve años y mi vida este último año ha sido un desastre.

Soy directora de márketing y ventas en una fábrica de calzado en Elda. Llevo nueve años

trabajando allí y me gusta lo que hago, pero últimamente echo humo por las orejas. Siempre he trabajado codo con codo con el dueño de la empresa, pero mi adorado jefe, don Joaquín, se jubiló hace unos meses y le ha sustituido su hijo Pedro, un pijo que no sabe hacer la «o» con un canuto; vamos, lo que se llama un tonto de tomo y lomo. Se cree que lo sabe todo, pero no tiene ni pajolera idea de nada. Ahora le ha dado por decir que mis campañas no son buenas. Como si yo tuviera la culpa de los años de crisis y de que los chinos nos coman terreno. ¡Que no son buenas, dice! Pues claro que no, ¡son las mejores!

Pero no todos los sinsabores del año han sido en el trabajo; a los problemas laborales debo sumar también que he anulado mi boda cuando solo faltaban tres meses para casarme. Pillé a mi futuro esposo en la cama con una de mis «amigas». Menuda zorra ella; y valiente cabrón él. ¡Buf! No lo pienses Angelita, que te sube la mala leche.

En fin, que con semejante desastre de año solo quiero coger el coche, llegar a casa de mi prima Felisa y olvidarme del mundo. Mi prima es un raudal de energía positiva y de felicidad. Ambas estamos locas y, como decía mi madre, cuando estamos juntas hacemos que el mundo tiemble. Pues sabéis qué os digo: ¡temblad pequeños, que Feli y yo vamos a estar un mes juntas! Lo único que me apena es que Mario, el marido de Feli, nos va a tener que aguantar. Ese hombre es un santo varón. Y se le presenta un mes muy ameno, como diría mi prima.

Suena el despertador. Son las ocho de la mañana. Doy un salto, me meto en la ducha y me visto con unos pantalones vaqueros, una camiseta de tirantes y mis deportivas, que para conducir son geniales. Cojo el bolso, la maleta, cierro la puerta de casa y al coche. Pero antes de ponerme en carretera desayuno en el bar de siempre, donde José, el dueño, me saluda desde la barra.

—Niña, ¿te pongo lo de siempre? —me grita mientras seca unas copas con un trapo.

—Sí, gracias. ¿Y el periódico?

—Ahí —responde haciendo un gesto con la cabeza, que indica que el periódico está al final de la barra.

Lo cojo y me siento a mi mesa. Tengo dos costumbres inamovibles. Una: desayunar en el bar de toda la vida café con leche, cruasán y zumo de naranja; el desayuno es la comida más importante de día, ¿no? Dos: leer el periódico mientras desayuno.

—Toma preciosidad, tu desayuno. —José me planta delante de las narices mi merecido desayuno. Mis tripas rugen. Tengo más hambre que el perro de un afilador—. ¿No empezabas hoy tus vacaciones?

—Así es, José —le respondo con un pedazo de cruasán en la boca—. Me termino esto y me voy a

Valencia, a casa de Feli —concluyo mientras me bebo el zumo de un trago.

—¿Feli y tú juntas? ¡Ay, Señor! ¡Que tiemble el mundo!

—¡Oye! —me quejo mientras me meto otro trozo de cruasán en la boca.

—Ni oigo ni *na* —me dice mientras se sienta delante de mí—. Y ahora, preciosidad, sé sincera conmigo. ¿Estás bien? ¿Ya has olvidado a ese gilipollas?

¡Toma delicadeza a las 8:45 h de la mañana! Me explicaré. Llevo viniendo a este bar desde que tengo uso de razón. Primero con mis padres y mis tíos, y Feli, por supuesto. Luego con los amigos y Feli. Más tarde con Saúl, y ya sin Feli porque se fue a estudiar periodismo a Valencia. Y ahora sola. ¡Leches, qué triste suena eso! Así que José me conoce desde que llevaba pañales. Cuando se enteró de lo de Saúl, el pasado mes de enero, pasó de llamarlo colega a capullo, gilipollas, imbécil o

cualquier insulto que se le pasara por la cabeza en ese momento.

—Casi del todo —le doy un trago al café y me abraso la garganta.

—¿Casi?

—Llevo sin llorar cuatro meses, y aunque no estoy preparada para tener una relación seria con nadie, no te negaré que he tenido un par de *affaires* sexuales.

—¡Niña! —exclama José al tiempo que se ruboriza. Yo me parto de risa y por poco me sale el café por la nariz.

—Es broma, José. Ya no lloro por él, pero no quiero que se me acerque un tío ni en pintura. El único que tiene permiso eres tú.

—Me alegra ver que estás bien —sentencia. Se levanta, me da un beso en la mejilla y vuelve a su puesto de trabajo.

Dos tragos de café más tarde, me acerco a la barra, pago mi desayuno, José me sermonea con

que tenga cuidado en la carretera y me voy. Casi dos horas después llego a casa de Feli. Vive en una calle muy cercana a la playa de la Malvarrosa, así que aparco el coche y, como se supone que no iba a llegar hasta mediodía, me voy al paseo de Neptuno a dar una vuelta. La playa está abarrotada de gente, el sol empieza a apretar y entro en una heladería a comprarme un cucurucho de chocolate. ¡Adoro el chocolate en cualquiera de sus variedades! Salgo con el helado en la mano y le arreo un lametón de aúpa. ¡Ostras tú, qué rico y qué fresquito! De repente suena mi móvil y lo busco en el bolso tipo saco que llevo (ahí dentro cabe hasta un dinosaurio), pero no lo encuentro. Busco, rebusco, vuelvo a buscar y cuando lo pesco ya han colgado.

—¡Mierda! —exclamo. Y no, no es porque hayan colgado, es que acabo de estampar mi cucurucho en la camisa blanca de un hombre. Levanto la vista para pedir disculpas y me

encuentro ¡con el tío más bueno que he visto en mi vida!

¡Madre mía del amor hermoso! ¡Por los clavos de Cristo! ¡San Judas bendito! ¡Qué macizorro! Me sudan las manos y no es por el calor. Comienzo a hiperventilar y sí, es por culpa del monumento al sexo contrario que tengo delante de mí. Metro ochenta, cachas, moreno, ojos de color azul como las aguas del mar. ¿Guapo? No, ¡lo siguiente! Sonrío dispuesta a ofrecer mis disculpas y decidida a, si hace falta, lavarle la camisa a mano. ¡Todo sea por ver ese torso desnudo!

—¿Es que no miras por dónde vas? ¿O es que necesitas gafas? —grita, y media playa se gira a mirarnos.

¿He dicho que estaba bueno, verdad? Pues rectifico. Debe de ser el sol que me ha cegado, porque este tío es imbécil.

—Disculpa, pero no te he visto —trato de ser educada, aunque tengo ganas de destriparlo ahí en

medio.

—De eso ya me he dado cuenta, bonita —bonita tu madre, guapito de cara—. ¡Dios! ¡Mira cómo me has puesto! —vuelve a gritar. ¿Dije imbécil? Rectifico de nuevo. Gilipollas.

¡Hale, ya nos está mirando todo el mundo! Saco mi paquete de pañuelos, le doy uno y lo rechaza.

—¿Te crees que esto se arregla con un pañuelito de papel, mona?

¡¿Mona?! Monas las que hay en el zoo, capullo. Le quito el pañuelo de la mano, miro a mi alrededor, compruebo que todo el mundo nos mira y ¡bum!, explota.

—Mira, ricura —sarcasmo puro y duro—, yo no te he visto, pero tú a mí tampoco, porque si no, me hubieras esquivado. Así que esa mancha —señalo el pedazo manchurrón marrón que hay en su impoluta camisa blanca—, puede haber sido culpa tuya. Ahora, si estás de mal humor y necesitas pagarla con alguien, por mí perfecto, ¡págala

conmigo! —y acto seguido le pongo lo que queda de cucurucho de sombrero. Y lo digo en el más literal de los sentidos. De fondo se oye un concierto de carcajadas.

—¡Pero tú te has vuelto loca o qué! —vocifera horrorizado mientras se quita el cucurucho de la cabeza.

—Puede, pero a borde no me gana nadie, guapetón —saco el paquete de toallitas íntimas del bolso, se lo pongo en la mano y añado—: a ver si con esto tienes suficiente para arreglar el estropicio.

Cuadro los hombros, saco pecho, que no es que sea mucho pero es lo que hay, me doy la vuelta y hago mi salida triunfal. Pero al girar la esquina, como estoy muy cabreada y no miro por dónde voy, acabo pisando una caca de perro muy pringosa, resbalo y termino agarrada a la farola, como si fuera Spiderman, para no aterrizar con mis posaderas sobre el pino que ha plantado un can y

que el guarro de su amo —o guarra, si es mujer—  
no ha recogido.

¡Pues sí que empezamos bien las vacaciones!

## II

¡Menudo bochorno! Con lo estupenda que estaba después de la pelea con el imbécil de la camisa blanca... Vuelvo hasta el coche para quitarme las zapatillas y limpiar la dichosa caca, pero no hay manera. Más cabreada todavía, meto las deportivas en una bolsa de plástico, saco las chanclas y me las pongo. Vuelve a sonar el móvil y repito la operación anterior: rebuscarlo en mi bolso-saco, pero esta vez llego a tiempo de cogerlo.

—Gorda, ¿dónde estás? —Feli siempre me llama gorda, porque de pequeña estaba rellena.

—En el coche.

—¿Qué? ¿No me digas que estás hablando conmigo y conduciendo? Te van a multar, o peor, te vas a estampar.

—Mira que eres majadera cuando quieres —

exclamo mientras contengo la risa—. Estoy aparcada debajo de tu casa.

—¡Coñe! ¿Ya estás aquí? Se suponía que llegabas a mediodía.

—Vamos a ver petarda, ¿a ti qué te pasa? ¿No se suponía que te morías de ganas de verme? ¿Y ahora protestas porque he llegado pronto? A ti no hay quien te entienda.

—¡Claro que me muero de ganas de verte, so tonta! Pero es que me ha surgido un problema en el trabajo y no iré a comer a casa. Tengo que solucionarlo hoy si quiero coger las vacaciones mañana. Y me temo que Mario tampoco va a comer. Ha habido un accidente en la carretera de circunvalación y se ha tenido que quedar para una operación de urgencia —resoplo y me enfado un poco más con el mundo. Pero como en el fondo sé que ni Feli ni Mario tienen culpa, me trago la retahíla de tacos que iba a soltar y pongo voz dulce.

—Loquita, no te preocupes por mí. Comeré en una terraza e iré un rato a la playa. Cuando termines me llamas, ¿vale?

—Vale, en cuanto termine te llamo. ¡Ay, qué ganas tengo de verte y darte un achuchón! —y dicho esto, me cuelga.

Decidida a reemprender mis vacaciones con mejor talante, abro el maletero y revuelvo media maleta hasta que encuentro lo que quiero: mi bikini, mi vestido playero y mi toalla. ¡Porras! No tengo crema solar. Vale, no pasa nada. Seguro que encuentro un sitio donde vendan. Agarro la toalla y me meto de nuevo en el coche. Ojeo a un lado y otro de la calle. No veo a nadie y rápidamente me quito la camiseta y el sujetador. Me pongo la parte de arriba del bikini y el vestido playero. Como puedo, me quito los vaqueros, el tanga y me coloco mi braguita brasileña —si me machaco en el gimnasio, por lo menos que sea para enseñar carne, ¿no?—. Compruebo que lo llevo todo.

Cartera, móvil, toalla y ¡a la playa! Pero mis tripas rugen al pasar por una terraza en la que se sirven comidas. Miro el menú del día y veo que por diez euros me puedo comer una ensalada, un plato de fideuá, postre, bebida y pan. Así que le pregunto a la camarera si tienen mesas libres y me indica que espere un momento. Diez minutos después estoy sentada frente al mar y tengo ante mí una deliciosa ensalada, un exquisito plato de fideuá y una cerveza. Tras una comida rápida me voy a la playa. Extiendo la toalla y recuerdo que no tengo bronceador. «Venga boba, si por un rato no va a pasar nada», me digo a mí misma. Me tumbo, la brisa del mar ayuda a aliviar el sofocante calor y cierro los ojos. ¡Dios!, qué a gusto estoy y cuántas ganas tenía de relajarme.

Suena mi móvil y abro los ojos de sopetón. ¡Mierda, mierda y más mierda! ¡Me he quedado dormida! Antes de mirar mi cuerpo, decido responder.

—Gorda, ¿dónde estás?

—En la playa, loquita, ¿y tú?

—En cinco minutos llego a casa. ¿Nos vemos allí?

—Vale, voy para allá —dicho lo cual, Feli me vuelve a colgar.

Cojo la toalla y me niego a mirar mi cuerpo. A pesar de tener el cabello negro como el carbón, mi piel es blanca, casi tan blanca como la de un vampiro, así que sé que eso que noto en mi trasero y espalda es que estoy más roja que una gamba. No importa, seguro que Feli tiene *after sun* en casa y tras una ducha le pediré que me unte la espalda. Con el culo ya me apañaré yo solita.

Cuando llego al portal de Feli, cargada con la maleta, la toalla y el bolso-saco, mi prima me está esperando. Corre hacia mí, empieza a dar saltitos y al final me espachurra contra ella.

—¡Dios! ¡Qué ganas tenía de verte! —me aprieta un poco más contra ella y yo aúllo.

—¡Ay, ay, ay! —Feli me suelta asustada.

—¿Qué pasa? —Su cara muestra preocupación.

Me mira los pies, por si me ha pisado.

—La espalda —digo, mientras me giro y Feli grita horrorizada.

—¡Coño! Si pareces un tomate. —¿Qué graciosa! Pienso, pero callo.

—Es que me he quedado dormida en la playa —reconozco abochornada.

—Anda, vamos a casa que tengo una crema para esto que hace milagros.

Me agarra por un brazo, yo tiro de la maleta y nos metemos en el portal. Tras una ducha de diez minutos con agua fría, Feli me pone su fantástica crema en la espalda y me deja el bote allí para que me la ponga en las piernas y en el trasero. Siento su efecto calmante al momento. Me pongo un vestido de lino blanco y mis chanclas. Feli me espera en la cocina, preparando limonada. Me bebo un vaso bien fresquito y me sirvo otro.

—¿Has deshecho la maleta? —me pregunta mientras me imita y se sirve un vaso de la más exquisita limonada que exista en el mundo, receta de nuestra abuela.

—No, mañana por la mañana lo haré.

—No, no la deshagas.

—Y eso, ¿por qué?

—Tengo una sorpresa para ti. —Me mira con cara de gamberra. Y no suelen pasar cosas buenas cuando Feli pone esa cara.

—¿Qué sorpresa? —la interrogo. Últimamente no me gustan las sorpresas. Concretamente desde que sorprendí a Saúl en la cama con Elena.

—Si te lo cuento, deja de ser una sorpresa —dice, guiñándome un ojo.

—Loquita, te lo digo en serio, ¿qué has tramado? —sigo insistiendo mientras pongo los brazos en jarras. Señal inequívoca de que me estoy mosqueando.

—No seas aguafiestas, ¿quieres? —Ahora me saca la lengua. Resoplo.

—Feli, te puedo asegurar que por hoy ya he tenido bastantes sorpresas y ninguna agradable, dicho sea de paso. Así que dime de qué sorpresa estás hablando. —Con la mano empiezo a repiquetear sobre la encimera, impaciente.

—Vale, pesada, pero que conste que era una sorpresa, así que cuando llegue Mario te quiero callada como si fueras una momia, ¿entendido? —Protestaría, pero sé que si lo hago Feli no me contará la sorpresa—. Los padres de Mario se compraron una casita en Denia para veranear y nos la han dejado quince días. Estamos esperando que llegue un amigo de Mario y ¡nos vamos los cuatro a Denia, de vacaciones! ¿Qué te parece?

Cierro los ojos, bufo y cuento hasta diez antes de abrir esa boca que Dios me dio.

—Me parece que os voy a matar. —Abro los ojos y observo cómo Feli ni se inmuta—. ¿Es que

os habéis vuelto locos? —grito.

—A ver, gorda, ¿qué leches te pasa hoy? Porque estás insoportable. —Ahora la que pone los brazos en jarras es ella. Eso lo hemos heredado de la abuela.

—Me pasa que tengo un mal día. Ayer discutí con el imbécil de mi jefe, hoy llego aquí, voy a dar un paseo, me compro un cucurucho y sin querer tropiezo con un hombre y le mancho la camisa. Se pone borde, le tiro el cucurucho a la cabeza, piso una caca de perro, por poco me mato, me duermo en la playa y me quemo la espalda. Y ahora, me dices que tú y tu querido marido habéis planeado que nos vayamos quince días a Denia, ¡con un amigo! Sé lo que pretendes, Feli, y te va a salir mal.

—¿Has pisado una caca de perro y puesto un cucurucho de sombrero a un desconocido? —pregunta sorprendida.

—No cambies de tema —refunfuño.

Y empieza a troncharse de risa en mi cara. Se ríe tanto que tiene que agarrarse a la encimera de la cocina para no caerse al suelo. Se le saltan las lágrimas y yo me cabreo aún más. Pero al final acabo como ella, riéndome.

Tras quince minutos, tenemos agujetas en la barriga y nos duele la mandíbula, pero hemos conseguido serenarnos. Feli me dice que me siente en el sofá y obedezco. Hemos pasado del momento risa, al momento confesiones.

—Gorda, no estamos tratando de liarte con nadie. Ian, el amigo de Mario, acaba de pasar una mala racha y hoy tenía una entrevista para ver si lo contratan en una clínica privada de cirugía estética. Mario le ha dicho que venga a pasar unos días con nosotros para que se despeje, porque si le dan el trabajo tendrá que buscar piso y terminar de mudarse, puesto que empezaría en septiembre. El pobre lo ha pasado fatal. Mario y yo pensamos que

estaría bien pasar unos días los cuatros juntos. Ian es un tipo muy agradable y divertido, ya lo verás.

—¿Qué le ha pasado? —Me puede la curiosidad.

—Se ha divorciado hace nueve meses. Su mujer decidió que ya no le gustaban los hombres — responde tranquilamente mientras se encoge de hombros.

—¡Joder! ¿Tan feo es? —¡Hale, ya me salió la vena borde!

—Pero mira que eres burra —responde Feli tronchándose por mi comentario—. Ian está más bueno que el pan. Creo que tiene tanto éxito como cirujano plástico porque las mujeres se derriten ante él y las tiene que reconstruir. —Ahora la que me río soy yo.

De repente oímos el ruido de la llave en la cerradura. Mario ha llegado y no viene solo.

—¿En serio? —pregunta Mario a su acompañante.

—Sí, colega. Era una borde. Me dirigía a buscar el coche para ir a la entrevista. Menos mal que llevaba otra camisa en el coche, que si no, a ver cómo me presento con esas pintas.

Ambos pasan al salón, uno de ellos arrastrando una maleta y yo me quiero morir. ¡Tierra, trágame!

¿Cómo es eso de la ley de Murphy? ¿Si algo puede salir mal, saldrá mal?

Pues en mi caso es: si algo puede salir mal, ¡saldrá fatal!

### III

A mí me tiene que haber mirado un tuerto, porque si no, no lo entiendo. ¿Cómo es posible que, con todos los hombres que hay en el mundo, Ian tenga que ser precisamente el tipo guapo, macizorro, imbécil y gilipollas de esta mañana? Con todo el disimulo y la naturalidad de la que soy capaz, me deslizo por el sofá hasta quedarme completamente tumbada para que el recién llegado no me vea. Feli me mira flipada y con una inequívoca expresión me pregunta qué pasa. Señalo en dirección a Ian, hago un gesto con la mano y la lengua, como si me comiera un cucurucho y luego indico la cabeza. Veo cómo Feli aprieta los labios para no partirse de risa. Ha comprendido que Ian es el tipo al que esta mañana le he estampado el cucurucho en la cabeza. Se pone en pie, me mira y me guiña un ojo

mientras sigo espatarrada en el sofá para que el guaperas no me vea.

—¡Ian! Hola, guapetón —exclama Feli mientras se dirige hacia él—. Dame un abrazo, tío bueno. —Oigo como Mario e Ian se ríen. ¡Dios! Si hasta su risa es bonita.

—Ven aquí, cabra loca —responde Ian.

Acomo la nariz por encima del sofá y veo cómo Ian ha levantado a Feli y da vueltas sobre sí mismo mientras le da besos en la mejilla. ¡Quiero ser Feli para que me espachurre a mí sobre ese torso! No puedo dejar de mirarlo. ¡Joder que trasero tiene! Estoy tan embelesada que no me doy cuenta de que Mario me ha descubierto. ¡Porras!

—Pero bueno, ¿qué haces tú escondida ahí, gorda? —Mato a Mario. Lo mato y lo remato. ¿Cómo se le ocurre llamarme gorda delante de semejante espécimen masculino?

—Estaba buscando mi pendiente —miento como una bellaca.

Mario arruga la frente y me mira. ¿Tengo monos en la cara o qué? ¡Leches! ¡Pero si no llevo pendientes! Vuelvo a resoplar; esta vez cabreada conmigo. Me pongo en pie al tiempo que Ian suelta a Feli y me mira. ¡Ostras tú, que cara de mala leche pone!

—¿Tú?! —grita.

—Sí, yo, ¿algún problema? —Otra vez la vena borde sale a relucir.

—¿Os conocéis? —pregunta Mario perplejo por la cara de Ian.

Pongo de nuevo los brazos en jarras, fulmino a Ian con la mirada como él está haciendo conmigo y espero.

—La borde del cucurucho —espeta Ian señalándome con el dedo. ¿A que le doy un sopapo por llamarme borde?

Mario me mira, mira a Ian, me vuelve a mirar y al final estalla en sonoras carcajadas. Feli lo imita. Ian me sigue observando mosqueado. Yo le

devuelvo la mirada y, pasados unos minutos, nos estamos riendo los cuatro. Al final conseguimos calmarnos y Mario hace las oportunas presentaciones.

—Ian, esta es la loca de la prima de Feli, Ángela. Gorda, este es Ian, amigo mío de toda la vida.

Ian se acerca. ¡Ay, madre, qué bueno está! Me tiende la mano y se la estrecho. ¡Qué manos más grandes y suaves! Clavo mis ojos en los de él y ¡me derrito! Arquea una ceja, levanta la comisura de esos perfectos labios que tiene esbozando una sonrisa pícara y me planta dos besos en las mejillas.

—Encantado de conocerte, Ángela —me dice mientras lo miro atontada perdida. Recobro la compostura con rapidez.

—Lo mismo digo —respondo aparentando calma—. Siento lo de esta mañana —me vuelvo a disculpar.

—No pasa nada —me suelta la mano—. Perdona por lo borde que me he puesto. Es que estaba un poco nervioso por la entrevista de trabajo.

—Hale, pues ahora que ya os habéis reconciliado, tengo una cosa que deciros —suelta Mario de golpe—. No deshagáis la maleta que mañana nos vamos de vacaciones.

—¿Qué? —preguntamos Ian y yo, él sorprendido y yo fingiendo. Miro a Feli, le guiño un ojo y ella me saca la lengua. Ian se percata de que yo ya sé dónde vamos, pero calla. ¡Un punto a su favor!

—Es una sorpresa —contesta mi prima—. ¿Qué os parece si salimos a cenar?

—¡Genial! —exclamo alegremente—. ¿No os he dicho que Feli es una cocinera pésima, verdad? Mejor cenar fuera que pasar toda la noche con indigestión. Voy a por mi bolso.

—¿¿Qué te ha pasado en la espalda?! —vocifera Mario asustado al ver el tono rojo bermellón que

tengo.

—Me he quedado dormida en la playa mientras os esperaba. —Mario parpadea primero y se ríe después; Ian lo imita; Feli se troncha y yo me cabreo más—. ¡Dejad de reiros los tres que esto escuece!

Ni caso. ¡No me hacen ni puñetero caso! Bufando voy a mi dormitorio, me pongo unas sandalias, un poco de brillo en los labios y cojo el bolso. Les oigo reír y espero un momento a que se les pase el ataque de risa, porque si no, soy capaz de estrangular a alguien. Cuando ya no les oigo troncharse, salgo.

Ian ha desaparecido y Mario está achuchando a Feli, mi prima se come con los ojos a su marido y yo les envidio. Mario y Feli llevan diez años juntos y para ellos es como si fuera el primer día. Suspiro mientras veo cómo mi prima le estampa un beso de esos de película a Mario, y él la agarra por el trasero. Me doy la vuelta porque no puedo

seguir observándolos. Algo se remueve en mi interior y no quiero ponerme a llorar por sentirme desgraciada. ¡Y voy y tropiezo con Ian! ¡Qué día, Señor, qué día!

—¿Piensas pasarte las vacaciones atropellándome? —Ahora no sé si habla en serio o en broma. Pero arquea una ceja y vuelve a poner esa cara de gamberro—. Lo digo por comprarme un casco.

¿Qué hago, lo mato por gracioso o paso del tema? Mejor paso y le río la gracia, que por hoy ya he tenido bastante. Mario y Feli salen de la cocina y nos vamos. En la calle veo aparcado un BMW serie 6 descapotable de color negro. ¡Qué pasada de coche!, pienso babeando ante semejante cochazo. Adoro los coches y la velocidad, pero jamás ganaré lo suficiente para comprarme un vehículo como ese.

—¿Vamos en mi coche? —pregunta Ian, accionando el mando a distancia ¡del BMW!

Nos acercamos al coche. Ian abre la puerta y veo que la tapicería es de cuero rojo. Desde el asiento del conductor, pulsa un botón y baja la capota, destapando una belleza que me fascina. Nos aproximamos a la puerta del copiloto, Ian abate el asiento y Feli y yo pasamos al asiento trasero. Acaricio la tapicería con mimo antes de sentarme y cierro los ojos. El sonido del motor me roba el corazón. ¡Me acabo de enamorar de este coche!

Ian se mete en las calles de Valencia. De repente en el equipo de música suena la canción de Pink, *Blow Me One Last Kiss*. Feli y yo nos miramos y empezamos a cantar con los brazos en alto, dejando que la brisa nos agite los cabellos. Mario se ríe e Ian nos mira flipado. ¡Este no sabía dónde se metía cuando aceptó pasar las vacaciones con las dos primas más locas del planeta! Termina sonriendo mientras sube el volumen. Seguro que

para no oír nuestros gallos. ¡Porque mira que cantamos mal!

Cenamos en un restaurante bonito y tranquilo. Pescado, ensalada y vino blanco. De postre, ¡profiteroles de chocolate!

Tras la cena decidimos ir a tomar algo. Acabamos en el Mogambo, en la zona centro de la ciudad. Feli y Mario piden dos whiskys con cola, Ian una cerveza y yo un mojito. Nos tomamos las copas tranquilamente y Feli saca a bailar a Ian. Mario se cambia de sitio y se aposenta a mi lado. Me coge de la mano y me mira. Yo sonrío, pero él no. Aquí pasa algo, pero ni idea de qué.

—Gorda, ¿puedo preguntarte una cosa?

—¿Qué pasa? —pregunto preocupada. No entiendo a qué viene esta reacción por parte de Mario.

—¿De verdad estás bien del todo?

¡Otro con el que si todo va bien! Esto no es idea de Mario. Aquí huele a Feli por todos los lados.

—La loquita te ha mandado a interrogarme —  
afirmo, no pregunto. Mario asiente—. ¿Por qué?

—Porque se preocupa por ti.

Vale, me quiero enfadar con Feli, pero veo que nos observa con poco disimulo mientras baila con Ian. No puedo cabrearme con ella, porque la pobre, cuando se enteró de lo de Saúl, corrió a mi lado y se tiró una semana conmigo, a riesgo de que la despidieran del trabajo.

—Estoy bien, Mario. La fase de duelo ya ha pasado. Y la psicóloga me ha ayudado mucho. No quiero, pero sobre todo, no debo dejar que esto me supere. Pero tampoco me apetece hablar de ello. Lo pasado, pasado está. Solo me queda seguir adelante —concluyo mientras alzo los hombros.

—Los dos queremos que vuelvas a ser la descerebrada de siempre. Así que, si por el motivo que sea, necesitas hablar con alguien, aquí nos tienes. —Me pone ojitos de cordero degollado

y me lo quiero comer a besos. Mi prima se casó con un tipo genial.

—Lo sé, Mario —digo mientras lo abrazo. Me da un achuchón y me suelta. Coge su copa, yo la mía y brindamos.

—Por mi prima loca favorita —grita efusivamente. Me río, le doy un trago al mojito y salimos a bailar a la pista. ¡No hay nada como dejarse mimar por la familia!

## IV

*B*ebimos, bailamos, volvimos a beber, volvimos a bailar y seguimos bebiendo. Consecuencia: ¡tengo la resaca del siglo! Ni recuerdo cómo llegué a casa. Me miro y veo que todavía llevo el vestido puesto. ¡Madre, sí que acabé mal que no me pude ni desvestir! Me incorporo en la cama y me mareo. ¡Buf! ¿A que todavía me dura el pedo? Me quito el vestido como puedo y salgo corriendo en tanga y sujetador al baño porque voy a vomitar. Llego justa a la taza del váter para poder echar lo que me queda en el estómago. Me dejo caer al lado de la taza y la abrazo. ¡Dios qué dolor de cabeza! Bajo la tapa y recuesto la cabeza sobre ella a ver si se me pasa el mareo. Y en eso se abre la cortina de la ducha y ¡aparece Ian en pelotas!

—¡Ah! —grito.

—¡Joder! —exclama él.

Y Feli abre la puerta del baño aullando:

—¿Pero qué pasa? ¡Gorda! —vocifera al verme tirada en el suelo y más roja que un tomate.

Ian saca el brazo por un lateral de la cortina y coge una toalla. Cuando abre la cortina del todo, la toalla solo le tapa de cintura para abajo. Lo miro, me mira, Feli nos mira a los dos y yo me pongo más roja. ¡Me quiero morir de vergüenza!

—Iré a vestirme a mi habitación —explica mientras coge su ropa. Sigo abrazada al váter, levanto la tapa y vuelvo a vomitar.

Mario aparece y con su ayuda y la de Feli consigo llegar a mi cama. Mi prima me trae un café muy cargado y una palangana por si me da por vomitar de nuevo. Cosa que, por supuesto, vuelve a ocurrir.

Tres horas más tarde, cuatro cafés y dos vomitonas más, consigo levantarme, ducharme, vestirme y terminar de meter mis cosas en la maleta. Cuando llegamos a la calle, Mario e Ian

charlan sobre si vamos en un solo coche o en dos. Pero Ian se niega a dejar el suyo en la ciudad, y yo tampoco quiero dejar mi humilde Ford Fiesta, pero no estoy en condiciones de conducir, así que mi tronco-móvil se queda en el garaje de Feli y Mario. Ellos se montan en su coche y yo voy con Ian. Soy incapaz de mirarle a la cara. Apaga la música en cuanto arranca el motor para que no me moleste; sigo con un dolor de cabeza horrible.

—¿Te encuentras mejor? —pregunta educadamente una vez hemos entrado en la autopista. Asiento, porque soy incapaz de mirarlo y no ponerme de nuevo roja—. ¿Seguro que estás mejor? —Vuelvo a asentir. Decide no seguir interrogándome y se lo agradezco. ¡Otro punto a su favor!

Llevamos un buen rato de viaje cuando me atrevo a mirarle por el rabillo del ojo; contengo el aire cuando lo observo. Se ha puesto unas bermudas de lino en color crudo y una camisa,

también de lino, del mismo color que sus ojos. No se ha afeitado y esa barbita lo hace más sexy todavía. Lleva el pelo revuelto y está para comérselo. De repente gira la cabeza, me mira y sonrío, pero no me dice nada.

Llegamos a Denia a eso de las tres de la tarde y vamos directos a la casa de los padres de Mario, que está en la ladera del Montgó. Cuando llegamos me quedo alelada mirándola. Mi prima me había dicho que era una casita. ¿Una casita? ¡Pero si es un chalet de más de quinientos metros cuadrados, mil metros cuadrados de jardín, con piscina y vistas al mar!

Dejamos las maletas en la entrada y Feli se mete en la cocina a preparar unas pizzas. Nos asignamos las habitaciones después de comer. Dejo la maleta en la mía —que es enorme—, me tiro en la cama tamaño piscina olímpica y me quedo frita. Cuando me despierto veo que son las ocho de la tarde. Mi prima, Mario e Ian están en la

terraza tomándose una cerveza y unos panchitos. Me uno a ellos para el aperitivo y entre charla y charla decidimos que esa noche salimos a cenar fuera; ya iremos mañana al súper.

De vuelta en mi habitación, me visto con un mono color turquesa y unas sandalias, me recojo el pelo, me maquillo ligeramente y estoy en la entrada en un periquete.

Acabamos en un restaurante del puerto. Esta vez solo pienso beber agua. Cenamos, charlamos; Ian me da conversación y consigue que se me pase la vergüenza por lo de esta mañana. Es la una de la madrugada cuando decidimos irnos a casa. Vuelvo a caer rendida en la cama. ¡Qué mala es la resaca!

Me despierto a las cuatro de la mañana porque me ha parecido oír unos golpes y ruidos. Vuelvo a cerrar los ojos mientras pienso que lo he soñado. Pero no, de pronto vuelvo a oír esos ruidos. ¡Son gemidos! Entonces recuerdo que la habitación

contigua es la de mi prima y su marido. Oigo gemir, jadear y gruñir a Feli y Mario. ¡Toma ya! ¡Qué pedazo polvo están echando esos dos! Pero me entra vergüenza ajena y decido salir a la terraza un rato, a esperar que terminen de hacer el amor. Me estiro en la tumbona, bajo las estrellas. El cielo está precioso. No se oye ni un ruido. Se respira paz. Cierro los ojos y me dejo embriagar por la calma del lugar. Unas gotitas de agua mojan mi rostro. ¿Va a llover? No recuerdo que hubiera nubes en el cielo. Abro los ojos y lo primero que veo es el rostro de Ian a un palmo de mis narices. Voy a gritar pero me tapa la boca con la mano.

—¡Shh! No grites o sabrán que nos han despertado —dice mientras señala hacia el interior de la casa. Me quita la mano de la boca, se incorpora y me fijo en que está en bañador y todo mojado. Hiperventilo—. ¿Te encuentras bien? —pregunta frunciendo el ceño. *No querido, es que me has puesto como una moto.*

—Sí, es que me has asustado —miento cochinamente—. ¿Qué haces aquí?

—No podía dormir. Y he decidido darme un baño. ¿Te apuntas?

—No llevo el bikini puesto —respondo mientras me deleito observando su cuerpo.

—Eso no es problema. —Sin darme tiempo a reaccionar o a pensar, me coge en brazos y ¡me tira a la piscina! Acto seguido se zambulle él.

—¡Te voy a matar, Ian! —consigo decir tras tragarme media piscina. He caído con la boca abierta. Ian ríe divertido.

—Te debía una, Ángela —me responde cuando llega a la otra punta de la piscina, lo más alejado de mí. ¡Cobarde!—. Por lo de ayer.

¿Con que esas tenemos, no? ¡Te vas a cagar! Nado como una posesa hasta donde está, pero en cuanto llego me hace unas aguadillas. Consigo no ahogarme y empiezo a echarle agua en la cara. Me vuelve a ahogar y yo tiro de él para que se hunda

conmigo. Conigo sacar la cabeza y jadeo. Ian se da cuenta de que me falta el aire y me agarra por la cintura, mientras con el otro brazo alcanza el borde de la piscina. Me sujeto a él. Con semejante monumento frente a mí, como para no pegarse a él como una garrapata. Me retira el pelo de la cara y durante unos minutos nos miramos a los ojos. Luego le miro los labios y quiero probarlos. Pero me contengo. Ian vuelve a poner esa sonrisa pícaro suya y yo tiemblo.

—Será mejor que salgamos del agua antes de que te resfríes —dice separándose de mí. Quiero gritarle que no tiemblo de frío, sino por su culpa, pero él ya está en las escaleras. Le imito y salgo tras de él. Me ofrece su toalla, veo cómo agita la cabeza para sacudirse el exceso de agua del pelo. ¡Mira que está guapo todo mojado y con el pelo revuelto!

Y como sé que si me quedo un segundo más, acabaré lanzándome a sus brazos y estampando

mis labios en los suyos, le devuelvo la toalla, le deseo buenas noches y regreso a mi dormitorio. Por suerte, ya no se oyen ruidos.

Llevamos cinco días en Denia y lo cierto es que me lo estoy pasando en grande. Hemos salido a comer y a cenar varias veces; hemos paseado por la ciudad e ido a la playa. También hicimos una visita guiada por el castillo y nos quedamos a ver la puesta de sol, que fue preciosa. Ayer fuimos a Jávea y pasamos el día en una cala. Pero lo mejor de todo es que Ian y yo nos hemos hecho amigos. He averiguado que tiene treinta y un años, que es cirujano plástico, que le gustan los coches y la velocidad, que su comida favorita es la pasta, que vive en Madrid y que si le dan el trabajo en la clínica de estética de Valencia, se muda. Supongo que eso lo hace para pasar página y olvidar todo lo acontecido con su ex. ¡Ojalá yo pudiera hacer lo mismo! Sin ser conscientes, hemos llegado a una especie de acuerdo no verbal y jamás hablamos de

nuestras historias amorosas pasadas. Ian es divertido, tiene sentido del humor y está más bueno que el pan. ¡Una auténtica joya! Nos reímos juntos y más de una noche nos la hemos pasado en vela, charlando, por culpa de Feli y Mario, que parecen estar viviendo una segunda luna de miel.

Me acabo de levantar y parece que no hay mucho movimiento en la casa. Mientras me preparo el desayuno en la cocina oigo la voz de Ian en la terraza, parece que habla con alguien por el móvil y debe de ser algo importante porque está bastante serio. Bueno, ya le preguntaré luego. Cojo mi taza de café, me siento a la mesa y enciendo la tableta para echar un vistazo al correo. Nada importante. Me acerco la taza a la boca mientras acabo de repasar la bandeja de entrada cuando alguien me suelta por detrás:

—¡Bú!

—¡Ah! —grito, y me pongo en pie de un salto. ¡Mierda, cómo quema el puto café!—. ¡Ay! ¡Quema, quema! —sigo gritando mientras despego la camiseta del pijama de mi barriga, que es donde ha ido a parar el café.

—¡Joder, Ángela! Lo siento —dice Ian, el causante de semejante estropicio—. Quítate la camiseta —niego con la cabeza—. Coño, Ángela, quítatela para que pueda ver si te has quemado la piel. —Y con sus enormes manazas tira de mi camiseta y me deja ¡con las tetas al aire! Rauda y veloz, me tapo los pechos con las manos. Él ni se inmuta por tenerme desnuda de cintura para arriba. ¡Pues vaya éxito tengo con los hombres! Me obliga a sentarme sobre la encimera, me limpia la barriga con un paño seco y observa mi vientre. Me dice que enseguida vuelve y me pide que no me mueva. Tarda poquísimos en regresar y lo hace con unas gasas y una crema para quemaduras; me pone un poco de crema con mucho cuidado y me mira con

cara de pena. Babeo al verlo con esa carita de arrepentimiento.

—Ángela, lo siento, no me he dado cuenta de que estabas bebiendo café.

—Tranquilo, no pasa nada —miento. Pasa que estoy medio desnuda delante de sus narices y él ni se inmuta. Busco mi camiseta de Minnie Mouse y la veo tirada en el suelo. Ian la coge y me la pasa —. Voy a cambiarme —y como un gentil caballero me ayuda a bajar de la encimera.

Salgo de mi habitación veinte minutos después. Al final me he tenido que duchar porque tenía café hasta en las bragas. Por suerte, la quemadura no ha sido nada. Mario y Feli ya se han levantado y junto a Ian, me esperan en la terraza para desayunar.

—Gorda, ¿estás bien? —Al parecer mi amigo les ha dicho lo que ha sucedido.

—Sí, loquita. No ha sido nada.

—De verdad que lo siento, Ángela —vuelve a disculparse Ian, poniendo esos ojitos de perrito

abandonado. ¡Para comérselo!

—Déjalo, ¿vale? No ha sido nada —y le doy un codazo en las costillas para quitarle hierro al asunto. Asiente, sonrío y empezamos a desayunar.

—Por cierto, tengo algo que contaros —dice Ian muy serio. Deduzco que es por la conversación que estaba manteniendo un rato antes—. ¡Me han dado el trabajo! —exclama alzando los brazos en señal de victoria.

—¿En serio? —pregunta Feli.

—¡Genial! —vocifera Mario.

—¡Enhorabuena! —grito mientras me abalanzo sobre él para darle un abrazo. Empujo sin querer la mesa, que se tambalea, y acabo derramando el zumo de naranja sobre Ian—. ¡Joder! —maldigo, mientras Feli y Mario se parten de risa. Miro a Ian, que tiene los pantalones empapados de zumo, él me mira y nos acabamos tronchando los cuatro. ¡Si es que lo que no me pase a mí, no le pasa a nadie!

—¿Qué os parece si salimos esta noche para celebrarlo? Yo invito —comenta Ian mientras trata de limpiarse el zumo del pantalón.

—Por nosotros, estupendo —asegura Mario mientras le da un beso a Feli.

—¿Y tú, doña Calamidades, te apuntas? —me pregunta sonriendo.

—Sí, don Gracioso —le tiro la servilleta de tela en la cara. ¡Este hombre siempre tan ocurrente!

Al final decidimos ir a cenar al Lungomare, una pizzería situada en la calle Marqués de Campo, en el centro de Denia. Lo cierto es que la cena está exquisita. Ian pide una botella de vino italiano, brindamos, reímos, comemos y charlamos. Como hemos dejado el coche de Ian en el puerto, decidimos ir a dar un paseo y acabamos sentados en la terraza del Jamaica Inn, con una jarra de agua de valencia para seguir con nuestra celebración. Tras un par de copas vamos al Trifásic, un pub situado unos metros más allá. Bailamos, reímos y

el garito se empieza a llenar de adolescentes. Agobiados, decidimos ir al Saladino, una especie de discoteca-chiringuito que está en la misma arena de la playa. Nos acercamos a la barra, pedimos unas copas y seguimos bailando. Hace un calor de mil demonios, así que voy a la barra a pedir una botella de agua. No quiero más alcohol. Todavía recuerdo la última resaca. Cojo mi botella de agua, me doy la vuelta y me quedo petrificada.

¿Cómo es posible que, con lo grande que es el mundo, enfrente de mis narices estén el cabrón de Saúl y la zorra de Elena? Entonces recuerdo que los padres de Marisa, la mejor amiga de Elena, tienen un apartamento en esta misma ciudad. Maldiciendo mi suerte, trato de escabullirme por un lateral, pero dos *chonis poligoneras* me impiden avanzar. Agacho la cabeza, hago como que rebusco algo en el bolso-saco y paso por su lado.

—¿Ángela? —pregunta la mala pécora de mi examiga fingiendo sorpresa.

¿Qué hago, respondo o no? Me conozco, me está hirviendo la sangre y si abro la boca seguro que escupo todo lo que llevo dentro y se lía una muy gorda. Así que me quedo paralizada sin saber qué hacer.

—¡Te pillé! —oigo que dice Ian a mis espaldas. Me hace girar sobre los talones, me espachurra contra él y ¡me planta un besazo de película en los labios!

¡Joder! ¡Pero qué bien besa este hombre, por Dios! Me agarro como una garrapata a su cuello, hundo mis dedos en su pelo y le beso como jamás he besado a nadie. Yo no sé si es el alcohol o que este tío me pone a mil, pero me estoy poniendo cachonda con semejante beso. Cuando me suelta, cojo aire para no desmayarme y le planto un piquito en los labios. Me guiña un ojo, me devuelve el pico y me agarra por la cintura.

—Hola, Elena —respondo más tranquila. Se me han pasado las ganas de estrangularlos. Ahora mismo preferiría que en el mundo solo existiéramos Ian y yo— Hola, Saúl.

—Hola, Ángela —saluda el capullo de mi ex—. ¿Qué tal estás?

«Pues chico, ahora mismo, de maravilla. ¿O no has visto el pedazo de morreo que me ha dado el monumento que tengo al lado?»

—Muy bien, gracias —y que conste que esta vez no miento—. Ian, te presento a Saúl y a Elena.

—Encantado —dice sin hacer ademán de saludarles—. Oye, preciosa, ¿volvemos a casa? —me pregunta mientras me agarra por la cintura y me abraza—. Esto se está llenando de gente y hace muchísimo calor. ¿Qué te parece si nos vamos y nos metemos en la piscina?

¡Ay, Dios que me derrito! Su tono de voz ha sido sexy, picante y ardiente. Y encima ha dicho eso mientras su mano derecha bajaba por mi espalda

hasta llegar a mi trasero, que lo ha asido con ganas para apretarme contra él y terminar comiéndome los labios de nuevo.

—Me parece una idea genial —afirmo y reafirmo. «¡Si tú supieras lo que haría yo contigo en esa piscina!»—. Hasta luego —me despido del cabrón y la zorra, agarrada a la cintura de Ian.

Pasamos por el lado de Mario y Feli, y les avisamos de que nos vamos, pero como nos ven agarrados por la cintura —porque Ian no me ha soltado y yo no pienso dar ese primer paso— suponen que pasa algo entre nosotros y nos dicen que volverán en taxi. Así que, agarraditos como dos tortolitos, nos marchamos.

Ian no me suelta hasta llegar al coche. No sé por qué, pero tampoco lo pienso preguntar. Prefiero disfrutar del momento. ¿Que de qué momento hablo? Pues del momento en el que todas las tías nos miran al pasar y me envidian. ¡Qué gustazo da sentirse envidiada por una vez en la vida!

No hablamos en todo el camino de regreso a casa. Yo sigo recordando «el» beso mientras Ian conduce. Después de aparcar y antes de bajar, pone una de sus enormes manos sobre mi muslo y pregunta.

—¿En qué piensas?

—En por qué me has besado —respondo con sinceridad. Ian suspira. ¡Oh, oh! Mal asunto.

—Mario me contó por encima lo que te había pasado con tu ex. Cuando he visto que te quedabas clavada en el sitio sin saber qué hacer, le he preguntado a Feli qué era lo que te pasaba. Ella ha gritado: ¡Mierda, el cabrón y la zorra! Y he deducido que esos dos eran tu ex y tu amiga. De repente, has puesto la misma mirada que me pusiste a mí el día que me estampaste el cucurucho y he pensado que si no hacía algo se iba a liar una bien gorda. Así que he decidido hacerme pasar por tu novio.

—Entiendo —respondo, cortándolo en seco, mientras abro la puerta y me apeo del coche cabreada conmigo misma, con Ian, con Saúl, con Elena y con el mundo.

—Ángela, espera —dice Ian siguiéndome. Intento abrir la puerta de casa, pero recuerdo que las llaves las tiene Feli. Me mosqueo más, aparto a Ian de mi camino y me voy a la terraza. Suelto el bolso-saco en la tumbona, me siento y resoplo.

—Ángela, déjame que me explique —susurra Ian, que me ha seguido y se ha sentado a mi lado.

—Ha quedado todo muy claro. —Mis palabras suenan como escupitajos, del enfado que tengo.

—No, no ha quedado nada claro porque no me has dejado terminar de hablar. —Su tono de voz se endurece, señal de que se está cabreando. Decido mirarlo a los ojos, aún a riesgo de sucumbir ante él, porque tiene los ojos más bonitos del mundo—. Mira, Ángela, me pareces la tía más genial del mundo. Eres divertida, alocada, un poco patosa —

lo fulmino con la mirada por ese comentario—, preciosa e inteligente.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto confundida ante semejante confesión.

—Que me gustas —y acto seguido, para estupefacción y deleite mío, me vuelve a besar.

## VI

¡Me va a dar un infarto como me siga besando de esa forma! Su lengua juega con la mía, me estrecha entre esos brazos que tiene, vuelvo a hundir mis manos en su cabello y me dejo llevar. Yo jadeo, él gruñe, y sus manos se pierden por debajo del top de lentejuelas buscando mis pechos. Los masajea y yo me excito aún más. Decido imitarlo y empiezo a desabrocharle la camisa de lino. Me coge en brazos sin dejar de besarme y se dirige al enorme ventanal que da acceso del salón a la terraza. No recordaba que por ahí se podía entrar en la casa. ¡Vaya olvido el mío! Todavía atrapada entre sus brazos abro la puerta. Ian me baja, me aprisiona entre su cuerpo y la mesa y me quita el top. Me mira las tetas como si fuera un perro famélico. Mete una de sus manos dentro de la copa de mi

Wonderbra y me da un pequeño pellizco en el pezón. Suelto un gritito de placer.

—Me encantan tus pechos —murmura, mientras se pelea con el cierre del sujetador.

—¡Seguro! Con todos los pechos que has operado, te van a encantar los míos. —Ha conseguido quitarme el sujetador y vuelve a mirarme las tetas.

—Nunca me han gustado los pechos de silicona —reconoce justo antes de agarrarme por la cintura y sentarme sobre sus caderas—. Prefiero los naturales. —Agacha ligeramente la cabeza y se pone un pezón en la boca, a la vez que echo la cabeza hacia atrás y jadeo. Él succiona, mordisquea, lame y besa mi pecho, consiguiendo que me ponga como una moto. Luego repite le operación con mi otro pecho y sigo jadeando.

—Bájame —consigo decir.

Extrañado por mi orden, obedece. Termino de desabrocharle la camisa, se la quito, la lanzo al

suelo y lo empujo hasta el sofá. Miro con lujuria su torso atlético y decido comérmelo a bocados, tal y como llevo deseando desde el primer momento en que lo vi. Mientras le acaricio, me observa expectante. Le chupo un pezón y le arranco un gruñido. Paseo mi lengua por sus abdominales hasta llegar al ombligo, e Ian echa la cabeza hacia atrás y sigue gruñendo. Jugueteo con su ombligo mientras me peleo con el botón de sus vaqueros hasta que consigo desabrochárselo. Debajo de los calzoncillos, su pene lucha por salir y decido liberarlo. Guapo, divertido, más bueno que el pan y encima bien dotado. ¡A mí me ha tocado el gordo de la primitiva sin haber jugado! Le acaricio el pene con una mano, mientras con la otra le doy otro pellizquito a su pezón. Ian jadea excitado y decido lamer ese miembro viril. Se agarra al sofá, conteniendo un gemido, mientras yo paseo mi lengua por toda su grandeza. Me meto su pene en la boca y succiono. Ian gruñe de nuevo y

alza ligeramente las caderas. Sigo jugando con su verga hasta que Ian me sujeta la cara con las dos manos, exige que le bese y yo obedezco sin dilación. Me sube la falda y cuele sus dedos bajo mi tanga. Acaricia mi clítoris, hunde uno de sus dedos en mi interior y suspiro como una gata en celo.

—Mi turno —dice con sus labios pegados a los míos.

De repente, deja de besarme, me obliga a bajar de sus caderas, me tumba en el sofá y me desnuda del todo. A patadas, se quita los zapatos, los pantalones y los calzoncillos. Saca la cartera del bolsillo del pantalón y de su interior extrae un preservativo. Lo deja sobre la mesilla de delante del sofá para tenerlo a mano en el momento que haga falta. Se tumba sobre mí, empieza a besarme el cuello, deteniéndose unos instantes en mis pechos, e imita mi gesto anterior paseando su lengua por todo mi vientre. Tiemblo y me

consumo. Llega a mi monte de Venus, me mira durante un segundo, pone esa cara de gamberro que me vuelve loca y me da un lametón en el clítoris. Sigue jugando con mi botón del placer mientras me revuelvo muerta de gusto. Como siga así me voy a correr en menos de un minuto.

Se detiene, me vuelve a observar con esa cara de pillo, coge el condón de la mesa y me carga como si fuera un saco de patatas sobre su hombro, lo que provoca que empiece a reírme. Me da una cachetada en el trasero mientras se dirige a su dormitorio. De una patada abre la puerta y de otra la cierra, mientras yo sigo sobre su hombro. Me deja con cuidado sobre la cama y veo cómo rasga el envoltorio del preservativo. Se lo pone y se acerca a mí como si fuera un felino acechando a su presa. Me abre las piernas, vuelve a hundir su rostro en mi sexo y yo sigo jadeando.

—Ian, por favor —suplico. Necesito sentirlo en mi interior.

—No seas impaciente —me replica con sus labios sobre mi clítoris. Lo muerde con cuidado y juguetea con él. Una oleada de calor recorre mi cuerpo y lanzo un alarido al sentir cómo me corro. Clava su mirada azul en la mía, alza la comisura de sus labios sonriendo como un truhán y me besa, al tiempo que su pene entra en mí lentamente. Lo acojo, mi vagina se amolda a él y empieza a bombear, lentamente al principio, fuerte y rápidamente al final. Un estremecedor gruñido sale de su garganta cuando llega al éxtasis, y yo lo acompaño porque ha conseguido que me corra de nuevo. Me observa, retira el cabello empapado en sudor de mi rostro, me vuelve a besar y sale de mi interior. Se quita el condón, le hace un nudo, lo deja en el suelo y me abraza. Hundo mi rostro en su pecho, extasiada y satisfecha.

—Añado una cualidad más a las que ya tienes —dice de pronto. Levanto la cabeza y le miro. Otra vez pone esa mirada que me derrite.

—¿Cuál? —pregunto anonadada por el momento. Me siento flotar en una nube.

—Deliciosa —y vuelve a besarme. Agotados nos dormimos, sonriendo ambos.

No tengo ni idea de la hora que es cuando me despierto. Abro los ojos, observo que no estoy en mi habitación y sonrío. Pues no, no fue un sueño. Oigo que alguien canta. Frunzo el ceño y decido seguir el sonido de esa voz. Ian está en la ducha canturreando una canción que no conozco. Me río y él se gira. Me observa con una mirada cargada de pasión.

—Trae un preservativo y entra aquí —me ordena y yo, como un manso corderito, obedezco.

Recorre mi cuerpo con un mirada ardiente mientras me acerco a él, lentamente y moviendo mis caderas para excitarlo. Funciona porque su pene se eleva como el mástil de un barco. Me coge por la cintura, de un tirón me mete en la bañera y me planta otro besazo de película en los labios.

Babeo, jadeo y me excito. Saco de nuevo a la *femme fatal* que llevo dentro y le acaricio el pene lujuriosamente mientras le sigo besando. Me aprieta una nalga y yo le pellizco un pezón. Se pone el preservativo, vuelve a cogerme por la cintura y pretende sentarme en sus caderas.

—Ian, que nos matamos —protesto con sus labios pegados a los míos.

—Agárrate con una mano a la mampara y con la otra a mí —dice convencido.

—Ian, con mi mala suerte, seguro que acabamos con una pierna rota —refunfuño, pero me doy cuenta de que no me piensa hacer caso.

—Tú agárrate, doña Calamidades —responde sonriente, por lo que no hago otra cosa más que obedecerle.

Me desliza suavemente sobre su pene. Le clavo las uñas en la espalda, me agarro a la mampara y echo la cabeza hacia atrás. Me besa en el cuello mientras me hace subir y bajar.

—Deliciosa y ardiente —me susurra al oído. Me apoya contra la pared de la ducha y bombea con fuerza, consiguiendo que tiemble de los pies a la cabeza. Grito cuando alcanzo el clímax—. Y fogosa —añade con esa sonrisa que tanto me gusta. Sale de mi interior y yo vuelvo a acariciar su pene entre mis manos. Jadea, gruñe y me besa, ahogando su grito en mi boca cuando se corre—. ¡Dios, cómo me gustas! —¿Verdad que le dije a José que no quería ver a un tío ni en pintura? Pues rectifico. No quiero ver a ningún tío que no sea Ian ni en pintura.

Salimos de la ducha, me enrolló una toalla y le beso de nuevo. Cuando me dispongo a salir del dormitorio, Ian me da otro cachete en el culo, me guiña un ojo y suspiro.

Cuando llego a mi habitación, cierro la puerta y sonrío como una tonta. Nunca he sido una mujer enamoradiza, pero Ian tiene algo que no sé explicar. Tal vez sea que es divertido, inteligente,

guapo, atractivo o que ha conseguido que grite de placer como nunca, pero sea lo que sea, sé que si esto sigue así, acabaré rendida a sus pies, enamorada como una boba. Soy consciente de que esto puede que solo sea un lío de verano, pero si es así, lo pienso disfrutar al máximo. Luego ya lameré mis heridas.

—Quiero que me lo cuentes todo con pelos y señales.

—¡Coño! Feli, te juro que me vas a matar de un susto —la loquita estaba escondida detrás de la puerta y yo ni la había visto.

—Cuenta, cuenta, cuenta —reclama mientras da saltitos delante de mí y tira de mi mano para obligarme a sentarme en la cama.

—¿Qué quieres que te cuente? —me hago la interesante para chincharla por el susto que me ha dado.

—¡TODO! —grita como si la hubiera poseído el mismo diablo y me apresuro a tapparle la boca con

la mano.

—¿Quieres hacer el favor de no gritar, que te va a oír? —la regaña.

—Perdona, bonita, pero el escándalo que has montado ha sido monumental, así que no me callo.

—No me hables de escándalos que tú y Mario me habéis despertado tres noches con vuestros gritos. —Trato de poner cara de enfadada para no partirme de risa, porque se ha puesto más roja que un tomate.

—No cambies de tema y escupe Guadalupe —sigue insistiendo.

—Vale, pesada. —Decido contárselo todo para que me deje tranquila de una vez—. Anoche, en el Saladino me encontré con Saúl y Elena.

—¡Lo sé! —vuelve a gritar como una posesa.

—¿Quieres hacer el puñetero favor de dejar de gritar o no te cuento lo que pasó? —refunfuño exasperada.

—Vale, vale, me callo —y con su mano hace como que cierra una cremallera imaginaria en su boca.

—Fui a la barra a por agua y cuando me di la vuelta me los encontré allí. Elena me vio, se sorprendió y estuve a punto de montar uno de mis numeritos. Pero tú hiciste ese comentario e Ian decidió tomar cartas en el asunto. Se acercó, me besó delante de Saúl y Elena...

—¿Te besó delante de ellos?

—¡Como si no hubieras estado mirando! Ahora dime que no nos viste. Además, ¿tú no te ibas a callar? —protesto de nuevo. Sé que tanto ella como Mario estaban mirando lo que pasaba, por eso no quisieron venir con nosotros. Pero como es una cotilla, decido contarle lo que pasó.

—¡Ups! —Se pone la mano delante de la boca para no volver a abrirla.

—Fingió que era mi novio. Nos fuimos, no nos acompañasteis, y ahora sé por qué, y al llegar aquí

le pregunté por qué me había besado. Me explicó lo ocurrido y que por eso se había hecho pasar por mi novio. Me enfadé y salí del coche más cabreada que una mona.

—Tú y tu carácter —musita.

—Te he oído. —Me saca la lengua y decido seguir contando lo que pasó antes de estrangularla —. En la terraza me dijo que le gustaba, me besó y el resto te lo imaginas porque no te lo pienso contar.

La cara de Feli no me gusta un pelo. Sé que va a soltar alguna burrada de las tuyas y tiemblo, porque como le dé por gritar de nuevo, la despellejo viva.

—Solo una preguntita más. —¡Ay, Señor! Esa cara no me gusta nada—. ¿Está bien dotado?

—¡Feli! —grito—. ¿Pero cómo se puede ser tan bruta?

—Responde —me contesta poniendo cara de gamberra.

—¡Buf! —y con las manos le indico lo que ella espera.

—Chica, las hay con suerte —suspira.

—Mira, pedazo de loca, no suspires tanto que te recuerdo que una vez vi a Mario en bolas y no está nada mal.

—¡Oye! —se queja, yo me río y al final acabamos partidas de la risa sobre la cama. Pasado el momento de confesiones y descojone, Feli sale para que yo me vista. Bikini, vestido playero y chanclas, porque nos vamos a una terraza a comer y luego ¡a montar en moto acuática!

La tarde es maravillosa. Ian me ha dado un beso delante de mi prima y su marido, me ha cogido de la mano cuando nos hemos ido, ha estado pendiente de mí, me ha vuelto a hacer reír y él mismo se ha partido el culo de risa cuando ha visto la leche que me he dado al caer de la moto acuática.

—Calamidades, a este paso te vas a matar antes de que se acaben las vacaciones —me dice mientras me tiende la mano para ayudarme a salir del agua y volver a subir a la moto. Desde esta mañana ha decidido llamarme con ese mote.

—Recuérdame que cuando lleguemos a casa te haga pagar por lo que acabas de decir —refunfuño cabreada conmigo misma. Últimamente parece que me hayan echado mal de ojo.

—¿Con qué? ¿Con carne? —y arranca su moto dejándome con un palmo de narices. Pienso en matarlo, pero luego reflexiono sobre lo que ha dicho. Dibujó una sonrisa maliciosa en mi rostro y le sigo. ¡Te vas a enterar cuando te pille!

De regreso a casa la mala suerte que me acompaña últimamente vuelve a hacer acto de presencia. Estamos parados en un semáforo cuando a nuestro lado se detiene otro vehículo. ¡Y dentro van el cabrón y la zorra! Ian los ve, hace rugir el motor de su cochazo llamando la atención

de Saúl, me agarra por la barbilla y me planta otro de sus espectaculares besos. Hace que el motor vuelva a rugir, saluda a Saúl con la mano y sale disparado a la velocidad del rayo dejando a mi ex atrás y con cara de idiota. Sonrío, pero como soy una cotilla de tomo y lomo, y aun a riesgo de que su respuesta me ponga de mala leche, decido que me aclare mis dudas.

—Ian, ¿puedo preguntarte por qué has hecho eso? —me mira, me sonrío y sabe a lo que me refiero.

—Porque me encanta ver la cara de gilipollas que pone cuando ve que te ha dejado escapar y te ha cambiado por esa recauchutada y *peliteñida*. ¡Hay que ser imbécil!

No lo puedo remediar y me parto de la risa por su comentario. Me siento halagada y algo se mueve en mi interior. Como me siga tratando así y diciendo esas cosas, voy a acabar pilladísima por este tío.

Cuando llegamos a casa son ya las ocho. Enciendo mi tableta y consulto una cosilla que me ronda por la cabeza. ¡Bingo! Vuelvo a sonreír con malicia e Ian se da cuenta.

—¿Qué estás tramando, doña Calamidades? —  
La curiosidad lo invade.

—¿Yo? Nada, ¿por qué? —Decido hacerme la tonta.

—Porque empiezo a conocerte y has vuelto a poner esa cara de estar pensando en liar una bien gorda —y acto seguido me arrebató la tableta de la mano. Para despistarlo, decido captar su atención de nuevo.

—Ian, ¿me prestas tu coche para ir un momento a la ciudad?

—Ni de coña —me responde con cara de susto—. Capaz eres de estamparte contra una farola.

—¡Pero bueno! Si jamás he tenido un accidente —protesto mientras le arrebató la tableta de un tirón.

—¿Discusión de enamorados? —pregunta Feli que acaba de entrar en el salón.

—Más o menos —respondo mientras pongo cara de gamberra. Feli me conoce y sabe que estoy tramando alguna de las mías—. ¿Me prestas el coche, que don Gracioso no me deja el suyo porque no se fía de mí?

—Todo tuyo —me tira las llaves, cojo el bolsosaco, meto la tableta dentro porque no quiero que Ian cotillee y me descubra, y salgo escopetada. Llego a Denia, voy derechita al establecimiento que he consultado en mi tableta, compro lo que estaba buscando y regreso a casa. Ian me mira con cara de susto, Feli se traga su carcajada y Mario alucina en colores. La expresión de mi cara es un verdadero poema de malicia y pillería.

## VII

*I*an sabe que tramo algo, porque no ha dejado de escudriñar mi rostro en toda la cena. Hemos hecho sardinas a la brasa y las hemos regado con litros de cerveza. No estoy borracha, pero sí contentilla. Ríe cuando veo que los dos hombres cuchichean como dos alcahuetas. Feli pasa por mi lado y me mira de arriba abajo.

—Gorda, ¿qué estás tramando?

—Nada —respondo mientras quito los platos y entro en la cocina. Feli me sigue. La curiosidad puede con ella.

—Angelita, que nos conocemos. —Se planta en la puerta con los brazos en jarras y me fulmina con la mirada. Decido que es mejor responder porque si no, no me va a dejar tranquila.

—Voy a hacerle pagar a Ian por un comentario que me ha hecho.

—No entiendo un pimiento —reconoce poniendo cara de incomprensión.

—Loquita, si oís jaleo en el dormitorio de Ian, ni se os ocurra entrar —le guiño un ojo, se pone las manos en la boca y ríe por lo bajito—. Y sígueme el cuento, ¿entendido?

—Hecho —dice mientras chocamos nuestras manos en señal de complicidad.

Después de recoger las cosas de la cena, volvemos a la terraza para seguir charlando, pero mi participación es cada vez menor y trato de aliviar mi cabeza con un ligero masaje en las sienes. Al final Ian pica el anzuelo.

—¿Te encuentras bien? —pregunta con cara de preocupación. Eso hace que me sienta mal, pero sigo fingiendo.

—Me duele mucho la cabeza —susurro bajito para darle más dramatismo a mi farsa.

—Gorda, ¿te pasa algo? —Feli me sigue el rollo.

—Me voy a la cama, chicos. Este dolor de cabeza me está matando. —Me pongo en pie y me sigo frotando las sienes.

—Te acompaño —se ofrece caballerosamente Ian.

Cuando llego a mi dormitorio me tiro en la cama con ropa y zapatos para darle mayor veracidad a mi supuesto malestar. Ian me descalza y me mira fijamente. En el fondo me siento un poco mal por mentirle de esta forma, pero sé que luego me lo agradecerá.

—¿Necesitas algo? ¿Agua, un calmante?

—No. Solo necesito dormir. Ya verás, unas cuantas horas de sueño me vendrán bien. Seguro que mañana ya no me duele. ¡Qué asco de jaqueca! —me quejo teatralmente.

—Bueno, pues entonces te dejo descansar —se inclina sobre la cama y me da un beso en los labios. Me agarro a su cuello con delicadeza.

—¿Te quedas a dormir conmigo? —digo, dejando caer mis pestañas mientras le pongo ojitos.

—Ángela, si me quedo, te aseguro que no vas a dormir —me responde poniendo esa sonrisa de truhán encantadora que tiene. Se deshace de mi abrazo, me vuelve a dar un beso y se va. Antes de salir por la puerta me da las buenas noches.

Espero cinco minutos, doy un salto de la cama y cojo mi bolso-saco, donde tengo guardado todo lo necesario para mi plan. Abro un poco más la ventana y oigo como ellos tres siguen de cháchara en la terraza. Con sigilo abro la puerta de mi dormitorio, corro descalza por el pasillo y me meto en la habitación de Ian sin hacer el más mínimo ruido. Me escondo detrás de la cortina y espero pacientemente.

Media hora más tarde oigo pasos por el pasillo y la puerta de mi habitación que se abre. ¡Mierda! Como sea Ian que ha ido a ver qué tal estoy, la

hemos cagado. De repente se abre la puerta del dormitorio de Ian y oigo a Feli que dice:

—Gorda, ¿estás aquí?

Salgo de mi escondite, la fulmino con la mirada y ella pone cara de susto cuando ve cómo voy vestida.

—Haz el favor de largarte y decirle a Mario que os vais a dormir de una puñetera vez, ¿quieres? —Asiente mientras me mira flipada y sonrío.

—Ian se lo va a pasar de maravilla —farfulla antes de cerrar la puerta. Vuelvo a mi escondite y cinco minutos más tarde, los tres se van a la cama.

Quieta como una estatua espero a que Ian se meta en la cama de una santa vez. Le oigo lavarse los dientes, estirarse como un gato y bostezar. Asomo un poquito la cabeza y veo que solo lleva los calzoncillos. Se mete en la cama y tras tres bostezos más, cierra los ojos y se duerme.

Decido esperar diez minutos y pasado ese tiempo, salgo de mi escondite con tanto sigilo que

parezco un fantasma. Me agacho, repto por el suelo y llego a mi objetivo. Ian está dormido. Salto sobre él y lo esposo al cabezal de la cama.

—¡Joder! ¿Qué pasa aquí? —grita, pero le tapo la boca con mi mano. Se da cuenta de mi trastada y me fulmina con la mirada. Sonríó pícaramente pero él me sigue observando cabreado. Retiro mi mano dispuesta a escuchar sus quejas—. ¿Te has vuelto loca o qué? Por poco me da un infarto.

—No grites —susurro para que baje el tono de voz.

—Ángela, suéltame para que te pueda despellejar. —Su mirada sigue siendo de monumental cabreo, por lo que decido ponerme en pie sobre la cama y mostrarle el atuendo que llevo. Abre los ojos como platos, me mira de arriba abajo, veo cómo le cuesta tragar saliva y cómo su expresión pasa del enfado a la pasión—. Esta me la vas a pagar, Calamidades —le sonrío pícaramente antes de musitar:

—¿Con qué? ¿Con carne? —Cuando se da cuenta de por qué estoy haciendo eso, vuelve a dibujar en su rostro esa sonrisa pícaro, ardiente y traviesa que tiene. Y sé, con toda seguridad, que cumplirá su palabra.

He ido a un *sex-shop* y he comprado unas esposas y un disfraz de policía sexy. Además, he adquirido un bote de pintura de chocolate y pienso untarle todo el torso con ella para luego lamerlo. Ian pelea con las esposas, pero me he gastado una pasta con las mejores que había, así que pasados unos minutos, deja de forcejear y se rinde.

Cojo el pincel y le dibujo una sonrisa en el vientre. Ian encoge el estómago porque tiene cosquillas. Cuando lamo el chocolate, jadea y vuelve a forcejear con las esposas. Le miro, me observa, le pongo unas gotas de chocolate en el pezón izquierdo y lo chupo con voracidad. Gruñe y repito la operación con el otro pezón.

—Ángela, suéltame —gruñe como un animal.

—No. Señor Gracioso ha infringido las normas en la playa y le tengo que imponer su castigo —replico cerca de sus labios—. Y como no dejes de decir que te suelte, te juro por la gloria bendita de mi madre que te amordazo —lo amenazo antes de comerle los labios.

—No serás capaz —farfulla mientras vuelve a forcejear con las esposas.

—¿Quieres apostarte algo? —le chuleo mientras me deslizo sobre su vientre hasta llegar a la entrepierna. Su pene está tan tieso que eso parece una tienda de campaña, así que le quito los calzoncillos. Decido ponerme a su lado, con el trasero en pompa para que pueda ver la braguita brasileña que llevo. Desabrocho dos botones de la camisa de poli que llevo y dejo que mis pechos asomen con descaro. Ian le da un fuerte tirón a las esposas pero ni por esas consigue soltarse. Cojo el pincel, lo mojo en la pintura de chocolate y dibujo dos círculos en su pene. Uno en la punta y otro un

poco más abajo. Jugueteo con mi lengua y su glande, lamiendo con paciencia el chocolate mientras muevo ligeramente las caderas y pongo un poco más el culo en pompa. Al final, acabo metiéndome el pene en la boca y le arreo un chupetón de aúpa.

—Calamidades, tendrás nombre de ángel, pero eres un verdadero demonio.

Lo cierto es que yo no soy así. En mi relación con Saúl he sido bastante clásica. Tal vez por eso se lió con la zorra. Pero desde que vi a Ian, la *femme fatal* que toda mujer lleva dentro ha despertado con fuerza.

—La culpa es tuya. Sacas lo peor que hay en mí —reconozco, aunque él lo toma a broma.

Vuelvo a meterme su verga en la boca y juego con ella unos diez minutos. Ian no deja de gruñir, jadear y darle tirones a las esposas para soltarse. Mantengo la pose descarada y provocadora, para jugar con él y llevarlo hasta el límite pero sin

sobrepasarlo. Cuando noto que el líquido pre seminal sale, dejo de chupar su pene.

Me pongo en pie y muy lentamente me quito la camisa. Ian se queda embelesado mirándome las tetas y decido llevarlo un poco más al límite, así que empiezo a acariciarme los pechos y a darme pequeños pellizcos en los pezones. ¡Dios, me estoy poniendo cachonda perdida!

—Quiero comerme tus pechos —su voz es ronca a causa de la excitación que tiene.

—Todavía no. Cuando lo crea conveniente, don Gracioso. Le recuerdo que esto es un castigo — respondo mientras me quito la falda y me quedo frente a él solo con las braguitas.

Me acerco lentamente al cabezal de la cama; cree que voy a besarlo, pero cuando estoy a la altura de sus labios, retiro la cara y me levanto de la cama para buscar su cartera y sacar un preservativo. Como una gata en celo me vuelvo a acercar a él, me siento sobre su vientre y le pongo

un pecho en la boca. Lo cierto es que me muero de ganas por que me chupe los pezones como solo él sabe hacer. Cuando siento que mi pezón parece el cuerno de un toro miura de lo excitado que está, le dejo que repita la operación con el otro. Jadeo y siento como mi sexo se convulsiona ansioso por acoger su grandeza. Rasgo el envoltorio y saco el condón.

—Calamidades, deberías soltarme para que yo me lo ponga, no sea que lo vayas a romper.

Lo fulmino con la mirada y él sonríe maliciosamente, pero no lo suelto. Le coloco el preservativo, me quito las braguitas y, antes de deslizarme sobre él, decido jugar un poco más y hacerlo sufrir. Así que me chupo el dedo índice con un gesto muy sexy y provocador, y empiezo a acariciarme el clítoris. Jadeo y acerco su pene a mi entrada mientras sigo masajeando mi botón del placer y él pelea por liberarse.

—¡Putas esposas! —oigo que farfulla entre jadeos y gruñidos—. Ángela, suéltame de una vez.

Niego con la cabeza e introduzco su pene en mi interior. Comienzo a rotar las caderas y a subir y bajar lentamente por su grandeza. Ambos jadeamos y yo le imprimo mayor ritmo a mis movimientos.

—¡Bésame! —me ordena. Obedezco porque sus besos son de cine. Me devora los labios mientras sigo subiendo y bajando hasta que explotamos. Nuestros gritos quedan ahogados en nuestras gargantas. Sudada, desmadejada y satisfecha me dejo caer sobre su torso—. Demonio, te juro por lo más sagrado que me las pagarás. —Levanto la cabeza, lo miro, le sonrío y le doy un piquito—. Suéltame de una vez.

—Solo si me respondes con sinceridad. ¿Te ha gustado? —¡Ay que me da un patatús! No me gusta un pelo la cara que pone.

—No —responde secamente y con cara de enfado. Frunzo el ceño y él sonrío maliciosamente —. Me ha encantado.

—¡Serás idiota! —le grito antes de volver a besarlo.

—Soy lo que tú quieras que sea, Calamidades. Pero por lo que más quieras, suéltame que me duelen las muñecas.

—Vale. —Me levanto y me pongo a buscar la llave de las esposas.

¡La madre que me parió! ¿Dónde leches están las llaves? ¡Ay! ¡Qué no las encuentro! Busco y rebusco en los bolsillos del disfraz que llevaba, pero no hay manera. ¡No sé dónde están!

Me agacho y, como mi madre me trajo al mundo, empiezo a recorrer la habitación a cuatro patas como si fuera un perro sabueso. Ian levanta ligeramente la cabeza y me observa. Su mirada cambia y se torna dura. Se está mosqueando y con

razón. ¡¿Cómo se puede ser tan patosa y perder las llaves?!

—¿Ángela? —Mal rollo porque me ha llamado por mi nombre y encima su tono de voz es duro.

—Dame un segundo, por favor —imploro mientras me meto detrás de la cortina. ¡Joder, pero si las había metido en el bolsillo de la falda!

—Espero que esto sea una de tus bromas.

¡Uf! ¡Qué cabreo tiene! Me pongo en pie, lo miro y reconozco lo evidente.

—Ian, no te mosquees, ¿vale? Pero de verdad no las encuentro —agacho la cabeza porque soy incapaz de soportar esa mirada de enfado que tiene.

—Te juro, Ángela, que te voy a despellejar viva —farfulla en voz alta.

—Lo siento, lo siento —digo mientras sigo buscando las dichas llaves.

—Ángela —ha suavizado su tono de voz, supongo que para no ponerme más nerviosa—,

¿las esposas solo traían un juego de llaves?

—¡Eres un genio! —grito mientras me doy cuenta de que no había caído en ese detalle. Salgo escopetada del dormitorio—. ¡Ah! —vocifero. Mario está en mitad del pasillo y yo estoy completamente desnuda.

—¿Pero qué está pasando ahí dentro? —me pregunta.

—¡Date la vuelta! —chillo como una energúmena.

—Perdón —se excusa cuando se da cuenta de que estoy sin ropa.

Me meto en mi habitación, cojo la caja donde iban las esposas, encuentro las otras llaves y vuelvo a salir como alma que lleva el diablo. Mario sigue de plantón en el pasillo. ¡Y encima Feli está a su lado!

—¿Gorda, qué pasa? —pregunta mi prima mientras con una mano le tapa los ojos a su marido porque yo sigo desnuda.

—¿Queréis hacer el favor de quitaros de en medio e ir a vuestro cuarto? —farfallo mientras paso por su lado.

—Quiero que mañana me lo cuentes todo con pelos y señales —me dice Feli. ¡La voy a matar por cotilla! Decido pasar de ella y vuelvo a entrar en el dormitorio de Ian.

—¡Las tengo! —exclamo victoriosa. Me pongo a su lado y lo libero. En cuanto le suelto las manos, me quita las llaves y las esposas.

—Esto, a partir de ahora, lo guardo yo —me responde. No sé decir si está cabreado o me está tomando el pelo. Entonces me doy cuenta de que tiene las muñecas rojas, a causa de los tirones que ha dado tratando de liberarse.

—¡Por Dios, Ian, mira cómo tienes las muñecas! —exclamo mientras doy un salto y me dispongo a salir del dormitorio de nuevo en busca de alguna crema para curarle las muñecas.

—¡Calamidades! —me grita mientras me lanza un albornoz—. No vuelvas a pasearte desnuda por la casa o le dará un síncope a Mario.

—¡Muy gracioso! —mascullo. Me pongo el albornoz y voy a la cocina. Encuentro el tubo de Trombocid, regreso al dormitorio y unto con cuidado las muñecas de Ian—. ¡Mira que eres bestia! —suelto de golpe cuando me doy cuenta de la fuerza con la que debe haber tratado de liberarse.

—La culpa es tuya, Calamidades. En mi vida nadie ha conseguido excitarme, cabrearme y llevarme al límite como tú los has hecho esta noche. —Coge mi rostro entre sus manos y me besa con pasión—. ¿Qué voy a hacer contigo, demonio?

Me quedo como una panoli mirándolo. Su cabreo ha desaparecido y por un segundo me ha parecido ver algo que haría que yo fuera capaz de volar. Voy un momento al baño, me lavo las manos

para quitarme los restos de la crema y vuelvo a la cama con él. Me abraza, me acurruco a su lado y me duermo, consciente de que cuando acaben las vacaciones lameré mis heridas como una idiota.

## VIII

*H*e sufrido el acoso de Feli durante todo el día. Me ha perseguido, interrogado, vuelto a perseguir y acribillado a preguntas. Al final, se ha puesto tan, pero tan pesada, que por no matarla, le he contado lo que pasó anoche. Eso sí, muerta de vergüenza, porque me abochorna pensar que perdí las llaves. La loquita de mi prima se ha pasado media hora de reloj en el sofá riéndose a carcajadas. Yo me he enfadado y muy dignamente he salido a la terraza, para al final reconocer lo evidente: lo de anoche, hoy se ve de otro color y hasta yo me he estado riendo un buen rato. La noche ha sido fantástica, porque la he vuelto a pasar con Ian, esta vez sin esposas. No se ha vengado por la trastada de ayer, lo que me hace pensar que está maquinando una venganza en toda

regla. ¡Virgencita, qué miedo me da pensar en lo que me hará!

Hemos decidido ir a desayunar al centro de Denia. Hoy hay mercado y Feli y yo queremos comprar algo de fruta y verdura fresca. Tengo que empezar a vigilar un poco lo que como, porque entre que me estoy atiborrando y que no me machaco en el gimnasio, a este paso, cuando acaben las vacaciones, mi culo va a parecer una plaza de toros.

Pasamos por la calle Diana e Ian se para en el escaparate de una zapatería llamada Hollywood, a mirar unos zapatos. Al final, entramos todos con él, se los prueba y se los compra. ¡Doscientos veinticinco euros por unas deportivas! A eso se le llama activar la economía y no lo que hace el gobierno. Yo me quedo mirando un bolso de piel de serpiente, babeando. Eso sí, cuando veo el precio, dejo de babear y por poco me da un infarto. ¡Casi seiscientos euros! Eso es

exclusividad y lo demás son tonterías. Después llegamos al Carrió, un bar de esos que lleva toda la vida en esta ciudad y donde se reúne muchísima gente. Pedimos el desayuno e Ian se pone a rebuscar en los bolsillos de las bermudas que lleva.

—¡Mierda! —masculla de repente. Lo miro confusa.

—¿Qué pasa? —me atrevo a preguntar.

—Me he dejado el móvil en la zapatería. Ahora vuelvo —me aclara saliendo disparado. No me extraña que corra a la velocidad de la luz. Mi guaperas tiene el último modelo de iPhone que hay en el mercado. Así que ese teléfono debe valer un riñón y parte del otro.

Le pongo el azúcar a mi café y al de Ian. Los remuevo, me meto un trozo de cruasán en la boca e Ian regresa. Lleva otra bolsa de la misma zapatería. ¿Será capaz de haberse comprado otras deportivas? Sonríe, sonrío y sigue sonriendo

mientras se acerca a mí. ¿Por qué cuernos me mira con esa cara de malicia? Se sienta a mi lado y no dice ni mu. Flipa, me mosqueo y al final le pregunto:

—¿Has encontrado el teléfono?

—Sí —se limita a responder con esa mirada pícara que tiene. Me dan ganas de agarrarlo del cuello, porque sé que ha tramado algo, pero su mirada, su sonrisa, esa barbita de tres días y el beso que me da en los labios mandan al traste cualquier intento de asesinato que se me haya pasado por la cabeza. ¡Si es que me tiene loquita perdida!

Compramos bastante fruta, verdura y algo de pescado fresco. De regreso a casa Ian está muy callado. Trama algo, de eso estoy segura. Mientras las mujeres guardamos la compra, Ian y Mario ponen la mesa. Comemos una ensalada fresquita y pescado a la plancha. Hace un calor de mil demonios y me está entrando la morriña, así que

decido ir a dormir un poco la siesta. Ian no me acompaña, lo cual viene a corroborar que se trae algo entre manos.

—¡Ian! —chillo cual poseída por el demonio cuando veo lo que hay encima de mi cama, pero no me responde. Lo agarro y salgo del dormitorio bufando como un toro miura—. ¡Ian Gutiérrez Smith! ¿Te has vuelto loco? —vocifero castigando a mis cuerdas vocales. Él ni se inmuta, mi prima flipa en colores y Mario no tiene ni pajolera idea de lo que pasa.

—Ángela, no sé de qué me hablas. —¡Ay, que lo mato! Ya está con la ceja levantada y la mirada de pillo.

—¡Me has comprado un bolso de seiscientos euros! —grito desgañitándome.

—¿Qué?! —aúlla Feli con los ojos a punto de salirsele de las órbitas.

—Solo te he comprado un bolso, Calamidades. He visto que te gustaba y he decidido darte una

sorpresa. ¿Cuál es el problema? —me responde tan tranquilo mientras se termina el granizado de café.

—Ian, ¡vale seiscientos euros! No puedo aceptarlo. —Me hago la digna, porque en realidad sí que puedo, pero no debo. Deja el vaso en la mesa, se pone en pie y da dos pasos hasta situarse frente a mí. La expresión de su cara ha cambiado y se está mosqueando.

—Ángela, si no te quedas el bolso, me voy a cabrear.

¡Eso es chantaje puro y duro! Quiero gritar.

—Ian, por Dios, ¿cómo quieres que lo acepte? —contraataco aún a riesgo de que pille el rebote del siglo.

—Sencillo, me das las gracias y un beso en los labios.

¡Este hombre es imposible!

—Ian, esto es una locura. —Me ha convencido de lleno. Cuando me mira así, no puedo negarle

nada, lo cual es muy perjudicial para mi desquiciado equilibrio mental, todo sea dicho.

—Lo sé, Calamidades. Pero es que me vuelves loco —musita antes de regalarme uno de esos besos de película que da.

Es definitivo. ¡Estoy enamorada de Ian! Y no es por el hecho de regalarme el bolso. No, es algo más profundo. En el poco tiempo que hace que lo conozco y que hemos compartido, me he dado cuenta de que no hay otro hombre como él en el mundo. Es atento, divertido, alegre, inteligente, atractivo, guapo y me mira como jamás me han mirado. Me río con él, es capaz de hacerme gritar de placer como nunca he gritado, pero también podemos mantener una conversación seria cuando no nos da por soltar tonterías a diestro y siniestro. Sé que es una locura, pero no puedo mandar sobre mi corazón. Y este ha decidido latir desbocadamente por Ian. Así que más loca que de costumbre, alelada y feliz, paso los días que me

quedan en Denia junto a Ian, la loquita de Feli, que está emocionadísima, y Mario, que tiene que aguantar las locuras y trastadas de los tres compañeros de vacaciones.

Feliz como una perdiz, regresamos a Valencia tras los quince mejores días de mi vida. Como apunte mental debo recordar que el día que vea a Saúl y a Elena les dé las gracias por haberse liado. Porque si no, no hubiera conocido a Ian. De hecho, esos dos han dejado de ser el cabrón y la zorra. Ahora solo son Saúl y Elena.

Ian decide que se va a quedar en un hotel mientras busca piso, y Mario y Feli le montan un numerito de aúpa. Al final, intercedo por Ian y propongo que paguemos la habitación a medias y vayamos juntos, para que dejen de darle la brasa. ¡Joder, un poco más y se lo comen! Pero cuando hemos dicho que nos íbamos juntos, han sonreído como dos alelados y han callado ipso facto. Creo

que Feli y Mario están más ilusionados que yo en mi relación con Ian.

Una vez en el hotel, Ian decide que es el momento de cumplir con su palabra. En cuanto entramos en la habitación, me arrebató la maleta de las manos, me cogió en brazos, me tira en la cama y saca las esposas y un pañuelo de seda negro.

—Calamidades, es el momento de mi venganza.  
—Me pongo a temblar expectante y nerviosa ante lo que me va a hacer. Él sonríe como un truhan.

Me quita el top, pero por desgracia, no puede atar mis muñecas al cabezal de la cama. No obstante, me esposó y me pone los brazos por encima de la cabeza.

—Te prohíbo que muevas los brazos ni un milímetro hasta que yo te lo ordene —me susurra con voz sexy antes de besarme. Me limito a asentir porque soy incapaz de decir ni media sílaba. Coge

el pañuelo de seda y con cuidado me venda los ojos para que yo no vea lo que me hace.

—Ian... —voy a protestar, pero sus labios sellan los míos.

—¡Shhh! Déjate llevar, Ángela. Prometo no decepcionarte. —Sus labios recorren mi piel hasta llegar a la cinturilla del pantalón—. Si en algún momento hay algo que no te guste, dímelo. Pero si no es así, solo quiero oírte jadear y gritar de placer —y con esas palabras consigue fundirme los plomos y hacer de mí su santa voluntad.

Me desabrocha los pantalones, oigo cómo se desnuda, me quita el sujetador sin tirantes y las braguitas, recorre mis piernas de abajo a arriba con sus labios, cubriéndolas de besos cargados de erotismo. Llega a mi monte de Venus y cuando pienso que va a hundir su rostro en él, me sorprende dándome un casto beso en el clítoris, para seguir ascendiendo por mi vientre hasta llegar a mis pechos. Pero tampoco los besa, chupa, lame

o masajea. Siento su respiración a escasos milímetros de ellos, escucho un extraño ruido y de pronto me frota un cubito de hielo sobre un pezón.

—¡Joder! —grito, pero él me acalla con sus labios.

—¡Shhh! Deja que estimule tu pezón. Luego jugaré con él —dice.

¡Como esto siga así se me van a caer los pocos tornillos que me quedan en su sitio!

Pasea el hielo por mi pecho derecho, consiguiendo que me ponga como una moto. Luego se mete mi excitado pezón en la boca y empieza a jugar con él, lamiéndolo y succionándolo, mientras repite la operación del cubito de hielo con mi otro pecho. Aúllo de placer y él suelta una risita perversa, maliciosa y traviesa. No tengo claro cuál de los dos se lo está pasando mejor. Coge otro cubito y me lo restriega con cuidado por el vientre, mientras su lengua sigue jugando con mis pezones. Siento el agua fría recorrer mi monte de Venus y

me estremezco de placer. Pone el hielo en mi clítoris, lanzo un chillido y me obliga a mantener las piernas cerradas para que el hielo no se mueva de su sitio. Ardo en llamas y sé que ese pedazo de hielo no va a durar más de dos segundos en su sitio, porque se derrite a la velocidad de la luz, igual que yo. Sigue gruñendo mientras sus manos recorren mi cuerpo y sus labios se pasean de un pecho al otro.

—Tienes los pechos más bonitos que he visto en mi vida —confiesa antes de besarme febrilmente. ¡Me va a dar un infarto!

Con cuidado me obliga a abrir las piernas y hunde su rostro en mi sexo. Siento cómo su lengua lame mi botón del placer y noto cómo hunde uno de sus dedos en mi interior. Me excito más y me penetra con dos dedos mientras gruñe sobre mi clítoris. Jadeo, tratando de no ahogarme. Me cuesta respirar y me retuerzo de placer. Su lengua se desliza hasta la entrada de mi sexo y se adentra

en él. Me estremezco y él me da un pequeño mordisco en los labios de la vagina. Vuelve a recorrer mi vientre con la lengua; mi cuello con los labios; me besa con pasión y me obliga a darme la vuelta y a ponerme boca abajo. Otro hielo se pasea por mi columna vertebral mientras me sujeta por el vientre y me obliga a flexionar las rodillas y poner el culo en pompa. Estoy totalmente expuesta a él y no me importa, aunque me retuerzo cada vez que una oleada de calor recorre mi cuerpo. Me abre las piernas y vuelve a pasear el hielo por mi sexo. Me besa las nalgas, oigo cómo lanza el cubito al suelo y me vuelve a introducir dos dedos fríos como un témpano. Grito de placer y él musita:

—Me vuelves loco, demonio.

Estoy a punto de correrme. El calor se agolpa en mi sexo. De pronto oigo el sonido de algo que vibra. ¡Me voy a morir de gusto! Pone un estimulador de clítoris sobre mi botón del placer y

me sigue penetrando con dos dedos. Saca los dos dedos e introduce su glande en mí. Lo mueve, lo introduce un milímetro más, lo saca y vuelve a penetrarme con dos dedos. Se inclina sobre mi espalda, la recorre con la lengua, vuelve a sacar los dedos y a introducirme la punta de su pene. Muevo ligeramente las caderas, porque quiero que se hunda del todo en mi interior.

—Quieta, Calamidades —me ordena mientras mueve su glande en mi interior—. Hoy mando yo —me dice con voz ronca al oído—. Voy a introducirte tres dedos. Si te hago daño, dímelo.

Pero no, no me causa dolor ninguno. Todo lo contrario. Sigo jadeando de placer cuando sus dedos entran y salen. El estimulador del clítoris sigue en su sitio, dándome placer extremo. Tiemblo de los pies a la cabeza, mi clítoris está hinchado y a punto de estallar. Muerdo la almohada, ahogando un chillido de placer cuando

él muerde con cuidado mi botón y juguetea con él hasta conseguir que me corra.

—Adoro oírte gritar —murmura en mi oído. Me da un cachete suave en el trasero, me pone boca arriba, me ayuda a levantarme y quedo de pie ante él. Andamos unos metros hasta que mi espalda tropieza con la pared. Me coge por la cintura y obliga a mis piernas a rodear sus caderas y a mis brazos esposados a sujetarse de su cuello. Siento su punta roma a punto de penetrarme.

—Ian, el preservativo —susurro entre jadeos.

—No pienso ponérmelo. —Su aliento acaricia mi cuello—. Sé que tomas la píldora y no quiero que haya nada entre tú y yo. Quiero sentirte por completo, demonio. Sentir que eres mía —y con una fuerte estocada me penetra.

Se queda unos segundos quieto en mi interior, mientras mi vagina se amolda a su grandeza. Vocífero de placer, por sus palabras y por sus embistes. Sus manos sujetan mis glúteos y me

ayudan a moverme. Sigo jadeando; sus labios devoran los míos; gruñe mientras me embiste con fuerza y ambos chillamos de placer cuando alcanzamos el clímax. Estoy empapada de sudor. Ian retira la venda de mis ojos y me clava su mirada. Sonrío, satisfecha y feliz. Me besa en los labios y me conduce a la cama, me tumba con cuidado mientras sigue hundido en mí. Libero su cuello, él sale con cuidado y busca las llaves de las esposas. Suelta mis manos, se tumba a mi lado y me abraza sonriente. ¡Si esto no es el paraíso, se le parece muchísimo!

## IX

Llevamos un rato abrazados, en silencio. Estoy flotando en una nube de felicidad y satisfacción.

—Ángela, ¿puedo preguntarte algo? —Alzo la cabeza de su torso y lo miro sonriente.

—Claro, dispara.

Ian se incorpora ligeramente en la cama y apoya su espalda en el cabezal. Sobre la mesita de noche veo las esposas y el pañuelo de seda.

—Nunca habías jugado así con un hombre, ¿verdad? —observa mi rostro, que refleja la confusión que siento por esa pregunta—. No quiero que pienses que me estoy metiendo donde no me llaman, pero he notado que parecía que era la primera vez que te involucrabas en este tipo de juegos sexuales.

—¿Tanto se me ha notado? —respondo, abochornada por mi inexperiencia, expresando mis

pensamientos en voz alta.

—Un poco, pero me encanta saber que soy el primero en esto —me confiesa antes de darme un beso.

—¿Y tú? ¿Has jugado antes? —pregunto sacando a relucir a Doña Cotilla.

—Mi primera novia era dada a este tipo de juegos. Pero llegó un momento en que me propuso ciertas cosas que no estaba dispuesto a aceptar.

—¿Qué tipo de cosas? —Ha despertado la curiosidad que hay en mí y soy incapaz de cerrar la boca que tengo.

—Tríos, intercambios de parejas. Ese tipo de cosas. —Su mirada se clava en mí—. No me gusta compartir lo que es mío. —Su dedo acaricia mis labios. Hay algo más que me quiere decir, pero se lo piensa. Mando a doña Cotilla callar y espero que diga eso que le ronda por la cabeza—. ¿Sería muy atrevido por mi parte considerarte mía, Calamidades?

—Sería muy estúpido por tu parte que no lo consideraras, Gracioso —respondo como una tonta enamorada. Se limita a sonreír, a darme otro beso, a abrazarme y a tumbarse de nuevo en la cama para que demos descanso a nuestros cuerpos.

Nos quedamos fritos. Estoy agotada, peor que si hubiera estado en el gimnasio tres horas seguidas. No sé cuántas horas dormimos, pero al final, el timbre de mi móvil me despierta. Es la loquita, pero no le respondo y me hago la remolona entre los brazos de mi morenazo. Tres minutos después vuelve a sonar el dichoso teléfono, pero lo sigo ignorando mientras continúo abrazada a Ian. Un minuto después vuelve a sonar. Ian lo coge, descuelga y pone el manos libres.

—Gorda, ¿se puede saber dónde y qué estás haciendo? —Ian me incita con la mirada a que le responda.

—Tratando de dormir, pesada —refunfuño.

—¡Pero si son las siete de la tarde! —exclama—. ¿Vais a venir a cenar Ian y tú? —miro a Ian sin saber qué responder, así que él toma la iniciativa.

—Feli, sabes que te adoro, pero te pido que dejes de dar la brasa —sofoco una risa por su comentario y la exclamación que le ha arrancado a mi prima—. Me gustaría que por hoy me dejaras seguir disfrutando de tu prima. Mi chica está agotada y quiero que descanse, porque dentro de un rato, pediré al servicio de habitaciones que nos suban la cena, una botella de cava y chocolate fundido. La cena es para recobrar fuerzas, el cava para brindar por lo maravillosa que es mi demonio y el chocolate para untarla con él, comérmela entera y volver a hacerle el amor. Ya nos vemos mañana para desayunar. Besos loquita —y le cuelga. Lo miro con cara de flipada y al final decido preguntar.

—¿Eres consciente de que mañana va a estar todo el día dándome la paliza hasta que le cuente

lo que hemos estado haciendo?

—Sí, soy consciente, pero me importa un pimiento. Cuéntale todo lo que quieras, porque no he dicho nada que no sea verdad. Tú y yo no salimos de esta habitación hasta mañana. Y ahora, Calamidades, hazme el favor de poner el teléfono en silencio o apagarlo para que podamos dormir un rato. Porque pienso cumplir a rajatabla lo que le acabo de decir a Feli.

Sonreímos con malicia, obedezco y apago el dichoso móvil, antes de volver a abrazarme a él para descansar un rato. El resto de la noche no consigo dormir mucho, pero me importa un carajo. Es la mejor noche de mi vida. Y el culpable se llama Ian.

¡Dicho y hecho! Feli me ha acribillado sin compasión. Me ha faltado un pelo para mandarla a tomar viento fresco, pero al final he decidido responderle a medias. Nos hemos ido un rato a un

*sex-shop* y he incitado a Feli a comprar unas esposas y un pañuelo de seda.

—Loquita, con eso y un cubito de hielo, te aseguro que eres capaz de ver las estrellas. Échale imaginación y ya me cuentas qué tal te va esta noche.

—¿Y tú desde cuándo usas estas cosas? —me pregunta señalando con la cabeza la bolsa que llevo.

—Desde que he conocido a Ian. Ese hombre saca a la loba que llevo dentro.

—¡Ay, gorda! ¡Qué miedo me das! —exclama.

—Pues tiembla, loquita, tiembla —apostillo. Sonriendo como dos niñas que acaban de cometer una trastada, regresamos a casa de mi prima. Guardo lo que he comprado en el bolso-saco, porque no pienso utilizarlo todavía. ¡Ya llegará el momento oportuno!

Tres días después, Ian ha encontrado piso en Valencia para mudarse. Así que alquila una

furgoneta y se va durante dos días a Madrid para recoger sus cosas. Me ofrezco a acompañarlo y ayudarlo, pero deniega mi oferta con mala cara y malas formas. No sé por qué me ha respondido así, pero me quedo con un mosqueo de tres pares de narices. ¡Ni siquiera me ha dado un beso de despedida! Obviamente abandono el hotel y me traslado a casa de Feli, pero antes decido pasar por una farmacia y comprarme tapones para los oídos. Si esos dos montaron el escándalo del siglo en Denia, no quiero ni pensar lo que harán ahora que a Feli le ha dado por gastarse el sueldo de un mes en el *sex-shop*.

Sigo cabreada con Ian por no dejarme acompañarlo y por responderme de mala manera. No sé qué leches le pasó para hablarme así, pero por mis *huevarios*, que me las pagará. Eso sí, cuando me cabreo me da por limpiar como una loca, así que tras sacarle brillo a la casa de Feli, que no se atreve a decir ni mu porque sabe por qué

estoy haciendo eso, decido ir a limpiar el apartamento de Ian, para que cuando llegue pueda dejar sus cosas allí. Sé que es un comportamiento un tanto contradictorio, pero necesito mantenerme ocupada o soy capaz de alguna burrada de las mías. Barro, friego, limpio el inexistente polvo, los cristales, las lámparas, los armarios, el zócalo de toda la casa, la nevera por dentro y por fuera, el horno, el microondas, el baño pequeño y me encierro en el grande a darle un buen repaso. Limpio el váter con lejía, el lavabo, el bidé, la bañera y los azulejos de arriba abajo. Estoy recogiendo los útiles de limpieza cuando oigo a Ian hablar con alguien en el dormitorio principal.

—¿Te gusta, Caro? —pregunta Ian con voz alegre. ¿Caro? ¿Quién puñetas es Caro?

—Mucho, Ian —responde una mujer—. Tiene mucha luz, es espacioso pero sin llegar a ser demasiado grande. Sí, definitivamente me gusta mucho.

—Pues ya lo sabes, preciosa. Cuando quieras, puedes venir y quedarte conmigo.

¡Será cabrón! Por eso se negó a que lo acompañara a Madrid. ¡Porque tiene otra *amiguita* allí! Me hierve la sangre, bufo como un toro, aprieto los puños, me chirrían los dientes y estoy tan cabreada que sé que tengo hasta la raíz del pelo roja. ¡Este no conoce a Ángela Montero Vaquer!

Abro la puerta de sopetón y me quedo mirando a la *amiguita* de Ian. Alta, morena, de ojos marrones, un tipazo de aúpa, unas tetas perfectas, un trasero impresionante y guapa a rabiar. ¡Qué asco dan las tías que parecen sacadas de una revista de moda! Luego miro a Ian y lo fulmino con la mirada.

—Ángela, ¿pero qué haces tú aquí? —me pregunta confundido.

—Pues mira cariño —comienzo a soltar con sarcasmo—, resulta que como el otro día me

dijiste que me considerabas tuya, pensé que tal vez querías que te acompañara a Madrid a recoger tus cosas. Pero al final, no quisiste y me he dedicado a hacer ¡la imbécil!, eso es lo que hago —¡hale, la vena borde contraataca!—. ¿Por eso no querías que te acompañara, verdad? Porque ya tenías quién te ayudara, ¿cierto? Yo aquí como una gilipollas limpiándote el piso para cuando vengas, mientras tú te lo pasas en grande con tu *amiguita*. ¡Eres un capullo! —concluyo lanzándole la bayeta que llevo en la mano a la cara.

Ian mira a la tal Caro, ella me mira a mí, yo sigo matándolos con la mirada y al final Ian explota y se ríe a carcajadas.

—¿Qué coño tiene tanta gracia?! —grito desgañitándome.

—Tu ataque de cuernos —me responde el muy sinvergüenza en todo el careto sin dejar de reír.

—¡Te vas a tragar el mocho, gilipollas! —agarro la fregona y doy dos pasos hasta él dispuesta a

cumplir mi amenaza. ¡Por mi madre que este capullo se entera de quién soy yo!

—Quieta, Calamidades. No es lo que te estás imaginando —Me arrebató el mocho de las manos y me sujeta entre sus brazos. Intento hundir mi rodilla en su entrepierna, pero no lo consigo, así que le arreo el pisotón del siglo. Pero como tengo esta dichosa mala suerte, yo llevo chanclas y él zapatos de piel, con lo que ni nota mi pisotón—. ¿Quieres estarte quieta de una puñetera vez y dejar que me explique?

—No quiero que me expliques nada porque todo está muy claro. Quiero que me sueltes —vocifero mientras sigo luchando por liberarme de su abrazo.

—Tenías razón, Ian. ¡Menudo carácter tiene!

—¡Tú no te metas, guapita de cara! —le chillo a Caro.

—Ángela, como no pares te juro que te arreo una cachetada. —Se está mosqueando. ¡Pues genial, así seremos dos los cabreados!

—No tienes cojones. —¡Madre mía que manera de soltar tacos! Parezco una barriobajera.

Pero sí, sí tiene cojones y me arrea en todo el trasero con tanta fuerza que sé que me ha dejado la mano marcada. Levanto la mano, dispuesta a cruzarle la cara de un sopapo, pero la agarra el vuelo, me obliga a doblar el brazo poniéndolo en mi espalda y me besa con avaricia. Forcejeo con él, trato de morderle los labios, pero los aparta justo a tiempo. Levanta la ceja, sonrío, pone esa maldita cara que tanto me gusta y acerca con cuidado sus labios a los míos, para besarme con ternura y pasión al mismo tiempo. ¡Y yo, como la mayor gilipollas del mundo, le correspondo!

Permanecemos quietos unos segundos, él escudriñando mi rostro para averiguar si sigo cabreada y yo maldiciendo lo subnormal que soy. Al final, Ian rompe el silencio.

—Te he echado de menos, Calamidades.

—Deja de llamarme así, o te juro por mis *huevarios* que te arranco la cabeza del sitio.

—¿Tus qué? —pregunta frunciendo el ceño.

—¡Mis *huevarios*! —chillo mientras me señalo el lugar exacto en el que se encuentran mis *huevarios*, que no son otra cosa más que mis ovarios.

—¡Eres única, demonio, única! —me responde Ian descojonándose en mi cara. Me agarra el rostro entre esas manos enormes que tiene y me vuelve a devorar los labios. Oigo carraspear a Caro a mis espaldas.

—Será mejor que me des una explicación antes de que me vuelva a subir la mala leche y termine cometiendo un asesinato doble —miro a Caro con cara de perro rabioso.

—Caro, esta es mi chica, Ángela. Calamidades —lo fulmino con la mirada—, te presento a mi hermana, Carolina. Caro, para la familia y los amigos.

¡Ay, Diosito de mi vida!

—¿Tu hermana? —ambos asienten y yo me pongo más roja que un tomate—. ¡Ay, Señor, qué cagada! —exclamo en voz alta

¡¿Por qué me tengo que dejar llevar siempre por este dichoso carácter que tengo?!

¡Quiero que la tierra se abra y que me trague!  
 ¡Pero antes me cargo a Ian! El muy sinvergüenza  
 sigue riéndose mientras yo me quiero morir. ¡Qué  
 bochorno! Me siento sobre la cama y hundo la cara  
 entre las manos para que Caro no vea que estoy  
 más roja que un tomate.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de reírte? —  
 mascullo entre dientes.

—Ni lo sueñes, Calamidades. Me lo estoy  
 pasando en grande. —Retiro las manos de la cara  
 y veo que está apoyado en la puerta del armario,  
 con los brazos cruzados delante del pecho,  
 riéndose con ganas.

—Te juro por lo más sagrado que esta me la vas  
 a pagar, so capullo —lo amenazo.

—¿Con qué, demonio? ¿Con carne? —me  
 replica mientras se vuelve a partir de risa. Cojo un

cojín y se lo estampo en toda la cara, lo que le provoca otra sonora carcajada. ¡Se acabó! ¡Voy a estrangularlo! Doy un salto, dispuesta a despellejar a este granuja, pero Caro se planta frente a mí.

—Ian, cállate de una vez. —Me coge de la mano y me observa con cariño—. No le hagas caso a ese capullo. Empecemos de cero, ¿vale? —me da un abrazo y dos besos en las mejillas—. Hola, soy Carolina, la hermana de Ian, pero puedes llamarme Caro. Tú debes de ser Ángela, ¿verdad? Mi hermano me ha hablado mucho de ti.

—Encantada de conocerte —respondo siguiéndole el juego a Caro. Lo cierto es que está consiguiendo que me calme. Miro a Ian, me saca la lengua y me guiña un ojo. Luego vuelve a poner esa puñetera cara que me vuelve loca y le devuelvo la sonrisa. Pero para mis adentros me juro que me las pagará—. ¿De verdad ese

sinvergüenza te ha hablado de mí? Porque a ti, ni te ha mencionado.

—Muy bonito, Ian, muy bonito. —Se gira para regañarlo y luego vuelve a prestarme atención—. Seguro que tampoco te ha dicho que tenemos otra hermana más pequeña, de veinte años, que se llama Alicia.

—Pues no, eso tampoco me lo ha contado. —Nos giramos las dos y lo fulminamos con la mirada. A lo que él, no tiene otra brillante idea que alzar los hombros y decir:

—¿Qué quieres que te diga, Caro? Hemos tenido cosas más importantes de las que ocuparnos. —Recorre mi cuerpo con una mirada cargada de deseo, pasión y sexo loco. ¡Palabrita de Angelita que lo despellejo en cuanto pueda!

—A mí, cara dura, no quiero que me cuentes nada, pero luego no te sorprendas al ver que reacciona de esa forma cuando te ve aparecer con una mujer que no tiene ni puñetera idea de quién es

—Caro empieza a caerme muy, pero que muy bien. ¡Qué pedazo de bronca le está echando!—. Yo te explicaré lo que le pasa a este cabeza de chorlito, cuñada. —Me agarra del brazo, pasamos por delante de las narices de Ian que sigue riéndose y nos vamos al salón. Allí veo parte de las cosas de Ian, pero sigo a Carolina y nos sentamos en el sofá —. El motivo por el que mi hermano no ha querido que lo acompañes a Madrid a recoger sus cosas, es porque todos sus bártulos estaban en el garaje de la casa de nuestra madre. Una mujer adorable, pero difícil de llevar.

—¿Y eso, por qué? —¡Porras! doña Cotilla ha vuelto.

—¿Sabes algo de lo que le pasó a Ian con su exmujer?

—Caro, no empieces. —El tono de voz de Ian se ha endurecido. Al parecer no le gusta recordar aquello, o no quiere que yo lo sepa.

—Empezaré si me da la gana, Ian, porque estoy haciendo algo que tú deberías haber hecho —y con esto manda callar a su hermano y prosigue hablando conmigo—. Ian se casó hace dos años con Miriam, una chica que conocía desde hacía pocos meses. Era mona, pero un poco estúpida. —Contengo una sonrisa porque cada vez me gusta más mi nueva cuñada—. Nunca me gustó Miriam, porque parecía demasiado perfecta para ser real. Llevaban muy poco tiempo casados cuando comenzaron los problemas. A Miriam le dio por salir mucho de fiesta, la echaron de su trabajo y cada vez sus broncas con mi hermano eran más seguidas y más gordas. Una noche vi a Miriam con una chica que yo conozco, que es lesbiana. No tengo nada en contra de las personas homosexuales, pero Elvira nunca fue una buena influencia. Fui al baño y las vi dándose el lote. No me lo podía creer, así que les hice una foto con el móvil. Al día siguiente llamé a mi hermano y le

conté lo que había visto. Ian me confesó que su matrimonio era un auténtico desastre. Toda la familia nos habíamos dado cuenta de que algo no iba bien, porque Ian había dejado de ser ese hombre alegre, divertido, gamberro y adorable que conocíamos, pero nadie, y asumo mi parte de culpa, nos habíamos sentado a hablar con él para saber qué era lo que le pasaba. Ian me relató que a los escasos dos meses de estar casados, Miriam empezó a mostrarse arisca, reacia a tener relaciones sexuales con él, a estar siempre a la greña, que discutían por lo más mínimo. Cada día era un infierno para mi hermano. Tras nuestra charla tomé la decisión de ir todas las noches, después de trabajar, un rato a verlo, y una noche Miriam llegó con una amiga y nos la presentó como su amante. Me puse echa una energúmena y si no llega a ser por Ian, la mato allí mismo. Pero mi hermano me dijo que no valía la pena. Cogió sus cosas y esa noche durmió en mi apartamento.

Una semana después, mi hermano ya les había contado a mis padres lo sucedido y había regresado con ellos. Descubrimos que Miriam quería una suma desorbitada de dinero para devolverle la libertad a mi hermano. Al final, hace cuatro meses consiguió el divorcio, después de estar litigando con Miriam durante más de cinco meses.

—¿Qué tiene que ver todo esto con vuestra madre? —Esta vez no se lo pregunto a Caro, sino al propio Ian, que se ha sentado frente a nosotras y nos observa en silencio. Mejor dicho, me observa en el más completo de los silencios.

—Cuando regresé a casa de mis padres, mi madre se volvió más sobreprotectora de lo que ya es. —Ian tiene la mirada triste y eso no me gusta—. Mamá empezó a agobiarme, a no dejar de llamarme cada media hora, siempre quería saber a qué hora me iba a trabajar, a qué hora volvía, con quién quedaba, con quién salía a cenar, qué

película iba a ver al cine. Un auténtico calvario. ¡Bastante tenía con lidiar con el abogado y Miriam como para aguantar eso también! Y cuando conseguí el divorcio, la cosa fue peor. En cuanto una amiga se me acercaba, mi madre sacaba a la leona que lleva dentro; no sabes la de veces que he tenido que pedir disculpas por sus comentarios desafortunados y de muy mal gusto; millones. Ya no podía más y se me presentó la oportunidad de la clínica de Valencia. Ni me lo pensé, pero no le dije nada a mi madre. Mi excusa era que venía a pasar las vacaciones con Mario y Feli. Mi madre no protestó porque conoce a tu prima y a su marido, aunque me ha estado acribillando a llamadas que no he respondido. Cuando llegué a Madrid para hacer la mudanza, lo primero que hice fue ir a casa de Carolina para que me acompañara a casa de mis padres. Temía tanto la reacción de mi madre que no me atrevía a ir solo y le pedí a mi hermana que viniera conmigo. En

cuanto ha visto la furgoneta le ha cambiado la cara, pero cuando le he explicado que me mudaba a Valencia ¡me ha montado un numerito de aúpa!

—Pues tienes suerte de que solo te haya montado un número. —Se me parte el alma al escuchar por lo que ha tenido que pasar, pero no apruebo su comportamiento—. Mi madre te hubiera despellejado vivo. Eso que has hecho es muy egoísta, Ian. Es tu madre, te ha visto sufrir y quiere que estés bien.

—Cuñada, tú y yo nos vamos a llevar muy bien —me responde Caro—. Te dije que obrabas mal, Ian.

—¡Genial! Ahora os tengo a las tres en contra —farfulla Ian entre dientes.

—A mí no me tienes en contra, hermanito. Te adoro y lo sabes. Pero no lo has hecho bien. Y eso también lo sabes.

—Y a mí tampoco me tienes en contra, Ian. Pero no apruebo lo que has hecho con tu madre. Una

madre solo quiere lo mejor para sus hijos. —Ian me fulmina con la mirada y sé por qué—. No me mires así que sabes que tengo razón —me sigue matando a miradas, así que decido contarle lo que me pasó a mí, porque nadie mejor que yo le entiende—. Tú y yo hemos llegado a una especie de acuerdo no verbal por el que no nos hemos preguntado por nuestras relaciones pasadas. Sabes por encima lo que me pasó con Saúl, pero te voy a contar cómo fue todo, porque créeme si te digo que te entiendo mejor que nadie en el mundo. —Trago saliva, me seco las palmas de las manos en la falda e Ian me agarra de la mano derecha. Sonrío y le cuento mi historia—. Saúl y yo nos conocimos en el instituto, con dieciocho años. Empezamos a salir, la cosa iba bien, no para tirar cohetes, pero iba bien, y tras ocho años de novios decidimos casarnos. En realidad no sé por qué nos comprometimos, porque ya hacía un par de años que la rutina nos había invadido. Pero el caso es

que nos íbamos a casar este mes marzo. Una mañana, dos semanas antes de Navidad, me empecé a encontrar mal en el trabajo. Tras vomitar un par de veces, mi jefe me mandó a casa. Al abrir la puerta oí gemidos, pero como mis vecinos de arriba siempre estaban dándole que te pego no me sorprendí. La sorpresa vino cuando llegué a mi dormitorio y allí estaban Saúl y Elena follando como conejos. Me descontrolé, agarré a Elena de los pelos y la saqué al descansillo de la escalera como su madre la trajo al mundo. Saúl empezó a gritarme y acabé hincando mi rodilla en su entrepierna con tanta fuerza que acabó en el hospital con los testículos hinchados. Por supuesto, me denunció y tuve que ir a un juicio de esos rápidos. Me condenaron a pagar una multa y dictaron una orden de alejamiento contra mí: no me podía acercar a él a menos de doscientos metros.

—¿Ese cabrón te denunció? —me pregunta Caro flipada. Ian me mira atentamente. Sabe que hay algo más que tengo que contar.

—Sí, pero lo peor estaba por llegar. —Vuelvo a mirar a Ian—. Mi madre empezó a atosigarme, como la tuya. Pero yo me senté un día a hablar con ella, porque no soportaba más la situación. ¡Y eso que yo no me mudé a su casa! Le expliqué que no podíamos seguir así, que me estaba asfixiando y que tenía que entender que yo necesitaba mi espacio, mi tiempo y superar lo que me había pasado de la mejor forma posible. Me comprometí a buscar un psicólogo que me ayudara y ella prometió darme mi espacio y todo lo que necesitara. Hablamos, nos entendimos y ahora ella está de vacaciones en Canadá con mi padre, visitando a una prima que vive allí, y yo aquí con Feli. Llegamos a un acuerdo. Entendí que para ella soy su mayor preocupación y ella aceptó que ya no soy una niña y que puedo superar lo que sea. Sé

que siempre estará ahí, para cuando la necesite, a la hora que sea, por lo que sea, mi madre acudirá en mi ayuda. Pero tú, a la tuya, le has dado donde más le duele. La has apartado de tu vida sin darle opciones a que te explique lo que le pasa, lo que le preocupa, lo que siente. Eso no está bien Ian. Por mucho que te quiera, no está bien lo que has hecho.

Carolina me da un abrazo, un abrazo sincero. Siento su cariño, auténtico, real y verdadero. Ian me observa con mirada seria, pero no está enfadado. Sorprendido tal vez, pero no cabreado.

Entonces me doy cuenta de por qué me mira de esa forma. No es porque le he contado mi historia con Saúl, ni porque le he narrado la relación con mi madre. No, no es por nada de eso. Es porque le he dicho que lo quiero. Y eso es lo peor que una mujer puede hacer. Ser la primera en decirle a un hombre que lo amas.

## XI

—¿Sacaste a Elena al descansillo desnuda? —me pregunta Ian que sigue mirándome muy serio.

—Sí, y le tiré la ropa por la ventana. Tuvo que salir desnuda a la calle —confieso sin remordimiento ninguno.

—¿Y le atizaste a Saúl en todas sus partes?

—Así es. Me costó un juicio rápido, pagar las costas y una multa de quinientos euros. —No sé por qué me pregunta eso, pero si quiere respuestas, las tendrá.

—O sea que cuando me has amenazado con que me iba a tragar el mocho, lo decías en serio, ¿verdad?

—Completamente en serio. —Se levanta, me obliga a imitarle y me da un abrazo enorme.

—¡Esta es mi chica! —grita efusivamente antes de estampar sus labios en los míos—. Te dije que

tenía carácter, Caro. —Su hermana nos mira con una sonrisa bobalicona.

—Sí, lo dijiste, pero eso no es lo que más me gusta de Ángela. —Ah, pero ¿le gusto a Carolina? —. Gracias, Ángela.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Por devolverme a mi hermano. —Abre los brazos para espachurrarme entre ellos. Ni me lo pienso. Me libero de Ian y achucho a Caro.

—De nada —le respondo, con lo que me gano dos sonoros besos en las mejillas. Ian nos mira con orgullo, pero Carolina lo mira enfadada.

—Ian, creo que, puesto que Ángela es de la misma opinión que yo, deberías solucionar el problema con mamá.

—Caro...

—Ni Caro ni leches, Ian. —Mi cuñada corta en seco la protesta de Ian y pone los brazos en jarras. ¡Qué cabreo tiene!—. Sabes que tengo razón, y, como siempre, voy a salvar tu lindo trasero.

Llamaré a papá y mamá y les invitaré a una cena mañana por la noche en tu nueva casa. Así que ve pensando qué vas a preparar.

—Carolina, no te metas donde no te llaman —la reta Ian.

¡Ay, madre del amor hermoso, qué sexy se pone Ian cuando se enfada! ¿A que se pelean delante de mí? No quiero traicionar a Ian, pero Carolina tiene razón. Tiene que solucionar esto con su madre.

—Escúchame, pedazo de alcorcho, mamá se ha quedado fatal y tú eres el culpable. Vale, será un poco pesada, y más contigo que eres su niño adorado, pero esto lo tienes que arreglar.

—Te juro, Caro, que como llames a mamá, te mato.

¡Uf! ¡Qué cabreo tienen los dos!

—Ian, cariño, tu hermana tiene razón. Llama a tus padres e invítales a cenar. Enséñales tu casa, dónde vas a trabajar y explícale a tu madre por

qué has hecho esto. No sé si te perdonará, pero se quedará más tranquila.

Me fulmina con la mirada. Vamos, que me ha dejado muerta con una sola mirada. Y no es porque le ha cabreado lo que le acabo de decir. No. Tiene esa dichosita cara de gamberro incorregible y sé que debería haber mantenido mi boca cerrada.

—Vale —acepta. Tiemblo cuando le veo levantar la ceja—. Pero tú, Calamidades, vas a estar presente en esa cena.

—¿Qué?! —vocifero.

—Lo que oyes, demonio. Queréis que haga las paces con mi madre, perfecto, pero os quiero a las dos junto a mí. Por si mi vida corre peligro. —En menudo berenjenal acabo de meterme. ¡Eso me pasa por abrir la boca! Claro que tal y como me ha sonreído Ian era imposible decir que no; estaba para comérselo.

Al final, Ian llama a sus padres y los convence para que vengan a Valencia mañana para cenar con

Carolina y con él. Y esta noche, los tres nos vamos a cenar a casa de Feli. Comemos, reímos, charlamos y nos vamos a tomar una copa por ahí. Carolina es genial. Divertida, alegre, dicharachera y una rompecorazones. Tío que se le acerca, tío que rechaza. ¡Y mira que se le han acercado tíos buenos! Pero no, ninguno consigue su propósito. Al final de la noche, Ian me propone que me vaya con él, pero como Carolina se va a quedar a dormir en su nuevo y reluciente apartamento rechazo la invitación. ¡Y no será por falta de ganas! Pero si me voy con Ian, Carolina no dormirá. Así que vuelvo a casa de Feli, me pongo los tapones y trato de conciliar el sueño. Pero Ian está en plan gamberro y se pasa media noche mandándome whatsapps. Me acribilla a insinuaciones de lo más picantes. Soplo, resoplo, me dan unos calores que para qué te cuento, le amenazo con apagar el móvil y él me responde que está pensando en venir a secuestrarme. Estoy

húmeda, cachonda perdida y loca por él. A las cuatro de la madrugada consigo que deje de mandarme mensajes. ¡Y me toca darme una ducha con agua fría! Apunto mentalmente que se las pienso hacer pasar canutas cuando nos quedemos a solas.

Al día siguiente, la casa de Ian es un hervidero de gente entrando y saliendo. Carolina le ha regalado un montón de cosas a Ian para su nuevo apartamento. Feli y Mario se van a la bodega de unos amigos y regresan cargados de vino. ¡Como nos bebamos todo eso acabamos con coma etílico! Y yo me quedo ayudando a Ian a preparar la cena. Me he traído un vestido para cambiarme y mis sandalias de tacón para no parecer un retaco al lado del metro ochenta de macizorro moreno que tengo. Me doy una ducha, me cambio, me maquillo ligeramente y cuando salgo al salón, ahí están Feli, Mario, Caro e Ian, que me devora con la mirada. Y junto a él, sus padres.

¡Mierdaaaaa! La madre de Ian me está radiografiando con la mirada. ¿Quién me manda a mí meterme en estos embolados? Pongo mi mejor sonrisa y me acerco a ellos dispuesta a no dejarme amedrentar.

—Papá, mamá, os presento a Calamidades —me presenta Ian, pero por gracioso, se gana un codazo en las costillas.

—Encantada de conocerles. Mi nombre es Ángela —extiendo mi mano, pero el padre de Ian, que se parece mucho a él, me da un abrazo y dos besos en las mejillas.

—Encantado. Soy Rodrigo —bueno, por lo menos al suegro parece que lo tengo ganado. Me giro y observo a la madre de Ian que me sigue haciendo la dichosa radiografía. Extiendo mi mano y ella la toma con frialdad.

—Soy Megan —me devuelve el saludo de manera educada pero sin atisbo alguno de amistad. ¡Mal empezamos la suegra y yo!

El principio de la cena es tranquilo. Megan se lleva bien con la loquita y Mario, aunque ya les ha echado en cara que no la avisaran de los planes de su hijo. Carolina, Ian y su padre charlan. Yo me siento un poco desplazada, hasta que Ian me toca la pierna por debajo de la mesa. Le doy un manotazo para que se esté quieto, porque esa mano subía por mi muslo sin ninguna buena intención. Me sonrío, me guiña un ojo y quiero estrangularlo por gamberro. Cuando terminamos de cenar, ayudo a Ian a quitar la mesa y poner el lavavajillas mientras él saca los postres. Y entonces se desata el desastre.

—Bueno, mamá, ¿qué te parece mi apartamento?

—No está mal. Aunque sigo sin entender por qué te has mudado aquí.

—Mamá, ya te lo he explicado. Necesitaba un cambio de aires. Tener mi propio espacio.

—¿Acaso no tenías espacio en casa?

—Megan, por favor, no empecemos. —Rodrigo trata de poner paz, pero la guerra ya ha estallado.

—No mamá, no lo tenía, porque no me dejabas respirar —el tono de Ian se endurece. Le doy un apretón cariñoso en la pierna, en señal de apoyo. Ian coge aire y trata de calmar sus nervios.

—¡Eso será! ¡Siempre me echáis la culpa de todo a mí! —Coge la servilleta y empieza a abanicarse con ella. ¡Qué teatrera!

—Mamá, te quiero con locura, pero tienes que entender que tengo que rehacer mi vida.

—¿Y con quién piensas rehacerla? ¿Con esa? — ¡Oye, bruja, un poquito de respeto! pienso pero callo—. Seguro que quiere lo mismo que Miriam, dejarte sin blanca. Si se le nota a la legua qué es lo que pretende.

¡Se acabó! A mí no me falta el respeto nadie y mucho menos esta arpía. Lanzo la servilleta sobre la mesa y la asesino con la mirada antes de hablar.

—Ángela, cariño, tranquila. —Ian me ha calado, pero esto ya no tiene vuelta atrás. Feli me dice que no con la cabeza, Mario se esconde detrás de sus manos, Rodrigo resopla y Carolina se acomoda en la silla a la espera de mi reacción.

—Ni tranquila ni leches, Ian. —Miro fijamente a Megan y empiezo a disparar como una metralleta —. Mire señora, y que conste que la llamo señora por no faltarle al respeto, a mí no se me nota nada porque yo no soy la bruja que usted piensa que soy. Me importa un pimiento el dinero de su hijo. Tengo mi trabajo, que me permite ganar lo suficiente para ser independiente, pagar mi alquiler y vivir cómodamente, sin lujos, pero vivo muy dignamente. Segundo, no soy Miriam. No sé quién es, ni me importa, pero le aseguro que esa arpía y yo no nos parecemos en nada. Tercero, a mí también me pusieron los cuernos y me engañaron, como a Ian. Y si estoy con él es por varios motivos, entre ellos y el más importante,

porque le quiero. Y no le quiero por los ceros que pueda tener en su cuenta corriente, que ni sé los que son ni me interesan lo más mínimo. Su hijo me gusta, y me gusta porque me hace reír, porque me lo paso genial a su lado, porque me ha devuelto la sonrisa, las ganas de vivir y de ver la vida de otro color. Y si fuera un simple obrero o un mendigo, lo querría igual. ¿Le ha quedado claro, señora? —Me pongo en pie con tanta fuerza que la silla se cae. La recojo, la pongo en su sitio y salgo del salón en dirección al dormitorio de Ian.

—Bravo, mamá —oigo que le dice Ian a su madre—. Y luego te extrañas de que ponga tierra de por medio.

Estoy recogiendo mis cosas del dormitorio de Ian. Si no salgo de esa casa soy capaz de estrangular, despellejar, descuartizar y hasta quemar a mi *adorable* suegra.

—¿Qué estás haciendo, Calamidades? —Ian está apostado en el marco de la puerta, observándome.

—Recoger mis cosas para irme antes de cometer un asesinato. —Meto mi pantalón corto en la bolsa en la que traía el vestido y recojo mis chanclas del suelo.

—No pienso dejar que te marches, Calamidades —me asegura arrebatándome la bolsa de las manos y lanzándola a la otra punta del dormitorio —. Esta noche te quedas aquí, conmigo. —Me atrapa entre sus brazos y me espachurra contra esa tableta de chocolate que tiene por torso.

—Ian, es mejor que me vaya antes de que cometa otra tontería. —Tengo que conseguir que me suelte, porque como me bese y me estruje así contra él, pierdo el poco conocimiento que tengo y soy capaz de cualquier burrada. Pero ni por asomo tengo la más mínima posibilidad de salir victoriosa. Se sienta sobre la cama y me obliga a sentarme en sus rodillas.

—Ángela, no has cometido ninguna tontería. Mi madre se ha pasado contigo y tú la has puesto en su

sitio.

—Pero Ian, es tu madre y...

—Ángela, basta, ¿vale? Su comportamiento ha sido reprochable. Te ha faltado al respeto y lo único que has hecho ha sido defenderte de sus acusaciones. Escúchame, he sido muy permisivo con ella y he dejado que se meta con cualquier mujer que se acercara a mí desde lo de Miriam. Pero no le voy a consentir que se meta contigo. Tú eres intocable para mí, ¿entendido?

—No, Ian, no te entiendo —reconozco, porque no sé exactamente qué me quiere decir ni el porqué de esa mirada que solo vi fugazmente una vez.

—Ángela, me gustas mucho, tanto que hasta me asusta. Carolina tenía razón. Me has devuelto la alegría, vuelvo a ser el mismo Ian de antes, alocado, dicharachero, gamberro, divertido y feliz. Y eso es gracias a ti. Así que no voy a permitir que mi madre, con sus comentarios, te saque de esta

casa y muchísimo menos de mi vida. ¿Lo entiendes ahora?

—Así que soy intocable, ¿no? —¡Qué cara de tonta que tengo por lo que me acaba de decir!

—Por supuesto. Eres mía e intocable. —¡Ay, que me derrito, que me derrito!—. Y ahora, respóndeme a una cosa. ¿Es cierto lo que acabas de decir ahí fuera?

—No sé a qué te refieres —miento cochinamente. ¡Y tanto que sé a qué se refiere!

—Calamidades, no te hagas la tonta conmigo que sabes de sobra de qué te estoy hablando. ¿Es verdad todo lo que has dicho? —asiento, porque soy incapaz de mentirle si me mira de ese modo—. Repítelo —me ordena.

Cojo aire, cierro los ojos, cuento hasta cinco, abro los ojos y le digo eso que quiere oír:

—Te quiero. —¡Hale, ya está dicho! Ahora que sea lo que tenga que ser.

—Calamidades, eres el demonio más encantador que he conocido jamás —y sentencia sus palabras con un beso de película que hace que pierda los pocos tornillos que me quedaban.

Tal vez no me haya dicho esas dos palabras que quiero oír. Puede que esto no sea más que un espejismo y que en pocos días se acabe. Pero sea como sea, pienso exprimirlo al máximo, porque si luego tengo que llorar como una Magdalena, por lo menos que sea con todas sus consecuencias.

## XII

Oigo cómo alguien carraspea a mis espaldas. Ian observa a esa persona y por su mirada de mala leche, sé quién es. Mi queridísima suegra.

—¿Qué quieres ahora, mamá? —Mi moreno sigue muy, pero que muy cabreado con su madre.

—Hablar contigo —y al parecer ella no está de mejor humor.

—Mamá, siento decirte que hasta que no le ofrezcas a Ángela la disculpa que se merece, tú y yo no tenemos nada de lo que hablar.

«¡Alto ahí! A mí no me metas en tus asuntos», pienso. Pero como en el fondo quiero que esa bruja se disculpe, me callo y la miro fijamente. Como se pase lo más mínimo, la agarro de los pelos y la paseo por toda la ciudad.

Megan resopla, coge aire, templea sus nervios y me mira. Lo cierto es que las dos nos estamos

retando con la mirada y ninguna parece dispuesta a dar su brazo a torcer. Mientras tanto, Ian se empeña en que yo siga sentada sobre sus rodillas y me abraza ofreciéndome su cariño y protección.

—Ángela, quiero que me disculpes. ¿Es posible? —Me lo voy a pasar pipa haciendo sufrir a esta arpía.

—Eso no depende de mí, señora, sino de usted. Si su disculpa es sincera, por supuesto que la perdono. Ahora, si lo hace para contentar a su hijo y le importa un pito haberme faltado al respeto como lo ha hecho, no la perdono. Así que usted dirá: ¿debo o no debo perdonarla? —Ian esconde su rostro en mi cuello y ríe por lo bajo al tiempo que musita muy flojito: mira que eres perversa cuando te lo propones. Pero el tono de su voz me hace saber que le encanta que le ponga las cosas difíciles a su queridísima madre.

—Mi disculpa es sincera, Ángela. Me arrepiento de haberte hablado como lo he hecho y de haberte

juzgado sin conocerte. Pero acabo de escuchar lo que mi hijo te ha dicho y eso me ha hecho recapacitar. Es cierto que cuando Ian vino a pasar las vacaciones aquí su carácter había cambiado. Se había vuelto huraño y siempre estaba alicaído. Pero Carolina me ha contado que desde que te ha conocido vuelve a ser el mismo de antes. Y es cierto, solo con ver cómo te ha presentado, tengo suficiente. Pero además, mi hijo no deja de estar pendiente de ti. Te observa sin que te des cuenta, te sigue con la mirada, en cuanto puede te retiene a su lado y sé de sobra que le gustas. Pero lo ha pasado tan mal que solo quería protegerlo. Aunque puede que me haya pasado un poco.

—¿Un poco, mamá?

—Vale, me he pasado mucho, Ian, pero te juro que no lo hacía con mala intención.

—Mire, señora, entiendo que quiera proteger a su hijo. Mi madre hizo lo mismo conmigo cuando se enteró de lo que me había pasado con mi ex.

Pero le voy a repetir lo que le dije a mi madre. Es nuestra vida la que se ha puesto patas arriba y no necesitamos a alguien que nos proteja, sino a alguien que nos ofrezca su mano para poder levantarnos y seguir peleando por lo que queremos. Si no deja que Ian siga con su vida, si lo sobreprotege, lo único que consigue es agobiarlo y apartarlo de su lado. ¿Es eso lo que quiere?

—No. Yo quiero ver a mi hijo feliz.

—Pues entonces déjele que rehaga su vida, que trate de ser feliz. Y hágale saber que si se cae, que si algo va mal, que si está sufriendo, usted estará ahí para ayudarlo, pero no para agobiarlo.

Megan no me responde, me mira abochornada y consciente de que tengo razón. Pero es una mujer orgullosa y no dará su brazo a torcer.

—Vamos, mamá. Reconoce que Calamidades tiene razón —la chincha Ian.

—Deja de llamarme Calamidades delante de tus padres o te descuartizo, Gracioso —lo amenazo por lo bajito.

—Tienes razón, Ángela. Os pido disculpas a los dos. —Ian me baja de sus rodillas, se acerca a su madre y le da un abrazo.

—Disculpas aceptadas, ¿verdad, Calamidades?

—¿Quieres hacer el puñetero favor de dejar de llamarme así delante de tu madre? —Ian se parte, su madre me mira alucinada y yo quiero estrangular a ese granuja incorregible—. Yo también acepto sus disculpas, Megan —concluyo tratando de cambiar de tema para no pensar en lo gamberro que es Ian.

—¿Por qué la llamas Calamidades, hijo? Pobre muchacha.

¡Anda, he pasado de ser una bruja a que me tenga compasión! Pues no sé qué prefiero, la verdad.

—Porque es un poco patosa.

¡Lo mato!

—Yo no soy patosa —protesto mientras me dispongo a coger un cojín y estampárselo en toda la cara a Ian. Pero cuando me doy la vuelta para agarrar el dichoso cojín, tropiezo con la alfombra, doy un traspíe y me clavo toda la esquina de la mesilla de noche en la rodilla—. ¡Ay! ¡Cómo duele!

—Lo ves mamá. Es una *patosita* adorable —se ríe el muy capullo mientras se acerca a ver qué me he hecho.

—Te juro por la Virgen que esta me la pagas —farfullo entre dientes mientras me froto la rodilla, que me duele muchísimo. Me va a salir un cardenal del tamaño de una pelota de fútbol.

—¿Con qué, demonio? ¿Con carne?

¡Venga va, que siga el cachondeo!

—Tú dame ideas, Ian, dame ideas que verás.

Sea por lo que sea, Megan nos mira divertida y con una sonrisa agradable en su rostro. Al final

dejo que Ian me ponga hielo y Trombocid en la rodilla, para que no se me inflame y que no tenga un derrame muy bestia. Me dejo mimar por él, ante la atenta mirada de mi suegra, que cada vez es un poco menos bruja y un poco más agradable.

Regresamos al salón. Ian se ha empeñado en entrar cogido de la cintura de ambas, con lo que Rodrigo y Carolina sonrían al ver que madre e hijo han hecho las paces. La loquita me mira asustada cuando ve que cojeo.

—Gorda, ¿qué te ha pasado?

—Me he dado en la rodilla con la esquina de la mesilla de noche. —Feli ríe por lo bajo y se gana que le tire la servilleta a la cara.

Megan se sienta a mi lado y me pregunta qué es lo que me pasó con mi ex. Le cuento que me puso los cuernos con mi amiga, pero obvio los detalles de que saqué de los pelos a Elena y le di un rodillazo en los testículos a Saúl. No quiero que piense que soy una macarra, aunque tengo que

reconocer que de vez en cuando me sale la vena barriobajera y la suelo liar parda.

Ian se empeña en que me quede con él esta noche. Me niego porque sus padres también van a dormir en el nuevo apartamento de mi moreno cachas, pero cuando me pone su cara de pillo, alza la ceja y sonrío de esa forma, manda a freír monas todo intento de oposición por mi parte. Feli y Mario se van a casa, Carolina sale de fiesta con una amiga que tiene en Valencia y los padres de Ian se van a dormir. Tras recoger los restos de la cena, nos vamos a su dormitorio. ¡No me gusta un pelo la cara que pone! ¡Ay, Señor! Tiemblo cuando veo que saca dos pañuelos y me tiende uno.

—Amordázame —me ordena.

—¿Te has vuelto loco o qué? —¡palabrita de Angelita que me está asustando!

—Lo cierto es que me vuelves loco, Calamidades, pero no es por eso por lo que quiero que me amordaces. —Da dos pasos y se planta

frente a mí—. Es que no quiero que mis padres nos oigan gritar —musita en mi oído y me besa con pasión antes de ponerme el pañuelo en la boca. Lo imito y lo amordazo. ¡Dios, estoy como una moto y todavía no me ha hecho nada!

Me desnuda lentamente, recreándose en cada curva de mi cuerpo. Me tumba en la cama y se quita la ropa. Su pene está más tieso que el mástil de un barco. Decido acariciárselo al tiempo que hunde sus dedos entre los pliegues de mi sexo. Ahogo un grito de placer cuando siento uno de sus dedos entrando en mí y acelero el ritmo de la mano que acaricia su verga. Gruñe, pero apenas se le oye con la mordaza. Eso hace que me excite más y encaro su miembro para que me penetre. Quiero sentirlo dentro. Entre caricias e inexistentes besos, Ian me hace el amor. Suave al principio; con fuertes embestidas al final. Y cuando alcanzamos el clímax, nuestros gritos quedan ahogados por las mordazas que llevamos. Sin salir de mi interior,

Ian me quita el pañuelo de la boca y yo hago lo mismo con él. Entonces sus labios se posan en los míos y me regala uno de esos besos tan ricos que da.

—Calamidades, te juro que no sé qué voy a hacer contigo, pero me tienes loco perdido, demonio. —Sale de mí y me acuna entre sus brazos. Me dejo mimar y antes de dormirme, confieso lo que siento.

—Te quiero. —No me responde con palabras, pero sus labios besan mi nuca, cierro los ojos y me quedo frita.

Nos levantamos relativamente temprano y los padres de Ian lo tienen ya todo preparado para volver a Madrid. Megan está mucho más tranquila y le promete a Ian que solo le llamará una vez por semana para ver qué tal van las cosas. Parece que la cena y la charla entre nosotras han surtido efecto; me alegro, porque para Ian también es

importante mantener una buena relación con su madre.

Los días de vacaciones se acaban; mañana vuelvo a Elda. Como despedida, Feli, Mario, Ian y yo vamos juntos a cenar a una pizzería y a tomar una copa después. Estoy triste y apenas bailo o hablo con nadie. Ian se acerca y me pregunta qué me pasa. Le miento y le digo que estoy cansada; sé que no me cree. Cuando nos despedimos de mi prima y Mario, le prometo a Feli que pasaré por su casa antes de irme para darle un abrazo. Estoy emocionada, pero reprimo una lágrima para que Ian no me vea llorar. No quiero que sepa que me muero de pensar que, tal vez, todo termine mañana.

Cuando llegamos a casa de Ian me atrapa entre sus brazos y me besa. Sostiene mi rostro entre sus manos y me clava la mirada, dejándome petrificada cuando veo por un segundo eso que deseo que diga con palabras.

—Dime qué te pasa.

—Nada, solo estoy cansada —vuelvo a mentir.

—Calamidades, deja que te diga que mientes muy, pero que muy mal.

—No es nada, Ian, de verdad. No te preocupes —sigo mintiendo como una bellaca mientras me rompo por dentro. ¡Dios, cómo detesto ser tan transparente!

—Ángela, no me gustan las mentiras.

¡No, si encima se va a cabrear! Pero sigo en mis trece y no le digo lo que me pasa. Sigue escudriñando mi rostro y maldigo para mis adentros cuando una lágrima quiere escapar de mis ojos. Él la ve, la seca con su pulgar y me vuelve a besar.

—Calamidades, no estés triste —musita frente a mis labios antes de devorarlos. Me coge en brazos y me lleva al dormitorio. Se sienta en la cama y me vuelve a sentar sobre sus rodillas—. Si por una casualidad estás pensando en que aquí acaba todo, estás muy equivocada, demonio.

—Ian... —quiero protestar, pero me lo impide de nuevo, esta vez poniendo su dedo índice sobre mis labios.

—Escúchame, Ángela, no pienso dejarte escapar. No sé qué me has hecho, no sé qué diablos tienes, pero me paso el día pensando en ti cuando no te tengo a mi lado, solo quiero ver tu sonrisa, oírte reír, incluso ver cómo te enfadas, porque te sale una arruguita aquí que es totalmente deliciosa —me dice señalando mi entrecejo—. Cuento los segundos para quedarnos a solas y poder hacer el amor contigo. Calamidades, te has metido tan hondo en mí, que va a ser un auténtico infierno pasar la semana sin ti. Por eso, lo único que conseguirás, es que cuando el viernes acabe de trabajar, salga disparado a Elda, a buscarte y a pasar el fin de semana contigo.

—Ian, yo...

—Lo sé, Ángela —me interrumpe mientras coge mi rostro entre esas manazas que tiene—. Y yo

también te quiero, demonio. Te quiero con locura —dicho lo cual, me funde los fusibles, me besa y me hace el amor como no lo habíamos hecho hasta ese momento.

¡Soy feliz, soy feliz, soy feliz! Con una sonrisa del tamaño de la luna, me duermo entre los brazos del hombre que ha hecho que vuelva a creer en el amor.

# SEGUNDA PARTE

... mal acaba.

### XIII

Volvemos a hacer el amor cuando nos despertamos. Recojo todas mis cosas. No encuentro mi camiseta de Minnie Mouse, así que imagino que me la he dejado en casa de Feli. Reviso el baño —por si me dejó algo— el armario y el salón. Aprovecho que Ian se mete en el baño para dejar en un cajón de la mesilla de noche parte de lo que compré en el sex-shop; me llevo las esposas y le dejo las llaves a él. Ian me ayuda a bajar la maleta y nos vamos a casa de Feli. La loquita está a punto de llorar, me obliga a prometerle que la llamaré en cuanto llegue, que nos tenemos que ver más a menudo, me jura que me va a echar de menos, y yo a ella. Mi madre y mi tía siempre dicen que parecemos más hermanas que primas. Mario mete mi maleta en mi tronco-móvil mientras Ian me abraza.

—Llámame en cuanto llegues y ten cuidado por la carretera.

—Tranquilo, iré despacio. En cuanto llegue a casa, te llamo por Skype, ¿vale?

—Vale. —Retiene mi rostro entre sus manos y me da un súper besazo—. Te quiero, Calamidades.

—Y yo a ti, Gracioso. —Mi sonrisa es hueca, pero se ha dado cuenta de que estoy a punto de llorar; no dice nada.

Vuelve a besarme y yo a jurarle que tendré cuidado en la carretera y que le llamaré en cuanto llegue. Triste y feliz a la vez, me monto en el coche y me dispongo a partir.

—Calamidades —me llama—. El viernes termino de trabajar a las tres. Sobre las cinco llegaré a tu casa. —Sonrío feliz como una perdiz. Se acerca, toma mi rostro entre sus manos y musita a mi oído—. Y prepárate, demonio, porque tú y yo vamos a tener cibersexo esta noche.

¡Me va a dar un patatús solo de pensarlo!

—Gamberro —es todo lo que se me ocurre responder.

—Demonio —me dice él—. Será mejor que te marches o acabaré secuestrándote —*¡Secuéstrame, secuéstrame!*—. Llámame en cuanto llegues.

—¡Que sí, pesado! —le doy el último beso de despedida, me subo al coche y arranco. Si no salgo pitando, no me marcharé nunca.

Dos horas más tarde estoy en casa. Dejo los bártulos en el salón y pienso a quién llamar primero. Mi madre, Feli o Ian. Sé que si llamo a Ian, nos vamos a liar y mi madre se mosqueará, así que llamo primero a mi madre. Empieza a acribillarme a preguntas y a decirme que se lo ha pasado genial con su prima en Canadá, que ella y papá están muy contentos y no sé cuantas cosas más. Al final, para que se calle, le prometo que iré a cenar el viernes para que me enseñe la montaña de fotos que ha hecho en su viaje.

Siguiente llamada: la loquita. Le cuento que he llegado bien y le pregunto por Ian. Me dice que se ha quedado hecho polvo y que media hora después de mi marcha se ha ido a su casa a esperar mi llamada. Me despido nerviosa, le cuelgo y enciendo el ordenador. Cinco minutos después, el Skype me muestra que Ian está conectado. Ni siquiera me da tiempo a darle al botón de video llamada porque él se me adelanta.

—Hola, Calamidades. ¿Has llegado bien?

¡Ay Dios, qué guapo está con esa barbita!

—Sí. He tenido que llamar a mi madre y a la loquita primero. Por eso he tardado en llamarte.

¡Que levanta la ceja! ¡Socorro!

—O sea, que no soy tu prioridad, ¿no?

—No seas idiota. ¡Pues claro que eres mi prioridad! Por eso te llamo el último. Porque ahora mi madre y Feli están tranquilas y tengo todo el tiempo del mundo para ti —le guiño un ojo, le saco la lengua y le lanzo un beso. Empieza a reírse

mientras se aparta un mechón de pelo de la cara y pone su cara de gamberro.

—Ángela, ¿dónde están las esposas? —pregunta muy pícaramente. Y eso significa que, si se ha dado cuenta de que no están las esposas, es que ha encontrado lo que le he dejado en el cajón de la mesilla.

—Las tengo yo, ¿por qué? —Me hago la tonta pero me tiene calada y me sigue el juego.

—Porque te has dejado las llaves. —Alza su mano y me las enseña.

—Lo sé. Acuérdate de traerlas cuando vengas a verme. —Alzo un ceja imitando su gesto y se vuelve a reír.

—¿Y esto que has dejado en su lugar, qué es? —pregunta enseñándome una cajita. Sonrío, me muerdo el labio inferior y lo desnudo con la mirada.

—Un consolador masculino o vagina artificial o huevo, como prefieras llamarlo.

¡Uy, qué cara de malote pone!

—Eres un auténtico demonio, ¿lo sabías?

—Solo cuando estoy contigo, Gamberro. Sacas un lado salvaje que no sabía que tenía —se ríe y me mira con cara de trasto.

—¿Cómo se usa? No había visto un cacharro de estos en la vida —dice mirando al huevo con cara de estupefacción.

—Lo abres, pones el lubricante y te lo pones ya sabes dónde. Cierras los ojos, sacudes y al final, ¡sacas el premio! —Me mira con cara de flipado y se ríe.

—De verdad, cariño, como sigas así voy a tener que llevarte al loquero.

—Creo que mi locura es culpa tuya —reconozco.

—Tú también me tienes loco. —Mira el huevo y luego fija su mirada en mí—. Vale, yo tengo mi juguete, ¿y tú? Porque jugar solo no es divertido.

Pongo cara de mala, sonrío perversamente y le enseño lo otro que compré en el *sex-shop*. Un consolador para mí.

—¿Y quién te ha dicho que vas a jugar solo? — Me observa con cara de pícaro y se ríe—. ¿Entiendes ahora por qué te he llamado el último?

—Sí, ahora ya sé por qué. —Su mirada se carga de pasión y me derrito al pensar qué es lo que le puede estar pasando por esa cabeza loca que tiene—. Hazme un striptease.

¡Toma del frasco, Carrasco! ¡Eso sí que no me lo esperaba! Pero rauda y veloz pongo de fondo la banda sonora de la película *Nueve semanas y media* y me desnudo muy sensualmente al compás de la canción.

—Calamidades, este fin de semana me vas a repetir eso en persona.

—Eso está hecho, pero ahora es tu turno. —Ian se pone en pie, da unos pasos atrás para que la *webcam* lo enfoque bien y empieza a desnudarse.

Veo que su pene está hinchado y a punto de reventar. ¡Lo qué daría por sentirlo dentro de mí! ¡Me estoy poniendo a mil! Ian me mira como si fuera un lobo hambriento. Noto mi interior empapado y cómo mi vagina se contrae exigiéndome que le introduzca algo.

—Es el momento de jugar. —Ian saca el huevo, le pone el lubricante y empieza a decirme cosas subidas de tono. Lo imito, saco el consolador y bajo la webcam un poco para mostrarle cómo me lo monto con el aparatito. Ian gruñe y yo jadeo.

—Calamidades, mataría por estar ahí contigo y ser yo el que te poseyera. —Su voz es ronca a causa de la excitación.

—Y yo le vendería mi alma al Diablo porque fueras tú el que me tomara. —Paseo la lengua por mis labios y me muerdo el inferior.

Veo cómo Ian hace subir y bajar el huevo por su pene, le imprimo mayor fuerza al vibrador y me agarro a la mesa para contener el orgasmo. Me

hecho un poco hacia atrás, recostándome en la silla. Él sigue diciéndome frases picantes y yo le respondo en el mismo tono. ¡Estoy a puntito de correrme!

—Ian... —jadeo como puedo conteniendo el orgasmo.

—Córrete conmigo, demonio —me responde con un gutural sonido—. ¡Ángela! —brama cuando se corre.

—¡Ian! —grito yo. Y entonces, ¡patapum!

¡Se rompe la pata de la silla donde estoy sentada, el consolador sale disparado volando por los aires y yo aterrizo con el culo en el suelo! ¡Virgencita de Guadalupe, qué golpa me acabo de meter!

—¡Ángela! —grita Ian desesperado.

—Estoy bien, estoy bien...

¡Y un cuerno! ¡Me duele el culo! Me levanto como puedo y miro la pantalla del ordenador. Lo

único que veo es el pene de Ian con el huevo puesto.

—¡Quítate eso de ahí, que pierdes todo el *sex appeal*! —le digo.

Ian se sienta, me mira, ve que estoy más roja que un tomate y se troncha en toda mi cara.

—¡Recuérdame que te regale un casco!

¡El muy capullo se parte de risa!

—Ian, que te la cargas. No te rías —me estoy enfadando, pero él ni se inmuta.

—¡Ay, Calamidades! Un día de estos te partes la crisma en dos —se sigue descojonando, lo miro con cara de súper cabreo, pero le da igual.

Cuando me doy cuenta de lo cómico de la situación, suelto una carcajada. Nos reímos durante quince minutos a lágrima viva. Al final es Ian el que le pone un poco de seriedad al momento.

—Te quiero, Calamidades. Y esto lo repetimos el fin de semana, pero uno frente al otro.

—¿Te ha gustado? —pregunto mientras me seco las lágrimas. ¡No lo pienses, Ángela, que te vuelves a tronchar!

—Sí, pero te prefiero a ti que al huevo. —Mira el chisme y al final me pregunta—. ¿Qué hago con el premio ahora? —los dos soltamos una carcajada.

—Guárdalo en el congelador y hazte donante de esperma —tengo la brillante idea de decir.

—Demonio, mis soldaditos son solo para ti —me sigue el juego, con lo que ambos nos partimos de risa. ¡Este ha sido el polvo más divertido de mi vida!

—Lo lavas, lo secas y lo guardas en su funda. Yo haré lo mismo con el mío —decido ponerme seria y decirle lo que siento. Me duele la tripa de tanto reír—. Te voy a echar de menos. ¿Lo sabes, no?

—Y yo a ti. Pero, como soy un poco gamberro, decidí robarte esto para tener por lo menos tu

aroma cerca de mí.

—¡Eh! Esa es mi camiseta de Minnie Mouse —finjo que me enfado, porque yo también le he robado algo. Me pongo en pie, voy a la maleta, la abro y saco su camiseta blanca favorita—. Me parece que no eres el único ladrón.

—Lo sabía. Sabía que la tenías tú —chilla emocionado. ¡Sí es que es como un niño!—. Demonio, duerme con ella esta noche, así puedes imaginar que duermes entre mis brazos.

—Pues mira, no lo había pensado —me pongo la camiseta de Ian y me planto frente al ordenador—. ¿Qué tal me queda?

—Sexy, nena, estás muy sexy.

—Payaso —le respondo mientras le saco la lengua.

—Brujita —imita mi gesto pero también me guiña un ojo—. Te quiero. Y te voy a echar de menos.

—Yo también te quiero. Tengo que dejarte. Voy a ver si arreglo el estropicio que he montado aquí. ¿Hablamos mañana? Termino de trabajar a las seis y media.

—Sí. Te llamaré a eso de las siete. Te dejo, demonio. Y por el amor de Dios, ten cuidado. Me gustaría que estuvieras de una pieza cuando te vuelva a ver. —Me lanza un beso, se lo devuelvo y ponemos fin a nuestro primer polvo cibernético.

Me tumbo en el sofá, veo la silla con la pata rota, el consolador tirado en mitad de salón y empiezo de nuevo a partirme de risa.

¡¿Qué no me pasará a mí, Señor, qué?!

## XIV

*M*i talante ha cambiado muchísimo. Antes de las vacaciones estaba un poco huraña y gruñona. ¡Vale, vale! Estaba siempre con un humor de perros. Pero desde que estoy con Ian me paso el día con una sonrisa en la boca y con cara de tonta enamorada.

Esta mañana, cuando he ido a desayunar, José — al que no se le escapa una — me ha preguntado por las vacaciones. Yo he sonreído con esa cara bobalicona que tengo desde hace unos días, he levantado el pulgar y él se ha reído como si ya lo supiera todo. En el trabajo, Eva, la recepcionista; Sandra, la limpiadora; Anabel, la encargada de recursos humanos, y Silvia, la chica que está haciendo las prácticas de contabilidad en la empresa, se han pasado el día preguntándome por las vacaciones y metiéndose con mi cara de

ausente. Al final, a la hora de comer, les he explicado el motivo de mi felicidad. Simplemente les he enseñado una foto que tengo en el móvil en la que estamos Ian y yo abrazados. Eva y Anabel han resoplado; Sandra ha soltado una burrada y Silvia ha lanzado un silbido. Yo me he reído, ¡qué remedio me queda!

Por fin se ha acabado el día de trabajo, creía que nunca iba a llegar la hora de salir. Corro a casa para encender el ordenador y esperar a que Ian me llame. Suena la musiquita del Skype y ahí está él. Charlamos durante un rato. Me cuenta cómo ha sido su primer día de trabajo y yo le hablo del mío, del acoso de mis compis y de las reacciones que han tenido cuando les he enseñado su foto. Se ríe complacido. Le digo que lo quiero y que lo echo de menos, y me responde que se muere sin mí. Suspiro, babeo, gruño y me lanza un millón de besos por Skype. Son las nueve de la noche

cuando damos por finalizada nuestra conversación. Esta vez, sin sexo de por medio.

El martes vuelvo a desayunar al bar de José. Pero en cuanto entro por la puerta, el buen hombre me indica que vaya corriendo a la cocina. No entiendo un pimiento, pero le hago caso.

—¿Qué pasa, José? Estás de lo más raro hoy.

—Angelita, cariño, creo que no es conveniente que te quedes hoy a desayunar.

—¡Anda! ¿Y eso por qué? —¡Una leche frita perdono yo mi desayuno!

—El gilipollas está aquí con la imbécil de tu examiga —¡toma, toma y toma! Desde luego, José es la finura personificada.

—¡Observa y tiembla, pequeño! Y tráeme lo de siempre, porfis. —Le guiño un ojo y salgo al comedor. En una esquina veo a Saúl y a Elena. No entiendo qué hacen aquí, pero pienso cumplir una promesa que me hice a mí misma.

—Hola chicos —les saludo con la mayor de mis sonrisas en la cara—. Me puedo sentar con vosotros, ¿verdad? —prosigo, mientras tomo asiento sin darles tiempo a reaccionar. José llega con mi desayuno—. Gracias. —El pobre hombre está temblando mientras hace como que limpia la mesa de al lado—. Quería hablar con vosotros.

—Ángela, te recuerdo que tienes una orden de alejamiento. No puedes estar a menos de doscientos metros de Saúl —*lo sé monina, pero me importa un carajo, peliteñida.*

—Sí, ya lo sé, pero lo que os quiero decir es importante. —Le arreo un trago al café, un bocado al cruasán y continuo—. Veréis, quería daros las gracias.

—¿Las gracias? ¿Por qué? —Saúl está flipando en colores y Elena me mira con cara de susto.

—Por liaros y que os pillara. Si no fuera por vuestra traición, no hubiera conocido a Ian y no estaría saliendo con el hombre más maravilloso

del mundo. —Escucho la risotada de José. Lo miro y le guiño un ojo—. Lo dicho, gracias. Espero que os vaya la mitad de bien que me va a mí con mi morenazo.

Me termino el desayuno rápidamente, le pago a José, chocamos los cinco mientras sonrío y me largo de allí. La vida se ve de otro color desde que estoy con Ian.

El miércoles por la tarde, un mensajero llega a mi casa y me entrega un paquete de parte de Ian. ¡Qué ilusión! ¡Me ha mandado un regalo! Pero cuando lo abro, me dan ganas de coger el coche, plantarme en Valencia y ponerle el regalo de sobrero. ¡Es un casco de moto! Y lo acompaña una nota en la que pone: «Póntelo, pónselo». ¡Lo mato! Cuando hablamos por Skype no le comento que he recibido su regalo ni él hace mención de ello. He tramado un maquiavélico plan. Me voy a vengar, palabrita de Ángela Montero Vaquer.

Jueves, todo sigue igual. El petardo de mi jefe, Pedro, está de un humor de perros y me grita que me ponga las pilas con la campaña de Navidad. Le sonrío. Silvia, que en ese momento está a mi lado, tiembla y cuando el lelo se da la vuelta, le saca la lengua provocando una ahogada carcajada en Silvia. Paso tres pueblos del atontado de mi nuevo jefe. Tengo un montón de ideas para la campaña de Navidad y ya las estoy plasmando en el ordenador para estudiar la mejor campaña publicitaria y de ventas. ¡Este año arrasamos!

Viernes, cinco y media de la tarde. Me queda media hora para salir de trabajar cuando recibo un whatsapp. Es Ian.

«Calamidades, estoy debajo del portal de tu casa.»

¡Yupiiii! Mi morenazo ya está aquí.

«En media hora estoy ahí», respondo.

«¿Quieres que compre algo para cenar en el supermercado que hay al lado de tu casa?»

¡Ostras! Pues no estaría mal. En mi nevera solo quedan telarañas.

«Vale, compra lo que te apetezca.»

«Hecho, demonio. Te espero aquí. No tardes. Me muero de ganas de comerte a besos.»

¡Ay, que me da un ataque!

«Yo también me muero de ganas de verte. Te quiero. Hasta ahora», y finalizo el mensaje con un emoticono que es un besazo como el que tengo ganas de darle.

A las seis menos cinco apago el ordenador y salgo escopetada hacia mi casa. Me suena el móvil y sin mirar tan siquiera quién es, respondo.

—Ya voy para casa.

—Hola, hija. ¿Puedes traer unas cervezas para tu padre, que se me ha olvidado comprarlas? — ¡mierda! mi madre. ¿Qué quiere ahora?

—¿Mamá? ¿Para qué quieres que lleve las cervezas? Me iba a casa.

—Ángela, cariño, ¿no te acuerdas de que habíamos quedado para cenar?

¡Córcholis! ¡Porras! ¡Leches! ¡No me acordaba! ¿Y ahora cómo arreglo este embolado? Porque no le puedo decir que no voy. Es capaz de plantarse en mi casa con la cena, el ordenador para enseñarme las fotos y mi padre a cuestas.

—Esto, mamá, verás... —¡Uf! ¡Qué calor tengo de repente!

—Bueno, mi niña, tú compra las cervezas y en un ratito nos vemos. Estoy preparando doradas a la sal. Te vas a chupar los dedos —y me cuelga.

¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! ¡Pero cómo se puede ser tan despistada, Señor! Llego a casa, veo a Ian apoyado en su cochazo y me quiero morir. ¡Virgencita, qué bueno está mi morenazo! Lleva el pelo revuelto, barbita de tres días, vaqueros ajustados que le marcan ese culito que tiene, camiseta azul ajustada ciñendo su tableta de chocolate y las gafas de sol puestas. Sonríe y pone

esa cara de pillo gamberro que me derrite. Ni me lo pienso, me tiro a sus brazos, le arreo un beso de película, me agarro a su cuello como una garrapata y siento cómo mi tanga se llena de flujo. ¡Si es que me pone como una moto!

—¡Vaya! ¡Sí que tenías ganas de verme! — Levanta la ceja y sé que va a soltar alguna burrada de las suyas—. ¿Esta bienvenida significa que vamos a pasar a los postres directamente? —me pregunta mientras me muestra un bote de *fondue* de chocolate.

—No me des ideas —resoplo y lo miro. ¿A ver cómo le explico en el follón que me he metido yo solita por despistada?

—¿Qué pasa, Ángela? —¡Uy, uy, uy, que me llama por mi nombre! ¡Mal asunto!

—Tenemos un pequeño problema —respondo con sinceridad mientras se quita las gafas y me clava su mirada azul, consiguiendo que mis plomos empiecen a echar humo. ¡Me tiene loca

perdida!—. Se me había olvidado por completo que esta noche había quedado con mis padres para ir a cenar. Y si no me presento, mi madre es capaz de presentarse aquí.

—¿Y ese es el gran problema que tenemos? —asiento porque no tengo ni pajolera idea de por dónde me va a salir—. Demonio, si tú conoces a mi madre, yo debería conocer a la tuya.

—Ian, mi madre puede ser muy chungueta si se lo propone —el pobrecito no sabe que mi madre puede llegar a ser peor que un oficial de la Gestapo.

—Venga, Calamidades, peor que mi madre no puede ser.

¡No, qué va!

—Créeme si te digo que sí que lo es.

—No importa, brujita, quiero conocer a tu madre. —Da un paso, me agarra por la cintura, me espachurra contra ese torso de revista que tiene y me musita al oído—. Pero primero quiero comerte

a besos y hacerte el amor. Te quiero y te he echado mucho de menos, demonio.

¡Mi corazón va a mil, babeo cual caracol, me convulsiono solo de pensar en lo que me puede hacer, y mis plomos se acaban de fundir cuando me besa mientras me agarra de una nalga y me espachurra un poco más contra él!

Subimos a mi casa, dejamos la compra en la nevera e Ian me arrincona contra el banco de la cocina. En menos de cinco minutos los dos estamos en mitad de mi cocina, desnudos, jadeando y comiéndonos a besos. Me obliga a aferrarme a su cintura con las piernas mientras me sigue besando. Ardo, sudo, tiemblo, jadeo, él gruñe, me acaricia mientras me sigue besando y al final entra en mí para embestirme sobre el banco de la cocina. Nuestros gritos de placer mueren en la boca del otro, porque en ningún momento ha dejado de besarme. Sin salir de mi interior me

recuesta en su torso y me da un cariñoso beso en el cogote.

—Te quiero, Calamidades. —Alzo la cabeza y le sonrío.

—Y yo a ti, Gracioso. —Me da un beso mientras sale de mi interior.

—Anda, vamos a la ducha y a casa de tu madre, antes de que se presente aquí.

—Ian, cariño, en serio, no sé si es buena idea.

—Ángela, si tú pudiste lidiar con mi madre, creo que yo podré con la tuya. —Me doy cuenta de que no lo voy a convencer de lo contrario. Ian es más cabezota que yo, ¡y mira que eso es difícil! Resignada y rezando para que mi madre no se pase demasiado con él, nos damos una ducha, nos cambiamos y vamos a cenar con mis padres.

¡*E*stoy muy nerviosa! Menos mal que Ian me ha cogido la bolsa con las dos botellas de cerveza, porque casi se me caen al suelo. Él no para de decirme que me tranquilice, pero es que mi madre puede ser muy, pero que muy chungueta si se lo propone. Recuerdo el día que Saúl entró por primera vez en casa de mis padres y mi madre le hizo un interrogatorio en toda regla. ¡Vamos, que aquel día parecía una mezcla entre agente de la Gestapo, oficial de las SS y guardia civil cabreado! Quiero pensar que era porque por primera vez en su vida conocía a un novio mío, pero sé que va a someter a Ian a un batallón de preguntas sin control y sin freno. Cojo aire, templo mis desquiciados nervios y llamo al timbre. ¡Que sea lo que tenga que ser!

Es papá quien abre la puerta, sonriente y me da

un mega abrazo y dos besos en las mejillas. En eso veo a mi madre aparecer por el pasillo. Mi padre ha visto a Ian, pero no dice nada, aunque tampoco se ha puesto serio. Bueno, por lo menos, si está preocupado o confundido por la presencia de mi novio, lo disimula muy bien.

¡Ay, ay, ay, que mi madre ha visto a Ian! Ha arrugado la frente, apretado los labios y bufado. ¿Por qué me meto yo sola en estos fregados? Sonrío, cojo a Ian de la mano y pasamos. Mi padre cierra la puerta.

—Hola, mamá.

—Buenas —seca, cortante y fría cual témpano de hielo. Así es como responde mi adorada mamita.

—Mamá, papá, quiero presentaros a mi novio, Ian. Cariño, estos son mis padres, Salvador y Encarnación, pero a mi madre todo el mundo la llama Encarna.

—Encantado de conocerles. —Mi moreno saca esa sonrisa de película que tiene y saluda como si nada a mis padres. A papá le da la mano y se dispone a darle dos besos a mi madre, pero esta lo corta en seco.

—No me habías dicho que tenías novio, Ángela. ¡Qué pedazo cabreo tiene! Vale, Angelita, respira y cálmate o aquí se puede montar la tercera guerra mundial.

—Es que quería decírtelo en persona, mamá. —Mi madre es de ese tipo de personas que piensa que las cosas siempre hay que decirlas a la cara.

—Bien, pasad al salón. La cena está lista. —Le arrebató de un tirón las cervezas a Ian y desaparece por la cocina. Esto no va nada bien, pero nada, nada bien.

—Bueno chicos, ¿y cómo os habéis conocido? —Menos mal que mi padre es más sociable y menos guardia civil cuando se trata de mí y de mis novios.

—Soy amigo de Mario, el marido de Felisa. Lo conozco desde hace años y este verano he ido a pasar unos días de vacaciones con ellos y conocí a su encantadora hija. —Vuelve a sonreír y a mí me da un vuelco el corazón. Adoro su sonrisa.

—¿Y de dónde eres, Ian? —le pregunta papá mientras le pasa un vaso con cerveza fresquita.

—Bueno, mis padres viven en Madrid, pero yo me he mudado recientemente a Valencia. Gracias —le dice mientras le da un trago a la cerveza. Mi madre sale con la ensalada y nos fulmina con la mirada.

—Mamá, ¿te ayudo en algo? —me ofrezco a ver si así se suaviza un poco la cosa. Pero ella declina mi oferta.

—No, será mejor que nos sentemos y empecemos a cenar.

Papá se sienta frente a Ian y mamá frente a mí. Sirve a Ian, luego a papá y al final a mí. No me

gusta la manera en la que mira a mi morenazo y sé que va a empezar el interrogatorio.

—¿A qué te dedicas, Ian? —¡hale, sin miramiento ninguno!

—Soy cirujano plástico, doña Encarna. Me acabo de incorporar a una clínica en Valencia, por eso me he trasladado a vivir a esa ciudad.

—¿Cuántos años tienes?

—Mamá, por favor...

—Treinta y uno. Dentro de poco cumplo treinta y dos.

—¿Tan joven y ya eres cirujano plástico? —mi padre intenta suavizar un poco la situación.

—Bueno, verá, don Salvador, tengo la suerte de tener memoria casi fotográfica, por lo que terminé la carrera de medicina dos años antes de lo que se suponía. Hice la especialidad y el decano de la facultad me propuso entrar a trabajar en la clínica de un amigo en Madrid. Ni me lo pensé y comencé con las prácticas mientras terminaba el último

curso. Con veintisiete años ya estaba trabajando y operando.

—Pues enhorabuena, Ian. No quiero ni imaginar lo complicado que debe ser.

—Gracias, don Salvador. —Ian sigue desplegando sus encantos y su buena educación, pero sé que mi madre no se va a impresionar por eso. Su prioridad no es a qué se dedica Ian, sino cuáles son sus intenciones conmigo.

Mamá se levanta, va a la cocina y saca las doradas a la sal. Yo retiro los platos de la ensalada y saco unos nuevos. Cuando regreso a la mesa, mi madre saca al oficial de la Gestapo que lleva dentro.

—¿Cuáles son tus intenciones con mi hija?

—¡Mamá! Por Dios...

—No estoy hablando contigo.

¡A que la mando al cuerno, por muy madre mía que sea!

—¿A qué se refiere, doña Encarna? —Ián le da tiempo a mi madre a replantear su pregunta sin parecer un maleducado.

—Bueno, vives en Valencia, a casi dos horas de aquí, eres cirujano plástico, con lo que te pasarás el día rodeado de monumentos esculpidos a base de bisturí. Además, eres muy atractivo y guapo, con lo que tendrás mucho éxito con las mujeres. Me pregunto si realmente quieres estar con mi hija o si ella solo es un capricho pasajero porque te has cansado de estar con muñequitas de plástico.

¡La madre que la parió! ¡¿Pero cómo se puede ser tan bruta?!

—¡Mamá! —grito, y por poco se me sale la cerveza por la nariz.

—Verá, doña Encarna, jamás me han gustado las muñecas de plástico —¡ay Señor que ahora él también se pone sarcástico!—. Sé que está preocupada por su hija, debido a lo que le pasó con Saúl, pero déjeme aclararle que yo no soy él.

Saúl fue un gilipollas por dejar escapar a Ángela. —¡Buf, qué calor tengo!—. No quiero que crea que para mí, este demonio encantador es un pasatiempo, un rollo de verano o una amiga con derecho a roce —¡agua por favor, que me abraso!—. Yo también vengo de una separación dolorosa, a mí también me han mentido, engañado, traicionado y herido. Dejé de creer en el amor y en las relaciones hasta que Ángela me puso un cucurucho de helado por sombrero. Ese día me di cuenta de que un corazón herido no es un corazón muerto. Ella, con su espontaneidad, locura y arrojo, llegó a mi corazón sin que yo me diera cuenta. ¿Se está preguntando si la quiero? Pues sí, la quiero, y con locura. En menos de un mes, su hija ha puesto mi mundo del revés, me hace reír, llorar, suspirar y que me pase el día pensando en ella. Ángela no es para mí un simple rollo, señora, se lo aseguro. De hecho, me encantaría que viniera a vivir conmigo a Valencia, pero no le voy a pedir

eso cuando llevamos tan poco tiempo juntos. Ahora, le aseguro que cualquier día soy capaz de venir y secuestrarla, porque es un verdadero infierno estar sin ella.

¡Me muero! Pero de gusto. ¡Es lo más bonito que me han dicho en la vida!

—¡Ya veremos! No creo que lo vuestro sea una relación duradera.

¡La despellejo viva!

—¡Mamá! ¿Se puede saber qué te pasa? Te estás pasando.

—Me pasa que no le creo. Demasiado bonito para ser verdad.

¡Con que esas tenemos, ¿no?! ¡Pues te vas a enterar, mamita querida!

—¿Qué pasa, mamá? ¿No soy lo suficientemente buena como para que un hombre como Ian se fije en mí, se enamore y quiera estar conmigo? ¿Es eso, mamá?

—Chicas, por favor, tengamos la cena en paz. — El bueno de mi padre lleva tantos años lidiando con nuestro carácter que ya está acostumbrado a estos ataques por parte de ambas.

—No es eso. Lo que creo es que para él no eres más que un pasatiempo —bufo cual toro miura, aprieto los dientes y lanzo la servilleta sobre la mesa. Ian pone su mano en mi hombro, tratando de que me calme, pero ya es demasiado tarde.

—Mira, mamá, puede que no sea alta, que no tenga medidas de revista, que no sea un exótico bellezón, que no tenga unas tetas de infarto y un culo de anuncio, pero tengo muchas otras cualidades, y tal vez, a Ian, eso sea lo que le gusta de mí.

—Hasta que se le ponga a tiro una de esas pelanduscas y te ponga los cuernos.

—Mamá, con todos mis respetos, ¡vete al cuerno! —Me levanto y me voy al baño, a llorar

como una subnormal. Mi madre me ha dado donde más me duele.

—Encarna, esta vez te has pasado —papá siempre defendiéndome. ¡Menos mal! Me sigue y me abraza, dejando que lllore en su hombro como cuando era pequeña.

—Mire, señora, voy a ser muy claro con usted —la puerta del baño se ha quedado abierta, con lo que escucho toda la conversación—, conmigo se puede meter todo lo que le dé la santa y real gana, pero no le voy a consentir que le hable así a Ángela.

¡No, Ian, no, no entres en su juego!

—Pero bueno, ¿quién te has creído tú que eres?

—El hombre que ama, quiere y que protegerá a su hija. Incluso de usted, si es necesario —¡Ay, Dios, que se líá la marimorena!

—¡Soy yo la que estoy protegiendo a mi hija de ti! —Mi madre está perdiendo los papeles. Salgo

del baño con los ojos rojos como tomates, los mocos cayéndome y agarro a Ian de la mano.

—¡Vámonos! —le ordeno, pero mi novio no me hace ni puñetero caso.

—No, señora, no la está protegiendo de mí, sino de los fantasmas del pasado. Se lo repito, yo no soy Saúl. A mí también me engañaron, se lo que es que te traicionen y no quiero hacerle a alguien algo que no me gustó que me hicieran, y mucho menos a la única persona que ha conseguido que yo vuelva a creer en el amor. Y esa persona es Ángela. Sé que esto no va a ser fácil, porque ella está aquí y yo en Valencia, pero se lo repito, si por mí fuera, ya estaría conmigo, en mi casa, en mi cama, en mi vida. Y lo conseguiré, señora. Lograré que Ángela venga a vivir conmigo. ¿Y sabe por qué? Porque no puedo y no quiero estar sin ella —¡toma ya! A eso se le llama plantarle cara a la suegra—. Y ahora que ya he dejado las cosas claras, si tú quieres cariño, nos vamos —dice mientras se

levanta, me mira y me toma la mano. Extiende la otra hacia mi padre—. Quiero pedirle disculpas por mi comportamiento, don Salvador. Puede que me haya pasado hablándole a su esposa, pero no voy a consentir que nadie se meta con Ángela.

—Muchacho, a mí no me pidas disculpas. Me alegra ver que tienes carácter, porque lo vas a necesitar para lidiar con mi hija y mi mujer. Y si hay alguien que deba pedir perdón, te aseguro que ese no eres tú —la última frase la dice mirando a mi madre, pero ella ni se inmuta.

—Ni te molestes, papá. No hay peor sordo que el que no quiere oír. —Mi madre y yo comenzamos a asesinarlos con la mirada. Ella no piensa dar su brazo a torcer y yo tampoco—. Vámonos, Ian. Mañana te llamo, papá —le doy un abrazo y dos besos—. Gracias por todo.

Ian me toma por la cintura, nos vamos y en el ascensor me desmorono. Vuelvo a llorar como una Magdalena e Ian me abraza, me aprieta contra su

pecho, me da besos en la frente y me dice que me calme. No quiero, pero sobre todo no puedo. Me hierva tanto la sangre y me siento tan impotente que no soy capaz de controlarme. Necesito sacar toda esta rabia, o soy capaz de subir de nuevo al piso de mis padres y agarrar de los pelos a mi madre.

Llegamos a casa, yo sigo sollozando e Ian me sigue consolando. Me pongo mi pijama de Mafalda, Ian se queda en calzoncillos y nos metemos en la cama. Me vuelve a abrazar, a consolar y al final, tras una llorera de aúpa, consigo dormirme entre sus brazos.

## XVI

*M*e despierto sola en la cama, pero el olor a café me hace entender que Ian está preparando el desayuno. Cuando voy a levantarme, aparece él con una bandeja, vestido con los calzoncillos y una camiseta, y con esa maravillosa sonrisa que le ilumina el rostro.

—Buenos días, preciosa. ¿Qué te parece si desayunamos en la cama? —Deja la bandeja en mi mesilla de noche, se sienta a mi lado y me da un dulce beso. ¡Dios, es el hombre más maravilloso del mundo! Sé que está haciendo todo esto por lo que pasó anoche y eso me demuestra lo espléndida persona que es.

—Gracias —le abrazo y me dejo achuchar.

—¿Por qué me das las gracias, Ángela? —Se pone serio, me toma el rostro entre sus manos y me clava esa mirada azul hipnótica que tiene.

—Por lidiar con mi madre, por cuidarme, por consolarme, por todo, Ian. —Estoy a punto de volver a llorar.

—Escúchame bien, cariño, todo lo que dije anoche lo dije de corazón, porque lo siento. Tú, mi alocada Calamidades, has conseguido que vuelva a creer que puedo amar y que me pueden amar. Tu madre tenía razón en una cosa, las mujeres se me acercan con demasiada frecuencia porque ven en mí un pedazo de carne o una cartera llena de billetes. Pero a ti te importó un pimiento todo. Lo primero que hiciste fue ponerme un cucurucho de sombrero; lo segundo, mandarme a paseo; lo tercero, plantarme cara, y al final, conseguí besarte, tomarte y tenerte. Quisiste ser mi amiga, cuando yo sabía que eso era imposible. No puedo ser amigo de la única mujer que ha conseguido quitarme el sueño como tú lo has hecho. Apenas duermo si no estás tumbada a mi lado, apenas como si no estás junto a mí en la mesa, apenas

respiro si no estás frente a mí con esa maravillosa y espléndida sonrisa que tienes. No sé qué has hecho ni cómo lo has hecho, pero te has metido aquí, en mi corazón y no hay forma de sacarte, y por supuesto, no lo pienso intentar. Te quiero, brujita, te quiero con locura —¡Lloro, lloro y lloro como una tontaina enamorada hasta las trancas!—. No voy a consentir que ni tu madre ni nadie se meta contigo. Y en realidad no se metió contigo, sino conmigo. Ahora sé por qué me dijiste que me entendías mejor que nadie, pero creo que tu madre no te ha comprendido del todo. No ha entendido que tienes que seguir con tu vida, que te vas a volver a enamorar y por suerte, de mí. Eso es lo que tu madre no quiere comprender o no quiere aceptar. Probablemente piense que es muy pronto, que no estás preparada. No lo sé, pero no quiero que te sientas mal por lo de anoche, ¿vale?

—No es tan fácil, Ian. Adoro a mi madre, pero hay veces en las que me gustaría despellejarla

viva. Tal vez no se metiera conmigo directamente, pero te acribilló sin miramiento ninguno y eso es como si se hubiera metido conmigo. ¿Recuerdas cuando me dijiste que era intocable? —Asiente mientras me sigue tomando el rostro entre sus manos—. Pues tú también eres intocable para mí. Quiero que entienda que soy feliz, que sé que esto no va a ser fácil, por culpa de la distancia, pero que si no intento ser feliz, jamás lo conseguiré.

—Mira, te propongo una cosa. Sé que te gusta hablar las cosas con la persona con la que tienes algún problema, así que, si quieres, después de desayunar, vamos a hablar con tu madre. Los dos. Tú le dices lo que piensas, lo que sientes, lo que esperas y lo que deseas, y yo hago lo mismo. ¿Te parece bien?

—Tengo que haber hecho algo muy bueno en otra vida para tenerte en esta —digo antes de suspirar con fuerza. Definitivamente Ian es un hombre maravilloso.

—Lo dudo, Calamidades. Creo que siempre has sido un poco demonio. —Alza la ceja, sonrío y me besa con pasión, haciendo que me derrita entre sus brazos. ¡Dios, cualquier día me da un infarto!—. Y ahora será mejor que desayunemos antes de que cambie de idea y sustituya las tostadas por tu piel y tu cuerpo. —Suelto una carcajada nerviosa porque en realidad quiero que me coma a mí.

Estamos en la cama, desayunando tranquilamente, cuando suena el timbre de casa. Miro el reloj, veo que son las nueve de la mañana y me pregunto quién será el que llama tan temprano un sábado. Ian se levanta, responde y entra en la habitación con un semblante un tanto serio.

—¿Quién es? —pregunto aunque creo que sé la respuesta.

—Tus padres —me responde mientras se tumba de nuevo a mi lado. Hago la intentona de levantarme, pero él no me deja—. Si tu madre quiere algo, que entre. No vamos a cambiar

nuestros planes por ella. Y el plan era desayunar tranquilamente en la cama.

—Ian, por favor, la tranquilidad se ha acabado. Será mejor que vayamos al salón. No le demos más motivos para mosquearse, ¿vale?

—Está bien —resopla resignado pasados unos segundos.

Me levanto de la cama, Ian se pone unos pantalones cortos, coge la bandeja con nuestro desayuno y salimos al salón, donde mis padres ya nos esperan. Papá me sonríe, sonrío a Ian y me da un abrazo enorme y dos besos en las mejillas. Mi madre me observa, calla y agacha la mirada. Y eso solo indica una cosa. ¡Mi padre le ha leído la cartilla y bien leída! ¡Bravo por papá!

Nos sentamos en el sofá; Ian les ofrece café. Mamá sigue sin hablar, así que decido ser yo la que rompa el hielo. La tensión se masca en el ambiente.

—Bien, mamá, ¿querías decirnos algo? —Ian pone su mano en mi muslo, indicándome que suavice un poco el tono de voz, pero como todavía estoy muy cabreada con mi madre, no sé si seré capaz.

—Sí —musita bajito—, tu padre y yo hemos estado hablando y creo que mi comportamiento de anoche no fue el adecuado. Quería pedirte disculpas.

—¿A mí? Creo que te equivocas de persona, mamá. Te metiste con Ian, sin conocerlo, y eso no está bien. Es a él a quien le debes las disculpas, no a mí.

—Te hice llorar, hija. Y me prometí a mí misma, después de lo de Saúl, que no lo haría, que siempre te apoyaría, pero no lo he hecho. Lo siento. Os pido disculpas a ambos.

—Mira, mamá, sé que lo has pasado mal con lo de Saúl, pero eso ya pasó. Todos lo pasamos mal, pero la vida sigue y nos ofrece nuevas

oportunidades. La mía es Ian. Me río con él, me cuida, me mimaba, me protege, me quiere, mamá. Y eso es lo único que importa. Quiero que esto funcione, a pesar de saber que no va a ser fácil. Pero si no intento ser feliz, jamás lo seré, mamá. ¿Entiendes que necesito seguir con mi vida?

—Sí, hija, lo entiendo. Pero me preocupo por ti.

—Y yo te agradezco esa preocupación porque significa que me quieres, pero si me equivoco, si esto no funciona, si algo sale mal, será porque he intentado seguir viviendo, mamá. No quiero ser una de esas mujeres que vive amargada pensando que todos los hombres la van a engañar. Quiero vivir, mamá, y te aseguro que Ian me ha devuelto la vida.

Mamá mira a mi novio, que permanece callado a mi lado, con su mano todavía en mi muslo. Me observa, lo mira a él y al final, Ian sonrío, rompiendo el escudo que mi madre se ha puesto. ¡Si es que esa sonrisa que tiene es capaz de

derretir a cualquiera, hasta al sargento de hierro que es mi madre!

—Lo siento, Ian. Espero que aceptes mis disculpas.

—Doña Encarna, comprendo los motivos que la llevaron a decir lo que dijo y a proteger a su hija de la forma en la que lo hizo. Acepto sus disculpas, pero se lo repito, no soy Saúl y amo a su hija. —Me sujeta por la cintura y me sienta sobre sus rodillas—. Ella es lo más importante para mí en estos momentos. Y no la pienso dejar escapar, ni estoy jugando con ella ni nada que se le parezca. Quiero estar con ella, vivir con ella, respirar junto a ella, porque ella es mi vida.

¡Me derrito cual cubito de hielo al sol! ¡Qué bonito todo lo que dice! Pero mi madre no parece dispuesta a aceptarlo tan fácilmente. Conozco demasiado bien esa mirada. Y es de desconfianza pura y dura.

—Mamá, sé que consideras que es demasiado pronto para que Ian y yo nos hayamos enamorado, que en apenas unas semanas no es posible que dos personas sientan esto porque casi no se conocen, pero hay veces que el amor es así. Se le llama amor a primera vista. Y en esta familia pasa con mucha frecuencia. ¿O tengo que recordarte que te casaste con papá a los pocos meses de conoceros?

Mi madre agacha la mirada y sé que he dado en el clavo. Mis padres se casaron tres meses después de conocerse y yo nací al año siguiente. Se adoran y a pesar de haber tenido sus crisis, no pueden estar el uno sin el otro.

Cuando mi madre levanta la cabeza y nos vuelve a mirar, la desconfianza parece haber desaparecido. Sé que sigue ahí, enterrada en lo más profundo de su ser, pero que ahora no será tan borde. Nos sonrío, nos vuelve a pedir disculpas y me levanto del regazo de Ian para darle un achuchón a mi madre y dos besos. Mi morenazo

me imita y también la abraza. Mi padre desaparece por la puerta y cuando regresa, viene cargado con el portátil que les regalé hace dos años. ¡Toca sesión de fotos!

Es casi mediodía cuando terminamos de ver el aluvión de fotos que ha hecho mi madre. ¡Menos mal que la tarjeta de memoria de la cámara era de cuatro gigas, porque si llega a ser de más, nos tiramos una semana entera viendo fotos! Decidimos salir a comer y les propongo a mis padres ir al bar de José. Quiero que ese adorable hombre conozca al maromo que tengo por novio.

José nos recibe con alegría y cierta sorpresa, y enseguida nos busca una mesa agradable. Una vez que nos hemos sentado y acomodado, mi amigo se acerca para anunciarnos cuáles son los platos del día. El bar de José es un sitio normal y corriente, de cocina tradicional, eso sí, cuidadísima y con productos frescos y buenos. Así que le hacemos caso y aceptamos sus sugerencias sabiendo que

serán todo un acierto. La comida transcurre de forma muy distendida entre risas y anécdotas. Cuando estamos a punto de acabar el postre, José se acerca a la mesa y sin ninguna sutileza le advierte a Ian de que si me hace daño, no tendrá el menor reparo para abrirlo en canal con el cuchillo jamonero. Los ojos de Ian se abren como platos y José, dándole una palmada en la espalda y con la sonrisa dibujada en sus labios, lo tranquiliza diciéndole que es una broma «a tener en cuenta» y todos nos reímos.

Son casi las cinco cuando nos levantamos de la mesa; mis padres se despiden y se van a casa, y yo decido enseñarle a Ian la joya de la corona de Elda: la industria del calzado. Paseando por la ciudad recorreremos una de las rutas del calzado mientras le explico cuál es la producción, cómo se fabrican, de dónde viene la materia prima, cómo se hacen los diseños, las campañas de marketing... Ian me escucha con atención y yo me siento a mis

anchas; es un mundo que conozco muy bien y hablo de él con mucha seguridad.

En una de las calles de la ruta del calzado nos encontramos con un grupo numeroso de gente ataviada con pañuelos y paraguas, y le cuento a Ian que son jóvenes que van a ver el «Corre la traca», una danza bajo el fuego de petardos y cohetes (de ahí que vayan con ese atuendo) que se celebra durante la Fiesta Mayor. A Ian le fascina la idea y me pide que vayamos a verlo nosotros también. Después de ver el «Corre la traca» nos paramos a tomar algo y a eso de las diez volvemos a casa. Ian se empeña en preparar la cena y yo me pongo de nuevo mi pijama de Mafalda, me recuesto en el sofá y por poco me quedo frita. Estoy agotada. Pero cuando veo entrar a Ian en el salón, abro los ojos como platos y me tengo que tapar la boca con las dos manos para no soltar una carcajada. ¡Solo va vestido con los calzoncillos y el delantal, y lleva el bote de *fondue* de chocolate en la mano!

Cenamos, nos untamos de chocolate, nos lamemos, besamos, chupeteamos, acariciamos, hacemos el amor y extasiados y agotados nos dormimos. El día empezó mal, pero acabó siendo maravilloso.

Cuando me despierto veo a Ian dormido a mi lado. Decido quedarme un rato más en la cama, observándolo. Me pierdo en su rostro, contemplando esa nariz tan perfecta que tiene, en lo sexy que está con esa barbita de tres días que últimamente siempre lleva, en sus cejas, pobladas pero no en exceso, en sus labios, carnosos y jugosos al mismo tiempo, y me doy cuenta de que soy una mujer con mucha suerte. No por el hecho de tener al tío más bueno del planeta como novio, sino porque ese hombre es cien mil veces más hermoso por dentro que por fuera. ¡Y encima es el mejor en la cama! Sonrío por mi alocado pensamiento y él también alza la comisura de sus labios. ¡El muy puñetero está despierto! Me

dispongo a soltarle una reprimenda cuando de pronto me atrapa entre sus brazos, me tumba en la cama, me besa con pasión y ¡me esposa! ¡La madre que lo parió! Lo tenía todo preparado. Saca el bote de chocolate, lo deja sobre la mesita de noche, se levanta, pone esa cara de gamberro que me trastorna y sale por unos segundos del dormitorio. Cuando regresa, ¡lleva un bol con cubitos de hielo!

—Hora de jugar —me dice—. ¿Dónde tienes el consolador?

¡Una leche te digo dónde lo tengo! Me niego a abrir la boca. Levanta la ceja, se acerca a mí como un lobo hambriento, pasea su lengua por todo mi vientre, me succiona con suavidad los pezones y me susurra al oído:

—Calamidades, si no me lo dices, pondré la habitación patas arriba hasta encontrarlo. —Su voz es ronca, sexy y penetrante. Me termina de convencer cuando se mete el lóbulo de mi oreja en la boca y lo chupetea. ¡Al cuerno con todo!

—En el primer cajón de la cómoda —alcanzo a decir entre jadeos.

Sabedor de que me ha vencido una vez más, se levanta, coge mi consolador y me sonríe muy maliciosamente. ¡Ay virgencita, qué miedo me da!

Pasa un cubito por mis pies, provocándome unos escalofríos tan grandes que mis pezones se ponen tiesos. Me abre las piernas, me mira, vuelve a sonreír, abre los pliegues de mi sexo y hunde sus labios en ellos. Juguetea con mi clítoris, me lo lame, lo chupa y lo mordisquea. Introduce uno de sus dedos en mi interior, me come los pezones como si fuera un perro famélico y cuando me tiene como una moto, me introduce con cuidado el consolador. Me retuerzo, jadeo y grito, pero no llego a correrme. Ha detenido los frenéticos movimientos del consolador y me mira con cara de malo malote.

—Adoro oírte gritar, Calamidades. —Me besa con avidez y sé que se me va a hinchar el labio

inferior por culpa de ese beso—. Pero como soy muy malo, quiero que te corras cuando yo esté dentro de ti.

¡Se me acaban de fundir los plomos!

Sigue jugueteando con mis pezones, lamiendo el chocolate que me pone en la barriga, acariciando mi clítoris con el consolador o con sus labios. Me retuerzo, jadeo, me vuelvo a retorcer, respiro como una moribunda, creo que me voy a correr y de pronto, libera mis muñecas de la prisión de las esposas.

—¡Átame! —me dice.

¡Chico, no sabes lo que acabas de hacer! Rauda y veloz, no sea que se lo piense mejor al ver mi cara de gamberra, lo esposo. Su pene está erecto, así que decido untarlo de chocolate y comérmelo. Lo chupeteo, lo lamo, me lo meto en la boca e ¡an gruñe. La bruja que habita en mi interior sale a relucir y cojo un cubito de hielo y me lo paso por los pezones a un palmo escaso de sus labios. Las

gotitas de agua congelada caen sobre la cara de Ian, que me mira excitado.

—Quiero comerme tus pechos —reclama con impaciencia. Acercó mis pechos a su boca, pero cuando la abre, los aparto, lo beso y me alejo con cara de demonio—. Ángela, ¿qué estás tramando?

No respondo. Me siento a horcajadas sobre él, me acaricio el clítoris y me relamo los labios. Ian gruñe y forcejea con las esposas.

—Deberías dejar de pelearte con ellas. La última vez no te pudiste soltar, ¿recuerdas? —Cojo el consolador y lo acerco a mi sexo. Ian jadea y vuelve a gruñir.

—Recuérdame que jamás te vuelva a pedir que me ates.

No respondo. Sonrío con malicia y me introduzco el consolador con cuidado. Jugueteo con él mientras Ian se sigue peleando con las esposas. Observo cómo sus muñecas se han enrojecido ligeramente y decido proponerle algo.

—Prométeme que si te suelto no me atas —le susurro al oído con voz sexy.

—Hecho, demonio.

En el fondo sé que me voy a arrepentir, porque el tono de su voz me indica que está tramando algo, pero lo libero porque no quiero que se haga daño. Y en cuanto hago eso, se levanta, coge un fular del perchero de detrás de la puerta y me venda los ojos.

—Ian —protesto.

—¡Shhh! He cumplido mi promesa. No te he atado. —Se ha levantado de la cama y no sé qué demonios está haciendo por mi dormitorio. Noto cómo su cuerpo se vuelve a tumbar en la cama y empiezo a reír. ¡Ha cogido uno de mis pendientes con plumas y me está haciendo cosquillas en el vientre!

—¡Para, por favor, para! —suplico retorciéndome de risa. Me agarra las dos manos,

me las pone por encima de la cabeza y me besa todo el cuello.

—Me tienes loco. —Sus dedos vuelven a hundirse en mi sexo, su boca vuelve a devorar mis pechos y yo jadeo desesperadamente.

Sin previo aviso se mete en mi interior. Hago la intentona de quitarme la venda, pero me lo impide. Empuja con fuerza y lo oigo gruñir, por lo que dejo escapar un alarido de placer cuando me corro y él me acompaña. Se deja caer sobre sus codos para no aplastarme, me besa en los labios al tiempo que me quita la venda y me dice al oído, suave.

—Te quiero.

Yo sonrío de felicidad, de dicha y de amor. No le respondo con palabras. Le doy un beso en los labios y me acurruco a su lado, sabiendo que si esto no funciona y al final lo dejamos por culpa de la distancia, no me repondré.

## XVII

*E*l domingo pasa rápidamente. Ian y yo apenas salimos de casa. Simplemente bajamos al bar de la esquina a tomar café después de comer, porque se me ha acabado. Él insiste en quedarse a dormir en mi casa y levantarse a las cinco de la mañana para irse a Valencia, pero me niego. Quiero que descanse y sé que si se queda, no será así. Además, Valencia en hora punta es un caos. Con miles de besos y la promesa de que iré el próximo fin de semana y de llamarme por Skype en cuanto llegue a casa, se marcha a las ocho de la tarde. Subo a mi piso, miro mi cama y me siento un poco triste. Tengo cinco días por delante en los que voy a dormir sola. Y no me gusta nada. Me estoy convirtiendo en una adicta. Y mi droga se llama Ian.

El lunes por la mañana, tras mi sagrado

desayuno en el bar de José y el interrogatorio por su parte sobre Ian, llego al trabajo y me encuentro a mis compañeras más revolucionadas de lo normal. Lo cierto es que las cinco estamos un poco locas, pero últimamente merecemos que nos encierren en un psiquiátrico. A mí, la primera. Y todo por culpa de cierto morenazo que me tiene trastornada.

—Buenos días, Eva. ¿Cómo estás?

—Pues chica, divina de la muerte —me suelta la majadera—. Ven aquí que tengo que contarte el último cotilleo de la empresa.

—¿Qué ha pasado? —pregunto muerta de curiosidad. ¡Doña Cotilla sale a la luz!

—Pedro ha contratado a un publicista para la campaña de navidad.

—¿A un publicista? —Eso no me hace ni pizca de gracia. Por regla general siempre llamamos a la empresa de publicidad con la que don Joaquín, mi anterior jefe, había trabajado durante años. Ellos

vienen, hablan conmigo sobre cuál es el producto que más queremos potenciar y publicitar, y junto con ellos preparo la campaña de navidad, la de verano y las que hagan falta—. ¿Y eso?

—Pues chica, no sé. Pero el tío está buenísimo —y empieza a chuparse los dedos, mostrándome con ese gesto lo, supuestamente, buenísimo que está mi nuevo compañero.

Un pelín mosqueada subo a mi despacho, enciendo el ordenador, saco papeles y me dispongo a trabajar. En eso suena el teléfono de mi mesa y veo que me llaman desde la centralita, o sea, que es Eva quien me llama.

—Dime —respondo escuetamente mientras abro el correo electrónico de la empresa.

—Nuestro adorable jefe quiere que vayas a su despacho de inmediato. —Lo de adorable es un sarcasmo, porque este tío es gilipollas.

—¿Y por qué no me ha llamado su secretaria?

¿Desde cuándo es Eva la que se dedica a dar estos recados? Me estoy poniendo de mal humor.

—No ha venido a trabajar. Además, ¿tú para qué lo quieres saber? Estás muy rara hoy.

—Estoy muy cabreada porque no entiendo a qué viene eso de contratar a un publicista.

—Pues guárdate la mala leche y ve a ver qué quiere el soplagaitas ese —dicho lo cual, me cuelga.

Resoplo, me arreglo la falda, miro mi reflejo en el espejo y me doy cuenta de que mi cara es más parecida a la de un bulldog que a la de una mujer. Y vale, es cierto que me mosquea que haya contratado al publicista, pero no solo por eso voy a estar de este humor. Así que decido dibujar una sonrisa e ir a ver qué quiere mi jefe.

Llamo a la puerta y oigo un «adelante» que dan ganas de salir corriendo. Resoplo, vuelvo a poner la sonrisa en la cara y entro.

—Buenos días. ¿Deseaba verme? —educación, Angelita, ante todo educación.

—Sí, siéntate. Quiero presentarte al nuevo publicista. Este es Abel.

Me giro y veo al nuevo publicista. Pues sí que tenía razón Eva. Está muy bueno. Aunque claro, inconscientemente hago la comparación entre ese hombre y mi hombre. Resultado: Abel pierde por goleada.

—Encantado de conocerte —me dice mientras tiende su mano para que la estreche.

—Lo mismo digo —tomo su mano y él me la estrecha con fuerza—. Me llamo Ángela. —Él sonrío y me doy cuenta de que habrán sido muchas mujeres las que se habrán derretido ante esa sonrisa.

—Bien, quiero que trabajéis juntos para preparar la campaña de navidad. La quiero lista antes del uno de noviembre. Así que poneos a trabajar.

¡Viva la delicadeza, motivación y educación de mi jefe! ¡Si es que no es más imbécil porque no se entrena!

Decido levantar mi culo de la silla y largarme antes de soltar alguna burrada de las mías. Abel me sigue en silencio. Supongo que está flipando con el tacto de nuestro jefe.

—¿Siempre es así? —me pregunta cuando nos alejamos un poco de su despacho.

—¡Qué va! —Entonces él sonríe porque cree que la actitud de mi jefe se debe a que tiene un mal día—. Hoy está de buen humor.

Empieza a carcajearse y yo me río con él. Seguimos andando y me doy cuenta de que Abel se dirige al despacho contiguo al mío. Así que lo tendré a escasos metros de mí.

—¿Ya tienes algo pensado para la campaña de navidad? —me pregunta.

—Algo, pero es una idea muy básica. Tengo que revisar las ventas del año pasado y las previsiones

para este, así como hablar con las responsables de varias tiendas para ver cómo se prevé la campaña invernal.

—Vale, ¿qué te parece si tú te pones con eso y yo empiezo a pensar en alguna campaña contundente y exponemos nuestras ideas el viernes?

—¿El viernes? —él asiente—. Imposible. Tengo que estar en la tienda de Valencia para ver qué stock ha quedado de verano y hablar con la responsable de la tienda.

—¿También te encargas de eso? —me pregunta extrañado.

—¡Ah, pero es que crees que te ha contratado para que solo hagas de publicista? —le digo dándole un golpecito en el hombro—. ¡Qué ingenuo eres! Cuando menos te lo esperes estarás haciendo el trabajo de dos o tres personas. Y no te quejes, porque su respuesta será: con la crisis que hay en este país, todos tenemos que arrimar el

hombro para mantener la empresa a flote. Eso sí, ¿qué nos apostamos a que estas navidades se va de vacaciones a algún lugar exótico y paradisíaco que cueste un riñón y parte del otro? —Abel se ríe ante mi ocurrencia y se mete en su despacho, mientras yo entro en el mío.

Después de toda una tarde de trabajo en la que fui anotando en mi libreta diversas ideas para la campaña de navidad, me sentí satisfecha cuando llegó la hora de apagar el ordenador y cerrar el despacho. Había quedado para cenar en casa de mis padres y no quería llegar tarde. Me sorprendió lo suave que estaba mi madre conmigo; eso solo significaba una cosa: le remordía la conciencia por su comportamiento con Ian y conmigo. Como entendí que lo que hacía en cierto modo era pedirme disculpas, decidí sacar el angelito que llevo dentro y ser amable con ella para disfrutar de una agradable velada, y así fue.

Al llegar a casa me faltó tiempo para encender la tableta y conectar el Skype. Le hablo de la cena con mis padres y le resumo un poco mi día de trabajo, y le cuento una mentirijilla: le digo que el viernes llegaré un poco tarde por culpa de mi jefe, pero no especifico más. Él me dice que tenga paciencia y que no pasa nada, que me esperará en casa con la cena preparada. Es un cielo y tengo remordimientos por mentirle. Pero sé que cuando vea lo que tengo preparado para él, me lo va a agradecer.

La semana pasa volando, entre mi jefe, las locuelas de mis compañeras y amigas que babeaban por Abel, y el mencionado, apenas he tenido tiempo de preparar lo que tengo pensado para Ian. Pero por fin es jueves por la tarde, cargo la maleta en el coche, el regalo de Ian y salgo disparada para Valencia. Recibo varios whatsapps por el camino y sé que es él, pero no le respondo, no sea que me vaya a estampar por consultarlos.

Cuando llego al peaje de la Pista de Silla, me hago a un lado y le respondo muy escuetamente: «Estoy en una reunión con mi jefe, en cuanto acabe te llamo. Te quiero». Sonrío para mis adentros mientras pienso en la cara que va a poner cuando me vea.

El último trayecto se me hace muy largo; estoy impaciente por verle. Por fin entro en su calle y aparco cerca del parque de delante, bajo unos árboles para que no vea el coche. Salto al asiento trasero y me cambio de ropa. Cojo el sobre, anoto lo que traía pensado, lo cierro, cojo la carpeta y me bajo del coche. Corro hasta la acera y me escondo bajo los balcones para que Ian no me vea si se asoma. Me pongo el casco que llevo colgando del codo, para que no me reconozca por el vídeo portero y llamo a su timbre.

—¿Quién es? —pregunta extrañado.

—Busco a Ian Gutiérrez. Traigo un paquete de parte de Ángela Montaner —miento cochinemente.

Él me abre la puerta al tiempo que mi móvil suena. ¡Mierda! ¡Es él que me está mandando un mensaje! Pongo el teléfono en silencio antes de que me descubra.

Cuando llego a su rellano veo que la puerta de su casa está entornada. Doy dos golpecitos e Ian sale con cinco euros en la mano para dármelos de propina. Aplaco las ganas de reír y, sin quitarme el casco y muy seria, le digo:

—Ponga su D.N.I. y firme aquí, por favor. —Ian no sospecha nada. Rubrica su firma, anota su número de D.N.I. y me devuelve el bolígrafo y los cinco euros—. Que pase una buena noche, señor —le digo mientras le entrego el sobre.

Doy media vuelta y me dirijo al ascensor. En cuanto Ian cierra la puerta de su casa, corro hasta ella de nuevo, me escondo en un lado, me quito el casco y agudizo el oído por si soy capaz de entender algo. Oigo una risa, la de Ian, y cómo masculla: «Demonio, esta me la pagas». Abre la

puerta de sopetón y mira en dirección al ascensor, pero no me ve.

—Decía usted algo, caballero —le pregunto.

Me mira de arriba abajo y es en ese momento cuando se da cuenta del atuendo que llevo. ¡Me he comprado un mono de cuero, como el de aquella mujer del anuncio de «busco a Jacks!» Y debajo de ese mono, la lencería más sexy del planeta. En el sobre simplemente estaban las esposas y una nota que decía: «No deberías ser tan confiado. A ver si la próxima mensajera decide esposarte a su cama y no dejarte marchar.»

—Calamidades, no sabes en el follón que te acabas de meter —dicho lo cual, tira de mi muñeca derecha y me mete en casa—. ¿Qué haces aquí?

Suelto el casco en el sofá, la carpeta y las llaves del coche en la mesa, me giro, bajo ligeramente la cremallera del mono y le digo:

—¿De verdad quieres que te responda a eso ahora? —Él se relame los labios y yo saco lo que llevo escondido dentro del mono. Un pañuelo de seda negro.

—Ahora no, pero dentro de un rato ya hablaremos tú y yo —me dice muy serio, mientras se acerca a mí como un perro famélico. Me coge en brazos y me lleva al dormitorio.

Suavemente baja la cremallera del mono y se recrea en el conjunto de lencería que llevo puesto, que, dicho sea de paso, me ha costado un riñón. Resopla y pasea su dedo índice por mi escote, consiguiendo que se me pongan todos los pelos de punta. Gruñe y devora mis labios, hasta que se me hincha el inferior de la pasión que pone en ese beso.

—Quiero jugar contigo —le digo con voz sensual y sabiendo que estoy muy excitada.

—Haz conmigo lo que quieras, nena —me suelta. Y yo le quito la camisa, lo tumbo en la

cama, lo esposo y le vendo los ojos con el pañuelo de seda.

Paseo mi lengua por su torso, recreándome en sus pezones. Él jadea, gruñe y resopla, con lo que consigue que me encienda un poquito más y le muerdo ligeramente los pezones.

—¡Dios! —grita. Me doy cuenta de que está muy excitado y de que su pene lucha por salir de dentro de sus vaqueros y sus calzoncillos, así que lo libero.—Voy a soltarte una mano. Pero no puedes hacer nada sin mi permiso, ¿entendido? —le digo.

—Tú mandas, Calamidades. Ahora mismo, soy tu esclavo.

«No sabes lo que dices», pienso, pero callo. Le suelto una mano y le dejo la otra esposada al cabezal de forja de la cama. La tomo y la pongo sobre mi sujetador.

—Encaje negro, mi preferido —me dice, y aunque ya lo había visto, se recrea en él—. ¿Puedo tocar lo que hay debajo?

Desde luego está cumpliendo con su papel de esclavo a las mil maravillas. Me desabrocho el sujetador y dejo que acaricie mis pechos. Primero el derecho, luego el izquierdo, me pellizca en un pezón y consigue que suelte un pequeño grito. Su mano desciende por mi vientre, buscando mi monte de Venus, pero como todavía llevo el mono puesto, no lo alcanza.

—¿Sería tan amable de quitarse ese provocador mono que lleva para que yo pueda alcanzar lo que quiero, ama? —me pregunta con voz ronca. ¡Como me siga hablando así va a conseguir fundirme los plomos!

El sonido del cuero deslizándose por mi piel provoca que Ian gruña de nuevo. No tengo muy claro quién de los dos está más excitado, pero la temperatura es infernal. Me quedo solo con las braguitas brasileñas y me acerco de nuevo a él. Su mano se cuela ávidamente entre los pliegues de mi sexo, buscando con desesperación mi clítoris.

Cuando lo encuentra, lo masajea, rodea y pellizca con suavidad, consiguiendo que me falte el aire y que muera de placer. Estoy a menos de un minuto de correrme, así que le ordeno parar y, en su papel de esclavo, obedece. ¡Juro por Dios que como siga así voy a tener el mayor orgasmo de toda mi vida! Y como la excitación me ha obnubilado el cerebro, me pongo a hacer algo que no había hecho jamás: el sesenta y nueve.

—¿Tienes hambre? —le pregunto.

—¿A qué leches viene esa pregunta, Calamidades? —No tiene ni pajolera idea de por dónde van los tiros, y sonrío maliciosamente.

—Responde, esclavo.

—Sí —dice siguiéndome la corriente.

Le pongo un pecho en la boca, le dejo que se sacie ligeramente con él, le paso el otro y de repente lo aparto. Lo desnudo del todo, me quito las braguitas y mientras lamo su pene le ofrezco mi sexo. De un tirón se quita la venda de los ojos,

alarga la mano, coge las llaves de las esposas, se libera y exclama:

—A la mierda con las puñeteras esposas y la venda de los cojones.

Si no fuera porque me estoy comiendo su sexo como quien se come un cucurucho de helado, me hubiera partido de risa.

Su boca se hunde entre los pliegues de mi monte de Venus, su lengua se pasea por mi clítoris, cuele dos dedos en mi interior y yo chupo con más avidez su pene. Siento las gotas del líquido preseminal en mi boca y cómo los espasmos del orgasmo empiezan a recorrer mi cuerpo. Ian es un experto en el arte de conseguir que tenga los mayores orgasmos del mundo. Y en aquella postura, ambos alcanzamos el clímax.

Tras lavarnos la boca y la cara, volvemos a la cama. Ian me abraza, me acaricia y cuando me quiero dar cuenta, lo tengo sobre mí, abriéndose paso hacia mi interior. Lo dejo entrar

complaciente, porque lo cierto es que lo del sesenta y nueve ha estado bien, pero acogerlo dentro de mí es cien millones de veces mejor. Hacemos el amor y alcanzo el orgasmo un minuto antes que él. Desmadejada me acurruco a su lado, recuesto mi cabeza sobre su pecho, dejo que me acaricie la espalda con dulzura y que me dé suaves besos en el cogote. Me siento flotar en una nube de la que no deseo bajarme bajo ningún concepto.

## XVIII

*E*l fin de semana pasa rápido; demasiado. Y también el resto del mes. Sin casi darme cuenta estamos en vísperas del puente de octubre. Ian me advirtió que no hiciera planes porque nos íbamos de viaje. El sitio es un secreto, así que preparo la maleta con ropa de entretiempo y me voy a cenar a casa de mi madre, donde sufro un interrogatorio en toda regla. Que si dónde vamos, que si con quién, que si qué vamos a hacer. Mi respuesta siempre es la misma.

—Mamá, no tengo ni idea porque es Ian quien lo ha planeado todo. Solo sé que mañana por la tarde, cuando salga de trabajar, me voy a su casa y él me llevará a dónde sea.

—¿Y no te parece que estás poniendo demasiadas cosas en sus manos? Toda tu vida gira últimamente en torno a él.

—Mamá, no empieces, por favor.

—Mira, Ángela, yo solo digo que no dejes a todos y todo lo demás que hay en tu vida de lado, que el centro de tu universo no sea Ian, porque si no funciona, lo vas a pasar muy mal.

¡A ver cómo le digo a mi madre que Ian ya es el centro de mi universo! Pero sé que en el fondo tiene razón y no quiero discutir con ella.

—Trataré de dedicar más tiempo a los demás, mamá —miento cochinamente.

Mi madre no se lo traga ni por asomo. Me pone esa cara suya de «eso no te lo crees ni tú, monina». Pero no me dice nada y el asunto queda zanjado. De momento.

Llego a Valencia a las nueve y media de la noche. Ian está en el portal esperándome para ayudarme con la maleta. No es que pese mucho pero su actitud de caballero me encanta, así que me dejo ayudar. Con una mano sujeta la maleta,

con la otra me coge por la cintura y me arrea un besazo de película. ¡Que me muero de gusto!

Nos levantamos temprano y subimos al cochazo de Ian. Veo que coge la carretera que lleva a Madrid y pienso que nos vamos a casa de sus padres. Pero no, nos dirigimos a la sierra y acabamos en un bonito chalé perdido entre hermosos jardines e impresionantes árboles. Eso sí, Ian me advierte que mañana vamos a ver a sus padres y a comer con ellos. Le digo que me parece perfecto, porque sé que él necesita rodearse de su familia. Al fin y al cabo, ¿a quién no le gusta estar con los suyos?

Paseamos por los alrededores del chalé, respirando el aire puro de la sierra madrileña. De vuelta en la casita, Ian enciende la chimenea. No es que haga mucho frío, pero acabamos tirados en la alfombra que hay frente a ella, desnudos y haciendo el amor a la luz de las llamas, mientras en el equipo de música suena la canción *Eres*, de

Antonio Orozco. Romántico, romántico. Si me sigue regalando todas estas cosas, acabaré siendo una ñoña.

Tal y como me había dicho, vamos a comer con sus padres, al pedazo de chalé de más de quinientos metros cuadrados que tienen en la urbanización de La Moraleja. Silbo ante semejante casa e Ian se ríe de mí. Le doy un codazo y decido ignorarlo por completo.

Una vez dentro, una rubia que sé por Caro que es Alicia, baja las escaleras cual vendaval y se cuelga del cuello de su hermano para comerle a besos, mientras Ian la levanta y gira con ella. De pronto para y empieza a hacerle cosquillas, lo que provoca que Alicia salga en estampida e Ian detrás de ella, dejándome plantada en mitad del hall más sola que la una. Por suerte, una mano amiga se posa sobre mi hombro y me da un fuerte abrazo.

—Hola, «hermanita» —a Caro le ha dado por llamarme hermanita—. El gamberro de mi

hermano te ha dejado aquí tirada, ¿verdad?

—Ha salido como una flecha tras una rubia con tatuajes en el brazo que se lo ha comido a besos en cuanto lo ha visto. Me pregunto si debería ponerme celosa —bromeo con Caro mientras pongo mi dedo índice en los labios como si realmente me planteara tal posibilidad.

—Bueno, lo cierto es que esa rubia es bastante potente —dice Caro siguiéndome la broma—, aunque yo no me preocuparía mucho. No creo que sea del tipo de mi hermano —me dice mientras me toma del brazo y me hace pasar hacia dentro.

—¿Estás segura? —pregunto mientras seguimos fingiendo.

—¡Y tanto! Conozco a mi hermano y sé que tiene una predilección especial por cierta morena alocada y un poco patosita que lo tiene loco perdido.

¡Hale, otra que me llama patosita!

—No sé yo. Igual se cansa de la patosa —  
apostillo.

—¿Quién se tiene que cansar de qué patosa? —  
pregunta Ian a mis espaldas. Viene agarrado de la  
cintura de Alicia y ambos tienen el pelo tan  
alborotado que parece que les haya picado la  
cabeza un batallón de gallinas.

—Pues lo cierto, querido, es que hablábamos de  
ti y de la posibilidad de que te canses de cierta  
morena medio majareta y patosa que se ha colado  
en tu vida y decidas cambiarla por una rubia —le  
dice Caro mientras señala a Alicia—. ¿Se la  
piensas presentar o te apetece volver a verla hecha  
un basilisco con un mocho en la mano? —pregunta  
recordando el momento en el que conocí a Caro y  
pensé que era un lío de Ian.

Ian suelta a Alicia, se me acerca como un perro  
famélico y me arrea uno de esos besazos de  
película que termina dejándome los labios  
hinchados.

—Jamás me cansaré de ti, Calamidades —me susurra al oído con voz suave y sensual, haciendo que cierto calorcito se instale entre mis piernas. El muy puñetero sabe cómo llevarme a su terreno y fundirme los plomos en menos de un segundo—. Alicia, te presento a mi chica, Ángela. Calamidades, esta es mi hermana pequeña, Alicia. Aunque yo la llamo Ali.

De repente Alicia le suelta un capón a su hermano antes de acercarse a mí.

—A ver qué día dejas de ponerle motes a todo el mundo, petardo —riñe a Ian mientras me da dos besos—. Encantada de conocerte, Ángela. Soy Alicia, o trasto inmune, como me llama ese petardo de ahí —dice señalando a Ian.

—¿La llamas trasto inmune? —pregunto horrorizada por semejante mote.

—¿Qué quieres que te diga, Calamidades? De pequeña se pasaba la vida haciéndome la puñeta y

tocando todas mis cosas —me responde, alzando los hombros.

—Pues ya estás cambiando el mote porque no pienso consentir que la llames así delante de mí, ¿entendido? —Me parece lo más feo que un hermano le puede decir a una hermana.

—¿Lo dices en serio? —me pregunta Ian confundido por mi repentino enfado y mi sonora bronca.

—¿Tengo cara de cachondeo? —le replico con el ceño fruncido y los brazos en jarras.

—¡Vale! No la llamo más así. A partir de ahora eres «terremoto». ¿Te parece mejor así?

Lo sopeso durante unos segundos. Lo cierto es que por lo que me ha contado Caro de su hermana pequeña, ese mote le va a la perfección. Porque Alicia tiene veintiún años, está estudiando para ser forense, es motera y amante de los tatuajes, le pirra el heavy metal y lleva a su madre por la calle de la amargura porque se empeña en hacer todo lo

contrario de lo que a Megan le gustaría que hiciera.

—Si a ella le parece bien —respondo.

—Por mí encantada —dice Alicia mientras se pone a brincar delante de su hermano—. Pero que sepas que tú sigues siendo «petardo».

—¡Serás trasto!—se queja Ian, que corre tras su hermana pequeña después de que esta le haya dado un capón en toda regla.

Contemplo la imagen con cierta envidia. Siempre quise tener un hermano o hermana para poder disfrutar de esa complicidad, cariño y hasta de las peleas.

—Hola Ángela —dice mi suegra a mis espaldas. Me giro para saludarla y veo que está con Rodrigo, el padre de Ian—. ¿Qué tal estás?

—Muy bien, Megan. Y ustedes, ¿cómo están?

—Ángela, por favor, por lo que más quieras, deja de llamarnos de usted. Me haces sentir como un viejo carcamal.

—De acuerdo, ¿qué tal estáis? —respondo resignada. Lo cierto es que los padres de Ian infunden respeto, tal vez por el hecho de que su padre sea uno de los jueces más implacables de este país y porque su madre es una neurocirujana de enorme prestigio en el mundo de la medicina a nivel internacional. ¡Ahí es nada con los papis de mi chico!

Pasamos la mañana en la enorme terraza de la casa, frente a la piscina, tomando unas cervezas y unos refrescos. Comentamos cosas sobre el trabajo de Ian o el mío, Caro dice que está muy liada con un caso que la está consumiendo, porque ahora es la abogada de una mujer maltratada y su clienta se está replanteando quitar la denuncia y eso crispa sus nervios. Alicia nos cuenta que este año se va a Barcelona a ver el gran premio de motos, lo que pone de mal humor a mi suegra y le hace recordar algo a Ian.

—Terremoto, ¿nos vamos por la tarde al circuito de motos y nos damos una vuelta?

—¡Hecho! —le dice su hermana mientras chocan las palmas de las manos.

—¡Ah no! Eso sí que no —protesta mi suegra sin que ninguno de sus dos hijos le haga ni el más mínimo caso.

—¿Qué sucede, Megan? —le pregunto al ver su cara de preocupación.

—Odio que vayan a ese maldito circuito. Cualquiera día uno de los dos se mata.

—Mamá, deja de ser tan quejica —le replica Alicia—. Llevamos las protecciones puestas y es un sitio muy seguro.

—¿Tengo que recordarte que el año pasado fui a veros y por poco sufro un infarto allí mismo? Y tú, hijo, ya podrías ser un poquito más adulto y quitarle esa idea de la cabeza a tu hermana.

—Mamá, eres una exagerada —protesta Ian, dejando muy claro que no piensa hacerle ni caso.

El padre de Ian ha preparado una paella exquisita y después de comer nos tumbamos un rato en las hamacas que hay en el jardín mientras nos tomamos un café. A las seis de la tarde, Ian y Alicia anuncian que se van al circuito. Veo que sacan del garaje dos motos de gran cilindrada y Carolina, al ver mi cara de preocupación me insta a que la acompañe en el coche, puesto que va a ver a sus dos hermanos al circuito.

En menos de treinta minutos nos presentamos en un circuito de carreras de motos, donde los pilotos de categorías inferiores entrenan. Todo esto, por supuesto, explicado por Caro, puesto que mi flamante y medio descerebrado novio, se ha limitado a darme un piquito en los labios y ha salido escopetado tras el terremoto de su hermana pequeña.

Nos sentamos en las gradas y veo cómo Ian y Alicia se ponen en la línea de salida. Hacen rugir los motores de sus motos y yo tiemblo. De pronto

salen como alma que lleva el diablo y empiezan a correr como dos locos, adelantándose, tumbando las motos hasta casi acabar en el suelo y la moto de Ian culea ligeramente, provocando que yo lance un grito y que una horrible imagen pase por mi cabeza. Decido cerrar los ojos y me quedo clavada en el sitio, petrificada de miedo, mientras ese terrible recuerdo resurge de las profundidades de mi mente donde lo había enterrado años atrás.

—Cariño, cariño, ¿estás bien? —oigo que alguien me dice a mi lado mientras me zarandea ligeramente—. Ángela, por tu madre, respóndeme que me estás asustando —pero yo sigo bloqueada.

—No sé qué le ha pasado, Ian. Se ha puesto a temblar, ha gritado y luego se ha quedado así, con los ojos cerrados y quieta como una estatua.

—Ángela, cariño, soy yo. Responde, por lo que más quieras.

Lentamente abro los ojos y veo ante mí a Ian con cara de preocupación y enfundado en un mono de

cuero rojo. Enfoco bien su rostro, él me dedica una tierna sonrisa y ¡zas! le suelto un bofetón en toda regla.

—¿Tú te has vuelto loco o qué demonios te pasa?! —empiezo a vociferar.

—¡Vaya tela! ¡Qué hostia le ha soltado! —oigo cómo protesta Alicia.

—Espera que acabe con él que luego vas tú, terremoto —le digo achicando los ojos amenazadoramente.

—¿Se puede saber a qué ha venido esa leche que me acabas de soltar? —La voz de Ian es ronca a causa del enfado que tiene. Lo miro y veo que su mejilla izquierda está más roja que un tomate.

—A que si tú haces el gilipollas con una moto, eso es lo que te vas a llevar de premio, so majadero.

—¡Ja, ja, ja! —oigo cómo Alicia se ríe por la bronca que estamos teniendo, pero Carolina, la única sensata de la familia, se la lleva a rastras de

allí—. ¡Que quiero ver cómo acaba esto! — protesta, mientras su hermana tira de ella.

—Será mejor que me expliques a qué cojones ha venido esa reacción. —Ian está furioso, pero yo también.

—A que te podías haber matado —respondo tras contar hasta diez y calmar mi histeria.

—Ángela, que nos conocemos. ¿A qué coño ha venido eso?

No quiero recordar, no quiero, pero en el fondo sé que él se merece una explicación. Busco en mi bolso el paquete de pañuelos de papel porque sé que me va a hacer falta. Ian se sienta a mi lado y por su mirada veo que ha comprendido que se trata de algo muy serio para mí.

—Cuéntamelo, Calamidades —me ordena mientras me toma de la mano.

—Cuando tenía dieciséis años, a mi mejor amigo, el hermano de Elena, le regalaron una motocicleta por su cumpleaños. Él estaba como

loco de contento y nos fuimos todos a dar una vuelta por la ciudad. Antonio se empeñó en ir delante de todos. Y los demás lo complacimos. Yo iba en la moto de Saúl, justo detrás de Antonio. Nos paramos en un semáforo en rojo. Cuando se puso en verde, Antonio fue el primero en salir, pero un coche que se estaba dando a la fuga, se saltó el semáforo y lo arrolló, lanzándolo a más de veinte metros y matándolo en el acto. Desde entonces no me he vuelto a acercar a una moto — consigo terminar de decir mientras me sorbo los mocos y me seco las lágrimas.

—Lo siento, preciosa. No tenía ni idea.

—Cuando te he visto encima de ese trasto y cómo culeaba en una curva, me he temido lo peor. El recuerdo de ese día ha vuelto y me he quedado bloqueada.

Ian me abraza y trata de consolar mi llanto desbordado. Me achucha contra él, me da besos en

la coronilla y yo trato de serenarme, porque estoy ofreciendo un espectáculo penoso.

—Si te llega a pasar algo, me muero —confieso como la tonta enamorada hasta las trancas que soy.

No me responde. Simplemente toma mi rostro entre sus enormes manos y me besa. En la frente, en las mejillas, en los ojos, en la punta de la nariz, hasta que devora mis labios de manera enfermiza. De fondo se oye el silbido que lanza Alicia ante el besazo de película.

—Prometo no volver a hacer el loco con una moto, si tú estás delante.

—¡Ah no! Tú me vas a jurar que no te subes a una moto en lo que te queda de vida.

—Ángela...

—Júralo, Ian —le ordeno mientras pongo los brazos en jarras y lo fusilo con la mirada—. Porque si te vuelves a subir, te estoy dando leches toda la eternidad, guapetón.

Imagino que mi cara debe ser un auténtico poema, porque se levanta, me vuelve a tomar el rostro entre las manos y me susurra al oído:

—De momento tú ganas, pero cuando me apetezca subir a una moto y no pueda, me lo vas a tener que compensar de otra forma —dicho lo cual, me besa, me aprieta contra él y me da una cachetada en el trasero.

¡Hale, ya estamos con el calorcito en mitad de las piernas instalado! Pero por lo menos me he salido con la mía. Y es cierto lo que le he dicho a Ian. Si le pasa algo, me muero, porque jamás creí que pudiera amar a un hombre como amo a Ian.

## XIX

*E*l puente pasa volando entre risas, abrazos, besos y noches de pasión delante de esa chimenea. Es lunes por la mañana y yo estoy delante del ordenador, pero sigo saboreando los besos de Ian, siento las caricias en mi piel y recreo en mi calenturienta mente todo lo que nuestra pasión ha hecho que sintamos.

—Ángela, ¿me estás escuchando?

—¿Eh? —pregunto confundida, porque no tengo ni pajolera idea de quién me está hablando. Miro al frente y me encuentro a Abel, plantificado ante mí—. Ostras Abel, perdona, no te he oído.

—¿En serio? No me había dado cuenta —me suelta sarcásticamente.

—Muy gracioso el señorito. ¿Qué quieres?

—Saber si has pensado algo para la campaña de Navidad, porque el jefecito está insoportable. —

Abel ha tomado por costumbre llamar jefecito al imbécil de nuestro jefe.

—Sí, espera. Hice unos bocetos para la campaña publicitaria. A ver dónde leches los metí —digo mientras me pongo en pie y me dirijo al descomunal archivador que tengo en mi despacho.

—Ángela, estás echando culo, ¿lo sabías? —me suelta tan frescamente el gracioso de mi compañero.

—¿Perdona, monín, qué has dicho? —Pongo los brazos en jarras, levanto una ceja y aprieto los labios, dejando bien claro que su comentario no me ha hecho ni pizca de gracia.

—Tranquila, Ángela. No era un comentario en plan despectivo, ¿vale? Simplemente es que desde que te conozco me he dado cuenta de que has puesto unos kilitos de más. Y parece que todos han ido a parar al mismo sitio.

—¿Y tú por qué narices te fijas en mi culo? —Ya sé que estoy engordando. El botón de mi

vaquero está a puntito de salir disparado y saltarle un ojo a Abel.

—Me fijo en el culo de todas, Ángela. No te vayas a creer que el tuyo es especial. —Se está ganado una buena leche. ¡Claro, como todas babean en la empresa por él, pues aquí el amigo se cree que es don Juan Tenorio!

—Voy a darte un consejo, Abel. Si quieres conservar tus lindos ojitos, deja de prestarle atención a mi culo, ¿lo pillas? —y como sigo con los brazos en jarras y la vena de la sien me palpita visiblemente, lo pilla a la primera.

—Entendido.

—Bien, aquí tienes los bocetos de los que te hablaba —y le suelto delante de sus narices un montón de papeles con garabatos. Me siento frente a él y empiezo a explicarle en qué consiste la idea que tengo.

Abel los estudia con atención y el resto de la mañana se nos va intercambiando opiniones e

ideas para la campaña, pero como no nos ponemos de acuerdo, decidimos que retomaremos nuestra reunión después de comer. En cuanto dan las dos, me falta tiempo para salir disparada a una farmacia a pesarme. ¡Seis kilos! ¡He engordado seis kilos! ¡Arg! No puede ser, tengo que ponerme manos a la obra de inmediato y sin pensarlo dos veces llamo al gimnasio que solía frecuentar para inscribirme de nuevo. Empezaré esa misma tarde; esto hay que remediarlo. Aprovecho la pausa de la comida para acercarme a casa a preparar la bolsa. Es mejor que lo haga ahora, porque a la salida de la oficina se me hará tarde y corro el riesgo de dejar el gimnasio para otro día... Y ya que estoy aquí me preparo un sándwich vegetal para comer. Tal y como habíamos quedado, Abel y yo pasamos la tarde juntos dándole vueltas a la dichosa campaña de navidad, pero estamos de suerte y al final damos con una idea magnífica justo cuando el «impresentable pijo que no sabe hacer la o con un

canuto» nos llama a su despacho y, con ínfulas de gran director, nos dice que la campaña tiene que estar lista para el viernes. ¡¿El viernes?! Este tío está mal de la cabeza. Así que a Abel y a mí no nos quedará más remedio que trabajar como mulas toda la semana.

A la salida, y de camino al gimnasio, llamo a mi flamante novio para desahogarme; le cuento que mi jefe está loco, que la semana va a ser complicada, que estoy a punto de gritar o llorar, que no puedo más, que es un insensible... Y como siempre, Ian me calma; me dice que no me preocupe, que él sabe que yo puedo con eso y con más, y añade que me echa de menos, que se muere por perderse entre mi piel y mis caricias... Otra vez lo ha conseguido: me ha llevado al éxtasis, y le digo que pare porque me voy a estampar con el coche como siga así. Antes de colgar me dice que me quiere y que ya hablaremos mañana, porque esta noche

tiene que estudiar el caso de una reconstrucción mamaria.

En cuanto llego al gimnasio, me cambio y voy derecha a las cintas de correr. Treinta minutos después tengo hasta las bragas sudadas, pero me toca circuito de pesas para fortalecer los músculos. Así que aquí estoy yo, en la prensa, levantando pesas con las piernas cuando oigo decir:

—Si llego a saber que mi comentario iba a provocar esto en ti, me lo hubiera pensado antes de abrir la boca.

¿Abel? ¿Qué porras hace Abel aquí? Dejo el ejercicio y me pongo en pie. Giro sobre mis talones y encaro a Abel. Pero he aquí mi sorpresa cuando veo que detrás de él están Silvia y Eva, babeando detrás de mi colega. Vale, tengo que reconocer que mi compañero de trabajo no está nada mal con ese pantaloncito apretado y esa

camiseta que le marca los pectorales, pero tampoco es para tanto.

—Muy gracioso. Lo único que pasa es que yo ya venía a este gimnasio el año pasado, pero lo había dejado. Y ahora he vuelto. Por cierto, chicas, ¿qué hacéis aquí?

—Es que Abel no quería venir solo al gimnasio y nos preguntó si nos animábamos —me responde la loca de Silvia mientras se limpia el sudor de la nuca con una toalla.

—¿Quieres hacer el circuito de pesas con nosotros? —me pregunta Abel. Eva empieza a decirme que sí con la cabeza y Silvia pone las manos juntas rogándome que me una a ellas.

—Vale. No me importa —dicho lo cual, sigo a Abel, Silvia y Eva.

Una hora más tarde ya nos hemos duchado y estamos en la cafetería de enfrente del gimnasio tomando un refresco sin azúcar. Charlamos durante un rato y a las nueve cada uno se va a su casa.

Pero antes de irme, Abel me recuerda que mañana tenemos mucho trabajo. ¿En serio? No me había dado cuenta. Cuando llego a casa me como una triste ensalada y un filete de merluza a la plancha aderezado con limón. Me siento delante de mi portátil y me pongo a trabajar un rato. A las diez me llama Ian por Skype y cuando me quiero dar cuenta, estoy desnudándome frente a la webcam mientras él hace lo propio. Exhausta me acuesto a las once con la mayor de mis sonrisas pintada en el rostro.

Al día siguiente, en cuanto llego a la oficina, Abel ya me está esperando.

—Hola guapa —me dice con una brillante sonrisa en su rostro que provoca que la secretaria del jefe sonría como una tonta.

—Buenos días. ¿Conseguiste hacer algo anoche? —le pregunto mientras abro la puerta de mi despacho—. Yo perfilé un poco más la idea que tengo. Ven que te la muestro.

Enciendo el portátil y le enseño en lo que estuve trabajando. Abel se queda unos minutos pensativo y al final se pone a aplaudir.

—Ángela, tengo que reconocer que esta idea sí que es buena. Muy buena.

—Gracias. Ahora ya sabes lo que toca. Manos a la obra.

Las horas pasan rápidamente en el reloj y cuando nos queremos dar cuenta es casi mediodía, pero todavía nos queda mucho por hacer, así que Abel llama a un japonés que conoce y nos traen sushi para comer. Seguimos trabajando hasta las cinco de la tarde. Ahí decidimos dejarlo porque ambos estamos agotados y nos duelen los ojos de estar tantas horas frente el ordenador. Bajamos a la cafetería y nos tomamos un merecido café mientras comentamos los detalles que nos faltan por rematar. Él hace unas llamadas y yo otras para grabar el spot y hacer la sesión de fotos que queremos presentarle al capullo de mi jefe. A las

siete y media nos vamos, contentos porque si todo va bien, en dos días tenemos la campaña montada. Abel me pregunta si voy a ir al gimnasio, y como le digo que sí, nos vamos juntos. Tras hora y media de machaque en el gimnasio, cada uno se va a su casa.

Apalancada en el sofá, esta vez soy yo quien llama a Ian por teléfono y estamos cerca de una hora charlando. Me cuenta que la reconstrucción mamaria que tiene entre manos lo está volviendo loco, porque la chica se sometió a una operación de aumento de pecho en una clínica pirata y se lo destrozaron. Los implantes eran de muy mala calidad y le provocaron una infección enorme. El «cirujano» que la operó le hizo una barbaridad, y ahora a él le toca solucionarlo. Me cuenta que tiene unas cicatrices horribles y que será muy complicado. Pero yo sé que él es muy bueno en su trabajo y le aliento diciéndole que todo saldrá bien y que esa chica besará el suelo que él pise. A lo

que me responde que la única que tiene permiso para hacer eso soy yo. ¿A que me lo como a besos? Si es que es más dulce que una tableta de chocolate.

Es viernes por la mañana y estamos en el despacho del «jefecito» mostrándole el trabajo que hemos hecho. Abel está serio y yo también, observando la cara de nuestro «adorado» jefe, que parece que se haya clavado un cactus en el culo. Está más tieso que el palo de una escoba y mira con detenimiento la campaña que hemos montado con esfuerzo. Cuando termina de visionarla, nos mira y arruga la frente. Mala señal.

—¿De verdad pensáis que habéis hecho un buen trabajo?

Pues no chico, lo que pienso es que hemos hecho un trabajo cojonudo. Pero me trago mis palabras y dejo que Abel responda. Él es más diplomático que yo.

—Así es. Es una campaña enfocada a las madres, que son las que se gastan el dinero. Si tenemos en cuenta que con la crisis, las mujeres son las que ponen prioridades y que antes de comprarse unos zapatos para ellas o para sus maridos, los comprarán para sus hijos, sí, creo que hemos hecho un excelente trabajo.

—Pues yo considero que esto lo podría haber hecho un niño de parvulario. Así que haced otra para el lunes, porque esto, para mí, es basura — responde el muy cretino. ¿A que hago que se trague el portátil? Abel nota mi creciente cabreo y pone una mano sobre la mía, la aprieta y me pide con la mirada que me calme. ¿Que me calme? En estos precisos instantes lo único que quiero es destripar a ese gilipollas que tenemos por jefe.

Salgo cual toro miura de su despacho, bufando y embistiendo a todo aquel que se cruza en mi camino. Me meto en mi despacho y cierro de un

portazo. ¡Un poco más y le doy con la puerta en las narices a Abel!

—¿Ángela? —pregunta mi compañero mientras abre la puerta de mi despacho—. ¿Estás bien?

—¿A ti qué te parece? —le suelto sin ningún miramiento.

—Cálmate nena, que te va a dar algo.

—Ese tío es gilipollas —grito a pleno pulmón, consciente de que el mencionado me puede oír desde su despacho. Pero me importa un bledo.

—Tranquilízate, ¿quieres? Que te va a dar algo.

—¿Que me calme? Ha dicho que nuestro trabajo es basura. ¿Quién coño se cree que es para decir eso?

—El jefe, Ángela. Nos guste o no, es nuestro jefe y la última decisión es suya. —En eso tiene razón, pero no me da la gana de reconocerlo. Estoy muy cabreada—. Mira, te propongo una cosa. Vámonos a casa, descansemos y pensemos en qué podemos hacer para el lunes. Mañana por la

mañana nos vemos a las diez en algún sitio y nos ponemos a trabajar en ello, ¿te parece bien?

—De acuerdo —reconozco que Abel tiene una sensatez que yo no poseo. Mis cabreos me nublan la mente y el raciocinio.

—Pues te llamo a las 9:00 h para ver dónde nos vemos. Que descases, compi —me dice mientras sale de mi despacho.

Llego a casa, tiro el portátil en el sofá, llamo a Ian y le cuento lo que me pasa. Me dice que no me preocupe, que seguro que lo conseguimos. ¡Y que no puede venir este fin de semana! ¡Mierda! Una semana más sin verle. Cuando cuelgo lloro como una Magdalena. Lo necesito y no lo voy a tener hasta dentro de siete días. ¡Dios! ¿Cómo me he podido enamorar de esta manera?

No he conseguido dormir, así que a medianoche volví a encender el portátil y me puse a trabajar en la campaña de publicidad que quiere mi adorado jefe. A las cinco de la madrugada, muerta de sueño y extrañando hasta lo impensable a Ian, decido irme a la cama. Tengo un sueño maravilloso en el que mi morenazo es el protagonista, pero el dichoso móvil me saca de mi espectacular ensoñación con su estridente sonido. Miro la hora en el reloj de mi mesilla de noche y veo que son las nueve. Como sea mi madre, la mato.

—¿Quién es? —ni me he molestado en mirar quién llama.

—Hola, nena. ¿A qué hora quieres que nos veamos para ponernos con el trabajo? —¿Abel? ¿El que me llama es Abel? Yo a este lo despellejo vivo.

—Oye, ¿tú eres consciente de que son las nueve de la mañana? Ya podrías haber llamado un poco más tarde —¡Uf! De qué mal humor me he despertado.

—A ver, preciosidad, quedamos en que te llamaría a esta hora para ver si nos veíamos a las diez y trabajábamos en el proyecto para el jefecito. ¿No te acuerdas?

—Pues no, no me acordaba —refunfuño mientras me desperezo en la cama y bostezo. Me levanto y voy al salón—. Y por cierto, deja de llamarme nena o preciosidad que tú y yo no tenemos nada más que una estricta relación profesional —le sermoneo mientras levanto la persiana del salón. El sol me da en todo el careto y me pongo de peor humor. ¡Quiero dormir toda la dichosa semana hasta que pueda volver a ver a Ian! Y que se repita ese fantástico sueño de esta noche, claro.

—Me parece que hoy estás de peor humor de lo normal —dice.

Este tío es imbécil. Si me viera la cara ni se le ocurriría hacer semejante comentario. Parezco un híbrido entre la niña del Exorcista y el monstruo de Frankenstein.

—Mira, Abel, me he pasado media noche liada con el dichoso proyecto, apenas he dormido y tú me has despertado con esta llamadita. Y te advierto que tengo muy mal despertar. Hasta que no me tome dos cafés y desayune, soy más peligrosa que un pitbull, así que no me toques las narices que te mando al cuerno en menos que canta un gallo.

—Lo dicho, de un humor espantoso.

Suelto un bufido por el teléfono para que se dé cuenta de que no bromeo. Y parece que surte efecto, porque añade:

—Vale, escucha, ¿qué te parece si nos vemos a las diez en algún sitio? Tú traes el portátil y me

enseñas lo que has estado haciendo y confrontamos ideas.

Miro por la ventana y hace un día radiante. Seguro que muchísimas parejitas salen a pasear su amor por ahí, y lo que menos me apetece es ver a tortolitos prodigando su pasión cuando yo no puedo estar con mi chico. Ni de coña. Yo no salgo de casa en todo el fin de semana.

—No me apetece salir de casa —suelto en un ataque de sinceridad.

¡Necesito un café ya! Así que mis pies me llevan hasta la cocina, donde pongo en marcha mi cafetera Dolze Gusto, regalito de mi madre las navidades pasadas. La enciendo y me preparo el primer café.

—Bueno, si quieres voy a tu casa y trabajamos ahí.

Sopeso durante un minuto la propuesta de Abel. Lo cierto es que no me apetece ver a nadie, pero

sé que tiene razón y que hay que ponerse a trabajar en la dichosa campaña.

—Vale, anota la dirección —le paso la dirección de mi casa—. ¿En una hora nos vemos aquí? —es el tiempo que necesito para espabilarme, tomarme dos cafés y darme una ducha, porque el sueño ha sido muy ardiente y me he despertado empapada perdida.

—Perfecto, estoy ahí en una hora. Ciao.

Bufo y rebufo, porque de verdad que no me apetece ver a nadie más que a Ian, pero si termino la puñetera campaña este fin de semana, me pido el viernes como día de asuntos propios y salgo escopetada el jueves por la tarde hacia Valencia a darle una sorpresa a mi chico. ¡Odio estar sin él!

A las diez y cinco suena el portero automático de mi casa. Es Abel, que trae su portátil, su maletín y su sonrisa. ¡Que no sonrías que no estoy de humor! Me dan ganas de gritarle, pero me callo y lo dejo pasar. Le ofrezco café y yo me sirvo el

tercero, esta vez descafeinado porque si no al final me dará un ataquito con tanta cafeína. Llevamos una hora trabajando y a mí me parece una eternidad. Abel ha revisado mi trabajo y dice que le parece muy acertado y que piensa que esta vez el jefecito sí lo va a aceptar. Si cuando digo que soy un hacha en lo mío, es que soy un hacha. Modestia aparte, claro.

Abel se despereza en el sofá, supongo que le duele la espalda porque se toca los riñones y se los masajea.

—Oye, nena, ¿y si nos sentamos a la mesa? Me duele la espalda de estar sentado en esta posición.

—Deja de llamarme nena —gruño. ¿Por qué leches me tiene que llamar así?—. Vamos a la mesa —digo mientras me pongo en pie.

A lo tonto, doy un traspies y casi acabo con el culo en mitad del salón. Menos mal que Abel ha estado rápido de reflejos para cogerme al vuelo y araparme entre sus brazos, que si no me arreo la

leche del siglo contra la mesa pequeña que tengo frente al sofá y acabo en urgencias. Al final va a tener razón Ian y me voy a tener que poner el casco para no partirme la crisma. Y en eso que alguien mete la llave en la cerradura de mi casa y abre la puerta.

¡Ay, madre! Si es Ian. ¡Ay Señor, qué cara ha puesto al verme en los brazos de Abel! Empujo a mi compañero de trabajo y salgo escopetada hacia sus brazos. Me quiero lanzar sobre él pero su cara es un verdadero poema, a mitad de camino entre el mayor cabreo del mundo y la decepción.

—Si molesto, me voy —me suelta de buenas a primeras.

Nada, ni un buenos días, ni un beso, ni una sonrisa, ni un abrazo. Pues si tú estás de mal humor, yo estoy de peor, pienso y contraataco.

—Mira, Ian —comienzo a decir mientras pongo los brazos en jarras, señal inequívoca de un soberano cabreo por mi parte—, esto no es lo que

estás pensando. Abel es el publicista que ha contratado mi *querido* jefe y estamos trabajando en la campaña de navidad. Llevamos una hora sentados en ese sofá e íbamos a pasar a la mesa porque nos duele la espalda. Me he tropezado y Abel me ha pescado al vuelo para que no acabe estampándome sobre la mesita, el ordenador y todo lo que hay ahí encima. Ahora, si quieres pensar que te estoy poniendo los cuernos, ya sabes dónde está la puerta —dicho lo cual, me doy la vuelta, fulmino a Abel con la mirada porque el muy capullo se está riendo de mí y de mi ataque de mala leche y guardo el proyecto en el ordenador. ¡A la porra con la dichosa campaña! De verdad, qué asco tengo ahora mismo.

—Hola, soy Abel —dice mi compañero de trabajo acercándose a mi novio, que sigue de plantón en la puerta, pero sin la cara avinagrada que tenía. Le tiende la mano y mi chico se la estrecha.

—Ian, el novio de Ángela —y le pone un énfasis especial a la palabra novio. ¡Eso, chico, marcando territorio! Me pongo de peor humor. Hoy acabo liando una de las mías.

—Oye, Ángela, si quieres me llevo una copia de lo que estábamos haciendo y le doy forma este fin de semana. Si quieres, te lo muestro el lunes a primera hora y ya vemos cómo seguimos, ¿te parece bien? Copio esto y me voy —me dice Abel.

Simplemente asiento mientras sigo fusilando a Ian con la mirada y preguntándome de dónde ha sacado las llaves de mi casa, porque yo no se las he dado, igual que él no me ha dado las de la suya.

Estoy furiosa con Ian porque haya pensado que le estaba poniendo los cuernos con Abel. ¿Cómo se le ocurre pensar eso si él es el dichoso centro de mi universo? Ian se ha dado cuenta de su metedura de pata y me mira con carita de corderito degollado. Lo siento chaval, pero eso no te va a

funcionar. De verdad que estoy muy, pero que muy enfadada.

—Listo —suelta Abel de golpe. Mete sus cosas en el maletín y se acerca a darme dos besos en las mejillas, pero lo fulmino con la mirada y no me los da. Me extiende la mano y se la estrecho—. Nos vemos el lunes, nena.

—¡Que dejes de llamarme nena, leches! ¿A ver cómo te lo tengo que decir para que lo entiendas? —suelto hecha un basilisco.

De verdad que hoy no es mi día. Abel encoge los hombros, se dirige a la puerta, se despide de Ian y se larga. Mi chico hace la intentona de acercarse a mí, pero rodeo la mesa y me voy a mi dormitorio. Le cierro la puerta en todas las narices.

—Ángela, por poco me das con toda la puerta en las narices —dice Ian mientras la abre y entra.

—¡Qué pena! —exclamo mientras lo vuelvo a encarar—. Porque mi intención era estampártela

en todos los morros.

—Calamidades, ¿así es cómo me vas a recibir después de que haya venido a darte una sorpresa?

—No, así es como te recibo cuando tú piensas que te estoy poniendo los cuernos con mi compañero de trabajo —Ian agacha la cabeza porque sabe que tengo razón.

—Cielo, perdona, no quería decir lo que he dicho, pero es que cuando he abierto la puerta y te he visto agarrada a él y cómo te miraba, se me ha pasado esa estupidez por la cabeza. Lo siento.

—¿Que lo sientes? ¿Crees que con eso basta, Ian? ¿Tengo que recordarte mi pasado amoroso con Saúl para que te des cuenta de que yo jamás haría algo así?

—No, cariño —dice suavemente mientras se acerca a mí—. Sé que ha sido una gilipollez por mi parte, pero es que ese tío no me gusta nada. Te devora con la mirada. Y encima te llama nena.

—Ya has visto cómo lo he puesto en su sitio, ¿no? Pues entonces no sé a qué viene todo esto, Ian. ¿Acaso desconfías de mí?

—No. Jamás desconfiaré de ti. Nunca pondría en duda tu lealtad y amor hacia mí —alarga el brazo y me toca la mejilla—. ¿Serás capaz de perdonar a este idiota que cuando no está contigo no hace más que pensar en estupideces?

Me dan ganas de zarandearlo hasta la saciedad, porque me está poniendo de nuevo esa carita de borreguito degollado y cuando lo hace derrite todos y cada uno de mis plomos; si me sigue mirando así mi cabreo se irá de paseo en menos de un minuto. Doy un pequeño pasito hacia delante y él me estrecha entre sus brazos para besarme como solo él sabe. ¡Ya está, lo consiguió! Se me pasó el cabreo.

Me besa, me acaricia con dulzura, me dice que me ama, que no puede estar sin mí, y sin saber cómo, acabamos en la cama haciendo el amor

suave y delicadamente. Supongo que es otra manera de pedirme perdón.

Me quedo dormida, exhausta y agotada por la falta de sueño y por la manera en la que hemos hecho el amor. Cuando despierto veo que son las tres de la tarde. Ian no está a mi lado y temo que todo haya sido un sueño. Pero no, porque le oigo trastear en la cocina. Me pongo el pijama y voy a buscarlo. Está preparando la comida. Ensalada, pasta con verduras y manzanas al horno con canela. Y es que mi chico cocina a las mil maravillas.

Mientras comemos me confiesa que no se podía concentrar en la operación de reconstrucción de pecho que tiene el lunes, que se estaba crispando y que decidió venir a verme porque solo yo le apporto la paz que necesita. ¡Qué bonito, por favor! Me dice que para darme una sorpresa le ha pedido la copia de las llaves a mis padres y se ha hecho un duplicado para él, y de paso me ha hecho uno

de las llaves de su casa para mí. Me las da metidas en una cajita de regalo.

—Ahora, cuando quieras venir, ya no tienes que disfrazarte de mensajera sexy —me suelta con su cara de pícaro. ¡Me lo como a besos!

El sábado por la tarde lo pasamos entre ir al supermercado a llenar mi frigorífico y dar un paseo por la ciudad. La temperatura es muy agradable a pesar de que solo falta una semana para el puente de Todos los Santos. Cenamos en el bar de José con mis padres y cuando llegamos a casa, volvemos a hacer el amor, mientras él se sigue disculpando por la metedura de pata de esta mañana. Le digo que ya es suficiente, que no es necesario que siga disculpándose porque ya lo he perdonado. El domingo despertamos uno en brazos del otro, nos recreamos en el cuerpo del otro y apenas salimos de la cama hasta mediodía. Por la tarde, a eso de las ocho, Ian se va hacia Valencia, dejándome con un agridulce sabor en la boca. Esto

ya no tiene remedio, porque amo a ese hombre con toda mi alma.

Es lunes y me he despertado de un humor excelente. El fin de semana con Ian ha sido genial y su sorpresa fantástica. Obvio el detalle de lo que pensó sobre Abel y yo. Me ducho, me visto y me voy a trabajar con una maravillosa sonrisa en el rostro. Ian me dijo que me llamaría por Skype después de trabajar para contarme cómo había ido su operación y para preguntarme por mi campaña y la reunión con el jefe. La verdad es que la dichosita campaña de Navidad me está consumiendo y solo tengo unas pocas horas para presentarle los resultados al imbécil de mi jefe y que los apruebe. Así que en cuanto entro en la empresa me voy derecha a mi despacho para llamar a Abel y quedar con él. Tengo que reconocer que el tipo se portó bien: el sábado se llevó el curro a su casa para trabajar todo el fin de semana; eso es un buen compañero.

Como Abel no contesta en su despacho, enciendo mi ordenador y empiezo a trabajar, y me enfrasco de tal manera en la campaña que no me doy cuenta de que prácticamente ha pasado toda la mañana hasta que suena mi teléfono y, al descolgarlo, la voz estridente de mi jefe me devuelve a la realidad. Me pide que vaya inmediatamente a su despacho. ¡Vaya! ¡Como si tuviera nada mejor que hacer que escuchar sus monsergas! Ahora que tenía casi terminado el proyecto... Me hubiese gustado enseñárselo antes a Abel, pero las exigencias de mi jefe no me dejan opción y me voy con el trabajo bajo el brazo por si le da por preguntar que cómo lo llevo.

Al entrar en la oficina de mi jefe me sorprende ver que allí está Abel con una estúpida sonrisa de satisfacción en el rostro. Lo miro con detenimiento y me doy cuenta de que Ian tenía razón. No me gusta cómo me mira este tío.

—Siéntese, señorita Montero —mal empezamos si este tipejo me llama así, pienso pero callo.

Lo cierto es quiero saber qué está pasando, porque no me gusta ni un pelo la cara con la que me mira mi jefe y mucho menos con la que me observa Abel. Aquí huele a mal rollo por todos los lados. Tomo asiento frente a mi jefe y al lado de Abel.

—Quiero decirle que estoy muy decepcionado con usted —me dice sin más preámbulos—. Mi padre me aseguró que usted era la mejor en su trabajo, pero vistos sus resultados y los de Abel, me planteo la posibilidad de despedirla.

—¿¿Cómo?! —grito mentalmente y en voz alta. Me agarro a la silla para no dejar escapar mis manos y soltarle un bofetón a alguien.

—Lo que oye. Usted todavía no me ha presentado nada y solo faltan tres días para empezar con la campaña. Mientras que Abel me acaba de presentar una campaña fantástica que sé

que será un éxito —respiro profundamente antes de hablar, porque si no me pondré a soltar burradas a diestro y siniestro.

—Estaba terminando la campaña para enseñársela a mi *compañero* cuando usted me ha llamado —lo de compañero es un decir, porque este tío es un Judas—, y luego venir a presentársela. Pero veo que Abel ha sido más rápido que yo —suelto con sorna mientras fusilo a este traidor con la mirada.

—Pues creo que será mejor que se ahorre el esfuerzo. He decidido que me quedo con la campaña de Abel.

—¡Eso no es justo! —vocifero sin querer—. Debería darle una oportunidad a mi trabajo.

—No creo que su trabajo mejore el que me ha presentado Abel.

—¡Ah, no! ¿Y eso cómo lo sabe si no lo ha visto? —hipócrita, Judas, traidor, pienso al tiempo que ametrallo a Abel con la mirada.

—Juzgue usted misma —me replica, mientras le da la vuelta a la pantalla del ordenador.

Y cuando veo lo que Abel le ha presentado, se desata el infierno sobre la Tierra.

**B**ufo, rebufo, trato de coger aire y templar mis nervios. Cierro los ojos y cuento hasta diez, como me enseñó la psicóloga, para no tener un ataque de furia incontrolada. Pero cuando los vuelvo a abrir y veo el proyecto que ha presentado Abel, todo intento de control por mi parte se va al garete.

—Cabrón, traidor, hipócrita de mierda, Judas — comienzo a chillar como una energúmena ante la atónita mirada de mi jefe y la tranquila estampa de Abel, lo cual consigue que mi cabreo aumente más —. ¡Eres el mayor hijo de puta que he conocido!

¡Madre mía qué manera de soltar tacos más barriobajera!

—Señorita Montero, será mejor que se controle. Esto no son formas de hablarle a un compañero.

—¡No me sale de los *huevarios*! —¡hala, toma contestación!—. Además, este no es compañero ni

nada —sigo chillando—. Anda monín, ¿por qué no le cuentas de dónde has sacado esa campaña, rata asquerosa?

—Señorita Montero, no se lo vuelvo a repetir, controle ese lenguaje.

—En vez de decirme a mí que me controle al hablar, debería pedirle explicaciones a él. Este cabrón me ha copiado el trabajo y se lo ha presentado a usted como suyo. ¡Pero es mío! —a este paso me quedo afónica tres meses. ¡Qué manera de berrear!

—No sé de qué estás hablando, nena. Ese trabajo es mío —suelta Abel con todo el cinismo del mundo.

Me abalanzo sobre Abel como una leona lo hace con su presa. Acabamos estampados en el suelo, él de espaldas y patas arribas como la cucaracha que es. Yo sobre él, soltándole un bofetón de esos que hace que el cuello gire 360 grados. Mi jefe reacciona y rodea su mesa a la velocidad de la luz,

me atrapa y me separa de Abel. Pataleo, grito, chilló, golpeo, escupo; vamos, que parezco poseída por el mismísimo Satanás. Veo que Abel sangra por la boca porque le he partido el labio con uno de mis mamporros. ¿A que todavía me gano una denuncia? Pero me importa un reverendo pimiento. Si consigo soltarme de mi jefe, lo despellejo vivo y me hago un bolso con su pellejo.

—¿Se puede saber qué ocurre aquí? —grita de pronto la persona que abre la puerta del despacho de mi jefe, que no es otra que don Joaquín, mi antiguo jefe y padre de Pedro, el tontolaba que no sabe hacer la o con un canuto.

—¡Suéltame, Pedro, que quiero despellejar a ese cabrón! —sigo gritando iracundamente.

—¡Ángela, por Dios, para de una vez! —me dice Pedro mientras me sujeta con más fuerza. Me revuelvo entre sus brazos cuando veo que Abel se levanta del suelo. ¡A ese le atizo una patada en los huevos y se los pongo de corbata!

—¡Que me sueltes! —¡Olé, qué forma de berrear!

—Va a explicarme alguien qué pasa aquí —contraataca don Joaquín.

Y en eso que entra en el despacho doña Sole, la esposa de mi antiguo jefe y madre de Pedro.

—¡Virgen del amor hermoso! —exclama al ver la escena. Pedro consigue estamparme contra la pared y aprisionarme allí.

—Ángela, por favor, para. Te va a dar algo —me suplica Pedro mientras pega su cuerpo al mío para no dejarme opción a la escapada.

—Lo que le voy a dar es una patada en los cojones a esa sabandija. —¡Jopeeee, estoy fuera de control!

—Te vas a cagar, nena, porque te voy a meter un paquete por agredirme —amenaza Abel.

—No vas a tener tiempo, chato, porque antes te mato —contraataco.

Tú espera que me libere del jefe que vas a saber lo que es el dolor, pienso.

—Tú, siéntate ahí —le ordena don Joaquín a Abel, que obedece al ver la cara de mala leche que tiene mi exjefe.

Doña Sole saca un paquete de pañuelos del bolso y le pasa uno a Abel para que se limpie la sangre que le sale del labio. Pedro me sigue suplicando que me tranquilice, pero no quiero hacerle caso ni escucharle. ¡Lo único que quiero es destripar a ese Judas asqueroso!

—Pedro, suelta a Ángela.

—De eso ni hablar, papá. ¿Tú has visto en qué estado está? Esta mujer está loca.

—¡Y una mierda estoy loca! Lo que estoy es furiosa —vocifero cual camionero con resaca. Empiezo a quedarme afónica.

—Suéltala, Pedro, yo sé cómo lidiar con ella.

Mi jefe es reticente a obedecer a su padre, pero al final le hace caso. Quiero saltar sobre Abel,

pero en mi trayectoria están don Joaquín y doña Sole, así que no lo hago, pero le lanzo una de esas miradas que matan.

—Angelita, reina, mírame —me ruega con voz dulce don Joaquín. Quito mis iracundos ojos de Abel y los poso sobre mi adorado jefe—. Quiero que cojas aire con calma, que respires pausadamente y que no dejes de mirarme, ¿de acuerdo? —Simplemente asiento, porque no soy capaz de hablar. Sé que si lo hago, volveré a soltar una sarta de tacos a cuál más gordo—. Muy bien, ahora siéntate en esa silla y sigue respirando con calma o al final te dará un ataque —este hombre me conoce como la palma de mi mano, porque empiezo a sentir el acelerado pulso de mi corazón en la sien—. Vale, Pedro, explícame qué ha pasado aquí.

—Abel ha venido esta mañana y me ha presentado la campaña de publicidad. Su trabajo es excelente y he llamado a Ángela a mi despacho

para hacerle saber que estoy muy decepcionado con ella, puesto que hasta ahora no me ha presentado nada decente.

—¡Eso es mentira! —vuelvo a gritar—. Te presenté una estupenda campaña que tú rechazaste. Pero claro, ¿qué se puede esperar de alguien que no sabe hacer ni la o con un canuto? —¡Toma, ya te lo he dicho en todo el careto, alelado!

—Ángela, por favor, te ruego que guardes silencio hasta que mi hijo acabe. Luego ya hablaremos tú y yo. —Asiento y obedezco, porque de verdad que con su hijo no puedo, pero a este hombre lo respeto muchísimo.

—El caso es que cuando le he enseñado el trabajo a Ángela, ella ha saltado por los aires y ha empezado a aporrear a Abel, mientras aseguraba que ese trabajo es suyo y que él se lo ha robado.

—Eso es falso. Lo que quiere esa loca es que me despidan.

—¡Mentiroso de mierda! —¡hale venga, a seguir bramando se ha dicho!

—Angelita... —me ruega don Joaquín.

¡Vale, me callo! Pienso mientras cierro la boca.

—Ángela, ¿tienes pruebas para demostrar que esa campaña es tuya? —me pregunta en tono conciliador don Joaquín.

—Sí las tengo, y además tengo testigos de que ese tipejo copió mi trabajo el sábado por la mañana —me levanto de mi asiento, me acerco a la mesa de Pedro y saco de mi portafolio los bocetos que dibujé para la campaña. Don Joaquín le da la vuelta a los bocetos porque me conoce como nadie y sabe que siempre los rubrico y pongo la fecha en la que los dibujé detrás. Es una manía que tengo desde que en la universidad una compañera de clase me robara uno y lo presentara como suyo. Parece que la historia se repite, pero esta vez Abel no se va a ir de rositas. Don Joaquín

examina mis bocetos mientras yo enciendo mi portátil. Abro el proyecto acabado y lo enseño. Luego abro otra ventana con las propiedades del documento, y ahí pone el día que empecé a trabajar en él, los días que se han hecho los cambios, vamos, todo lo que necesito para demostrar que ese trabajo es mío. Entonces pienso en Rafa, el amigo de Saúl que me enseñó a hacer todo eso y se lo agradezco mentalmente.

Don Joaquín y Pedro lo examinan todo. En eso me doy cuenta de que Abel se ha puesto en pie y que pretende salir sin ser visto del despacho. Rauda y veloz como el rayo lo intercepto, le meto la zancadilla y acaba con la cara en el suelo.

—Vuelve a intentar salir de aquí y te juro por la gloria bendita de mi madre que te parto esa cara dura que tienes —amenazo a Abel. Pedro se levanta de su asiento y cierra la puerta de su despacho con llave.

—Será mejor que te sientes, Abel, porque tienes muchísimas cosas que explicar —le dice Pedro a la rata de alcantarilla.

—Ángela, has dicho que le presentaste otra campaña a Pedro —asiento mientras asesino a Abel con la mirada—. ¿La tienes aquí?

—Sí —me acerco a mi portátil y le doy al antiguo proyecto que guardé. Mi jefe y don Joaquín la observan con detenimiento.

—Sabía que ese trabajo llevaba tu firma —dice don Joaquín y yo no entiendo un carajo, así que achico los ojos y lo miro con cara de subnormal perdida, lo que provoca que don Joaquín me sonría—. Angelita, ¿recuerdas lo que te dije un día sobre la competitividad y el espionaje industrial? —asiento porque recuerdo todo lo que este hombre me ha enseñado al pie de la letra. Él sí que es el puto amo, no como el atontado de su hijo—. Bien, esta es la campaña que va a presentar nuestra mayor competencia. ¿La reconoces? —

pregunta don Joaquín sacando un *pendrive* de su bolsillo y poniéndolo en el ordenador de Pedro. Y cuando la veo, me quedo catatónica perdida y acabo perdiendo el conocimiento.

Cuando despierto estoy metida en una ambulancia, con doña Sole a mi lado y un enfermero sujetando una mascarilla de oxígeno sobre mi cara. ¿Qué ha pasado? Quiero preguntar, pero el enfermero me dice que no hable, que vamos camino del hospital. Doña Sole me informa de que don Joaquín ha avisado a mi madre y que se dirige hacia allí. ¡Mi madre! ¡Ay, Señor, la que se va a liar, con lo melodramática que es! Pero en fin, resignación.

Llegamos al hospital, me meten en un box, me ponen unos electrodos para controlar mis pulsaciones, me toman la tensión, me sacan sangre y me ordenan que me esté quieta y tranquila. Pero en eso entra mi madre, histérica perdida, y empieza a avasallarme a preguntas. ¿Qué me ha

pasado? ¿Qué es lo que tengo? ¿Cuándo sabremos los resultados de las pruebas? Tal es su retahíla que la doctora le dice que si no está tranquila, la sacan del box. Así que mi madre calla y toma asiento a mi lado, me agarra de la mano y me dice: —Angelita, cualquier día me matas de un susto.

¡Eso será! ¡Es la primera vez en mi vida que me desmayo! ¡Teatrera!, pienso, pero sigo callada como una estatua griega. Empiezo a recordar qué es lo que ha pasado para que yo esté aquí. Recuerdo la traición de Abel, la reacción de Pedro, la llegada de don Joaquín y doña Sole, y por último, mi segunda campaña robada por la rata asquerosa de Abel. Siento cómo mi pulso se acelera y la enfermera entra y me pone un calmante que me deja medio alelada. Al cabo de una hora entra la doctora, una mujer de unos cuarenta años, de facciones amables y sonrisa alegre.

—Buenas tardes, soy la doctora Cruz. ¿Cómo te encuentras, Ángela?

—Ahora mismo un poco atontada. Supongo que será por el calmante —confieso.

—Así es, te hemos tenido que poner uno porque has llegado con las pulsaciones muy disparadas. También te hemos dado una pastilla para bajarte la tensión, porque la tenías a 19 y 11.

—¿Tan alta!?! —grita mi madre escandalizada.

—Sí, señora, pero no se preocupe porque ya la hemos estabilizado. Sus pulsaciones y su tensión son normales. Hemos estado hablando con un señor que ha venido más tarde. Dice que es don Joaquín y que era tu antiguo jefe. Con él está un tal Pedro. Nos han explicado por encima lo que te ha pasado en la oficina y con su relato y tus síntomas lo que has sufrido es un ataque de ansiedad muy grande. Has entrado en colapso y por eso te has desmayado. Pero ya estás bien. Voy a preparar los papeles para darte el alta. Eso sí, quiero que guardes unos días de reposo, nada de café y a

descansar. Tu jefe me ha dicho que te va a dar el resto de la semana libre.

—Imposible. Tenemos que terminar la campaña de Navidad.

—Señorita Montero, se queda el resto de la semana en casa —suelta Pedro de repente asomando sus narices por el box—. Ya le dije, doctora, que no iba a aceptarlo así como así.

—Bien Ángela, o te quedas en casa o te dejo ingresada en planta. Pero no voy a consentir que te vayas a trabajar y que te vuelva a dar otro ataque como este.

—De acuerdo, me quedaré en casa —respondo con resignación. Ni muerta me quedo en el hospital. Los detesto.

Al cabo de una hora salimos de urgencias. Don Joaquín y doña Sole están con Pedro, que habla por teléfono y está teniendo una discusión muy acalorada. ¿Y a este qué le pasa ahora?, pienso,

pero en cuanto don Joaquín se acerca a mí, ignoro al tontolaba que tiene por hijo.

—¿Cómo estás Angelita? —Don Joaquín, doña Sole y mis padres son los únicos que me llaman así.

—Mejor, gracias. Solo quiero llegar a casa y tumbarme en el sofá. —El dichoso calmante sigue haciendo efecto y quiero llegar a casa, ponerme el pijama y dejarme caer hasta que mi chico me llame.

—Bien. He contratado a una enfermera que va a estar contigo toda la semana.

—Don Joaquín, se lo agradecemos mucho, pero no es necesario. Yo puedo cuidar de Ángela —dice mi madre.

—Encarna, usted tiene que trabajar, su marido también, y en el fondo, me siento en deuda con su hija y es lo mínimo que podemos hacer por ella después de lo que ha pasado.

—Don Joaquín, lo que ha pasado no es culpa suya, sino de ese tipejo —respondo consciente de que este santo varón se culpa en exceso de lo ocurrido en la empresa. Si hay algún culpable es el imbécil de su hijo, pero no lo digo por respeto a ese hombre que tanto me enseñó.

—Sin discusiones, Ángela. La señorita Zaida ya está esperando fuera. —Pues nada, para qué discutir si él ya ha tomado la decisión. Además no me vendrá mal que me mimen, y si es mi madre, el mimo se acabará convirtiendo en agobio total.

—Está bien, Don Joaquín, como usted quiera.

Salimos del hospital y al lado del coche de don Joaquín hay una chica de unos veintisiete años, con el pelo teñido de color rosa y vestida con vaqueros y camiseta negra esperándonos. Sonríe a don Joaquín, le da dos besos a doña Sole y saluda a Pedro. Mi exjefe hace las presentaciones y me dice que Zaida es hija de unos amigos, que ha estudiado enfermería y que a falta de encontrar

plaza fija en algún hospital, se dedica a ejercer de enfermera particular. Al final subimos en el coche de don Joaquín, mi madre, Zaida y yo. Nos deja en mi casa a mi enfermera particular y a mí, y se lleva a mi madre a la suya. Llego, me tumbo en el sofá, Zaida me trae una infusión relajante y un poco de pan tostado con aceite y sal y yo me dejo mimar. Enciendo mi portátil y Zaida me riñe. Le explico que no me voy a poner a trabajar, que simplemente estoy esperando la llamada de mi novio. Se queda convencida y yo me adormilo a la espera de que mi macizorro me llame. ¡Menudo día he tenido!

La llamada por Skype se retrasa. Ian me dijo que me llamaría a las ocho y son cerca de las nueve y ni señal de él. Ni por Skype, ni por Whatsapp, ni una llamada. Nada. Lo cual viene a empeorar mi ya de por sí mal humor. Zaida, mi enfermera particular, me pregunta qué quiero para cenar. No tengo hambre y deniego su oferta, pero me insiste porque debo tomarme las pastillas. Al final acepta que me tome una manzana y un yogur, porque soy incapaz de tragar nada más. Entre los disgustos del día y la ausencia de noticias de Ian, tengo el estómago cerrado.

Me estoy comiendo la manzana, una *pink lady* que es la que más me gusta, cuando el ordenador empieza a pitar. Ian me está llamando. Bueno, mejor tarde que nunca. Una hora tarde para ser exactos.

—Hola, preciosidad, ¿cómo ha ido tu día?

¡Bufo, si yo te contara!

—Digamos que regulín regulán. Pero ¿y tú?, ¿qué me dices? ¿Cómo ha ido esa operación de reconstrucción de pecho?

—Muy bien, aunque ha sido un poco complicada. Las cicatrices eran espantosas y al final le hemos hecho la reconstrucción más unos injertos de piel a partir de células madre para poder borrar todas las secuelas físicas que le hizo el carnicero. Si no sufre rechazo a los injertos de piel, será un éxito.

—¡Genial, cielo! Me alegro por ti. —Por lo menos a uno de los dos le ha ido bien.

—Calamidades, ¿estás bien? No tienes muy buena cara —¡Mierda! Me tendría que haber maquillado.

—No, solo estoy cansada. Esa dichosa campaña de Navidad va a acabar conmigo.

Si no lo ha hecho ya, porque no tengo ni pajolera idea de en qué ha acabado todo. Igual estoy despedida y no me he enterado, porque conociendo al alelado de mi jefe, ese es capaz de quedarse con el crápula de Abel y ponerme a mí de patitas en la calle.

—Toma, Ángela, tu medicación —dice Zaida apareciendo de la nada. En eso ve la pantalla y se queda con cara de bobalicona antes de exclamar —. La madre del cordero, ¡qué pedazo de tío bueno! —y suelta un silbido. ¡Hala hija, que la discreción no es lo tuyo!

—Zaida, te presento a Ian, mi novio —va a ser cuestión de marcar territorio, porque a este paso alguna lagarta me lo levanta—. Ian, esta es Zaida, mi enfermera —esto último por supuesto lo digo muy flojito, pero el puñetero tiene un oído que para qué te cuento.

—¿Medicación y enfermera? Ángela Montero Vaquer, o me cuentas lo que está pasando o te juro

que cojo el coche y me planto ahí.

—Vale, te lo cuento, pero no te alarmes que estoy bien, ¿vale? —dicho lo cual, primero asesino con la mirada a Zaida y luego le relato a Ian todo lo acontecido a lo largo del día de hoy. Ian me mira con mala cara, con preocupación, con asombro, con rabia, todo dependiendo de lo que le diga en ese momento.

—Te juro que como pille a ese hijo de puta le pongo los huevos de corbata.

—Por eso no te preocupes, ya lo hizo tu chica —suelta Zaida de repente, que está sentada en el otro sofá.

¡Coñe, ni me acordaba de ella! Pero su comentario logra sacar una carcajada a Ian.

—Eso no me sorprende. Si no, no sería mi chica. Fusilo a Zaida, que decide hacer mutis por el foro y salir del salón. Me quedo mirando a Ian, que sigue descojonándose al otro lado de la pantalla del ordenador. Vale, me quiero mosquear,

pero no puedo. En el fondo sé que tiene razón. Si no le hubiera atizado, no hubiera sido yo.

Al cabo de un rato, Ian promete que vendrá este fin de semana. Le digo que no se preocupe, que puedo ir yo, pero me dice que ni pensarlo. Insisto, pero es una batalla que tengo perdida, máxime cuando Zaida sale de su escondite y me riñe diciendo que qué parte de «tiene que guardar reposo» es la que no he entendido. ¡Odio que se alíen en mi contra! Pero al final cedo. ¡Qué remedio me queda!

Zaida ejerce su papel de enfermera a las mil maravillas, lo cual es de agradecer. Me prepara la comida, me trae la medicación, me toma la tensión, pero no me atosiga cada cinco minutos como haría mi madre. Aunque, cómo no, mi santa madre viene todas las tardes a verme y a interrogar a Zaida sobre mi estado. Por suerte, mi enfermera particular es muy convincente en sus diagnósticos

y mi madre no permanece más de una hora en mi casa.

Es jueves cuando recibo una visita de lo más inesperada. La de don Joaquín con Pedro. A las nueve de la mañana, ni más ni menos. Menos mal que como llevo varios días descansando me he despertado a las siete y ya me he duchado y vestido. La verdad es que iba a decirle a Zaida si podíamos salir a dar un paseo a media mañana; tengo la sensación de estar apolillándome.

—¡Don Joaquín! ¿Qué hace aquí? —suelto de buenas a primeras.

¡Joder Ángela, educación ante todo!

—Disculpe, me ha pillado por sorpresa. Pasen por favor —corrijo, aunque a su hijo me dan ganas de estamparle la puerta en las narices y dejárselas como las de Kunta Kinte.

Don Joaquín y Pedro aceptan el café que les ofrezco. Zaida desaparece tras la puerta del dormitorio de invitados. ¡Esta sabía algo, seguro!

Ya la pillaré luego. Nos sentamos en el sofá y don Joaquín empieza a hablar.

—Angelita, ¿estás bien?

—Sí, don Joaquín. No se preocupe que estoy bien. Zaida es una excelente enfermera.

—Me alegro. Porque lo que tenemos que hablar contigo es importante, y no quiero que te enfades, ni cabrees, ni asustes, ni te pongas hecha un basilisco como te vi el otro día, ¿de acuerdo?

—Don Joaquín, ahora sí que me estoy poniendo de mala leche. ¿Qué pasa?

—Hemos descubierto que Abel era un espía contratado por la competencia —relata Pedro agachando la cabeza.

¡Eso, eso, que te recuerde la conciencia, que tú lo contrataste, cacho burro!

—¿Sabemos qué les ha pasado a la competencia? —pregunto haciendo maquinar mi retorcida mente.

—Todo. Nuestras campañas para la Navidad, los diseños para la temporada primavera/verano. Esto es un auténtico desastre —reconoce mi jefe, más abochornado aún—. La he cagado, y bien cagada.

—¿Tenemos algún plan? —pregunto. Se me está pasando una idea por la cabeza, pero no sé si este panoli me hará caso.

—Ahora mismo no —reconoce Pedro. Como siga agachando así la cabeza la va a meter bajo tierra como los avestruces.

—De momento, regresaré una temporada a la empresa para tratar de poner un poco de orden. Hemos parado la producción de primavera/verano. Sacaremos lo que tenemos en los almacenes a precios de saldo, para tratar de recuperar algo de dinero, y venderemos la producción de la nueva colección a precios más económicos. Pero aun así, no sé si podremos mantener a una plantilla tan

grande. Las tiendas que no ofrezcan beneficios, tal vez haya que cerrarlas —me relata don Joaquín.

—¿Quién hacía los diseños de las temporadas?

—Ernesto, ¿por qué? —pregunta Pedro.

—Porque sus diseños son demasiado repetitivos. Es cierto que sigue las directrices de la empresa en cuanto a calidad, confort y diseño, pero no innova demasiado en los modelos. Si me dais un momento os lo explico —me levanto, voy a mi dormitorio y cojo el portátil. Cinco minutos después les estoy enseñando a mis jefes, porque al parecer tengo dos, qué es a lo que me refiero—. Como podéis observar, los diseños son demasiado parecidos entre las temporadas. Apenas cambia un poco el color, un poco la altura del tacón, si el modelo es más cerrado o más abierto, pero nada más. Ni materiales nuevos, ni innovación especial en los diseños, ni nada de nada. Dejadme hacer una llamada, ¿vale?

—Ángela, se supone que estás de baja y que debes guardar reposo; no estar liada con el ordenador y el teléfono —me regaña Zaida.

La mando callar con una mirada asesina y la pobre resopla, achica los ojos y me devuelve la mirada. Mi respuesta es ignorarla y coger el móvil. Al tercer tono me responde mi as en la manga. Si esta persona no nos saca del atolladero, nadie lo hará. Así que cruzo los dedos esperando oír lo que quiero oír.

—¿Quién es?

—Hola chochona, ¿cómo estás?

—¿Ángela, eres tú? —De verdad es como para matarla.

—No reina, soy Papá Noel, no te fastidia.

—Definitivo, eres mi loquita favorita. ¿Qué te cuentas?

—Demasiado para el poco tiempo que tengo para hablar contigo. Una pregunta, ¿sigues sin trabajo?

—Sí, nena. Como esto siga así, no sé qué voy hacer. En tres meses se me acaba el paro y ya no sé dónde buscar.

—¿Tienes los diseños en casa? —recibo un ¡ajá! como respuesta afirmativa—. ¿Y podrías pillarlo todo ahora mismo y venir a la mía?

—Nena, ¿qué cuernos se te está pasando ahora por la cabeza?

—Tú píllalo todo y ven para acá. Cagando leches a poder ser —puntualizo, consiguiendo que la chochona se descojone antes de colgarme.

—Ángela, ¿en qué estás pensando? —me pregunta don Joaquín.

—Vamos a ver, por muy buenas campañas que yo haga, si no innovamos, estamos perdidos, así que por eso he llamado a mi amiga. Es una de las mejores diseñadoras que conozco, pero nadie ha apostado por ella, igual porque está como una cabra, pero os aseguro que sus diseños son de lo mejor. Algunos son un poco arriesgados, pero si le

damos una línea de trabajo a la que ceñirse, esa mujer puede obrar verdaderos milagros. Además, estamos estancados en cuanto al mercado. Producimos, distribuimos y tenemos tiendas en la Comunidad Valenciana, alguna en Murcia y Almería y un par de ellas en Tarragona. Pero creo que es el momento de lanzarse a por algo más. Si creamos una línea de alta gama, enfocada a la gente con dinero, podemos hacernos un hueco en ese mundo y ampliar horizontes, abriendo alguna tienda en Madrid o Barcelona.

—Ángela, esa es una propuesta muy arriesgada —me dice Pedro, que es un cagado.

—Déjala terminar —replica su padre.

¡Aleluya! Por fin un poco de sensatez.

—La clase media cada vez tiene menos poder adquisitivo. Seamos realistas, entre la crisis, la pérdida de trabajos, los impuestos y los recortes, la gente prefiere llevar los zapatos al zapatero antes de comprarse unos nuevos. Las madres y los

padres usan los mismos zapatos durante años, y a los únicos a los que les compran pares nuevos cada temporada es a los niños. Hay que mantener la línea que tenemos para señora y caballero, y así de paso sacamos viejos stocks y lo que llevamos producido para la nueva temporada. Ampliemos la línea juvenil e infantil. En eso vamos un poco cortos, porque apenas tenemos unos diez modelos, que son los que más se venden. Y creamos una nueva línea de zapatos de lujo, con diseños especiales, materiales especiales, pero ante todo y sobre todo, siguiendo nuestra política de calidad y comodidad. ¿Qué hay mejor que llevar unos zapatos casi exclusivos durante todo el día y que una no acabe con dolor de pies? Incluso podemos crear una línea de complementos, como bolsos y carteras, tanto para hombre como para mujer. Obviamente empezaremos por una producción pequeña, a ver qué tal se nos da, pero hay que probar. Y puestos a probar, incluso podríamos ver

de qué forma se podrían hacer llegar nuestros productos a alguna cadena de televisión para que los luzcan los presentadores.

—Todo eso que nos estás proponiendo está muy bien, pero implica gastar una enorme cantidad de dinero —me responde don Joaquín.

—No necesariamente. Tenemos la maquinaria para producir los zapatos. En cuanto a los bolsos y carteras, deja que venga esa persona a la que he llamado porque seguro que tiene un as en la manga. Siempre quiso crear su propia empresa de calzado y complementos.

—¿Y en cuanto a lo de la expansión de las tiendas, cómo quieres que lo hagamos? —quiere saber Pedro.

—Si en todo lo que ha dicho tu padre hay algo en lo que estoy de acuerdo, es que las tiendas que no ofrecen rentabilidad deben ser cerradas. Si te ahorras por un lado, podemos invertir por otro. De todas formas hay que hacer muchos números. ¡Ah!

Y una cosa más, la campaña que presentó Abel como suya ayer, ¿también está vendida a la competencia?

—Así es. La acaban de lanzar esta mañana por la televisión —reconoce Pedro volviendo a meter la cabeza entre las piernas.

—Bien, eso no es problema —respondo mientras vuelvo a levantarme y voy a mi dormitorio. Del fondo de uno de los cajones saco un disco duro externo, lo llevo al salón y lo conecto al ordenador—. Aquí tienen una nueva campaña. No es de lo mejor que he hecho, pero servirá.

Don Joaquín y Pedro observan la campaña. Pedro mira a su padre, que sigue enfrascado mirando las imágenes. Al final levanta la cabeza, me mira, mira a su hijo y suelta por esa boquita que Dios le dio:

—¿Y tú querías despedirla? Mira que eres zoquete. Creo que me equivoqué poniendo a mi

hijo al frente de la empresa. Te tendría que haber puesto a ti.

¡Aplauso mental, aplauso mental!

—¿Con mi carácter, don Joaquín? Hubiera acabado prendiéndole fuego a la empresa. —Mi jefe se ríe porque sabe que tengo razón—. Por otro lado, ¿han pensado en denunciar a Abel?

—Sí, pero estamos buscando un buen abogado. Con el panorama actual, no nos podemos arriesgar a meternos en un pleito sin altas garantías de ganar.

—Entonces permítame que le recomiende a una excelente abogada —rebusco en el bolso-saco, pillo mi cartera y saco una tarjeta de Caro, mi flamante cuñada. Esta mujer es capaz de ganarle un pleito al mismísimo diablo—. Esa mujer es una de las mejores abogadas del país. Vive en Madrid, pero no creo que tenga problema para desplazarse. Expóngale el caso a ver qué dice.

—Lo haré, Ángela. No sé qué haríamos sin ti —me dice don Joaquín mientras se levanta y me da

un abrazo de gratitud.

Que quede clara una cosa, esto lo hago por usted, no por ese tontaina, tengo ganas de decirle, pero mejor me callo que no está el horno para bollos.

El sonido del portero automático saca a Zaida de su escondite para abrir; dos minutos más tarde, la chochona entra por la puerta.

## XXIII

A quien he llamado es a Nieves, una chica que conocí cuando estaba estudiando en Alicante. Es un torbellino, alocada, imparabile, pero sobre todo, una excelente diseñadora. Su sueño siempre ha sido crear su propia empresa de calzado y complementos, pero proviene de una familia humilde y le resulta imposible pedir un crédito por el valor de lo que necesita; la maquinaria es muy cara y los alquileres intocables.

La chochona, como la llamo desde el día que apareció vestida como si fuera una muñeca chochona, se acerca a mí, me da un abrazo, dos besos en las mejillas de esos bien sonoros y se queda mirando a don Joaquín y a Pedro. Luego me mira a mí, a Zaida, que sigue a mis espaldas mosqueada porque me he saltado las

prescripciones del médico, y me vuelve a mirar a mí.

—Vale nena, ya estoy aquí —me dice muy seria, lo cual provoca que me den ganas de reír, porque la seriedad nunca ha sido el fuerte de Nieves. Está más loca que una cabra.

—¿Has traído lo que te he pedido? —pregunto mientras la invito a sentarse en el sofá, junto a mí.

—Sí, aquí está. —Señala la enorme carpeta y su portátil.

Tras las presentaciones oportunas, les explico a don Joaquín y a Pedro que Nieves es una diseñadora de calzado y de bolsos, que es buena en su trabajo, a pesar de no tenerlo ahora, y que aunque sus propuestas pueden ser muy arriesgadas, creo que ella puede amoldarse a la empresa y ofrecernos lo que necesitamos. Don Joaquín le explica a Nieves que nuestra marca se basa, ante todo, en el confort. Siempre hemos creado diseños cómodos, con tacones no excesivamente altos, la

suela interior de nuestros zapatos casi siempre va acolchada para amortiguar las pisadas al andar, etcétera, etcétera. Nieves presta atención a todo lo que le explican y lo anota en una libretita que lleva siempre encima. Ella les dice que puede crear una línea de calzado que combine confort, diseño y calidad. Pedro no dice ni mu porque sigue con la cabeza medio metida entre las piernas, muerto de la vergüenza, al comprobar que la que les estoy salvando el culo soy yo y no él, que se supone que es el director general de la empresa. Si cuando yo digo que este tío es tonto, es que es tonto de remate.

Nieves se va dos horas más tarde con el encargo de presentar algunos bocetos el lunes en la empresa. Si le gustan a don Joaquín, entrará a formar parte del equipo. Don Joaquín me dice que de momento mantendrá a Ernesto en su puesto, pero que si no espabila y el resultado del trabajo de Nieves es bueno, veremos si no se plantea

despedirlo. Y es que si algo he aprendido de don Joaquín es que, por muy buena persona que sea, es un excelente hombre de negocios. Eso lo lleva en la sangre. Y no va a dejar caer a la empresa que tanto le costó levantar así como así.

Y el jueves transcurre sin más. Me dedico a terminar la campaña que tenía guardada y a hacer una serie de llamadas para poder grabar mañana el spot televisivo. Eso sí, Zaida sigue con un enorme mosqueo, pero decido ignorarla. Don Joaquín ya le ha dicho que si he decidido ponerme a trabajar, ni ella, ni todos los médicos del mundo, lo van a impedir. Este hombre me conoce como la palma de su mano.

El viernes me levanto dispuesta a regresar a la empresa. Tengo la discusión del siglo con Zaida, que se empeña en acompañarme y ser mi sombra todo el día. Prefiero darle cancha y dejar que me acompañe, a pasarme el día cogiendo el teléfono cada cinco minutos. Porque mi enfermera

particular me ha amenazado con llamarme cada cinco minutos si no la dejo venir conmigo. ¡Y yo que me quejaba de mi madre! Qué ilusa soy.

En cuanto entro a la oficina me doy cuenta de que en estos días han cambiado algunas cosas. Para empezar, todo el mundo comenta la traición de Abel. Silvia está muy mosqueada, porque le gustaba el chico y se había hecho una idea equivocada de él. Su despacho está limpio y preparado para ser ocupado por alguien, pero de momento nadie se instalará allí. Lo que más me sorprende es ver de nuevo a don Joaquín en la empresa. Comparte despacho con su hijo para ponerle al día. Es increíble, el atontado necesita que su padre le explique y le asesore en casi todo, porque el muy lerdo casi manda la empresa a pico.

A las once nos vamos a Alicante, a rodar en la playa el anuncio para la temporada primavera/verano. Llegan las modelos, muy monas ellas, pero hay algunas que tienen unos pies

feísimos, así que le comento a don Joaquín que no me parecen las más apropiadas. Descartamos a cuatro y nos quedamos con las demás. A la una del mediodía el spot ya está rodado. El fin de semana lo terminarán de montar y retocar, y el lunes lo lanzaremos por todo lo alto.

De vuelta a casa, me voy a comer con Zaida — que sigue siendo mi sombra— al bar de José, que se alegra de verme. También llamo a mi madre, para que esté tranquila, y cuando le digo que he vuelto al trabajo, me gano otra bronca de campeonato. ¡Qué cruz, Señor, qué cruz! Pero la mayor de las sorpresas me la llevo cuando regreso a la oficina a las tres y media y veo a Carolina allí. ¡Anda, leches, ¿y esta qué hace aquí?! Pero mi cuñadita se me adelanta y me explica que don Joaquín la llamó ayer por la tarde y que tras revisar unas cosas, se vino para Elda rauda y veloz para representar a la compañía en el caso de espionaje industrial. Me pide que le entregue todos

los trabajos, todo lo que tengo guardado en el ordenador y se sienta a discutir con don Joaquín la táctica para denunciar a Abel. La hermana de mi chico es una fuera de serie y deja a don Joaquín y a Pedro convencidos de que ganarán el pleito. Me siento más que satisfecha porque he sido yo quien de nuevo he sugerido a una excelente profesional que les puede ayudar. Y cuando creo que no me puedo llevar más sorpresas, me tropiezo con Ian en la recepción de mi oficina. En el más literal de los sentidos.

—Calamidades, cualquier día te estampas contra una pared y ni te enteras —va y me suelta el gracioso.

—¡Ian! ¿Pero qué haces tú aquí? Se suponía que iba yo a verte este fin de semana —digo mientras lo abrazo.

¡Ay, que a gustito se está entre sus brazos!

—No iba a dejarte conducir hasta Valencia después de lo que te pasó el lunes. Llamé a tu

madre y me dio el teléfono de Zaida y me explicó que habías vuelto al trabajo, en contra de lo que te habían dicho los médicos, y que ni de coña iba a dejar que vinieras a Valencia. Así que, aquí estoy.

Palabrita de Ángela que mato a mi madre y a Zaida por metomentodo. Pero en el fondo me alegro de que Ian esté aquí. Así que decido dejarlo correr y dedicarme a mi chico el fin de semana.

Mando a Zaida a su casa, eso sí, se va a regañadientes y solo cuando se cerciora de que Ian me va a cuidar mejor que ella. ¡Nena, hay cosas que tú no puedes hacer para cuidarme y él sí! Me dan ganas de decir, pero me callo. Carolina se queda a cenar en casa, y mis padres también nos acompañan. Aunque le ofrezco a Caro quedarse a dormir, me dice que se va a un hotel, que no quiere molestar. ¡Y pensar que casi le hago tragarse el mocho cuando la conocí! Mi cuñada es un solete. Cuando todo el mundo desaparece fijo mi mirada en Ian, quien sonrío cuando ve mi cara de pícara y

saca las esposas y el pañuelo de seda negro. ¡Que me derrito!

Sábado por la mañana. Estoy de un humor excelente. La noche ha sido, cuando menos, maravillosa. Me hago la remolona en la cama junto a Ian, que me espachurra entre sus brazos. Me obliga a desayunar y a tomar la medicación. Se ha tomado tan en serio su papel de enfermero particular que me planteo regalarle un disfraz de enfermero sexy. ¡No lo pienses, Angelita, que te van a dar sofocos! Y pasamos el sábado en casa tranquilos, porque Ian no quiere que me ponga a trabajar ni nada que se le parezca. Charlamos de su operación con detenimiento, de todo lo que se me ha ocurrido a mí para la empresa, de su hermana Alicia que está volviendo loca a mi suegra, me agradece que haya recomendado a Carolina para el litigio contra el traidor crápula de Abel y un sinfín de cosas más. Prepara una paella para comer y nos echamos un siestorro de aúpa.

Oigan, que el sexo es un deporte de fondo agotador.

Domingo. Salimos por la mañana a pasear un poco porque me estoy apolillando de estar tanto en casa y nos sentamos en una terraza a tomar una cerveza, la mía sin alcohol por culpa de las medicinas, pero regresamos a casa pronto porque Ian se tiene que ir a las cinco; va a tener una semana complicada en Valencia y tiene que preparar muchas cosas. Así que acabo de pasar la tarde tumbada en el sofá, viendo una película de esas románticas hasta la saciedad. Odiaba este tipo de pelis, pero desde que estoy con Ian, creo que me estoy convirtiendo en una ñoña sin remedio.

El lunes por la mañana, Nieves aparece por mi casa ¡a las seis y media de la mañana! Mi careto es un poema, pero la pobre está tan nerviosa ante la posibilidad de trabajar en la empresa que ha venido a enseñarme los bocetos que ha hecho.

¡Son una pasada! Si don Joaquín da el visto bueno, arrasamos y triunfamos como la Coca-Cola. Vamos juntas a la reunión y les enseñamos los bocetos a don Joaquín y a Pedro. Ambos comentan que son fantásticos y que podemos sacar adelante una nueva colección y así salvar el desastre que se nos presentaba por culpa de Abel. La única condición que pone Nieves es que la colección lleve su nombre. Siempre ha querido tener un nombre y un reconocimiento en este mundo, y esta es su oportunidad. Don Joaquín acepta, a pesar de las reticencias de Pedro.

A las once aparecen mi madre y Zaida, porque ambas se han empeñado en acompañarme al médico. Al final cedo para no montar el número del siglo en la oficina. Y el médico me da el alta. Dice que solo fue un episodio de ansiedad y me recomienda que vaya a hacer yoga o meditación, para aprender a controlar mis impulsos. Mi madre y Zaida le prometen que me apuntarán y me

llevarán, así sea a rastras. ¡Ay, Señor, ¿pero qué he hecho yo para tener esta cruz?!

## XXIV

La vorágine de las últimas semanas ha sido vertiginosa y cuando me quiero dar cuenta estamos casi en Navidad. Al final, Nieves ha ocupado el despacho que Abel dejó libre. Sus modelos son tan buenos que ya tenemos pedidos por anticipado en la web. ¡Increíble! Además, Pedro, no sé cómo, ha conseguido que en varios programas televisivos del corazón las presentadoras lleven los zapatos diseñados por Nieves. Por una vez, este tío ha conseguido hacer algo bien.

La relación con Ian va viento en popa y ya nos hemos acostumbrado a esa rutina de vernos solo los fines de semana, aunque a los dos nos fastidia por igual, pero de momento tendremos que aceptarlo así.

Tres días antes de Nochebuena, cuando hablo con él, me propone que celebremos la Nochebuena

con mis padres y la Navidad con los suyos. Me parece bien, aunque un poco paliza tener que irnos a Madrid el mismo día de Navidad, pero Ian me corrige y me dice que sus padres irán con Alicia y Carolina a Valencia. Él mismo se encargará de reservar mesa en un exclusivo restaurante y así nos ahorramos el tener que cocinar. Me encanta lo práctico y previsor que es mi chico, y sobre todo el peso que me ha quitado de encima, porque la última vez que cociné eché al pollo azúcar en lugar de sal y ni os cuento cómo acabó la cosa. Y la mejor sorpresa viene al final: celebraremos la Nochevieja en Madrid con Feli y Mario, y nos comeremos las uvas en la Puerta del Sol. ¡Bien! Siempre he querido ir allí, pero jamás lo he hecho. Seguro que la loquita se lo ha dicho y mi chico, como siempre, me complace.

¡Cómo me gusta que me mime como lo hace! Y que comparta conmigo sus cosas. Aunque estoy un poco preocupada porque últimamente no me cuenta

nada de su trabajo y cada vez que saco el tema me esquivo y me dice que no quiere hablar, que cuando sale del trabajo lo único que quiere es desconectar. Y lo que peor me sienta es que de un tiempo a esta parte es él quien se desplaza cada fin de semana a Elda. Hace casi un mes que no voy a Valencia y cada vez que digo de ir, salta en seguida que no, que viene él. La verdad es que me parece todo un poco raro y ya no sé qué pensar, por eso llamé el otro día a Feli y le pregunté si ella sabía algo, pero me dijo que no tenía ni idea y que Mario tampoco sabía nada, pero que no me obsesionase. Al final, me conformo pensando que todos los médicos necesitan desconectar de vez en cuando, y más con un trabajo como el suyo, y lo dejo correr.

¡Qué difícil me ha resultado encontrar el regalo de Navidad para Ian! Primero me he tenido que estrujar las neuronas pensando en qué le haría ilusión —porque mi chico tiene de todo— Y justo

entonces he caído en la cuenta de que tiene la cartera bastante estropeada, así que le pido a Nieves que diseñe un modelo exclusivo para él y meto una foto mía y un vale para una noche loca de pasión y desenfreno. Sé que eso le arrancará una sonrisa. Y por supuesto encuentro la segunda cosa que quería: ¡un disfraz de enfermero sexy! Por descontado, el disfraz se lo daré en mi casa, porque como se lo dé delante de mi madre, la mato del susto. También compro los regalos para mis padres, para Alicia y Carolina y los padres de Ian. Y unos detallitos para Feli y Mario. Menos mal que he cobrado la paga extra, porque si no, me arruino. Me he gastado un dineral.

La Nochebuena en casa de mis padres es tranquila, amena y divertida. Mi madre trata con cordialidad a Ian, aunque en el fondo sé que sigue reticente ante nuestra poco usual relación. Eso de que él esté en Valencia y yo en Elda no la acaba de convencer, pero por lo menos está calladita.

Supongo que es porque ve que mi chico y yo nos queremos mucho y siempre estamos el uno pendiente del otro. Cuando le doy la cartera en casa de mis padres me dice que es un regalo perfecto y que así siempre me llevará más cerquita del corazón. ¡Dios, qué bonito! Pero cuando llegamos a casa y ve su otro regalo sobre la cama, frunce el ceño sin comprender, hasta que lo abre, se ríe y musita:

—Por qué no me extraña esto de ti, Calamidades —dicho lo cual me pasa una pequeña caja.

Ahora sí que no entiendo ni papa. Si Ian ya me ha regalado un precioso colgante en casa de mis padres. Cojo el paquete y lo abro. Veo que pone «Click-clack, tu fantasía hecha realidad». Sigo sin entender ni un pepino, así que Ian decide explicarme qué es lo que me ha regalado, ante mi cara de atontada perdida.

—Esto es parecido a unas bolas chinas. Verás, tú te introduces esto donde ya sabes y yo, con una

aplicación que tengo en el móvil, puedo darte placer desde la distancia —me suelta con voz picarona al oído. Le sonrío y le digo que si quiere probarlo—. Ahora no. Te prefiero en carne y hueso —se va al baño y sale con el disfraz puesto y el vale en la mano—. Señorita Montero, creo que es hora de su revisión.

Y ¡zasca! Mis plomos se funden.

El día de Navidad nos levantamos a las diez y media y nos vamos a Valencia. Una vez en casa, apenas tengo tiempo de dejar la maleta cuando llaman al portero automático. Corro rauda y veloz a abrir porque mi chico se está cambiando de ropa y no voy a dejar a mis suegros en el portal con el frío que hace hoy. Pero cuando miro por el vídeo cámara del portero automático veo que es una chica rubia, con unos bonitos ojos verdes y bastante despampanante, la que llama. ¿Quién cuernos es esta tipa?

—¿Quién es? —pregunto con voz seca y cortante.

—¿Está Ian? Soy Mariola, una paciente suya. Venía a desearle una Feliz Navidad.

Pienso que eso lo puede hacer llamando por teléfono o mandando un Whatsapp, pero entonces recuerdo que esa tal Mariola es la chica a la que Ian le reconstruyó el pecho tras la carnicería que le hicieron en una clínica pirata, así que la dejo subir al tiempo que Ian sale del dormitorio.

—¿Son mis padres? —me pregunta mientras se pone la corbata.

¡Virgen del amor hermoso, qué bueno está con traje y corbata!, pienso mientras lo devoro con la mirada.

—Calamidades, te acabo de hacer una pregunta —me dice sin mirarme a la cara, por lo que no se da cuenta de que estoy babeando como un caracol ante su presencia.

—A ti deberían de ponerte una multa por vestir así. Vas a provocar más de una parada cardíaca.

Entonces Ian levanta la vista, me mira con esa cara de pícaro que tiene y se planta a mi lado.

—No te preocupes, solo me interesa tu corazón —me dice, mientras me suelta una cachetada en el trasero, me da un sensual lametón en el cuello y me muerde el lóbulo de la oreja izquierda. Y cuando estoy a punto de lanzarme a su cuello y arrancarle el traje, la corbata y todo aquello que me impida verlo como su madre lo trajo al mundo, suena el timbre de casa—. Salvada por la campana. Pero en cuanto mis padres se vayan, tengo otra sorpresa preparada para ti.

—Hola Ian —exclama la tal Mariola en cuanto mi chico le abre la puerta, al tiempo que se lanza a sus brazos y le da dos sonoros besos en las mejillas. No me gusta un pelo esta tía. Casi le da un pico a mi chico.

—¿Qué haces aquí, Mariola? —suelta con poco tacto.

Yo me he perdido algún capítulo porque no entiendo nada de lo que está pasando aquí.

—Venía a desearte Feliz Navidad y a darte un regalo. En agradecimiento por tu trabajo —dice mientras le entrega un paquete pequeño.

¡Le está poniendo ojitos a mi macizorro?! ¿A que se los arranco por lagarta? Como veo que Ian no me va a presentar, decido hacerlo yo misma y marcar territorio, todo sea dicho de paso.

—Hola. Soy Ángela, la novia de Ian —suelto con voz de camionero.

Ian reacciona y deja el regalo sobre la mesa, al tiempo que me pasa un brazo por la cintura y me acerca a él. ¡Chúpate esa, monina!

—¡Ah!, encantada de conocerte —dice entre sorprendida y contrariada.

¡Y un cuerno estás encantada! Tienes una cara de amargada que no te la aguantas ni tú, so bruja.

—Creo que es mejor que me vaya. Me están esperando.

¡Eso, eso, largo de aquí antes de que te eche yo por los pelos!

—Ya nos veremos después de Navidad, Ian...

¿Perdona? Y una mierda vas a ver tú más a mi chico.

—Para la cita que tenemos en la clínica en enero. Que paséis unas felices fiestas. —Da media vuelta y se va.

Ian nota mi estado de nervios y me abraza con delicadeza pero con firmeza.

—¿Me lo explicas tú o tengo que seguir sacando conclusiones yo solita? —le suelto.

—Solo es una paciente de la clínica. La chica que te comenté que le habían hecho una carnicería en una clínica pirata y a la que tuve que reconstruir el pecho. No es nada más.

—¡Ja! Eso no te lo crees ni tú. Te come con la mirada, sabe dónde vives y te trae regalitos —

pongo los brazos en jarras. Mejor agarrarme a mis caderas que no a algo que pueda estampar contra Ian o contra la pared.

—¿Celosa? —me suelta con cara de gamberro.

—¿Tú quieres ir a comer con tus padres con los labios hinchados? Pues no me calientes, chato.

¡Uy, uy! De qué mal humor me estoy poniendo.

—Ángela, cielo, de verdad que no hay nada de lo que te debas preocupar. Solo tengo ojos para ti y ni me he dado cuenta de eso que dices de que me come con la mirada. Solo es una paciente. Deja de pensar en tonterías.

—Te advierto una cosa, Ian, como se te ocurra engañarme con esa lagarta o con cualquier otra, vas a desear no haberme conocido —lo amenazo. No pienso volver a pasar por lo mismo que me hizo Saúl. Antes despellejo vivo a Ian.

—Cariño —me dice con voz melosa mientras se acerca a mí—, yo jamás te haría algo así. Recuerda que a mí también me engañaron y que lo

que no quiero para mí no lo quiero para los demás. Simplemente estás sacando conclusiones precipitadas, al igual que yo las saqué cuando vi a Abel en tu casa. Deja de pensar en tonterías y cámbiate, que te voy a llevar a comer a un restaurante de lujo, como se merece esta adorable reina cascarrabias que tengo por novia —y me besa como solo él sabe hacerlo, y mi cabreo se esfuma en un santiamén.

La comida es alegre, distendida, hasta que Alicia suelta que se va a hacer otro tatuaje como auto regalo de Reyes, con lo que por poco le provoca un infarto a Megan. Su madre la mira y la asesina con la mirada, pero no monta ningún espectáculo porque estamos en un restaurante. Aunque sé que en cuanto suban al coche, se lía la marimorena. ¡Vaya dos mujeres! Megan, el orden, la responsabilidad, lo que está bien, la compostura... y Alicia todo lo contrario, y además

con carácter y decisión, así que la mayoría de veces se llevan como el perro y el gato.

Los días entre Navidad y Nochevieja se convierten en unas vacaciones de cuento de hadas. Nos quedamos en Valencia y nos dedicamos a hacer vida de pareja: la compra, una cerveza, un aperitivo, una peli en el sofá... ¡Me siento tan bien! ¡Estoy tan enamorada!

Como teníamos previsto el día 30 nos vamos a Madrid con Feli y Mario. Ian ha reservado una habitación en el hotel Villa Magna, ni más ni menos que la Suite Royal, ¡una habitación de 140 metros cuadrados!, con vistas al paseo de la Castellana, a la calle Serrano y con una terraza descubierta de 115 metros cuadrados. Cama *king size*, baño de mármol y un montón de cosas más. ¡Le tiene que haber costado los dos riñones, un pulmón y parte del otro! Lo miro con cara de flipada, lerda y atontada perdida, con lo cual él va y me suelta:

—Te aseguro que la última noche de este año jamás la olvidarás.

¡Agua, por favor, que me abraso! Su voz ha sido pícara, sexy y ronca.

Y tenía razón en lo de que jamás olvidaré esta noche. Me visto con el vestido que me he comprado para la ocasión, me pongo las medias y los zapatos de tacón y salgo al salón. Ian me mira con cara de lobo hambriento y me libro de acabar desnuda de nuevo porque la loquita y Mario llaman a la puerta. Ian ha encargado la cena y a las ocho nos suben los manjares que mi chico ha pedido. Marisco, pescado, vino del bueno, champán del mejor y de postre, ¡tarta de tres chocolates!

A las diez y media nos vamos a la Puerta del Sol. Ian me vuelve a sorprender porque pensé que estaríamos en mitad de la multitud, pero no, ha alquilado un balcón para esa noche y nos esperan con las uvas, el cava y las bolsitas de cotillón. Nos tomamos las uvas, brindamos, nos besamos y

nos deseamos Feliz Año Nuevo. Después nos vamos a la sala de fiestas a celebrar el inicio del año. A las cuatro de la madrugada decidimos regresar al hotel. Ian llama al servicio de limusinas y nos recogen. Cuando llegamos a la suite, en medio del salón veo una fuente de chocolate y una montaña de fresas. Miro a Ian sin comprender nada y me repite la frase de la tarde. Ahora sí que me convenzo de que no voy a olvidar esta noche.

Ian empuja el carrito al dormitorio, sale de la habitación y me coge en brazos.

—Ese vestido es una provocación, Calamidades —me susurra al oído, mientras me acuna y me tumba en la cama.

—Pues anda que tú con ese traje, ni te cuento, chato —le respondo tratando de calmar mi respiración.

Permanece en silencio, pero sus manos se pierden entre la cremallera de mi vestido mientras

sus labios devoran los míos. Peleo con la corbata, los botones de la camisa y la hebilla del cinturón. Pero aunque ambos parecemos ansiosos, nos desnudamos con calma, convirtiendo el momento en algo erótico, sensual y apasionado. Ian se queda en calzoncillos y yo con la ropa interior y las medias hasta medio muslo puestas. Saca el pañuelo de seda negro del cajón de la mesilla y me venda los ojos. Me dejo hacer porque quiero que me lleve al límite como solo él sabe hacerlo. Pone unas gotas del chocolate en mi vientre y lo lame con sensualidad, consiguiendo que un escalofrío recorra mi cuerpo. Me desabrocha el sujetador y repite la operación en cada pecho, jugando con mis pezones. Pienso que en cualquier momento voy a sufrir un colapso, porque os juro que me hace perder la razón. Con delicadeza me quita las medias, recorriendo mis piernas con besos y lametones sensuales. Siento cómo sus dedos se deslizan entre las braguitas y mi piel, dejándome

completamente desnuda ante él. Fresas, chocolate y sus labios alternándose entre mis piernas, hasta conseguir que me ponga a gemir y suspirar, me estremezca y casi alcance un orgasmo. Siento cómo su glánde se acerca a mi cavidad bucal y lo lamo. Sabe a chocolate, por lo que abro los labios y devoro su grandeza. Sus dedos juegan con mi clítoris, mientras mis labios hacen lo propio con su pene. Ahogo el grito de placer que siento al correrme entre mis labios y su verga. Ian saca su pene de mi boca y con una estocada placentera y certera me penetra, consiguiendo que aúlle de placer. Aprisiona mis brazos por encima de mi cabeza y sigue penetrándome con estocadas lentas pero certeras, hasta que le imprime mayor velocidad al movimiento de sus caderas y ambos gritamos al alcanzar el orgasmo. Cae sobre mí, pero descansa el peso de su cuerpo sobre sus codos. Su aliento golpea mi cuello.

—Te amo, Calamidades —a lo que yo, como la mayor gilipollas del mundo, me pongo a llorar. De felicidad, pero a llorar.

El día 3 de enero regresamos a casa y me quedo con Ian en Valencia hasta el día 5, que viajamos a Elda e Ian se queda conmigo. Vamos a ver, junto con mis padres, la cabalgata de los Reyes Magos y el regalo que nos hacemos esa noche es un desenfreno, de pasión, sexo y amor en mi cama. Si soy sincera tengo que reconocer que jamás he sido tan feliz ni he disfrutado así del sexo con nadie. Aunque nadie se limita a Saúl.

Pasan dos semanas entre trajines de la empresa, diseño de zapatos, viajes a diferentes lugares donde la empresa tiene ubicadas las tiendas, inventarios, *stocks* y liquidaciones. A Ian y a mí nos es imposible vernos ese fin de semana, con lo que saber que van a pasar dos semanas hasta que nos volvamos a ver hace que esté de un humor de perros, pero nadie me hace caso, así que mi

frustración la pago con el gimnasio e indecentes cantidades de chocolate en cualquiera de sus variedades.

Y por si mi mal humor no pudiera ir a peor, el viernes por la mañana, cuando bajo para ir a trabajar, veo que hay algo en el buzón. Lo primero, un aviso del juzgado diciendo que debo ir allí a recoger un papel. Frunzo el ceño, achico los ojos y me mosqueo. Pero lo peor es el otro sobre. Solo pone mi nombre, que está impreso, sin remitente ni nada. Me da mal rollo, pero como doña Cotilla ha decidido hacer acto de presencia, lo abro. Y para mi sorpresa y estupor no es ni más ni menos que una amenaza de muerte. «Vas a morir, zorra». Eso es todo lo que está impreso en una hoja de papel. Comienzo a soltar toda una retahíla de tacos y maldiciones mentales, que básicamente se limitan a cagarme en la madre que parió al gracioso o graciosa que me ha dejado esto. Pero como mi mayor preocupación es el papel del juzgado, salgo

del portal mientras llamo a don Joaquín para advertirle de que me retrasaré unos minutos. Santo varón que me dice que no me preocupe y que tarde lo que necesite. ¡Menuda diferencia entre él y el atontado de su hijo!

Llego al juzgado, aparco el tronco-móvil donde puedo y me dirijo a la puerta y al guardia civil que hay allí; le pregunto dónde tengo que ir para recoger el dichosito papel. Me indica la planta y la puerta y le doy las gracias. Al llegar, una agente de la Policía Nacional me pide el carnet de identidad, me hace firmar un papel y me entrega ¡una notificación judicial! ¿Pero esto qué coño es?, pienso. Sopeso mis opciones. Si lo abro allí y es algo que no me haga gracia, voy a montar un espectáculo en mitad del juzgado, así que decido meterlo en mi bolso-saco y abrirlo en la oficina.

Entro como un vendaval en la empresa, sin saludar a nadie, y me meto en el despacho. Cierro la puerta, cuelgo el abrigo en el perchero y abro el

bolso-saco. Cojo la notificación y me siento en mi silla, no sea que me vaya a caer de culo en cuanto lo abra. Rasgo el sobre con cuidado y leo con detenimiento lo que pone.

—¡Grandísimo hijo de puta, cabrón, traidor! ¡Como te pille te mato, rata de alcantarilla! — Valeeee, mi reacción ha sido un pelín exagerada y mis gritos han hecho que don Joaquín y Pedro acudan a mi despacho a ver qué es lo que me pasa ahora.

—Ángela, por Dios, ¿qué te pasa? —pregunta don Joaquín al verme echar espumarajos por la boca y estar más roja que un tomate por culpa de la rabia que tengo.

—¿Que qué me pasa? Juro por mi madre que como pille al cabrón de Abel, lo despellejo vivo —sigo chillando cual energúmena.

Pedro cierra la puerta de mi despacho para que mis gritos no asusten al resto de personal. Pero en

eso viene Nieves y por poco le da con la puerta en las narices.

—Nena, ¿qué te pasa? Pareces un basilisco.

Extiendo mi brazo y les enseño la notificación que he recogido en el juzgado. Don Joaquín la coge y mira lo que hay escrito.

—¡Será cabrón! —va y suelta mi jefe, dejándome medio patidifusa porque él jamás suelta un taco. Es la educación en persona.

—¿Qué ocurre, papá? —pregunta Pedro, tan sorprendido como yo por el comentario de su padre. La chochona sigue mirándome sin entender nada.

—Abel ha denunciado a Ángela por agresión.

—¿¿Cómo?! —gritan al unísono Nieves y Pedro.

—Lo que oís —dice don Joaquín, sin dar crédito a lo que está leyendo.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta Nieves intrigada y asustada, porque mis reacciones

pueden ser de lo peor del mundo cuando me tocan las narices.

—Destriparlo, como lo pille.

—¡No seas bruta! —me dice mi amiga, porque sabe que soy capaz de sacar el cuchillo jamonero de casa y cumplir mi amenaza.

—Carolina viene dentro de un rato. ¿Por qué no hablas con ella? —me suelta Pedro.

¿Qué Carolina viene en un rato? Pues no tenía ni pajolera idea. Lo valoro durante unos segundos y reconozco que el atontado tiene razón. Mi cuñada es mi mejor opción. Entonces caigo en la notita que me han dejado en el buzón; estoy segura de que ha sido el imbécil de Abel. Juro para mis adentros que si lo pillo le hago un cambio de sexo instantáneo metiéndole una patada en la entrepierna. ¡Este no tiene ni idea de con quién se está metiendo!

A las once llega mi cuñada y tras charlar unos minutos con Pedro y con don Joaquín viene a

verme a mi despacho. Le cuento lo que pasó en la reunión en el despacho de Pedro, cómo le aticé y lo de la nota en mi buzón. Simplemente me escucha y me ofrece defenderme en el juicio que se celebrará el 10 de febrero. Se vuelve al despacho que comparten mi jefe y Pedro y yo me quedo exasperada, porque tengo que calmarme y lo que realmente me apetece es salir a buscar a ese gilipollas.

Después del mediodía, mientras me termino mi sándwich vegetal en el despacho, recibo la llamada de Ian. Me dice que acaba de salir de trabajar y que viene derecho a Elda. Me cuenta que Caro le ha llamado y le ha explicado por encima lo que me ha pasado. Le digo que cuando llegue a casa se lo cuento con más detenimiento, porque ahora mismo no me apetece recordarlo y tampoco puedo. Estoy sumergida en una montaña de papeles y números que tengo que dejar listos en menos de dos horas.

A las seis y media llego a casa. Ian está en el salón esperándome y me da uno de esos abrazos de oso que me regala, al tiempo que devora mis labios. Charlamos durante una hora, poniéndonos al día respecto a lo ocurrido durante estas dos semanas. Me ve alicaída y enfadada, así que me dice que por qué no salimos a cenar. No me apetece mucho, porque si por una de esas casualidades de la vida me tropiezo con Abel, no sé de qué soy capaz. Pero él insiste y salimos. Vamos a un restaurante indio que han abierto hace poco. La cena es tranquila, la noche no. Porque cuando regresamos a casa, la pasión se desboca y estoy segura de que mis gritos de placer se han oído en toda la manzana.

¡Estoy de los nervios nerviosos! Mañana es el juicio y tendré que verle el careto al subnoridio de Abel. ¡Ah, claro, que no sabéis lo que significa subnoridio! Pues nada, es una persona que es

subnormal e idiota al mismo tiempo. La descripción perfecta para Abel. Don Joaquín me ha dado cinco días libres porque quiere que esté tranquila en casa y no montando en cólera cada dos por tres en la oficina. Últimamente no me aguanta ni mi sombra, y no todo es culpa del dichoso juicio de las narices. Para empezar, me han dejado más notas amenazantes en mi buzón. Y esto ya no me hace ni puñetera gracia porque me estoy asustando un pelín. De hecho, cada vez que salgo a la calle, miro a ambos lados por si veo a alguien sospechoso, cada día cojo una ruta diferente para ir al trabajo y otra para volver a casa. Vamos, que empiezo a estar un poco paranoica. Y encima, no sé qué le pasa a Ian, pero últimamente está más raro que un perro verde. Apenas me llama un par de veces por semana y ni quiere que yo vaya a Valencia ni él ha bajado casi a Elda. Apenas nos hemos visto dos veces en un mes. Me repatea los higadillos pero al final va a

tener razón mi madre y esta relación no va a funcionar. Por suerte, Carolina llega a mi casa para preparar el juicio de mañana, porque mi mente comienza a divagar por derroteros nada recomendables. Me estoy imaginando a Ian engañándome con otra, u otras. ¿Tampoco sería raro, no? Al fin y al cabo yo soy un retaco sin tetas, nada espectacular, con una vida complicada y un carácter de mil demonios.

Es viernes y Carolina y yo vamos al juicio. Por supuesto, mis padres están allí para ofrecerme su apoyo incondicional. Me tropiezo con don Joaquín, doña Sole y Pedro. El subnoridio de Abel llega con su abogado y ¡Saúl y Elena! ¡Me cago en la madre que parió a esos tres pedazos de cabrones! Miro a Carolina y le susurro al oído quiénes son los que acompañan a la rata de alcantarilla. Sin inmutarse me dice al oído:

—No te preocupes, cuñadita. Lo tengo todo controlado.

¡Leches, me ha acojonado hasta a mí! Su mirada se ha tornado desafiante, fría y calculadora. Lo reconozco, se mete en su papel de abogada a las mil maravillas. Porque en ese momento no hay ni rastro de la divertida, alegre y disparatada Carolina que conozco. Vamos, que me ha dejado flipadita perdida.

El juez entra en la sala y el abogado del subnorido expone el porqué de la citación. Saca un montón de partes médicos en los cuales se explican las lesiones que le causé a Abel. Contusiones, un pómulo casi roto, el labio partido con dos puntos de sutura. ¡Coñe, pues sí que le arreé con ganas! Miro a Caro de reojo, esperando alguna reacción por su parte, pero nada, ahí sigue la tía, fría e impasible como un témpano de hielo. ¿Qué le estará pasando por la cabeza? Ni pajolera idea. El abogado del subnorido hace declarar a Saúl y a Elena, que explican, con todo lujo de detalles, la que lié cuando los pillé en mi cama. Y

cuando creo que me toca declarar, Carolina llama a Pedro, que con todo lujo de detalles, narra lo que sucedió el día de los hechos en su despacho. Terminada su declaración, es el turno de don Joaquín, que también cuenta la verdad. ¡De esta no me salva ni el Papa! Doña Sole también declara y por la mirada del juez, me va a caer la del pulpo. Pero Carolina saca el expediente médico que me hicieron ese día, donde se relata con todo lujo de detalles mi ataque de ansiedad. ¡Y llama a Zaida a declarar! ¿Por qué?, me pregunto en mi fuero interno. Mi enfermera particular explica todo lo del informe, la prescripción médica que me dieron, cómo me tuvo que cuidar, la medicación que se me administraba. ¿Pero esta es enfermera o doctora? Porque jolines con la jerga que usa. Casi no pillo la mitad de las palabras. Y si estoy sorprendida por la declaración de Zaida, que sigo sin entender para qué la ha llamado a declarar, patidifusa me quedo cuando oigo a quién llama mi

cuñada. Se trata del doctor llamado don Ernesto del Valle, reputado forense internacional que ha intervenido en los casos más polémicos de este país y de medio mundo. Tiene una cátedra en la Universidad de Oxford, da charlas y conferencias internacionales, ha sido la persona que certificó que los restos encontrados en un convento en Madrid pertenecían a Miguel de Cervantes. Y el hombre, con toda la tranquilidad del mundo explica que debido a mi complexión es imposible que yo le ocasionara tales daños a Abel. ¿Me está llamando canija y escuchimizada? Angelita no lo pienses que calladita te ves más bonita. El abogado de Abel también trae a un forense, al que el doctor del Valle lo rebate de tal forma que al final el hombre acaba contradiciéndose y dándole la razón a él. ¡Hala, toma torta en toda la boca! Pero sigo sin llegar a entender cuál es la estrategia de Carolina. Y entonces, cuando creo que estoy más perdida que un pez en mitad del desierto, todo

empieza a cuadrar. Caro llama a su siguiente testigo, un tal Federico, que resulta ser un cacho tío de casi dos metros y con complejo de armario ropero. Miro a Carolina, que sigue sin inmutarse y entonces me doy cuenta de la reacción que ha tenido Abel cuando ha visto al tal Federico. Se le ha desencajado la mandíbula, tiene los ojos abiertos como platos, está sudando la gota gorda y sus manos tiemblan. Y cuando Federico declara, ¡ahí sí que sí me quedo muerta! Resulta que Abel fue a buscar a su amigote para que le atizara en todo el careto y así tener pruebas falsas más contundentes en mi contra. La cara del juez es un poema, la de Abel es la típica de «tierra trágame», la mía es de estupefacción porque no sé cómo ha conseguido Carolina averiguar lo que pasó y que ese tío declare en contra de Abel, y la de mi cuñada es de orgullo y satisfacción personal. ¡Madre del amor hermoso! Mi cuñadita no se anda por las ramas. Con razón me ha dicho que lo tenía

todo controlado. ¡Y tanto! Al final, el juez le impone una multa a Abel de ¡4.000 euros! ¡Anda, mi madre, qué pastizal! Por injurias, por daños a mi persona, por los días que estuve de baja y las costas del juicio. ¡Te ha salido el tiro por la culata, subnoridio!, me dan ganas de gritar, pero mejor me callo no la vayamos a liar en el último momento. En resumen, que salgo victoriosa. Y tengo que reconocer que el mérito es de mi cuñada. ¡Le voy a poner un monumento! Pero a pesar de la alegría por haber ganado el juicio, estoy triste. Ian no ha venido y pensé que lo haría. Al fin y al cabo soy su novia, ¿no? Y su apoyo me hubiera venido de perlas. Pero por lo que se ve, tenía cosas más importantes que hacer. O puede que ya no quiera saber nada de mí y no sepa cómo decírmelo. El caso es que salgo del juzgado cabizbaja y sin ganas de celebrar nada. Tanto mis padres, como don Joaquín, doña Sole y Pedro me sugieren que vayamos a celebrar el triunfo, pero rechazo

gentilmente la oferta. Les miento diciendo que estoy muy cansada porque apenas he dormido con los nervios y que lo único que quiero es llegar a mi casa y descansar como es debido. Pero si a ellos les he convencido con mi mentira, a Carolina no, que se empeña en llevarme a casa, puesto que hemos venido en su coche. Está callada, pero sé que trama algo porque no deja de repiquetear con los dedos en el volante. Y eso es algo que también hace Ian cuando está nervioso.

—¿Me vas a contar lo que te pasa o te lo tengo que sacar con un sacacorchos? —me suelta en cuanto entramos por la puerta, porque la he invitado a comer. Es lo menos que puedo hacer puesto que no quiere cobrarme sus honorarios como abogada.

—Nada, Caro —miento mientras me quito el abrigo y lo dejo tirado de cualquier forma en el sofá.

—Eso no te lo crees ni tú, Ángela —me sigue acribillando mientras me acompaña a la cocina.

Creo que prepararé pasta con espinacas y salmón ahumado, pienso mientras Carolina se apoya en el umbral de la puerta de la cocina.

—Es porque mi hermano no ha venido, ¿verdad?

—No, no es por eso.

—Ángela, por lo que más quieras, deja de mentirme. Sé que estás así porque Ian no ha venido al juicio. A mí no me puedes engañar.

—Carolina, no es solo por eso. Tu hermano está muy raro conmigo últimamente. Apenas hablamos, casi no lo he visto en un mes, no quiere que vaya a Valencia. Vamos, que se ha cansado de mí pero no tiene el valor suficiente de decírmelo a la cara.

—¡Menuda gilipollez!

¡Toma respuesta por parte de mi cuñada! ¡A la porra, no hago nada para comer que no estoy de humor! Solo quiero llorar como una Magdalena.

—Ángela, mi hermano no ha dejado de hablar de ti, de pensar en ti y de adorarte desde el día que te conoció. Pero reconozco que últimamente está un pelín raro. No sé qué le pasa, porque tiene la dichosa manía de no despuntar palabra sobre lo que le ocurre cuando algo no le va bien, pero no tiene nada que ver contigo. Me llamó anoche y me dijo que le era imposible venir al juicio porque tenía una complicada operación hoy que no podía cancelar, pero que te defendiera como solo yo sé y que machacara al cabrón de Abel, que te diera un millón de besos, que te dijera que te quiere y que te echa de menos.

—¿Y por qué no me llama a mí y me dice todo eso?

¡Se me salen las lágrimas! Esto ya no tiene vuelta atrás. De aquí salimos en barca por la llorera que me estoy pillando.

—Pues supongo que será para no ponerte nerviosa. Sabía que te jugabas mucho en ese juicio

y que si yo no hacía bien mi trabajo, te podías ver envuelta en un buen lío. Pero piensa la mañana que habrá pasado él, queriendo estar aquí para apoyarte y sin poder hacerlo —me dice mientras me abraza para tratar de consolarme, pero yo sigo llorando. Me aparto un poco de ella para no llenarle la camisa de mocos y lágrimas. ¡Porque tengo la llorera del siglo!

Pero si soy sincera, sus palabras no me sirven de consuelo. Sé que algo le pasa a Ian y que no me lo quiere contar. ¿Tan poco confía en mí? ¿En eso se va a basar esta relación, en que no me cuente lo que le ocurre y preocupa? No seré la Dama de Hierro, pero sé estar al lado de los míos cuando me necesitan. Aunque puede que Ian ya no me considere nada suyo. Cuando logro calmarme, que es un buen rato después, le propongo a Carolina salir a comer por ahí. Como siempre acabamos en el bar de José, que nos prepara una riquísima paella. A las cinco de la tarde regreso a casa, esta

vez sola. No tengo ni una llamada de Ian, ni un whatsapp, ni un mensaje, ni un correo electrónico. Vamos, nada de nada. Harta de esta situación meto en una maleta lo que necesito para pasar unos días en Valencia y salgo disparada hacia allí. Por el camino pienso en que tal vez ni siquiera deba bajar la maleta del coche, porque no sé qué me voy a encontrar ni cuál va a ser la reacción de Ian cuando me vea. Así que al final decido que la dejaré en el coche. La loquita me llama pero no respondo. Estoy demasiado nerviosa para conducir, pensar en qué cuernos es lo que le pasa a mi novio y hablar por teléfono. Llego a las siete y media a casa de Ian, pero no hay sitio en su calle para aparcar. Tras cuatro vueltas consigo dejar el coche cuatro calles más abajo. El móvil me vuelve a sonar y tras buscarlo en el bolso-saco veo que es Feli la que me vuelve a llamar. Esta vez decido responder.

—Hola, gorda —ella siempre tan risueña y feliz. Pero claro, ella tiene motivos. A su lado tiene a un hombre maravilloso que la adora.

—Hola, loquita. —Mi voz suena muy apática pero mi prima no se da cuenta.

—Me ha llamado tu madre y me ha dicho que has ganado el juicio contra el sinvergüenza de Abel. ¡Enhorabuena!

—Sí, Carolina ha hecho un estupendo trabajo.

—¡Ya te digo! Cuando Ian nos contó que Carolina sospechaba que Abel se había hecho atizar por alguien más, flipé en colores. Al parecer tu cuñada contrató a un detective privado para que averiguara todos los trapos sucios de Abel, para poder defenderte a ti y a la empresa. ¡Es una crack!

—Sí, sí que lo es. —Sigo apática, pero proceso la información que me ha dado Feli. Ahora ya me encaja todo.

—¿Estás bien? Te noto rara —me dice.

Pienso durante una milésima de segundo si decirle que estoy en Valencia, pero no lo hago. Y no porque no quiera contarle a mi prima lo que me pasa, sino porque en ese momento el mundo se derrumba ante mis pies.

TODO TIENE UN PRINCIPIO Y UN  
FINAL

## XXVI

*M*e quedo paralizada ante lo que mis ojos ven. Oigo cómo la loquita sigue gritando a través del teléfono, preguntándome qué pasa. A pesar de tener el móvil pegado al oído, la oigo lejana, como si estuviera en la Conchinchina. Le cuelgo, meto el dichoso teléfono en el bolso-saco y me agarro a la farola para no caerme de culo al suelo y trato de calmar mi agitada respiración. ¿Que qué es lo que estoy viendo? Pues a Ian, mi supuesto novio, agarrado de la cintura de una tía, que no resulta ser otra que la tal Mariola. Los dos van muy juntitos y se les ve de lo más acaramelados. Y cuando veo que ella se le abalanza al cuello para besarlo y que él no hace nada por apartarla, estallo. Me suelto de la farola, acelero el paso, que parece el de un elefante dentro de una cacharrería, aparto a un señor de mi camino de muy malas maneras, con lo

que me gano que me mande a la mierda y me acerco a esos dos. ¿Con que tú no harías nada parecido a lo que me hizo Saúl?, pienso mientras solo escasos dos metros me separan de ellos. ¡No, qué va! Lo tuyo es peor. Así que saco al demonio encolerizado que llevo dentro, les arreo un empujón de aúpa y consigo que se separen. Mariola empieza a gritar, vociferando que de qué voy. Pues mira chata, de mujer herida en su orgullo. Pero vamos, que esto lo soluciono yo con dos mamporros y un par de tacos bien soltados. Ian me mira, algo confundido. ¿Qué te pasa, cielo? ¿Te jode que te haya pillado con las manos en la masa? Pues eso no es nada para la que se te espera.

—¿Ángela?

No, Papá Noel, no te jode, pienso, pero en vez de responder, le suelto una bofetada de esas que cruzan la cara. Vamos, que un poco más y hago que parezca la niña del Exorcista. Y tras el sopapo, la sarta de tacos.

—¡Cabrón, desgraciado, mamonazo de mierda!  
—empiezo a gritar mientras mis manos se mueven sin control tratando de atizarle otro mamporro.

—Ángela, para por favor —me ruega Ian mientras apresa mis manos—. Vamos a hablar tranquilamente, por favor.

—¡Y una mierda! —vocifero hecha un basilisco, al tiempo que le meto la rodilla en la entrepierna, haciendo que caiga arrodillado ante mí.

Media calle nos mira flipando, la otra no sabe si llamar a la policía; la zorra de Mariola corre al lado de Ian diciendo:

—Cariño, ¿estás bien?

Y yo decido poner a esa bruja en su sitio.

—Eres una zorra rastrera —la insulto, al tiempo que quiero soltarle un sopapo épico. Pero un señor me coge por detrás y me lo impide.

—Por Dios, joven, cálmese o al final alguien llamará a la policía.

Me importa una soberana mierda, la verdad. Por mí, que me detengan, esposen y me lleven a un calabozo, pero yo a estos dos los pongo en su lugar, como que me llamo Ángela Montero Vaquer.

—Ángela, por favor, vamos a hablar. Tú y yo solos —me dice Ian casi sin aliento, mientras sigue arrodillado en el suelo y agarrándose los testículos.

—No tengo nada que hablar contigo, so cabrón. Ya me ha quedado todo claro.

—Calamidades, no es lo que estás pensando —me dice con cara de borrego degollado, consiguiendo sacarme aún más de mis casillas, si es que eso es posible.

—Agradécele a este señor que me está sujetando, porque si no, te juro por la gloria bendita de mi madre, que de la somanta de hostias que te meto, no te reconoce ni tu madre.

¡Madre mía, parezco una macarra en toda regla!

—Ángela, de verdad, vamos a hablar —me vuelve a rogar mientras se pone en pie.

Sé que estoy fuera de control, pero lo que me acaba de descolocar es que Mariola se acerque a él para ayudarle a levantarse y él no la aparte. ¿Cómo que esto no es lo que parece? Pues a mí me está quedando muy claro. Y entonces, como la mayor gilipollas del mundo mundial, las lágrimas empiezan a escapar de mis ojos.

—Ángela, cielo...

¿Pero cómo tiene la desfachatez de llamarme así delante de esa pelandusca? Consigo zafarme del señor que me está sujetando y en cuanto veo que Ian se acerca a mí, decido escapar de allí. Corro como alma que lleva el diablo en dirección a mi coche. Ya no me quedan fuerzas para gritar, patear, golpear o insultar. El dolor de mi pecho es demasiado fuerte y grande para dejar espacio para nada más. ¡Se acabó! Mi historia con Ian se acabó de la peor forma posible: engañada de

nuevo. Consigo llegar a mi tronco-móvil, meter la llave en el contacto y salir de allí. Ian llega justo en el momento en que yo acelero y por poco me lo llevo por delante, a él y a los dos coches que pasaban por mi lado, que con maestría consiguen esquivarme. Conduzco como una loca por dentro de Valencia, sin saber muy bien adónde me dirijo. Cuando me quiero dar cuenta he cogido la autovía que va a Madrid y tengo que reconocer que no sé ni cómo he llegado hasta aquí. Me suena el móvil y, aún a riesgo de acabar estampada en la carretera, lo rebusco en el bolso-saco con una mano mientras sigo conduciendo.

—¡Gorda, por Dios! ¿Me quieres explicar qué demonios te pasa? Acaba de llamarme Ian preguntando si estabas conmigo.

—Ahora no, Feli.

—Ángela, ¿qué pasa?

—¡Coño, Feli, que ahora no quiero hablar! —y le cuelgo.

Pobre, menudo grito le acabo de dar sin que ella tenga culpa de nada. El puñetero teléfono vuelve a sonar.

—Feli, te he dicho que ahora no quiero hablar.

—Ángela, ¿dónde estás? —¡Me cago en todo lo que se menea! Es Ian.

—¡Déjame en paz! —Eso, Angelita, tú grita un poco más que verás cómo te quedas afónica para los restos.

—Ángela, detén el coche y dime dónde estás para que pueda ir a buscarte. No estás en condiciones de conducir.

—¡Vete a la mierda! —dicho lo cual, lanzo el móvil a la autovía y el coche que viene detrás de mí, lo convierte en puré.

No sé cuántos kilómetros llevo conduciendo cuando decido pararme en el arcén de la A3. Empiezo a estar algo mareada y a sentir que me falta el aire, a pesar de ir con la ventanilla bajada. Pongo los cuatro intermitentes y bajo la ventanilla

del copiloto. Estoy tentada de quitarme el cinturón para bajar y poner los triángulos de peligro, pero no lo hago porque de verdad que cada vez me siento más mareada. Hecho la cabeza hacia atrás y la apoyo en el reposacabezas. Tengo que estar muy mal porque veo que un coche de la guardia civil se ha parado a escasos metros de mí y que un agente de tráfico, al que el uniforme le sienta como un guante, se me acerca.

—Disculpe, señorita, ¿se encuentra bien? — Tiene una voz grave, pero suave al mismo tiempo. Abro los ojos y con cuidado giro la cabeza hacia la ventanilla del copiloto. Es guapo, a pesar de llevar una barba bastante espesa, pero bien cuidada, y tiene unos bonitos ojos marrones que me observan con detenimiento.

—Me he mareado un poco y he decidido parar en el arcén.

—Debería haber puesto los triángulos de señalización, señorita —me dice otro agente desde

mi ventanilla, consiguiendo que dé un salto en mi asiento y me acuerde de la madre que lo parió.

—Por Dios, Javier, ¡qué susto le has dado a la pobre! Acaba de decir que está mareada.

—Lo siento, Luis, pero eso no lo había oído — se disculpa el tal Javier, que me parece que no es tan borde como aparenta—. ¿Necesita que la ayudemos? —Niego levemente con la cabeza, pero la verdad es que no sé qué hacer. Sé que aquí, parada en mitad de la dichosa autovía no estoy bien, pero no me atrevo a mover el coche.

—Déjeme que le eche un vistazo, señorita —me dice Luis, mientras abre la puerta del copiloto y entra en mi tronco-móvil. Me toma el pulso, me pone una mano en la frente y me observa muy detenidamente los ojos—. Creo que tiene una bajada de azúcar. Su sudor es frío y tiene la mirada algo perdida. Así no puede conducir. ¿Quiere que llamemos a una ambulancia y que la lleven a un hospital? —vuelvo a negar con la

cabeza—. Señorita, así no podemos permitir que vuelva a ponerse en marcha.

—Luis, la estación de servicio está en la siguiente salida, a apenas unos diez kilómetros. ¿Por qué no coges tú el coche de la señorita y lo llevas hasta allí? Yo iré con el coche patrulla. Que se tome algo, que le dé el aire y si no se le pasa, llamamos a esa ambulancia y a sus familiares.

—A mi familia no —consigo decir. Me estoy imaginando la que se habrá montado tras mi precipitada huida, el colgarle a Feli de la manera que lo hice y el mandar a la mierda a Ian y lanzar mi teléfono por la ventanilla.

—Está bien, Javier. Vamos a esa estación de servicio a ver si se le pasa.

Con cuidado, Javier abre la puerta del conductor y me ayuda a bajar y a rodear el coche. Me sienta en el asiento del copiloto y Luis se sienta al volante de mi tronco-móvil. En apenas cinco minutos llegamos a la estación de servicio, pero en

cuanto bajo del coche, vomito. Y encima le vomito en el pie a Javier, manchándole todo el zapato. ¡Qué bochorno!

—Joder, ¡qué asco! —dice Javier, al que me dan ganas de volver a mandar a la mierda.

—Tranquilo, tío, que no es para tanto —le dice Luis—. Coge el paquete de toallitas y límpiate los zapatos, melodramático.

—Es por el olor —consigo decir antes de volver a vomitar—. Apesta a estiércol —aclaro cuando suelto la segunda vomitona, por suerte, alejada del zapato de Javier.

—Es por el camión de ganado que hay ahí parado —me aclara Luis amablemente—. Será mejor que entremos y que se tome algo, señorita.

Me dejo llevar por ellos dos, que me agarran gentilmente de los brazos cuando Javier regresa de haberse limpiado el estropicio que he causado en su calzado. El camarero se queda patidifuso cuando me ve entrar con los dos agentes. La

verdad es que los dos son bastante guapos y no están nada mal, en especial el amable Luis. Nos sentamos a una mesa y una camarera se acerca a ver qué deseamos tomar. No me da tiempo a abrir la boca y Luis pide por mí. Agua, azúcar y una manzanilla.

—¡Joooo, yo quería un chocolate! —Javier y Luis se giran y me miran—. ¡Mierda! ¿Lo he dicho en voz alta? —y ambos asienten antes de empezar a reírse. ¡Ay Señor, qué mal estoy!

—¿Cómo se llama, señorita? —me pregunta Javier. Empiezo a pensar que es bipolar, porque igual es un amable caballero como un borde sin remedio.

—Ángela —respondo escuetamente porque tengo un sabor en la boca asqueroso a causa de la vomitona. En cuanto la camarera me trae el agua, me empino la botella, pero Luis me la quita.

—Beba despacio, Ángela, o le puede sentar mal y volver a vomitar.

—Cómo me sigas llamando de usted, acabaré poniéndote la botella de sombrero. —Veo que me miran patidifusos y me doy cuenta de que lo he vuelto a soltar en voz alta—. Lo siento, no quería decirlo.

—Prefiero que me lo digas a tener que detenerte por agresión a la autoridad —y empieza a carcajearse. Bueno, por lo menos a uno no le asustan mis ataques de verborrea incontenida.

—¿Hacia dónde te diriges, Ángela? —me pregunta Javier.

Le doy un sorbito a la manzanilla. ¡Buag! ¡Qué asco!, pienso pero callo.

—A Hoyos del Espino, en Ávila. —Es lo primero que se me ha pasado por la cabeza y pienso por qué.

Entonces recuerdo que cuando tenía trece años mis padres me mandaron de campamento, un verano, junto a Feli, a ese pueblecito que era precioso y encantador, en el que lo pasé realmente

bien. Y tal vez por eso, porque de allí solo guardo recuerdos bonitos, es por lo que se me ha pasado por la cabeza.

—No creo que estés en condiciones de conducir hasta allí en tu estado. Creo que sería mejor que buscaras un lugar donde pasar la noche y reemprender tu viaje mañana, cuando hayas descansado —¡vaya! Tanta amabilidad por parte de Javier me deja estupefacta. Pero en el fondo tiene razón.

—¿Por qué no llamas a tus padres y les dices que llegarás mañana? —me pregunta Luis.

—Mis padres no viven allí —reconozco en un hilo de voz, que delata que escondo algo.

—Ángela, ¿qué te ocurre? —me pregunta Luis poniendo una de sus enormes manos sobre la mía —. Parece que estés huyendo de algo o de alguien, y tu estado físico me indica que estás pasando por una situación de estrés.

—¡Cómo odio ser tan transparente, cojones! — mascullo arrancando una carcajada a cada uno de ellos—. Pues sí, estoy huyendo. He descubierto que mi flamante novio es un cabrón que me está engañando con una de sus pacientes. Hoy he tenido un juicio en el que un ex compañero de trabajo me acusaba de haberlo agredido, y eso que el muy hijo de puta me robó la campaña de publicidad que había hecho para la empresa. Y encima, he acabado tirando el móvil por la ventanilla del copiloto, así que mi madre y mi prima deben estar movilizándolo a media España para localizarme. Y lo único que quiero es estar tranquila y pensar qué hacer con la mierda de vida que tengo ahora mismo —en un ataque de sinceridad he acabado soltándolo todo, o casi todo.

—A ver si lo he entendido. ¿Has tenido un juicio en el que se te acusaba de agresión? —asiento pero no hablo—. ¿Y has descubierto que tu novio te pone los cuernos? —vuelvo a asentir sin

rechistar ni media sílaba—. ¿Y has tirado tu teléfono por la ventanilla del copiloto? —alzo los hombros y digo que sí con la cabeza—. ¿Todo en el mismo día?

—Así es —afirmo sin muchas ganas de hablar más.

—Pues no me extraña que estuvieras así de mal cuando te hemos encontrado. ¡Madre mía! A eso se le llama un día agotador.

—No, Luis, a eso se le llama un día de mierda. —¡Hala, venga, va! Otro ataque de sinceridad por mi parte que vuelve a provocar la sonrisa de Luis y Javier. Y oye, el tal Luis cuando sonrío gana puntos.

—¿Por qué has lanzado el teléfono al arcén?

—Porque estaba hasta las mismísimas narices de que mi prima y mi ex me llamaran. Forma de que me dejen en paz: mandar el dichoso móvil a tomar viento fresco.

—¿Sabes? Si todos hicieran como tú, nos ahorraríamos un montón de multas y accidentes de tráfico —me dice Javier. Se nota que lleva lo de ser guardia civil grabado en la piel, porque eso es lo único que le ha llamado la atención de todo mi relato.

—Mira, aquí cerca hay un pueblecito muy bonito que se llama Villagordo de Cabriel, y en él hay un hotel restaurante que no está nada mal. Creo recordar que se llama Raïmblanc. Te acompañaremos allí, para que te hospedes y descanses. Con todo lo que has pasado hoy, creo que lo vas a necesitar. —De verdad que Luis es un amor. Si no estuviera pillada hasta las trancas por el gilipollas de Ian, creo que caería rendida a sus pies.

—Creo que será lo mejor. Tienes razón en eso de que no estoy en condiciones de ir a ningún lado con el coche. Y el viaje hasta Ávila es largo. Y

encima ya es de noche. Mejor me quedo en ese lugar que has dicho.

—Pues nada, pagamos la cuenta y te acompañamos —sentencia Luis mientras levanta una mano para indicarle a la camarera que nos traiga la cuenta.

—Vale, pero yo os invito. Es lo mínimo que puedo hacer por vuestra amabilidad.

—En realidad, estamos haciendo nuestro trabajo. No podemos permitir que alguien que no esté en condiciones, vaya por ahí en coche. —Este tío es gilipollas, pienso en cuanto oigo hablar a Javier.

—Mira, guapo, con todo lo que he pasado hoy no estoy de humor para aguantar tus monsergas. Y agradece que todavía esté medio mareada, porque si no, te iba a dar un par de tortas por borde.

¡Ay Dios! Que acabo de amenazar a un agente de la autoridad. Pero a Luis debe de resultarle de lo

más cómico mi ataque de mala uva, porque empieza a troncharse en la silla.

—¡Ya te he dicho un millón de veces que ser un poco amable no te vendría nada mal! —le dice a Javier mientras sigue partiéndose de risa.

Saco la cartera, le doy un billete de 20 euros a la camarera y espero que me traiga la vuelta. Aspiro una fuerte bocanada de aire antes de salir, porque no me apetece volver a oler el estiércol y ponerme de nuevo a vomitar. Me meto en el coche y me aplaudo mentalmente por haber comprado ese ambientador a frutas del bosque la semana pasada. El tufo a mierda no ha entrado en mi coche. Luis entra y se sienta al volante. Arrancamos, Javier va delante en el coche patrulla y llegamos al pueblo en menos de diez minutos. El hotel tiene muy buena pinta por fuera. Javier se queda en el coche patrulla, pero Luis me acompaña hasta la puerta.

—Toma, esta es mi tarjeta. Si necesitas cualquier cosa, llámame, ¿vale? Y no le hagas

mucho caso a Javier, parece un poco huraño, pero cuando se quita el uniforme se le pasa todo. Es un gran tipo.

—Gracias por todo, Luis.

—A mandar, señorita —me dice mientras me hace el saludo militar, con lo que consigue ganarse un puñetazo en el hombro—. Ha sido un placer. Para lo que necesites, ¿eh? —me dice señalando la tarjeta.

—Descuida, lo tendré en cuenta. —Abro la cartera y la guardo.

—Hasta la próxima, Ángela —me dice dándome la mano. Se la estrecho y le devuelvo una sonrisa. Luis se da la vuelta y se monta en el coche patrulla. Se despide con la mano, mientras que Javier me pita, a modo de despedida. Al final tendrá razón Luis y Javier no será tan ogro como parece.

Entro en el hotel, pido habitación y tras dejar la maleta, bajo a cenar. No como mucho pero

tampoco vuelvo a vomitar. Subo al dormitorio, me doy una buena ducha caliente, me seco el pelo, me pongo el pijama y me meto en la cama. Será mejor que trate de descansar, porque mañana tendré que organizar mi vida de nuevo.

## XXVII

No he conseguido dormir mucho, porque en cuanto cerré los ojos, la imagen de Ian con la tal Mariola vino a mi mente. Así que solo he conseguido descansar unas tres horas. Vuelvo a desayunar en el restaurante del hotel, pero apenas como porque sigo con el estómago cerrado, y cuando acabo, dejo mi habitación, pago y reemprendo viaje a Hoyos del Espino. Por la carretera voy pensando en que allí, ni mi familia ni mis amigos, me encontrarán. Pero también soy consciente de que tengo que llamar, aunque solo sea para decir que estoy bien y que no se preocupen. Eso sí, a mi santa madre ni por casualidad la llamo. Sopeso mis posibilidades y voy descartando. Mi padre tampoco, básicamente porque me montará una por teléfono y con razón. A la loquita también la descarto. Como dice el dicho

popular, todo se hereda y Feli ha heredado la mala leche de nuestra abuela, y eso es algo que comparte con mi madre, así que también queda fuera de las posibles personas a las que llamar. Al final, tras mucho pensar, decido que mi mejor opción es don Joaquín. Si le explico por encima lo que me ha pasado, sé que lo entenderá. Cuando me quiero dar cuenta ya estoy en la M5, circunvalando Madrid. Cojo la A6, dirección Galicia y en cuanto me aparece el cartel que me indica el desvío hacia Ávila lo tomo. Me voy deleitando con el paisaje, pero sin perder de vista la carretera, porque poco a poco empiezan a aparecer muchas curvas. Menos mal que siempre llevo un mapa de carreteras en el coche y lo he mirado antes de salir de Villagordo de Cabriel, porque si no, soy capaz de aparecer en Portugal. Tomo el desvío hacia el Parador Nacional de Gredos y en poco tiempo veo el cartel que indica que ya he llegado a mi destino. El paisaje es precioso, con todas las montañas

cubiertas de nieve. Veo que en la entrada del pueblo hay un bar que está abierto y decido parar allí. Son casi las dos de la tarde y necesito comer algo y buscar alojamiento. Aparco, me apeo de mi tronco-móvil y una bofetada de aire polar me sacude en toda la cara. ¡Leches, qué frío! Me subo la cremallera de mi abrigo de plumas hasta la garganta y entro en el bar. ¡Qué calentito se está aquí!

—Buenas tardes —saludo al único presente en el local, que debe ser el camarero o el dueño—. ¿Sirven comidas, señor?

—Sí, joven. Tome asiento donde quiera que ahora le llevo la carta.

Me siento en la mesa más alejada de la puerta, no sea que vaya a entrar alguien y me quede congelada con alguna ráfaga de ese viento helado que hace. El amable hombre se acerca con la carta en la mano.

—Aquí tiene, señorita. Si quiere también tenemos menú, que hoy se compone de lentejas con arroz, de primero, y filete de ternera con salsa de pimienta, de segundo.

—¿Podría ser un plato de lentejas con arroz? No tengo mucha hambre y el menú completo será demasiado, pero me apetece algo caliente. Hacer mucho frío aquí.

—¿Frío? ¡Qué va, señorita! Hoy hace un día estupendo. Solo estamos a cero grados.

¡¿Soloooo?! La madre que lo parió.

—Pero sí, no se preocupe, le traeré un plato de lentejas. ¿Quiere una copa de vino tinto para comer? Le ayudará a entrar en calor.

—Sí, muchas gracias —dicho lo cual le devuelvo la carta, que ni he abierto, y me pongo a ver las noticias en la televisión que hay encendida.

Al poco el hombre me trae las lentejas, que huelen de maravilla. Como con tranquilidad, mientras al bar acuden algunas personas a tomarse

un café y una copa. También llegan un par de turistas más, que como yo, tienen cara de estar congelados. La comida está deliciosa, el vino muy bueno, para ser el de la casa, y de postre el hombre me ofrece manzana asada, que resulta exquisita. Cuando le pido el café le pregunto si sabe de algún sitio donde me pueda hospedar unos días. Me comenta que hay un pequeño hotel un poco más adelante, a unos doscientos metros. Es una buena opción, pienso. Pero uno de los señores que ha entrado a tomarse un café se acerca a mi mesa.

—Disculpe, señorita, he oído que busca alojamiento para unos días, ¿cierto?

—Sí, así es —tiene un acento un poco raro, pero no digo nada.

—Mi hermana tiene una pequeña casa rural que alquila a turistas. Si quiere, puedo llamarla, que venga y que hable con usted. Si le gusta, creo que mi hermana le hará un buen precio, porque el hotel

cobra unos cincuenta euros la noche, y solo está incluido el desayuno.

¡Cincuenta euros por dormir y desayunar!  
¡Joder!

—Sí, por favor, llame a su hermana —le digo al amable señor. Vamos, ni de coña pago cincuenta euros por dormir y desayunar.

Al cabo de unos diez minutos, una mujer de no más de cuarenta y cinco años aparece enfundada en un abrigo muy similar al mío. Saluda al señor que ha venido a hablar conmigo y ambos se acercan a mi mesa.

—Buenas tardes, señorita. Me llamo Azucena. Mi hermano Esteban me ha dicho que busca alojamiento.

—Buenas tardes. Me llamo Ángela. Y sí, así es. Busco un lugar donde quedarme unos días.

—¿Cuánto tiempo desea quedarse? —Azucena es dulce y tiene una voz muy bonita. Tiene el rostro curtido, por lo que se nota que debe trabajar al

aire libre, como su hermano, y con este frío, no me extraña que le hayan salido unas cuantas arrugas.

—Todavía no lo tengo claro. No sé si serán unos días o una semana.

—Bueno, no se preocupe. Si quiere le enseño la casa y una vez allí, si le gusta, acordamos el precio. ¿Le parece bien?

—Me parece estupendo. —Lo cierto es que no sé cuánto tiempo me voy a quedar, así que le digo al camarero que me traiga la cuenta, pago y acompaño a Azucena a la casa.

Es un paseo de quince minutos, calle arriba, porque la casa se encuentra en la parte alta del pueblo, y al estar en la montaña, todo son calles empinadas. Pero me viene bien para entrar en calor, porque hace un frío del carajo. Cuando llegamos, el exterior de la casa me parece precioso. Toda la casa es de piedra, con estrechas ventanas de aluminio marrón, imitando a la madera. Azucena me explica que ella y su hermana

Vicenta tienen cuatro casas rurales que alquilan a turistas, pero que además trabaja en el camping del pueblo en verano, cuando más afluencia de turistas hay. También me comenta que la casa, años atrás, fue un establo, por eso las paredes son tan gruesas. No me hace mucha gracia que me diga que era un establo, pero cuando entramos, me quedo sin palabras. La casa es maravillosa. Todo el suelo es de piedra, pero está cubierto con gruesas alfombras. La cocina, que es lo primero que me muestra, es rústica pero preciosa y con encanto. El baño, espectacular, con su bañera de patas. La sala de estar tiene chimenea y es pequeña, pero muy acogedora. Y el dormitorio es sencillamente, maravilloso. Es enorme, con una cama gigante, una chimenea descomunal y una ventana en el techo para poder ver las estrellas de noche mientras estás tumbada en la cama. Todo decorado en consonancia, en tonos blancos para dar más luz a la casa. Huele a limpio, a fresco y no hace frío.

Azucena me dice que esta casa solo tiene una habitación, porque es la que alquilan a parejas jóvenes que vienen buscando paz para descansar. Y eso es lo que yo necesito, paz. Hablamos del precio y llegamos al acuerdo de que pagaré treinta euros por noche que me quede. ¡Vamos, un regalo! Pero como es temporada baja, la mujer acepta encantada. De momento le doy noventa euros, porque seguro que me quedo tres noches. La mujer coge el dinero y me dice que, si quiero, me acompaña a una de las dos tiendas que hay en el pueblo para que pueda comprar algo. Con un poco de mejor humor, por la belleza de la casa y la amabilidad de Azucena, la sigo hasta la tienda, en la que no sólo venden comida, sino que también hay de todo un poco. Compró algo de fruta y verdura, leche, café y un poco de carne. En dos bolsas me cabe la compra, así que reempiendo el camino de regreso a la casa, no sin preguntarle antes a Azucena, si el coche lo puedo subir hasta

la entrada, porque como tenga que llevar la maleta hasta allí por las calles empinadas, acabaré asándome de calor, a pesar del dichoso frío. Me dice que por supuesto, que puedo aparcarlo en el trocito de tierra que hay al lado de la casa, pero que no me olvide de poner el freno de mano y la marcha, porque a muchos turistas se les olvida y a más de uno se le ha estampado el coche en la pared de abajo. Meto las cosas en el coche y lo llevo hasta la casa. Le hago caso a Azucena y dejo el freno de mano y la primera marcha puesta. Cuando me quiero dar cuenta son las seis de la tarde y ya es de noche, así que decido que hoy no llamo a nadie. Mañana buscaré un teléfono público y llamaré a don Joaquín. Sé que en el fondo no está bien y que debería llamar ya, porque mi madre, mi padre y la loquita andarán de los nervios, pero empiezo a notar el cansancio acumulado en todo el cuerpo y la mente se me empieza a embotar. Me lleno la bañera, me doy un relajante baño, me

pongo el pijama, me preparo algo ligero para cenar y a las nueve estoy metida en la enorme cama. Me hubiera gustado encender la chimenea del dormitorio, pero estoy tan agotada que no lo hago. La última vez que veo el reloj son las nueve y media.

Es domingo, 12 de febrero, hace un frío del carajo en este pueblo, pero el paisaje es tan bonito y hermoso que tras desayunar me voy a dar una vuelta por el pueblo. Terminó en otro bar, que también está en la carretera. Le pido un café con leche, con la leche hirviendo, al camarero y le pregunto si tienen teléfono público. Me indica dónde está y cuando voy para allá lo que veo son ¡los baños públicos! ¿Pero este buen hombre qué leches ha entendido? Doy media vuelta, voy a la barra y le pregunto de nuevo por el teléfono. Cuando se da cuenta de su error, empieza a pedirme disculpas a tal velocidad que no entiendo ni la mitad de lo que me está diciendo. Pero

consigo saber dónde está el dichoso teléfono y me siento en un taburete, con cinco euros en monedas y descuelgo. Marco el número de don Joaquín y al tercer timbre mi adorado jefe me responde.

—¿Quién es? —Su cortante respuesta me deja un poco estupefacta, y entonces veo que solo son las ocho y media de la mañana. Creo que he despertado a este santo varón.

—Hola, don Joaquín. Soy Ángela. Disculpe que le llame a estas horas en domingo.

—¿Angelita? ¿Eres tú? Pero muchacha, se puede saber dónde te metes. Tienes a tus padres, a tu prima Felisa y a su marido, a tu novio Ian y a Carolina y Pedro dando vueltas como locos sin saber dónde buscar. ¡Si hasta tu madre ha puesto una denuncia por desaparición en la policía!

¡¿Que mi madre ha hecho qué?! La matooooooooooooo.

—Don Joaquín, voy a ser muy franca y sincera, porque no le quiero hacer perder el tiempo. Le he

llamado a usted porque sé que si llamo a mi madre me va a liar una bien gorda por teléfono...

—Discúlpame, Ángela, pero no es para menos —me interrumpes.

—Lo sé, don Joaquín, pero no estoy para aguantar monsergas de nadie, y menos de mi madre, que cuando quiere es la mayor melodramática del mundo. Lo único que quiero es que les comunique a mis padres que estoy bien y que regresaré en unos días. Si usted me da unos días libres, claro.

—¿Pero qué te ha pasado muchacha?

—Don Joaquín, digamos que Saúl no es el único cabrón que ha decidido engañarme —creo que sabrá pillar la indirecta.

—¿Te refieres a Ian? —suelto un simple ¡aja! por teléfono—. Pero si ese muchacho está como loco porque no tiene ni puñetera idea de dónde estás.

—Pues que se joda —¡mierda! ya lo he dicho en voz alta—. Disculpe el taco, don Joaquín, pero el viernes me fui a Valencia y vi con mis propios ojos cómo me la estaba pegando con una de sus pacientes. Así que ahora necesito tiempo para pensar con calma. Usted me conoce y sabe cómo me las gasto si actúo en caliente. Necesito relajarme, reflexionar y tomarme unos días de paz para mí. Pero si no me concede esos días, regreso hoy mismo a Elda.

—¡No por Dios, Ángela! Tómame los días que necesites. Yo hablaré con tus padres y les explicaré que estás bien y lo que ha pasado. Solo te pongo una condición: quiero que me llames todos los días.

—¿Si es cada dos días le vale? No tengo el móvil conmigo y las llamadas desde una cabina valen una pasta.

—De acuerdo, pero llama, porque si no das señales de vida tu santa madre es capaz de ir al

infierno y sacarte de los pelos.

¡Coñe, sí que tiene que estar mal mi madre para que don Joaquín hable así de ella!

—Otra cosa, don Joaquín, ¿podría tratar de convencer a mi madre de que retire la denuncia? A ver si va a movilizar a media España.

—Querida, tu madre ha movilizado a media Europa, pero veré qué puedo hacer.

¡Vaya con la madre que me parió!

—Gracias por todo, don Joaquín. Mañana por la tarde le llamo. Le debo una, y bien gorda.

—Déjate de tonterías, Ángela. Ahora descansa, piensa bien las cosas que tú cabreada tienes mucho peligro y regresa cuando estés recuperada.

—Gracias, de corazón —y como no me queda un euro más, hasta aquí llega nuestra conversación.

Pago mi café con leche y salgo del bar dándole vueltas a la cabeza a lo que me ha dicho don Joaquín. Que mi madre esté de los nervios no me sorprende, yo también me pondría nerviosa si mi

hija desapareciera, pero que haya presentado una denuncia en la policía me parece excesivo; si cuando yo digo que es melodramática es que lo es. Que mi padre también esté nervioso tampoco me sorprende; al fin y al cabo soy la niña de sus ojos, igual porque soy hija única, pero siempre hemos tenido una conexión especial. Que la loquita se haya unido al club de los desquiciados y haya arrastrado a Mario con ella, pues tampoco me sorprende; siempre han dicho que Feli y yo parecemos más hermanas que primas, y como solo nos llevamos tres meses y nos hemos criado juntas, es normal que esté preocupada. Además, Mario es un gran tipo y si mi prima o mi familia tiene un problema, sabemos que podemos contar con él. Lo de Carolina tampoco me sorprende. Ella y yo nos hemos llevado muy bien desde el momento que nos conocimos. Bueno, desde ese momento no, más bien diez minutos más tarde, cuando descubrí que era la hermana de Ian. Así que también es normal

que esté preocupada, máxime cuando el mismo día que me largué habíamos tenido el juicio contra el subnoridio de Abel. Lo de Pedro me tiene un poco desconcertada. No lo acabo de pillar y la verdad es que tampoco quiero darle muchas vueltas. Digamos que él y yo somos como el agua y el aceite; imposible juntarnos. Pero lo que sí me mosquea es que Ian esté como loco buscándome. ¿Pero cómo tiene la desfachatez de ser tan hipócrita de preocuparse por mí, cuando me la estaba pegando con la zorra de Mariola? Vamos, que hay que tener la cara muy, pero que muy dura para hacerse el mártir delante de mis padres. Porque si don Joaquín se ha referido a él de la forma que lo ha hecho, es porque ese se ha plantado en Elda. Ahora, como mi madre se entere de que me he pirado por su culpa, ¡se va a cagar! Seguro que mamá saca a la bruja que lleva dentro y, como mínimo, se lleva la bronca del siglo y una bofetada. Eso fijo. Ensimismada en mis

pensamientos, he llegado a la iglesia del pueblo sin darme cuenta. No entiendo muy bien cómo he dirigido mis pasos hasta aquí, porque además hace siglos que no piso una iglesia. De pronto un señor me habla:

—Buenos días señorita. El servicio religioso no empieza hasta las doce —¡coñe, que es el cura el que me está hablando!

—¡Ah! Muchas gracias. Regresaré más tarde.

—¿Usted no es de por aquí, verdad? —pregunta.

Vaya, me ha tocado el cura cotilla.

—No, padre. Estoy de vacaciones. Me hospedo en una de las casas de Azucena. No sé si la conocerá.

—Por supuesto. Aquí nos conocemos todos.

¡Y cómo no! Si este hombre parece sacado del *Sálvame de Luxe!*

—Pues me hospedo en una de sus casas. En la pequeñita que está en lo alto del pueblo.

—¡Ah! Muy bonita la casa y muy amable Azucena, ¿verdad?

Si le digo que no, igual me excomulga.

—Sí, así es padre. Y ahora si me disculpa, voy a casa que hace mucho frío. —Meto las manos en los bolsillos del abrigo porque ni con guantes consigo que entren en calor. ¡En cuanto llegue enciendo la chimenea de la sala de estar y meto las manos dentro!

—No se olvide de venir al servicio religioso.

¡Ja! Que se lo ha creído.

—No se preocupe padre, a las doce estoy aquí —miento cochinamente. Total, hace años que sé que al cielo no voy a ir. Así que si tengo que entrar en el infierno, que sea por la puerta grande.

Llego a la casa, enciendo la chimenea y me arrebujó con la manta en el sofá. Empiezo a pasar canales de televisión con el mando y al final, como no hay nada que valga la pena, acabo poniendo un documental sobre supervivencia. ¡Buag! ¡Qué

asco! El tío del documental está destripando un animal para luego comérselo. Paso de ver cochinas, así que apago la tele y me recuesto en el sofá. Entre el calor de la chimenea, la manta y el cansancio acumulado, me quedo frita.

¡Toc, toc, toc!

¿Eh? ¿Alguien llama a la puerta? Pues me voy a cagar en quien demonios sea. Con el sueño tan chulo que estaba teniendo. Ian y yo paseando por una playa paradisíaca, haciendo el amor sobre la arena blanca. ¡Vale! Ahora que lo pienso, no mola tanto, porque Ian me ha puesto los cuernos.

¡Toc, toc, toc! ¡Y dale con la dichosa puerta de las narices! Me levanto del sofá con un humor de perros y voy a ver quién es el que está aporreando la entrada. Y me quedo estupefacta cuando veo de quién se trata.

—¿Luis? ¿Pero qué leches haces tú aquí? ¿Y cómo me has encontrado?

—Yo también me alegro de verte —me suelta—. ¿Me dejas pasar y te lo cuento o quieres que acabe siendo un cubito con patas? Menudo frío hace en este pueblo.

—¡Ostras! Perdona. Pasa —le digo mientras me aparto para que pase. Luis entra y se frota las manos para intentar entrar en calor. Lo invito a que pase a la sala de estar mientras sigo pensando qué es lo que hace aquí.

—Seguro que te estás preguntando qué hago aquí —me dice mientras se quita el abrigo. ¡Odio ser tan transparente para todos! Pero sí, quiero saber qué leches hace aquí, así que asiento con la cabeza—. Verás, el primo de Javier es policía nacional, y está en la unidad de personas desaparecidas. Ayer por la tarde le pasó tu foto con la pertinente denuncia que tu madre presentó. Así que vino a verme y decidimos intervenir. La llamamos para decirle que te habíamos visto en la carretera y que

te habíamos auxiliado. También le comentamos que nos dijiste que venías hacia aquí.

—¡Para, para, para! ¿Le habéis dicho a mi madre dónde me encuentro? —¡Ay Virgencita de Guadalupe!

—Sí, así es. Yo me he adelantado para comprobar que estabas aquí.

—¿Cómo que te has adelantado para comprobar que estaba aquí? —¡Buf! Qué calor tengo de repente.

—Tu padre habló conmigo anoche para cerciorarse de que eras tú a quién habíamos visto y me dijo que hoy, de madrugada, saldrían para aquí.

¡Mecagoentodoloquesemenea! Adiós a la paz y la tranquilidad.

—¿Ángela, estás bien? Te has puesto blanca como un fantasma, de repente —me dice mientras pone carita de preocupación.

—Pues no, no estoy bien. ¿Pero cómo se os ocurre decirle a mi madre dónde estoy? —pregunto a grito pelado.

—Vamos a ver, Ángela, ¿qué parte de que tu madre ha puesto una denuncia por desaparición no entiendes? Porque es algo muy grave. Ya nos podías haber dicho que te habías pirado sin decir adónde ibas.

—¿Me estás echando la bronca? —No, si encima seré yo la mala.

—¿A ti qué te parece? —me responde en plan chulo.

¿A que le suelto un par de tortas?

—Mira, bonito —respondo con sarcasmo—, esta misma mañana he llamado a mi jefe para decirle que me encontraba bien y que avisara a mis padres. Tú no tienes ni idea de cómo es mi madre y te puedo asegurar que los agentes de las SS eran angelitos comparados con ella. Si sabe que estoy aquí va a venir y va a montar uno de sus números.

Y ahora mismo mi vida es un puto desastre y necesito paz y calma para ordenar mis ideas. Porque te aseguro que en caliente, hasta el mismísimo diablo se acojona de mí.

—No será para tanto —replica.

¡No, qué va! ¡Si yo te contara, fliparías chatín!

Y en eso van y vuelven a aporrear la puerta. Esa seguro que es mi santa madre convertida en Chucky, el muñeco diabólico. Así que dejo a Luis en el salón, respiro profundo para templar los nervios, no sea que mi madre y yo acabemos agarradas de los pelos y voy a abrir la puerta.

—¿Tú?! ¿Pero qué coño haces tú aquí?!

—Ángela, cariño, menudo susto nos has dado.

—Ian está plantado frente a la puerta de lo que era mi refugio particular. Porque a este paso, esto se convierte en algo parecido al infierno.

—¡Cariño será la zorra con la que me has puesto los cuernos, so cabrón! —¡Hale! A sacar a la barriobajera que habita en mí. Y como estoy más

cabreada que nunca, le cierro la puerta en todas las narices—. Esta me la voy a cobrar, Luis —suelto en cuanto me doy la vuelta y lo veo plantado tras de mí. Me mira con cara de «¿y esta que se ha fumado ahora?» y voy a la cocina.

—¿Quién era ese? Porque tu padre seguro que no es —¡anda mira, si este guardia civil tiene humor y todo! ¡Buf! De qué mala leche me estoy poniendo.

—El cabrón de mi ex novio. ¿Satisfecho? —respondo cuando paso a su lado.

—¿Y se puede saber qué vas a hacer con eso? —pregunta señalando lo que llevo en la mano.

—Darle su merecido —porque aquí el señor Ian sigue aporreando la puerta. Así que en cuanto abro, ¡le lanzo el cubo de agua helada por toda la cabeza!—. ¡A ver si así aprendes que conmigo no se juega, capullo! —y le vuelvo a cerrar la puerta en sus narices.

—¿Te has vuelto loca?! —pregunta Luis sorprendido por mi reacción.

Corre hasta la puerta y en cuanto la abre veo a Ian, calado hasta los huesos y tiritando. ¡Te jodes, por cerdo! Pienso, pero me callo al ver cómo me mira. ¡Qué pedazo de cabreo tiene! Aquí se lía la marimorena. Solo falta mi madre y los gritos se van a oír hasta en Elda.

—Calamidades, esta vez te has pasado —me amenaza mientras entra.

Luis nos mira sin saber qué hacer, porque nos estamos asesinando con las miradas.

—Vuelve a llamarme Calamidades y te juro que del mamporro que te doy te salto todos los dientes, subnoridio.

—¡Haya paz, por favor! —ruega Luis—. Será mejor que te quites esa ropa antes de pillar una pulmonía.

—¿Y tú quién coño eres? —pregunta Ian.

No, si ahora se pondrá a pelear con Luis. ¿A que tiene un ataque de cuernos el muy imbécil?

—El guardia civil que habló con doña Encarna y don Salvador anoche para decirles que habíamos visto a Ángela y que sabíamos dónde estaba. ¿Algún problema con ello?

No, si ahora se van a poner a pelear estos dos. Lo que me faltaba. Así que decido coger el abrigo y largarme de aquí. Pero en cuanto abro la puerta, se lía la marimorena.

## XXVIII

No doy crédito a lo que ven mis ojos. Delante de la puerta de la casa está plantada, cual estatua, la zorra de Mariola. Entonces miro dentro de casa, porque todavía no he cerrado la puerta, y veo que Ian la mira. Sin poder soportar más la rabia, los nervios y la mala uva, agarro a Mariola de los pelos y la meto de un tremendo empujón dentro de casa. Ella tropieza con una de las alfombras y acaba en el suelo en mitad del pasillo, patas arriba como la cucaracha que es.

—Ángela, no saques conclusiones precipitadas —me dice Ian, castañeteando los dientes y tiritando de frío. Porque él sigue empapado de los pies a la cabeza—. ¿Y tú, qué haces aquí? —le pregunta a Mariola pero sin ayudarla a que se levante del suelo.

—Cariño, no sabía qué pasaba y anoche fui a

buscarte a Elda —la fusilo con la mirada. A ella y a Ian. ¡¿Cariño?! Será cabrón.

—Será mejor que me esperes en el hotel de la entrada del pueblo. Tengo cosas que solucionar con Ángela —le dice.

¡Eso chato! No sea que vayas a perder un polvo con esa fulana.

—Vale, te espero allí —y la muy perra se acerca a él para que le dé un beso, pero Ian no lo hace.

Y no creo que sea por falta de ganas, es que sabe que se gana una hostia del quince como la bese delante de mis narices. Ella, toda digna, se da la vuelta y se larga. ¡Juro por lo más sagrado que me he quedado con ganas de meterle la zancadilla y que se rompa todos los dientes en el suelo! ¡Pero me vengaré, palabrita de Ángela!

¡Achís! ¡Leches, qué estornudo ha dado Ian! Entonces me doy la vuelta y veo que esta temblando de los pies a la cabeza.

—Tío, como no te des una ducha caliente y te cambies de ropa, acabas en el hospital con una pulmonía. ¿Cómo se te ocurre tirarle un cubo de agua fría? Estamos a menos dos grados —me regaña Luis.

—El baño está ahí —digo señalando la puerta—. Hay toallas secas y un albornoz. Dame tu ropa y la meteré en la secadora. —No es que me haga mucha ilusión hacerle de criada a Ian, pero tampoco quiero que acabe en el hospital con una pulmonía. Si tiene que acabar allí, que sea por la somanta de sopapos que le voy a dar.

Ian se mete en el baño y yo entro con él. Me doy la vuelta mientras se quita la ropa.

—Ángela, cariño... —me susurra al tiempo que oigo como se quita los pantalones.

—Vuelve a llamarme cariño y acabas con los huevos de corbata —amenazo de espaldas, mientras extendiendo un brazo para que me pase la ropa.

Un minutos después salgo de allí con las prendas de Ian chorreando y muerta de calor, porque lo he visto desnudo en el reflejo de los azulejos. Meto la ropa de Ian en la secadora y me siento en el sofá. Luis me mira con curiosidad sentado delante de mí.

—¿Puedo darte un consejo? —me pregunta en voz baja.

—Puedes, pero otra cosa es que te haga caso.

—Mira, yo no te conozco ni sé qué es lo que te ha pasado con ese chico. Pero poniéndote de esa forma, no vas a solucionar nada. ¿Sabes que esa chica te podría poner una denuncia por agresión?

—No será la primera vez que me pongan una. No te preocupes. Mi abogada es buenísima. —Mis pies repiquetean sobre la alfombra. Los nervios me comen por dentro. Y alguien vuelve a llamar a la puerta. ¡Joder, esto cada vez se parece más al camarote de los Hermanos Marx!

—Ángela Montero Vaquer, esta vez sí que te has metido en un buen lío. —¡Coñe, la madre que me parió! Que sí, que sí, que es mi madre. ¡Ostraaasssss! Qué pedazo cabreo tiene. Se le van a salir los ojos de las órbitas.

—¡Mamá! ¿Quieres hacer el favor de no gritar así? Te va a oír todo el pueblo.

—¡¿Que no grite?! Después de la que has montado, ¿te atreves a pedirme que no grite? ¡Vamos, ver para creer!

—Coñe, mamá, deja de gritar y pasa de una vez —le digo mientras tiro de ella para que deje de montar el escándalo que está montando en mitad de la calle. Pero cuando veo a mi padre detrás de ella, sé que de esta no me libra ni el Papa—. Hola papi —le digo poniendo cara de niña buena. Pero mi padre me fusila con la mirada.

—No me hagas la pelota Ángela, que tu madre tiene razón esta vez —¡hala pues, ya los tengo a los dos cabreadísimos!—. ¡¿Cómo se te ocurre

desaparecer así y no llamarnos?! ¿Tú eres consciente del susto que nos has dado? Menos mal que nos llamó anoche ese guardia civil para decirnos que te habían visto y que sabían adónde ibas, porque si no, a tu madre y a mí nos da un infarto pensando en qué te podía haber pasado.

Mi madre entra como el caballo de Atila en la casa y se mete en la sala de estar, donde tropieza con Luis. Cuando les digo quién es, mamá se abraza a su cuello y le da dos sonoros besos en las mejillas, mientras no deja de darle las gracias y se le escapan dos lagrimitas. ¡Qué teatrera, por Dios! Papá es más comedido y le da la mano al tiempo que le agradece que les informara de mi paradero. ¡No doy crédito! ¡Están otra vez aporreando la dichosa puerta de las narices! Dejo a mis padres con Luis plantados en el salón, me cruzo en el pasillo con Ian que sale del baño envuelto en el albornoz y voy a ver quién cuernos es ahora. ¡Lamadrequeparioajuanete! ¡Si son mis suegros,

Carolina y Alicia! ¡Por los clavos de Cristo! ¿Es que falta alguien más por venir? Pues sí, porque tras ellos veo que suben la calle la loquita con Mario y Nieves. ¡Nomelopuedocreer! ¡¿Pero qué leches es esto?! Entonces recuerdo lo que me ha dicho don Joaquín: «Tu madre ha movilizado a media Europa». ¡La mato! Dejo pasar a la familia de Ian y espero a que llegue Feli con su marido y la chochona. Mi prima me fusila con la mirada, Mario me sonrío aliviado y la chochona me lanza una reprimenda a la velocidad de la luz. Cuando llego a la sala de estar allí no cabe ni una aguja. Todo el mundo está agradeciéndole a Luis que les avisara de mi destino. ¡Y yo que quería paz! ¡Ilusa, Ángela! Mira que eres ilusa. Y de repente, todos se percatan de mi presencia y empieza el griterío.

—Ángela, estoy muy cabreada contigo. Te juro que me vas a matar de un disgusto —me suelta mi madre mientras se abanica con la mano exagerando su malestar.

—Tu madre tiene razón, Ángela, esta vez, te has pasado —esta vez mi padre no se va a poner de mi lado.

—La verdad, Ángela, es que nos tenías muy preocupados a todos —me dice Rodrigo, el padre de Ian.

—Por no hablar del disgusto y lo que le has hecho pasar a Ian —me suelta Megan, mi flamante suegra.

—Y ya me contarás qué cuernos has hecho con el móvil, porque lo tienes apagado —ahora es el turno de Feli.

—Por favor, no la avasalléis de esa forma. —Este Mario es el único que parece tener compasión de mí.

—¿Que no la avasallemos? Se merece esto y más —a la chochona la voy a estrangular en cuanto tenga un rato, por aliarse con el enemigo.

—¡Jope! No seáis así. Dejad que se explique la pobre —Alicia también se pone de mi parte.

Menos mal. Eso sí, no le quita los ojos de encima a Luis.

—Ya me podías haber llamado para contarme lo que te pasaba, Ángela —¡hala, va! Carolina también se pone en mi contra.

—¿Queréis hacer el favor de callaros todos de una vez?! —grito como una energúmena—. Tampoco ha sido para tanto. Además, el culpable de todo es él —digo señalando a Ian, que tiene una pinta horrible, vestido con el albornoz.

—¿Yo? Esta sí que es buena.

—Sí, tú. Porque es a ti a quién pillé en Valencia muy acarameladito con la zorra de Mariola, poniéndome los cuernos. Y eso no me lo puedes negar porque lo vi con mis ojos.

—Te dije que no sacaras conclusiones precipitadas.

—¿Y qué conclusión precipitada voy a sacar del hecho de que tú te estés paseando de la mano de esa tipa y que ella te quiera comer los morros?

—En esta vida todo tiene un porqué.

—Sí claro, y el porqué de eso se llama que eres un cabrón.

—¡Ángela! Esa lengua —me reprende mi madre.

—Ni Ángela ni cuernos quemados. Estoy harta de esto. He venido aquí buscando paz para pensar con tranquilidad, ¡y mirad la que habéis liado!

—¿Es que no te das cuenta, Calamidades?

—Te he dicho que no me llames así. ¿Y de qué quieres que me dé cuenta?

—De que todos estamos aquí porque te queremos y nos importas. De eso, cabeza de chorlito.

—Ian, te estás ganando una buena torta. Te lo advierto.

—Todos estamos aquí porque nos preocupamos por ti. Nos importas, Calamidades, y desaparecer como lo has hecho no está bien, y lo sabes.

—He avisado a don Joaquín esta mañana para que les dijera a mis padres que estaba bien. No

soy tan descerebrada como para largarme y no dar señales de vida.

—¿Por qué no te esperaste y me dejaste que te explicara qué era lo que pasa con Mariola?

—Porque ya me había quedado muy claro. Decidiste cambiarme por ella, pero eres un cobarde, como Saúl, y no fuiste capaz de decirme a la cara que ya no me quieres.

—No, Calamidades. Eso no es cierto. Te amo más que a mi vida. Pero esa loca empezó a acosarme, así que contraté a un detective privado para que la siguiera. Y cuando me informó que me había seguido hasta Elda y que ella era la que había dejado la nota de amenaza en tu buzón, decidí recabar la suficiente información contra ella para, o ponerla en su sitio o ir a la policía a denunciarla. Pero tú no tenías que saber nada, porque esa loca es capaz de cumplir sus amenazas. Y tú en caliente eres muy peligrosa. Si te lo

hubiera contado, hubieras sido capaz de ir a buscarla a Valencia y patearla por toda la ciudad.

—¿Y qué tiene eso que ver con el hecho de que te vi agarrado muy acaramelado con ella?

—El viernes tenía suficiente información contra ella e iba a ponerla en su sitio. Acepté su invitación a cenar, tras haber denegado miles de ellas. Pero le dije que cenaríamos en mi apartamento porque era más íntimo. Picó el anzuelo, pero en eso llegaste tú y todo se fue al traste. Aunque ella sigue estando convencida de que tú y yo hemos terminado.

—Pues mira, en eso tiene razón esa perra.

—¡Ángela! —me vuelve a regañar mi madre.

—¿Quieres terminar conmigo, Calamidades? —me pregunta con los ojos como platos—. ¿Por qué?

Asiento con la cabeza mientras el corazón se me parte en pedazos. Pero tengo que dejarle claro a Ian que no puede ir por libre y no contarme lo que

le pasa. Para eso se supone que es una pareja, para compartir lo bueno y lo malo.

—Porque eres un cabeza de chorlito. A ver, explícame qué cuernos te costaba contarme lo que estaba pasando.

—Me costaba mucho. Primero porque tú ya tenías bastante con lo del juicio de Abel. Segundo, porque si te lo llevo a contar, en uno de tus arranques de mala leche eres capaz de soltarle una somanta de sopapos. Y esa tía está muy loca.

—Razón de más para que me lo contaras. ¿Y si te llega a pasar algo?

—¿Qué me va a pasar?

—Acabas de decirme que está como una regadera. ¿Quién te dice a ti que a esa chalada no le da por drogarte, violarte, o incluso asesinarte si llega a descubrir que todo era una treta tuya para ponerla en su sitio? ¿Eh, a que eso no lo pensaste? O peor aún, que hubiera descubierto que tú y yo no habíamos terminado y hubiera decidido cumplir la

amenaza que me dejó en el buzón. Creo que tenía derecho a saber qué era lo que pasaba para andarme con ojo y cuidar de ti.

—En eso Ángela tiene razón —suelta de repente Luis, el cual empieza a comprender a qué se debe este tremendo follón.

—Será mejor que no te metas en esto —le suelta Ian sin miramiento ninguno.

—¿Perdona?! ¿Cómo te atreves a hablarle así? Sabes que tiene razón —salgo en defensa de Luis.

—Porque esto no le atañe a nadie más que no seamos tú y yo.

—¿Y un cuerno quemado! Les atañe a todos. Porque por tu dichosa manía de callarte todo lo que te pasa, nadie tenía ni puñetera idea de qué estaba ocurriendo y mira la que se ha liado.

—La has liado tú solita, Ángela.

—¿Tendrás valor?! ¡Eres un egoísta!

—Y tú una descerebrada.

—¡Subnoridio!

—¡Tonta!

—¡Imbécil!

—¡Calamidades!

—Te he dicho que no me llames...

Y el resto de mis palabras quedan ahogadas en mi garganta, porque Ian me ha agarrado por los hombros, me ha atraído hacia él y me besa como solo él sabe hacerlo. ¡Diossssssssss, y qué bien besa! Reconozco que estoy tentada a hincarle la rodilla en sus atributos masculinos, pero no lo hago porque estoy disfrutando este beso de lo lindo. Y el encanto del momento se va al cuerno en cuanto alguien carraspea. ¡Porras, se me había olvidado que la casa está atestada de gente!

—Ian... —le digo. Sabe que le voy a pedir que pare.

—No —me contradice—. ¿Nos podéis dejar a solas, por favor?

—Claro —responde Alicia.

Pero una idea acaba de pasarme por la cabeza y para llevarla a cabo los necesito a todos aquí.

—No, esperad.

—Calamidades... —me dice con voz ronca y sexy.

Reconozco que me muero de ganas de que se larguen todos y poder hablar con él o acabar haciendo el amor, pero necesito aclarar este asunto antes de decidir si le perdono definitivamente.

—Ian, tenemos que solucionar lo de Mariola. Y lo sabes.

—Eso lo podemos hacer después.

—¿Después de qué?

—De que te demuestre que para mí no hay otra mujer más que tú.

¡Me derritooooo!

—Pues no, no lo podemos dejar para después, porque esa chalada sabe dónde estás y estará desesperada pensando en por qué leches tardas tanto —pongo los brazos en jarras para que se dé

cuenta de que me estoy cabreando y que así me haga caso.

—Está bien, Calamidades. Tú ganas, pero solo de momento. Cuéntanos a todos lo que se te ha pasado por esa retorcida cabecita que tienes.

—¿Tienes las pruebas que te ha conseguido el detective privado aquí?

—Sí, están en mi coche. ¿Por qué?

—Caro, ¿puedes ir a buscarlas?

—Hecho, cuñada —me dice mientras coge las llaves del coche de Ian y sale escopetada.

—Vamos a tenderle una trampa. Vamos a dejar tu teléfono grabando aquí encima —digo señalando el mueble de la tele—. A los demás os quiero escondidos y en silencio en la cocina, para que seáis testigos de las amenazas que probablemente lanzará esa loca. Y del resto me encargo yo.

—¡Esa se va a cagar encima!

—¡Alicia! —regaña mi suegra a mi cuñada.

Pero tiene razón, ¡se va a cagar! No tenía ni puñetera idea de con quién se estaba metiendo, pero con Ángela Montero Vaquer no se juega sin salir escaldado.

—Esperad un momento —nos interrumpe Luis. Lo miro con cara de «¿a ti qué te pasa ahora?», por lo que decide aclararnos a todos lo que se le ha ocurrido—. En el coche tengo un sistema de grabación que nos irá mejor que cualquier teléfono —saca las llaves de su bolsillo y se dispone a salir de la casa.

—Te acompaño —se ofrece Alicia. Luis la mira sorprendido—. No veas tú las ganas que le tengo a esa bruja.

—¡Alicia! —vuelve a reñirla Megan, sin suerte alguna por su parte, porque el terremoto de mi cuñada pequeña ya ha salido detrás de Luis.

A los pocos segundos entran Carolina con las pruebas contra Mariola y Luis y Alicia con una mini cámara, un micrófono diminuto y un portátil.

—¿Siempre llevas eso en el coche? —oigo que le pregunta Alicia.

—No, esto es un prototipo que ha creado mi hermana pequeña para ver si en la Guardia Civil se lo aceptan. Es una fanática de la tecnología, y por cierto es buenísimo.

—¿A ver qué vas a decir tú si eres el hermano de la inventora? —le sigue acribillando Alicia mientras Luis instala la cámara y el micrófono.

—No es porque sea mi hermana. No sé cómo lo ha hecho, porque yo para todo esto soy bastante torpe, pero esta mini cámara tiene una resolución de casi cincuenta píxeles, lo cual es mucho más de lo que tiene cualquier teléfono. Además, el micrófono es capaz de grabar el corretear de un ratón a medio kilómetro de distancia.

—Pues sí que es bueno.

—Te lo dije.

Estos dos mantienen una conversación como si se conocieran de toda la vida, mientras los demás

cuchichean sobre mi idea e Ian me sigue mirando con pasión y deseo.

—¡Listo! —exclama de repente Luis.

—Llama a Mariola y el resto, a la cocina — ordeno.

—Más vale que salga bien, nena, porque si no, esa tiparraca no se las va a ver solo contigo — amenaza la chochona.

Con el comentario de mi amiga me doy cuenta de que Mariola no tiene ni pajolera idea de la que se le viene encima. Porque, como ha dicho Nieves, si no entra en razón, vamos a ser un montón de peña dispuesta a soltarle una somanta de sopapos para que rectifique.

*I*an llama a Mariola, que le dice que enseguida viene, los demás se meten en la cocina, Luis con el portátil detrás y les oigo como se piden silencio los unos a los otros. A los cinco minutos llaman a la puerta. ¡Vaya con la Mariola! Sí que está desesperada por ver a Ian.

—Pasa, tenemos que hablar —le dice mi chico, que es el que ha ido a abrir. ¿He dicho «¿mi chico?»»

—¿Qué haces con ese albornoz puesto?

¡Uy, uy, que esta está pensando cosas que no son!

—Ángela me ha tirado un cubo de agua por encima y mi ropa está en el secadora —le aclara mientras la hace pasar—. Siéntate —le ordena cuando pasan a la sala de estar.

Yo estoy metida en mi papel de novia cornuda y les lanzo una mirada iracunda a los dos.

—¿Y esta qué hace aquí? —pregunta con desprecio.

¡Mal empiezas, bonita, llamándome «esta»!

—Yo soy la que he alquilado esta casa, así que aquí estoy. ¿Tienes algún problema con ello?

¡Al ataque, Ángela!

—Siéntate, Mariola, porque tenemos que aclarar muchas cosas —vuelve a ordenarle Ian.

Ian se sienta a mi lado y Mariola frente a mí. Yo tengo las pruebas que ha conseguido Ian sobre mis rodillas, para sacarlas en el momento más oportuno.

—Vale, pues ya que estamos los tres aquí, aclárame qué es lo que te traes con esta pelandusca recauchutada —suelto siguiendo el papel de novia despechada.

—¡Ian! ¿Vas a consentir que me hable así? —salta la *peliteñida*.

¡Eso, alelada, cabréate pronto que así antes mostrarás lo mala persona que eres!

—A ver, Ángela, ya te lo he explicado antes — dice Ian ignorándola por completo, lo que provoca que se cabree más y empiece a ponerse roja de la rabia—. Entre ella y yo no hay nada, cariño.

—¿Perdonaaaaaaaaa? ¿Cómo que entre tú y yo no hay nada? ¿Y qué es eso de llamarla cariño a ella? —grita enfurecida.

¡Je, je! La cosa se va calentando por momentos. Y cuando digo cosa no me refiero a la situación, sino a esa cosa que tengo sentada delante de mí.

—A ver, Mariola, explícame en qué momento tú y yo hemos tenido algo.

—Tú y yo estamos juntos. El viernes me dijiste que te acompañara a casa, que querías hablar conmigo tranquilamente y en un sitio íntimo. Me cogiste de la mano, por la cintura y me besaste.

—Corrección, tú me besaste a mí.

—Y tú no te apartaste. ¡Me devolviste el beso!  
—toco el muslo de Ian por debajo de la mesa, para pasarle los papeles, porque a la idiota esta la

tenemos en el lugar dónde queríamos—. Además, ¿para qué me vas a invitar a tu casa si no es para tener algo?

¡Ha picado el anzuelo, la muy lela!

—Para esto —dice Ian sacando los papeles de debajo de la mesa—. Te hice seguir e investigar, porque tu obsesión por mí es casi enfermiza. Has estado persiguiéndome, vigilándome, siguiéndome, acosándome. Y si por un solo instante creíste que entre nosotros podía haber algo, es que estás peor de lo que aparentas.

—¿Me has investigado? —pregunta sorprendida.

—Sí, y ¿quieres saber qué es lo que peor me ha sentado de todo? No que te metas conmigo, sino que la amenazaras a ella de la forma tan cobarde en la que lo hiciste.

—¿Fue ella la que me dejó las notas en el buzón? —finjo que no tengo ni pajolera idea, pero de esta no te salva ni Dios. ¡Voy a despedazarte, perraca!

—Ian, entiéndelo, solo quería que se apartara de ti.

—Tú no eres quién para decidir qué personas pueden o no pueden estar cerca de mí. Tengo esta montaña de pruebas, Mariola, y si no nos dejas en paz, te juro que voy a la policía y te denuncio.

—No serás capaz —dice, desafiante.

Ahí está la segunda reacción que esperaba de ella. Primero sorpresa, ahora amenazante. Sigue así *peliteñida* que verás en el embolado que te metes tú solita por imbécil.

—Ni lo dudes, Mariola. O desapareces de nuestras vidas, o tus amigos tendrán que ir a verte a prisión.

—No, no y no —empieza a negar como una loca mientras se pone a rebuscar algo en el bolso.

Entonces veo qué es lo que está buscando y como si de una gata en celo se tratara, salto por encima de la mesa, la empujo con todas mis ganas y aterrizamos las dos en el suelo. Le suelto un

mamporro en toda regla y le grito a Ian que le quite el bolso, a lo que él, estupefacto y atónito, obedece. Mariola me tira de los pelos, yo le suelto otro guantazo de esos que te giran el cuello ciento ochenta grados, provocando que le parta el labio. Ella quiere arañarme la cara, pero le meto un rodillazo en todas las costillas, dejándola sin aliento. En eso entran Luis, seguido de Alicia, con Caro y mi padre a la zaga. Luis la agarra por los brazos, tratando de inmovilizarla, pero ella se revuelve y le suelta una patada en la espinilla. Alicia la coge por detrás y le pasa un brazo por el cuello, estrangulándola y consiguiendo que se esté quieta. Luis grita que alguien traiga algo para atar a esa loca y aparece la chochona con unas bridas que no sé de dónde leches las ha sacado. Luis ata a Mariola al tiempo que mi madre y mi suegra entran como almas que lleva el diablo a ver qué ha pasado. ¡La que se ha montado en un momento!

Tras unos minutos de locura, en los cuales nuestros respectivos padres no han parado de preguntarnos si estamos bien a Ian y a mí, llega el turno de Luis.

—¿Qué demonios ha pasado para que saltaras así, Ángela?

—Mira en su bolso y verás. Pero ponte guantes —respondo yo mientras me quito de encima las manos de mi madre que no para de inspeccionar mi rostro por si la *peliteñida* me ha hecho algo—. ¡Mamá, por Dios! ¿Quieres parar de una vez?

—¡¡¡¡¡Lamadre que la parió!!!!!!! —suelta Luis de repente, provocando que todos se giren a ver qué es lo que pasa. Luis alza con cuidado lo que había dentro del bolso de Mariola y que yo ya había visto. Un arma.

—¡Serás hija de puta! —suelta Alicia de pronto. Mi suegro la tiene que agarrar para que no se lance a por Mariola. ¡Por los pelos! Un segundo más

tarde y mi cuñadita le hace una cara nueva a esa perra.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclama mi madre. Papá se pone al lado de mamá para calmarla.

—¡Ay, que a mí me da algo! —suspira mi suegra mientras se abanica con la mano.

Carolina tiene los suficientes reflejos como para acercarse a Megan y pescarla al vuelo porque las rodillas empiezan a fallarle. La ayuda a sentarse en el sofá.

—Yo la despellejo viva —suelta mi prima Feli. Mario se interpone entre ella y Mariola, que empieza a temblar asustada. Si cuando yo digo que la hinchamos a mamporros, es que la hinchamos.

—No Feli, a esa dejádmela a mí —exclama la chochona mientras se remanga el suéter.

—¡Parad todos ya! —vuelve a gritar Luis—. ¿Eres mínimamente consciente de en el lío que te acabas de meter? —se encara con Mariola—. Soy

guardia civil y este arma es ilegal. Solo se puede conseguir en el mercado negro. Así que ahora mismo voy a llamar a la policía para que te arresten, por posesión ilegal de armas, amenazas, acoso e intento de homicidio.

—Yo... yo... yo no iba a usarla.

—Sí, claro, y yo me chupo el dedo —le suelta Luis mientras deja el arma en el bolso y saca su teléfono. En menos de dos minutos le explica a la policía lo que pasa y nos informa de que en media hora estarán aquí.

A Mariola la dejamos sentada en una silla, justo al lado de Luis, que la amenaza con que si se mueve un solo pelo, deja que la linchemos entre todos. Papá sigue calmando a mamá, y Rodrigo hace lo propio con Megan, que está temblando del susto que ha pasado. Feli, Mario, Nieves, Caro y Alicia están echándole la bronca del siglo a Ian y la que más enfadada está es Alicia. Adora a su hermano mayor y a mi pobre novio le toca aguantar

la retahíla de monsergas que le está soltando su hermana pequeña. Pero se calla porque sabe que tienen razón. Porque por su puñetera manía de callarse lo que le sucede, podría haber salido muy mal parado. Y yo sigo aún atónita pensando en qué hubiera podido pasar si no llego a ver a tiempo ese arma. No sé ni cómo he reaccionado de la forma en la que lo he hecho, pero me llevo la felicitación de todos, en especial de Alicia. Hasta Luis bromea diciendo que tengo madera de poli. ¡Sí, claro! Apañados estábamos si me meto yo en el cuerpo de policía.

Efectivamente, en menos de treinta minutos la policía llega. Luis, con toda su santa paciencia y haciendo que todos se callen, les explica lo sucedido y les muestra el vídeo en el que se ve y escucha perfectamente todo. Mariola pone cara de «tierra trágame», sobre todo cuando uno de los policías se gira y la mira con cara de querer matarla. Al final, nos dicen que tenemos que ir

todos a la comisaría central de Ávila a presentar la pertinente denuncia. Así que me toca sacar la ropa de Ian de la secadora y en cuanto se viste, salimos en procesión hacia Ávila. Por supuesto, no tengo que decir que Ian no me deja coger el coche y que me obliga a ir con él. En el coche permanezco callada un buen rato, hasta que Ian me pregunta qué me pasa y exploto. Llevo demasiado tiempo reteniendo toda la tensión acumulada.

—Me pasa que estoy muy, pero que muy cabreada contigo.

—¿Y ahora por qué estás cabreada conmigo?

—¿Por qué? Porque esa chalada podría haberte herido o matado en tu casa. Tú y tu brillante idea de callarte todo este follón e invitándola a tu casa mientras ella tenía un arma en su bolso. Si es que los hombres sois subnoridios.

—¿Subno... qué?

—¡Subnormales e idiotas al mismo tiempo! — grito exasperada. Él sofoca una carcajada.

—Cariño, cálmate o te dará algo.

—Lo que te voy a dar son un par de leches en cuanto todo esto se aclare. —Cruzo los brazos delante de mi pecho, para que no se me escape ninguna mano y le atice antes de hora. Porque la carretera tiene muchas curvas y no me apetece acabar estampada en la montaña.

Llegamos a Ávila y cuando todos entramos en la comisaría, el agente de guardia flipa en colores al ver el tropel que somos. Empiezan a tomarnos declaración, y los primeros en hacerlo somos Ian y yo, pero por separado. Luego es el turno de Luis, Alicia y así sucesivamente hasta que todos relatamos lo acontecido. Para cuando terminamos de contar lo que se podría llamar «un día de furia», son casi las ocho de la tarde. Así que tal y como hemos llegado a Ávila, regresamos a Hoyos del Espino. Paramos en el hotel que hay en la entrada del pueblo y como tiene restaurante decidimos cenar todos allí. El camarero se asusta

al ver entrar a tanta gente de sopetón. Seguro que para estas fechas no tiene tanta gente en todo el mes. Nos trae la carta y mi padre le pregunta dónde hay que pedir habitación. El buen hombre le indica que en la barra y para allá que se van todos, dejándonos a Ian y a mí solos.

—¿Tú no vas a pedir habitación? —le pregunto para fastidiarlo. Si yo estoy cabreada, que se cabree él también.

—No, yo me voy a quedar contigo —me dice tan tranquilo.

—¿Y qué te hace pensar que te voy a dejar pasar la noche conmigo? —sigo chinchándolo.

Pero en vez de responderme con palabras, tira de mi silla, me acerca a él, me agarra por la nuca con fuerza y me devora los labios de forma enfermiza, consiguiendo que se me hinche el labio inferior y que me falte el aire.

—¡Toma pedazo de beso! —suelta Alicia a nuestras espaldas, ganándose la enésima bronca

por parte de mi suegra y provocando que Luis se parta de risa por su comentario.

—Esta vez, Calamidades, no te vas a escapar — me susurra al oído con voz sexy antes de darme un pequeño chupetón en el lóbulo.

¡Mejor lo dejo correr porque si no, la vuelvo a liar y bien gorda! Pero que conste que de repente me ha entrado un sofoco como si estuviera en el mismísimo infierno.

Pedimos la cena y charlamos tranquilamente de cosas triviales porque a ninguno nos apetece recordar lo que ha sucedido. A las doce de la noche cada uno se retira a su habitación, excepto Luis y Alicia que se quedan charlando un rato en la barra del bar. Ian y yo nos vamos para la casa, en silencio, pero por el camino él me agarra de la mano. Sigo enfadada, pero mi cabreo ya no es monumental. Solo estoy dolida porque no me contó lo que estaba pasando y por eso mi mente comenzó a divagar por derroteros nada propicios para su

integridad física ni mi salud mental. De repente sonrío al pensar en todo lo acontecido en solo 48 horas. Y tengo que reconocer que parece sacado de una película. ¡Vamos, que con todo esto hacemos un film y ganamos un óscar!

—¿Por qué sonríes? Creía que estabas enfadada —me pregunta cuando llegamos a la casa.

—En realidad sigo estando mosqueada contigo, pero si me detengo a pensar en todo lo ocurrido este fin de semana, tengo que reconocer que ha sido de lo más surrealista. Parece que lo hayamos sacado de una película de Almodóvar.

—¿Sabes lo que es surrealista, Calamidades? —me pregunta mientras cierra la puerta de entrada, me agarra de la mano y me dirige al dormitorio directamente. Niego con la cabeza porque no sé por dónde me va a salir esta vez—. Que conociera a la mujer de mi vida por culpa de un cucurucho.

Lo último que recuerdo de ese domingo 12 de febrero es a Ian besándome con una pasión

desmedida, amándome como jamás me habían amado y yo sonriendo como la mujer más feliz del mundo sobre la faz de la tierra.

## Y COLORÍN COLORADO...

*B*ueno, supongo que os preguntaréis qué pasó después. Pues pasó de todo. Al día siguiente, mi familia, la de Ian, Luis y Nieves, se fueron a sus respectivos hogares, o como diría mi madre, cada mochuelo a su olivo. Ian y yo nos quedamos una semana en Hoyos del Espino, con el beneplácito de don Joaquín y de don Leonardo, el jefe de Ian, que cuando se enteró de lo que había pasado con la tarada de Mariola no dio crédito. ¡Ah! ¿Queréis saber lo que le pasó a esa chalada? ¡Y luego la cotilla soy yo! Pues nada, se quedó en el calabozo de la comisaría de Ávila durante 48 horas, luego fue puesta en libertad bajo fianza y con cargos de posesión ilegal de armas, acoso, amenazas y no sé

qué más. Además, el juez instructor del caso le impuso una orden de alejamiento. No podía acercarse a menos de quinientos metros de Ian ni de mí. ¡Chúpate esa monina recauchutada! En septiembre se celebró el juicio y fue condenada a dos años de prisión y a seguir un tratamiento psiquiátrico. Vamos, que está como una regadera.

Otra cosa que no os he contado es que... ¡Voy a ser tía! Sí, la loquita está embarazada de cinco meses. Y si de normal ya está como una cabra, ahora, con las hormonas revueltas, ni os cuento. ¡Pobre Mario! Lo lleva frito con sus antojos. Y para colmo, la semana pasada supieron el sexo del bebé. Un niño. Y ahora no se ponen de acuerdo con el nombre. Si cuando yo digo que Mario tiene el cielo ganado, es que lo tiene. Vamos, el día que asome la cabeza, San Pedro le hace hasta la ola.

Carolina ha pasado a ser la abogada de la empresa. Se ha montado su propio bufete de abogados y empieza a tener una importante cartera

de clientes. Entre ellos, la empresa en la que trabajo. Pero lo mejor de todo es ver a Pedro babeando por ella y Carolina pasando de él olímpicamente. Si es que el tonto del haba será siempre tonto del haba.

Aunque tengo que reconocer que se ha puesto las pilas desde lo de Abel. Don Joaquín tomó las riendas durante una temporada, pero doña Sole lo amenazó con divorciarse si no dejaba la empresa de una vez. Así que don Joaquín le dio unas pautas a Pedro y solo se asoma una vez al mes por la empresa para ver cómo va todo.

Una de las cosas que más me ha sorprendido a mí y a todos los demás es la relación que hay entre Alicia y Luis. Sí, sí, lo que oís. Ese par han empezado a salir juntos. Resulta que Luis, a pesar de su fachada de guardia civil impecable, es un fan de las motos, los tatuajes y la música heavy, como Alicia. Así que comparten un montón de gustos. Encima, el terremoto de mi cuñada va tan

adelantada en sus estudios de forense y sus notas son tan impecables (no baja de matrícula de honor) que ni Megan ni Rodrigo son capaces de decirle nada. Lo bueno es que Luis, a pesar de compartir gustos con Alicia es más sensato que ella y le frena un poco los pies. Y gracias a eso, se ha ganado la confianza de Megan.

Me he trasladado a Valencia por necesidades varias. La primera, no soporto estar lejos de Ian, así que ahora vivimos juntos. La segunda, la empresa, o mejor dicho Pedro y don Joaquín, me han nombrado directora de la parte norte del territorio por donde nos expandimos. Ahora mismo estamos empezando a abrir zapaterías en Cataluña, Aragón, Madrid y Castilla la Mancha. Viajo mucho, por lo que al final tuve que retirar a mi tronco-móvil y comprarme un coche nuevo. Lloré como una Magdalena el día que dejé a mi adorado Ford Fiesta en el concesionario para que lo

llevaran al desguace. ¡Qué penita más grande, Señor!

Mis padres se alegraron y se entristecieron a la vez cuando supieron que me trasladaba a Valencia. Por supuesto, mi huida a Hoyos del Espino no quedó como si no hubiera pasado nada. Mi madre me montó un numerito de aúpa cuando volví a Elda y mi padre no me defendió. Aunque si soy sincera, me lo gané a pulso. Así que prometí regresar al psicólogo. Y en ello estoy. Una vez al mes voy a ver a una terapeuta que me ayuda a controlar mis arranques de ira, mi genio y mi carácter. Puede que esté más calmada, pero como dice Ian, si de vez en cuando no saco al demonio que llevo dentro, no sería Ángela Montero Vaquer. Así que el geniecillo endiablado sale a relucir de vez en cuando.

Y bueno, amigos, creo que va siendo hora de que me vaya antes de que mi prima Feli tumbe la puerta de mi dormitorio. ¡Ostras! Si no os he

contado por qué. ¡Qué cabeza tienes Angelita! Veréis, hoy es 14 de febrero y... (redoble de tambores, por favor)... ¡Me caso con Ian!

Lo que oís. Ceremonia civil en el hotel Sidi Saler en Valencia, cena con familia y amigos, y luna de miel a las Islas Fidji.

¿Cómo era eso que dijo Feli en la casa de Denia? ¡Ah, sí! Las hay con suerte. Pues a mí me ha tocado el premio gordo de la primitiva. Adiós amores que llego tarde. ¡Muac!

... este cuento se ha terminado.

FIN

# Agradecimientos

*E*n primer lugar quiero agradecer a mi marido, a mi familia y mi familia política el apoyo incondicional que siempre me han brindado, alentándome para que luchara por mis sueños. Gracias por ser mi pilar.

A mi padre, mi tío y mi abuela. Sé que desde donde estáis, me seguís guiando y alentando. Os quiero y siempre viviréis en mi mente y en mi corazón.

A mis amigos, aquellos que llevan en mi vida desde la infancia y a los que me he ido encontrando en el camino. Sois parte importante de mi vida y siempre os mantengo en mi mente y en mi corazón.

A mis ángeles ocultos, ese pequeño grupo de loquitas que me animan y son capaces de soportar

mis locuras. Sois la caña, chicas, y os quiero con locura.

A mi pío pío y a mi aclamia. No necesito poner vuestros nombres, porque ya sabéis quiénes sois y lo importantes que sois para mí.

A Andrea Tommasini, jefe de prensa de Terciopelo, por tener la santa paciencia de soportarme desde el día que me comunicó el fallo del certamen. ¡Santa paciencia la que tienes! Gracias por tu tiempo y dedicación.

A todo el equipo de Terciopelo por el excelente trabajo que hacen y por hacer realidad mi sueño.

A todo ese mundo que me sigue por las redes sociales y que me brindan ese cariño incondicional que tanto me emociona y ayuda a seguir adelante.

Sobre todo a los lectores de romántica, porque sin vosotros nuestros sueños no se cumplirían.

Espero volver a veros a todos pronto.

Un besazo.

Novela ganadora del X Premio de Novela Romántica Terciopelo

© Mercedes Perles, 2016

Primera edición en este formato: mayo de 2016

© de la traducción: Santiago del Rey

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral

08003 Barcelona

[info@rocaebooks.com](mailto:info@rocaebooks.com)

[www.rocaebooks.com](http://www.rocaebooks.com)

ISBN: 978-84-94415-59-3

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.